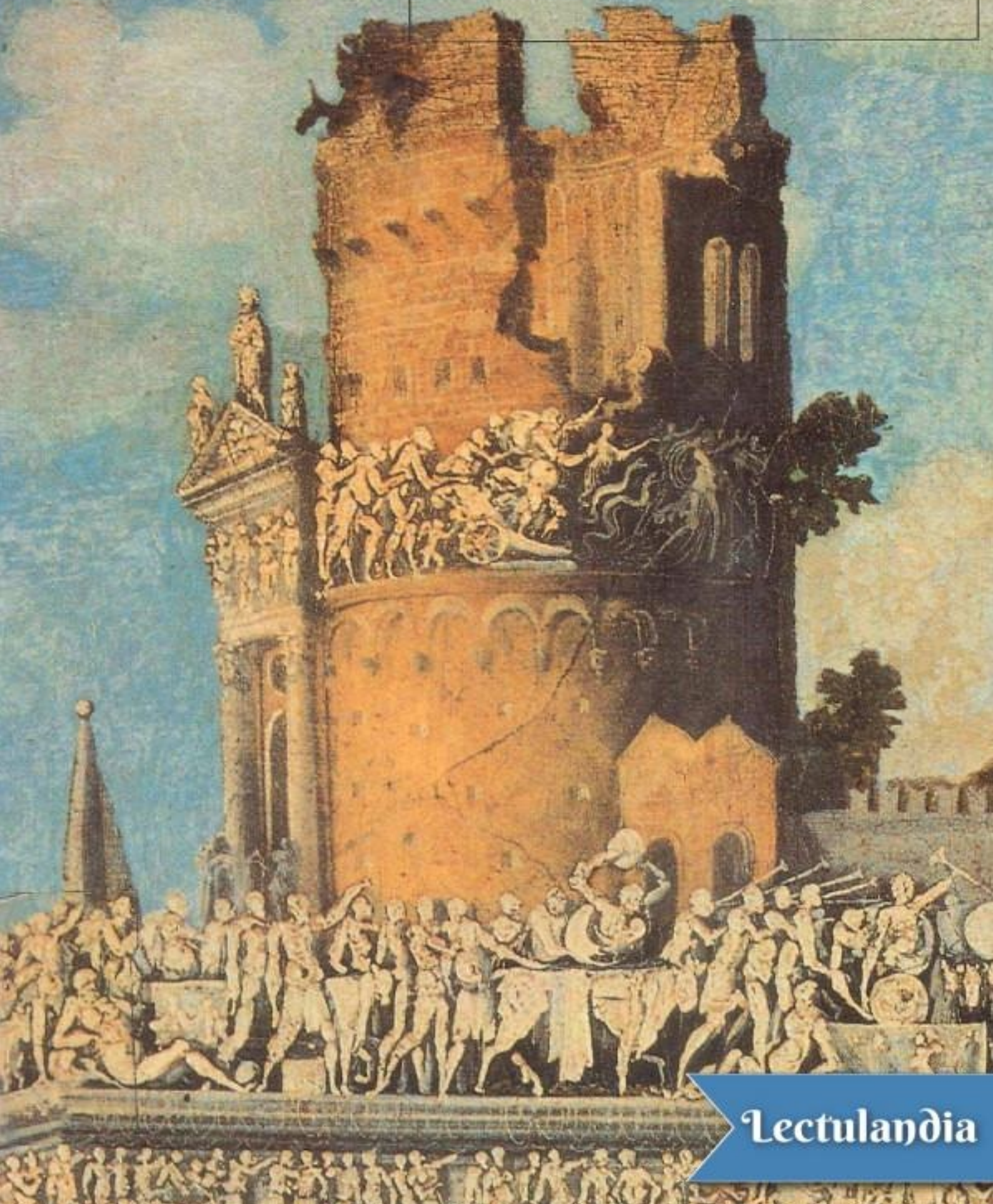


Lion Feuchtwanger
El día llegará



Lectulandia

Bajo el despótico régimen del último emperador Flavio, el ambicioso Domiciano, el historiador Flavio Josefo se ve inmerso en nuevos conflictos. Josef, el judío, que un día se sintiera llamado a proclamar el ascenso de los Flavios y a erigirse en mediador entre Roma y Judea, regresa a la tierra de sus padres, Palestina; tras ver cómo su hijo Matías sucumbe a las pérfidas maquinaciones del emperador. Este hombre experimentado, que parece haber culminado ya su carrera, vive ajeno a la vida política. Pero al volverse a inflamar el movimiento libertario judío, nunca del todo sofocado, que se alza contra la odiada dominación romana —el ambiguo, el escurridizo, el traidor— se ve arrastrado como lo fuera al comienzo de su carrera. Antes de que pueda hacerse valer, sin embargo, su extraña y extraordinaria vida se apaga al borde de una calzada.

Después de *La guerra de los judíos* y *Los hijos*, ésta es la tercera parte de la trilogía monumental que el gran novelista alemán Lion Feuchtwanger dedicó a la vida del historiador judeo-romano Flavio Josefo. Feuchtwanger intuyó, en la fabulosa historia individual y colectiva de esa época, una gran oportunidad para un escritor comprometido, contemporáneo de Hitler. Ésa y no otra era la preocupación central de su quehacer literario. Y, fascinado por las figuras que podríamos decir pertenecen más a la mitología que a la historia de Occidente, Feuchtwanger construye una saga caleidoscópica en la que insufla, junto con los elementos más apasionantes de toda buena trama novelística, la descripción verosímil de una época histórica que, así, cobra vida en la imaginación del lector; y, con ello, no lo olvida, no: un mensaje dirigido específicamente al público de este siglo, atormentado por fenómenos sociales, políticos y militares singularmente afines a los de veinte siglos atrás.

Lectulandia

Lion Feuchtwanger

El día llegará

Trilogía de Flavio Josefo - 3

ePub r1.1

IbnKhalidun, armaurumque 19.10.15

Título original: *Der Tag wird kommen*

Lion Feuchtwanger, 1942

Traducción: Cristina García Ohlrich

Ilustración de cubierta: *San Jorge abatiendo al dragón* (detalle, 1622), de Monsu Desiderio, Galerie Harrach, castillo de Rohrau, Austria

Diseño de cubierta: Mario Muchnik

La trilogía de Flavio Josefo está compuesta de las siguientes novelas:

La guerra de los judíos

Los hijos

El día llegará

Editor digital: IbnKaldun

Digitalización mecánica: armauirumque

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LIBRO PRIMERO

DOMICIANO

Capítulo primero

No, lo que Josef acaba de escribir no podrá dejarlo como está. De nuevo relee sus frases sobre Saúl, el rey de los hebreos, cómo aquél, aunque se le había anunciado que encontraría la muerte y causaría la destrucción de los suyos, partió decidido a luchar. «Eso hizo Saúl», ha escrito, «demostrando con ello que los que aspiran a la gloria eterna han de actuar de igual modo». No, no deben actuar de igual modo. Precisamente ahora no debería escribir algo así. Durante esas últimas décadas, desde que fueron destruidos su Estado y su Templo, sus compatriotas muestran continuamente cierta inclinación a lanzarse a una nueva e insensata revuelta. Esa asociación secreta que desea acelerar su advenimiento, los «Fanáticos del día», ganan cada vez más adeptos e influencia. Josef no debe espolear aún más con su libro su insensato arrojo. Por mucho que lo atraiga el sombrío valor del rey Saúl debe atenerse a la razón, no a sus sentimientos; no debe presentar a ese rey ante sus judíos como un héroe digno de ser imitado.

Flavio Josefo, caballero de la segunda nobleza romana, el gran escritor cuyo busto honorífico figura en la biblioteca del Templo de la Paz, o, mejor dicho, el doctor Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría, oriundo de Jerusalén, deja su estilete sobre la mesa, camina de un lado a otro y acaba por sentarse en un rincón de su despacho. Permanece sentado en la penumbra; la lámpara de aceite apenas ilumina el escritorio sobre el que reposan un par de libros, algunos rollos y la escribanía de oro que le regalara el difunto emperador Tito. Tiembla de frío —pues no hay fuego que venza la gélida humedad de aquel temprano diciembre—, y, absortos, sus ojos se quedan prendidos del dorado fulgor mate.

Qué extraño que haya escrito esas frases entusiastas sobre el insensato valor de Saúl. ¿De nuevo va a dejarse llevar por la pasión? ¿Es cierto que aún no se quiere sensato ese corazón suyo cuando frisa los cincuenta, y que aún no se ha aquietado en la sosegada contemplación ahora que sólo tomará la palabra para su gran libro?

Al menos cada vez se percata más cuando se le va el estilete o la pluma. Se ha forjado a pulso la imparcialidad que requiere su gran obra, su *Historia Universal del pueblo judío*. Ha renunciado al ajetreo, no siente nostalgia de la bulliciosa vida que llevó. En su día se lanzó con ardiente fervor a la gran guerra de su pueblo, participó en ella, en el bando de los judíos y en el de los romanos, como político y como soldado. Ha podido analizar las circunstancias de esa guerra mejor que la mayor parte de sus contemporáneos. Ha vivido los grandes acontecimientos muy cerca del primer emperador Flavio y del segundo, como agresor y agredido, como romano, judío y ciudadano del mundo. Al fin y al cabo, ha escrito la historia clásica de esa guerra judía. Se le aclamó como a pocos, y fue humillado y denostado como pocos. Ahora está cansado de los éxitos y de las derrotas, todo ese trajín se le figura vacío, ha reconocido que su fuerza y su tarea radican en la contemplación. Dios y el hombre no le han encomendado que haga historia, sino que ordene y conserve la historia de su

pueblo; que escudriñe su sentido y exponga a la luz a sus protagonistas como advertencia y como acicate. Para eso está allí, y eso le satisface.

¿Está satisfecho? Esa hermosa y poco razonable frase sobre el rey Saúl no lo atestigua. Ronda ya los cincuenta y aún no ha encontrado la ansiada ecuanimidad.

Ha tratado de hacerse con ella por todos los medios. No se ha dejado distraer de su obra por ninguna ambición de éxito externo. Durante esos cuatro años no ha ocurrido en su vida nada notable. Vespasiano y Tito le tuvieron afecto, pero no movió ni un dedo por acercarse al que hoy es emperador, al receloso Domiciano. No, en este silencioso y retirado Josef de los últimos tiempos no queda nada del de antes, tan apasionado e inquieto.

Las frases sobre el oscuro valor del rey Saúl que acaba de consignar son bellas y arrebatadoras, y los «Fanáticos del día» las leerían entusiasmados. Pero, ¡ay!, precisamente es eso lo que deben hacer. No deben ejercitarse en el entusiasmo, sino en la razón, en la artera paciencia. Deben someterse y no osar levantar por segunda vez, y en vano, sus armas contra Roma.

¿Por qué le han venido a la pluma precisamente hoy las bellas y malditas frases sobre el rey Saúl? Lo supo en el mismo instante de escribirlas; no quiso reconocerlo, pero ahora no puede ocultárselo por más tiempo. Ha ocurrido porque ayer se encontró con Pablo, su hijo, el adolescente, el hijo de la mujer de la que se ha divorciado. Josef no quiso registrar ese encuentro, no quiso admitir que el joven con quien se cruzó a caballo era su Pablo. No quiso mirarlo mientras se alejaba, pero su corazón se había sobresaltado, y supo que era él.

El hombre sentado en la penumbra profiere un leve gemido. Cuánto luchó en su día por aquel hijo suyo, Pablo, el medio extranjero, el hijo de la griega; con cuánta culpa cargó por su causa. El joven, en cambio, ha borrado todo lo que él trató de inculcarle con aquella tímida insistencia, y ahora sólo siente desprecio por él, el padre, el judío. Josef piensa en la hora terrible en que tuvo que someterse al yugo del vencedor, cruzar bajo el arco de Tito; piensa cómo se le apareció entonces, por una fracción de segundo, la cara de su hijo Pablo. Jamás la olvidará; entre los miles de rostros desdeñosos de aquella oscura hora se le ha grabado en el corazón esa cara pálida y cetrina, delgada, hostil. No es sino el recuerdo de esa cara lo que guiaba su pluma cuando escribió esas frases sobre el rey judío Saúl.

Pues, ¡ay, cuán fácil es lanzarse al combate, aunque traiga la derrota segura, comparado con lo que tuvo que aceptar entonces! ¡Qué humillación, qué dolor inflige al corazón tener que mostrar admiración por el insolente vencedor sabiendo que esa humillación es el único servicio que cabe ya rendir al propio pueblo!

Más adelante, en cien o en mil años, lo reconocerán. Pero ahora, en este nueve de *kislev* del año 3847 de la creación del mundo, le consuela bien poco pensar que los que le sucederán admirarán su gesto. En sus oídos no resuena el eco de esa fama, en su corazón no queda más que el recuerdo de aquel griterío de cien mil bocas: «Miserable, traidor, perro», y, sobre ellos, la voz inaudible, y, sin embargo, más alta

que las otras, de su hijo Pablo: «Mi padre, el miserable; mi padre, el perro».

Porque quería defenderse de esa voz, por eso ha escrito las frases sobre el oscuro valor de Saúl. Dulce, embriagador fue escribirlas. Dulce y embriagador dejarse llevar por su valor, sin pensar. Resulta diabólicamente difícil, y paralizador, permanecer sordo a la tentación y no oír más que la queda y nunca arrebatada voz de la razón.

El hombre, que no es un anciano, sigue allí, y la estancia en penumbra a excepción del escritorio iluminado por el candil está llena de los hechos no consumados que anhela. Pues el sosiego del que se jacta, la paz de la que disfruta aislado en medio de esa Roma ruidosa, bulliciosa, plétórica de acontecimientos, es artificial, forzada, es un engaño. Todo él es una herida de amor propio hambriento y ansia de acción. Dar que hablar, el impulso de actuar, eso sí vale la pena. Ser capaz de contar la historia del rey Saúl de tal modo que los jóvenes de su pueblo lo aclamen y se lancen entusiasmados en brazos de la muerte, como antaño, cuando él, joven y necio como era, los arrastró con su libro sobre los Macabeos. Eso estaría bien. Escribir la historia de Saúl y de David, y de los reyes y príncipes macabeos cuya sangre lleva en las venas, de modo que su hijo Pablo piense: mi padre es un hombre y un héroe. Eso estaría bien. Y la aquiescencia de su propia razón, la admiración de las generaciones venideras, no son más que humo y vanidad.

No debe pensarlo. Debe ahuyentar las visiones que lo acechan allí, en la oscuridad. Llama al criado con una palmada, ordena: ¡Luz! ¡Luz! Que prendan todas las lámparas y velas. Aliviado, siente cómo al iluminarse la estancia vuelve a ser él mismo. Ahora puede seguir los dictados de la razón, su verdadera guía.

Se sienta de nuevo al escritorio, se obliga a concentrarse. «Para que nadie piense», escribe, «que es mi intención extremar la alabanza al rey Saúl, proseguiré ahora con el verdadero objeto de mi relato». Y así lo hace, narrando con objetividad y medida.

Llevaba cerca de una hora trabajando cuando el criado le comunicó que había venido a verle un extranjero al que no había forma de ahuyentar, un tal doctor Justo de Tiberíades.

En los últimos años Josef había visto a su gran rival literario en escasas ocasiones, y rara vez a solas. Que Justo lo buscara a una hora tan intempestiva no auguraba nada bueno.

El rostro amarillo grisáceo del hombre que en ese momento penetraba en la estancia trayendo consigo el frío y la humedad le pareció a Josef aún más duro, seco y cuajado de surcos de lo que lo recordaba. A duras penas sujetaba la vieja y desgastada cabeza sobre el cuello, espantosamente delgado. Por mucha curiosidad que sintiera por lo que iría a decirle el otro, Josef dirigió mecánicamente la vista hacia el muñón de aquel brazo izquierdo que tuvieron que amputarle tras bajarlo Josef de la cruz. Al hacerlo, bajó de la cruz a un agudo oponente que con cruel

seguridad era capaz de adivinar sus puntos débiles, a un hombre que Josef siempre había temido y del que, sin embargo, jamás pudo prescindir.

—¿Qué deseáis, querido Justo? —le preguntó sin ambages tras intercambiar un par de frases.

—Quiero daros un consejo perentorio —replicó Justo—. Mirad con quién y de qué habláis en las próximas semanas. Meditad también si no habréis dicho últimamente alguna cosa que gentes malintencionadas pudieran interpretar de un modo perjudicial para vos, y en cómo podrían neutralizarse tales comentarios. En el círculo más cercano al emperador hay personas que no os quieren bien, y, al parecer, vos mismo recibís a gente cuya lealtad al Estado es dudosa.

—¿Acaso no puede uno tener trato con personas —preguntó Josef— que disfrutan de la ciudadanía romana y en las que jamás han recaído las sospechas de la autoridad?

Justo torció los finos labios.

—Se puede —replicó— en tiempo de paz. Pero ahora vale más cuidar con quién se intercambia una palabra, y no atenerse únicamente a si se le ha imputado alguna vez una culpa, sino también a si en el futuro podría acusársele de algo.

—¿Pensáis que la paz con Oriente...?

Josef no llegó a terminar la frase.

—Pienso que la paz con Oriente se ha acabado una vez más —replicó Justo—. Los dacios han cruzado el Danubio y han penetrado en el Imperio. La noticia procede del Palatino.

Josef se levantó. Le costaba ocultar lo mucho que lo había conmovido la noticia. Esa nueva guerra que se cernía, esa guerra de Oriente, tal vez tenga consecuencias insospechadas para él y para Judea. Si las legiones orientales se inmiscuyen en la lucha; si intervienen los partos, ¿no estallarán entonces los «Fanáticos del día»? ¿No osarán acometer el insensato alzamiento?

Y él, hace no más de una hora, ha ensalzado al rey Saúl, al hombre que, sabiendo que su derrota es segura, se lanza, sin embargo, a la lucha. A sus cincuenta años es un loco y un asesino, aún más de lo que lo fuera a los treinta.

—Querido Justo, ¿qué podemos hacer? —le dijo sin ocultar su preocupación, con la voz ronca por la emoción.

—Hombre, Josef, eso lo sabéis vos mejor que yo —le respondió Justo, y se mofó—: Setenta y siete son, tienen el oído del mundo, y vos sois uno de ellos. Debéis haceros oír. Debéis redactar un manifiesto tajante que disuada de cualquier precipitación. Cuanto más simple mejor. Eso sabéis hacerlo. Conocéis el lenguaje del hombre común, sois un maestro de las grandes palabras fatuas.

Su aguda voz sonó particularmente desagradable, los finos labios dibujaron una mueca, y soltó de nuevo esa desagradable risita que tanto irritaba a Josef.

Josef no se dio por aludido.

—¿Cómo vamos a combatir un sentimiento tan poderoso con palabras? —

inquirió. Y—: Yo mismo deseo ir a Judea —estalló—, participar en esta revuelta haciendo lo que sea, morir combatiendo.

—No lo dudo —se burló Justo—, concuerda con vos. Cuando nos golpea alguien más fuerte devolvemos el golpe y provocamos al otro hasta que termina por aplastarnos. Pero si los «Fanáticos del día» tienen una disculpa, vos no. Vos no sois tan necio.

Y, al ver a Josef absorto, desvalido, compungido, agregó:

—¡Escribid el manifiesto! ¡No es poco lo que debéis reparar!

Al marchar Justo, Josef se sentó para seguir su consejo. Requería, escribió, más valor sobreponerse y condenar la revuelta que instigarla. Por el momento, aunque estallase la guerra en Oriente, lo que verdaderamente convenía a los judíos era proseguir con la construcción del Estado de la Ley y de los ritos, por lo que tenían la obligación de emplear todas sus fuerzas en dicha tarea. Debemos dejar en manos de Dios y de la razón conductora crear las condiciones previas para que este Estado de la Ley y de los ritos, la Jerusalén del espíritu, obtenga también un marco y una estructura visible, una Jerusalén de piedra. Aún no ha llegado el día por el cual todos nos afanamos. Un ataque armado a destiempo no haría más que posponerlo.

Escribió. Trató de insuflarse todo el entusiasmo por la razón de que era capaz, hasta que el agua le supo a vino, hasta que las frases que enunciaba le parecieron no sólo cosa del entendimiento sino asunto de su corazón. Dos veces tuvo que reponer el criado las velas y el aceite de las lámparas antes de que Josef se diera por satisfecho con su texto.

A la tarde del día siguiente Josef recibió en su casa a cuatro invitados: el fabricante de muebles Cayo Barzaarone, presidente de la comunidad agripense, representante de los judíos de Roma y hombre moderado, razonable y apreciado también en Judea; Juan de Giscala, en su día cabecilla de la guerra judía, un hombre listo y valiente que ahora traficaba con terrenos en Roma y en todo el Reino, aunque en Judea, sin embargo, aún perdurara en las mentes de los «Fanáticos del día» el recuerdo de su participación en la guerra; Justo de Tiberíades, y, por último, Claudio Regino, ministro de finanzas del emperador, de madre judía: un hombre que nunca había ocultado su simpatía por la causa de los judíos, editor de los libros de Josef y su benefactor siempre que lo necesitó.

Bajo el reinado del receloso emperador Domiciano las reuniones debían parecer realmente inocuas para no pasar por una conspiración, pues en casi todas las casas había un confidente del ministro de policía Norban. De modo que, durante la cena, los comensales se entretuvieron comentando trivialidades. Naturalmente, se habló de la guerra.

—En realidad —opinó Juan de Giscala, y su rostro moreno, afable, avisado, sonreía divertido y taimado—, en realidad este emperador no es muy guerrero para

ser un Flavio.

Claudio Regino se volvió hacia él; yacía con aire desenfadado, burlones los ojos soñolientos bajo los pesados párpados y la frente abultada. Sabía que el emperador no podía prescindir de él y por ello de vez en cuando se permitía alguna insolencia. Tampoco ese día tuvo reparos en hablar delante de los criados que los atendían.

—No, DDD no es belicoso —le replicó a Juan; solían llamar al emperador DDD, anagrama de su título y nombre: *Dominus ac Deus Domitianus*, amo y dios Domiciano—. Sólo que, por desgracia, piensa que el manto triunfal de Júpiter no le queda mal, y el atuendo resulta un poco caro. Por menos de doce millones no puedo fabricarle un triunfo, sin contar los gastos de guerra.

Por fin, Josef dio por terminada la cena despidiendo a los criados y pudieron hablar de lo suyo. El primero en hacerlo fue Cayo Barzaarone. No creía, adujo el jovial caballero de ojos astutos, que ellos, los judíos romanos, estuvieran amenazados por la guerra que parecía avecinarse. Naturalmente, deberían mantenerse callados durante ese delicado período y evitar cualquier escándalo. Él ya había encargado oficios para rogar en su comunidad agripense por el emperador y la victoria de sus águilas y, naturalmente, el resto de las sinagogas seguirían su ejemplo.

Su discurso resultó vago, poco satisfactorio. Barzaarone habría podido hablar así ante el gremio de fabricantes de muebles que presidía, o como mucho a los miembros del consejo de su comunidad; pero en aquel lugar, ante aquellos hombres, no tenía ningún sentido cerrar los ojos y volver la espalda al peligro.

Juan de Giscala meneó la cabeza ancha y morena. Por desgracia, opinó ligeramente burlón, no todos los judíos eran tan mansos y razonables como la disciplinada comunidad agripense. También estaban, como sin duda su estimado Cayo Barzaarone no ignoraba, los «Fanáticos del día».

Esos «Fanáticos del día», constató entonces Justo con sequedad, como solía, encontrarían por desgracia apoyo en alguna expresión del Doctor Supremo Gamaliel. Y era precisamente él, el Doctor Supremo Gamaliel, presidente de la Universidad y del Colegio de Yabne, el líder reconocido de todo el pueblo judío. Por muy moderado que fuese, prosiguió Justo, el Doctor Supremo se había visto obligado a azuzar la esperanza de la pronta reedificación del Estado y del Templo, e incluso había tenido que usar alguna expresión más atrevida con el fin de que los «Fanáticos del día» no lo dejaran en la estacada. Los fanáticos recordarían eso ahora.

—El Doctor Supremo no lo tendrá fácil —concluyó.

—No nos hagamos ilusiones, señores —resumió a su modo, sin tapujos, Juan de Giscala—. Es prácticamente seguro que los «Fanáticos del día» se lanzarán a la lucha.

En realidad todos lo sabían ya; y, sin embargo, se sobresaltaron al oír a Juan constatarlo con tal objetividad. Josef miró a Juan: su cuerpo pequeño, aunque ancho y robusto, el rostro bronceado y bondadoso con el breve bigote, la nariz aplastada, los pícaros ojos grises. Sí, Juan era el campesino galileo por antonomasia, conocía su

Judea desde dentro, había sido el más popular de los instigadores y líderes de la guerra judía y, por mucho que a Josef le repugnasen sus modales, no podía negar que el amor que sentía por su patria procedía de lo más hondo de su ser.

—Aquí, en Roma —quiso justificar Juan de Giscala la determinación con que se había expresado—, nos resulta difícil imaginarnos cómo conmoverá la guerra de Oriente a los habitantes de Judea. Aquí experimentamos, por decirlo de algún modo, la fuerza del Imperio romano en nuestra propia carne, nos rodea allá donde vayamos; el sentimiento de ese poder fluye ya por nuestras venas y pone coto a cualquier amago de resistencia. Pero si yo —reflexionó en voz alta, y su rostro adoptó una expresión de doloroso recogimiento que no lograba apartar de sí cierta ansiedad—, si yo no estuviese aquí, en Roma, sino en Judea, y escuchara allí la noticia de un descalabro de los romanos no respondería de mí. Naturalmente, sé a ciencia cierta que semejante fracaso no alteraría el resultado de la guerra; sé por propia experiencia adónde conduce un alzamiento semejante. Ya no soy joven. Y, a pesar de todo, siento el impulso de unirme a ellos, de lanzarme a la batalla. Yo os digo: los «Fanáticos del día» no permanecerán de brazos cruzados.

Las palabras de Juan les conmovieron.

—¿Qué podemos hacer para aplacarlos? —dijo Justo rompiendo el silencio. Hablaba con una agudeza fría, casi desagradable; pero la seriedad de su porte, lo incorruptible de su juicio, le hacía respetable, y que hubiera participado en la guerra judía, que hubiera sido colgado de la cruz por Jerusalén demostraba que no era la cobardía lo que le hacía desdeñar esa nueva empresa.

—Quizá podríamos —propuso cauteloso Cayo Barzaarone— insinuar al emperador que revoque la capitación. Habría que exponerle la conveniencia de no herir, en estos tiempos tan delicados, la sensibilidad de la población judía. Tal vez nuestro Claudio Regino pueda interceder por nosotros en ese sentido.

Pues, entre todas las medidas antijudías que se habían adoptado, el cobro de ese impuesto era lo que más les disgustaba. No se trataba únicamente de que esos dos dracmas, que constituían el impuesto obligado para el Templo de Jerusalén y que los romanos recaudaban ahora entre los judíos para mantener el Templo de Júpiter Capitolino, representasen un sarcástico recordatorio de su derrota, sino que el registro de los judíos en las llamadas «listas de judíos», su anuncio público y la recaudación del impuesto se efectuaban de un modo brutal, humillante.

—Hoy en día se requiere cierto valor, señores —dijo tras un breve silencio Claudio Regino—, para no ocultar que se simpatiza con vosotros. A pesar de ello, es posible que yo reúna ese valor y transmita al emperador la propuesta de nuestro Cayo Barzaarone. Pero ¿no creéis que si DDD se decidiera realmente a renunciar al impuesto exigirá a cambio una compensación desorbitada? En el mejor de los casos prescribirá como compensación otro impuesto especial, que resultará tal vez menos irritante para vuestra sensibilidad, pero más para vuestro bolsillo. No sé, querido Cayo Barzaarone, si preferís conservar vuestra fábrica de muebles o veros libre del

impuesto judío. Yo, por mi parte, estoy dispuesto a aceptar la injuria si con ello conservo mi dinero. Un judío rico, por muy ofendido que se sienta, sigue teniendo algo de poder y de influencia, mientras que el judío pobre, aunque no se humille, no es nada.

Justo rechazó las perogrulladas de Claudio Regino y las propuestas irrealizables de Cayo Barzaarone con un movimiento de la mano.

—Lo que podemos hacer —dijo— es realmente poco. Palabras, y nada más. Poca cosa, lo sé. Pero si esas palabras se redactan con inteligencia tal vez surtan efecto. Le he sugerido al doctor Josef que redacte un manifiesto.

Todos miraron a Josef, quien callaba inmóvil; tras las palabras de Justo le pareció escuchar un ligero y acre sarcasmo.

—¿Habéis escrito ya el texto? —preguntó finalmente Juan.

Josef sacó el manuscrito de la manga de su túnica y lo leyó.

—Sin duda un manifiesto eficaz —dijo Justo cuando aquél terminó, y, a excepción de Josef, nadie percibió la ironía que subyacía en su observación.

—A los «Fanáticos del día» no les hará efecto —opinó Juan.

—Nada detendrá a los «Fanáticos del día» —admitió Justo—, y los que rodean al Doctor Supremo no necesitan ningún aviso. Pero hay personas que vacilan entre los dos partidos, gentes que dudan, y éstos tal vez se dejen aconsejar por nosotros, que vivimos aquí, en Roma, y que podemos calibrar mejor la situación. Algún efecto tendrá el escrito —insistió. Había hablado casi con vehemencia, como si quisiera convencer no sólo a los otros, sino a sí mismo. Pero ahora sintió que sus fuerzas lo abandonaban y, taciturno, añadió—: Y además, algo debemos hacer, aunque sólo sea para tranquilizar nuestra conciencia. ¿No os reconcome el corazón quedaros ahí mientras los demás corren hacia su destrucción?

Recordaba sus vanas advertencias antes y al comienzo de la guerra. También esta vez sus palabras caerían en terreno baldío, lo sabía. Pero, aunque transcurrieran veinte años, si viera que se repetía la misma situación, volvería a decirlas, por muy fuerte que fuera su convencimiento de que sus palabras sólo agitarían el aire.

—Creo —quiso incitar a los demás— que deberíamos poner nuestro nombre debajo del escrito y meditar cómo podríamos animar a otros a hacer lo mismo.

El amargo tesón de aquel hombre, de común tan retraído, les llegó al alma. A pesar de todo, el ebanista Cayo Barzaarone seguía haciéndose el remolón.

—Me parece —opinó— que no importa tanto el número de firmas como el hecho de que los firmantes posean cierto predicamento entre los jóvenes de Judea. Por ejemplo, ¿de qué sirve que figure en este manifiesto la firma de un viejo fabricante de muebles?

—Quizá no sirva de mucho —replicó Justo, y resultaba difícil percibir el disgusto que se ocultaba tras sus palabras—. Pero es necesario incluir también las firmas de personas libres de toda sospecha, aunque sólo sea para proteger al resto de los firmantes.

—Eso es cierto —afirmó Claudio Regino, tratando de acorralar al pusilánime Barzaarone—. Los agentes de nuestro ministro de policía Norban sospechan de todos, y si este manifiesto cayera en sus manos dirían que los firmantes conocían ciertas agitaciones en Judea. Cuanto menos dudosas sean las firmas del manifiesto, menos peligro correrá cada uno de los firmantes.

—No os lo penséis más, querido Barzaarone —dijo Juan de Giscala acariciándose el bigote—. No os queda más remedio que firmar.

Discutieron el modo de introducir el escrito en Judea. Entre otros muchos impedimentos estaba el hecho de que el invierno solía interrumpir el tráfico marítimo. Sólo podía encomendarse el documento a un hombre de toda confianza.

—Realmente no estoy seguro —opinó una vez más Cayo Barzaarone— de si el beneficio que obtendremos de este escrito en el mejor de los casos guarda proporción con el riesgo al que nos exponemos, nosotros y nuestra comunidad. Pues quien se aventure ahora, en invierno y en semejantes condiciones, a viajar a Judea, deberá poder aducir una buena razón para ello si no quiere llamar la atención de las autoridades.

—Sí, pero no creáis que vais a zafaros por eso, querido Cayo Barzaarone —insistió el pícaro Juan de Giscala—. Sé de un hombre que tiene poderosas razones para viajar ahora a Judea, razones que aceptarán incluso las autoridades. No cabe duda de que, como consecuencia de la guerra, los precios del suelo bajarán en Judea. En cuyo caso nos será muy útil contar con un especulador: yo mismo. Mi empresa posee amplios terrenos en Judea. Convencida de la veloz victoria de las legiones, desea aprovechar la coyuntura y completar su propiedad. ¿No es ésta una razón de peso? Enviaré a mi procurador, el elocuente Gorión, a Judea. Confíadme el escrito. No dudéis de que llegará a manos de sus destinatarios.

Firmaron. También Cayo Barzaarone acabó por escribir su nombre, titubeando, bajo el manifiesto de Josef.

Tres días después supieron, para su sorpresa, que no había sido Gorión, sino el propio Juan de Giscala quien había partido hacia Judea.

Josef subió por la escalera que conducía a las habitaciones que ocupaban Mara y los niños. Era una escalera estrecha, incómoda; todo en su casa era estrecho, incómodo, retorcido. Ya entonces, cuando Domiciano lo desalojó del bello edificio que el viejo emperador le asignara como vivienda, todos se asombraron de que un hombre tan célebre se alojase en una vivienda tan pobre, reducida y pasada de moda en el distrito nada elegante de «Baños»; pero Josef, que se había empeñado en vivir con forzada modestia, se contentó con construir un piso más. Y allí estaba, estrecha, pequeña, frágil, frente a varios puestos de buhoneros con toda clase de bártulos malolientes, indigna residencia de un hombre de su rango y de su fama.

A pesar de su sencillez, Mara no se encontró nunca a gusto en aquella casa.

Quería vivir bajo el cielo; habitar en una gran ciudad entre muros de piedra iba contra su naturaleza. Y allí, entre aquellas paredes mohosas e intrincadas, en aquella habitación con el techo bajo ennegrecido, se sentía doblemente incómoda. Si por ella fuera, hacía tiempo que habrían regresado a Judea, a alguna de las propiedades de Josef.

Habían transcurrido cinco días desde el anuncio de la invasión de los dacios. Entre tanto, Josef se había reunido muchas veces con Mara, había compartido con ella la mayor parte de las comidas y habían hablado largo y tendido. Pero apenas se había referido a la guerra que parecía a punto de estallar en la frontera. Probablemente Mara no intuía las consecuencias que podrían tener para Judea los sucesos del Danubio. Pero sin duda sentía, ella que tan bien lo conocía, que tras aquella máscara de indiferencia escondía un secreto pesar.

Al subir ahora a verla se asombró de haberse esforzado tanto tiempo en ocultarle esa preocupación. Es la única persona ante la cual puede mostrarse sin pudor, tal como es. Cuando la otra se lo exigió permitió que la enviara lejos, y regresó a él cuando la llamó. Allí está cuando la necesita, y cuando lo molesta se esfuma. Ante ella puede dar rienda suelta a sus sentimientos, a su orgullo, sus dudas, su debilidad.

Retiró la cortina y penetró en la estancia. La baja sala estaba atestada de objetos de todo tipo; del techo, siguiendo una costumbre de los pueblecitos de Judea, colgaban cestas con alimentos y ropa. Los niños rodeaban a Mara: la niña Jalta y los dos varones menores, Matías y Daniel.

Josef dejaba a la hija y a los chicos al cuidado de Mara; él no sabía muy bien cómo tratar a los niños. Pero, como solía ocurrirle últimamente, también aquel día miró con una especie de conmovido asombro a Matías, el tercero de sus hijos, y, en realidad, el mayor, pues Simeón estaba muerto y Pablo más que muerto. Josef tenía sus esperanzas y sus deseos puestos en este hijo suyo, Matías. Era evidente que tenía rasgos del padre y de la madre, pero la mezcla daba por resultado algo completamente nuevo, muy prometedor, y Josef esperaba poder redimirse gracias a Matías, que alcanzaría lo que él mismo no alcanzó: ser judío y también griego, ciudadano del mundo.

Allí estaba, pues, la mujer, trabajando en un lienzo con la ayuda de una criada y contándoles una historia a los niños. Josef le rogó con un gesto que prosiguiera. De modo que siguió parloteando, y Josef escuchó un piadoso cuento un tanto insulso: trataba de un río cuya lengua entendían solamente aquellas personas que sentían auténtico temor de Dios; el río les aconsejaba lo que debían hacer y lo que no. Es un hermoso río que fluye por una tierra hermosa, su patria Israel, y algún día irá allí con los niños y, si los niños se portan bien, el río también hablará con ellos y les aconsejará.

Josef estuvo observándola mientras lo contaba. A sus treinta y dos años se había redondeado y estaba un poco ajada. No quedaba rastro del brillo lunar de su primera juventud, no había ningún peligro de que un romano la exigiera hoy para su cama

como antaño el viejo Vespasiano. Pero para Josef seguía siendo lo que fue para él entonces; su rostro redondo continuaba luminoso y frágil, su estrecha frente brillaba como antaño.

A Mara se le iluminó la cara al verlo entrar. En los últimos días había notado que algo lo oprimía, y había esperado que se lo comunicase. Solía hablarle en griego, pero cuando se sentía más próximo a ella o se trataba de algo importante usaban el arameo, la lengua de la patria. Ahora, tras ordenar a los niños que se retiren, aguarda tensa en qué idioma le hablará.

Y, mira por dónde, le habla en arameo. Ya no es el hombre de antes; tiene el rostro surcado de arrugas, su barba ya no está cuidadosamente rizada: es un hombre de cincuenta años y se le nota que ha vivido mucho. También le ha hecho mucho daño, y nunca se lo ha perdonado del todo. Pero, a pesar de ello, a sus ojos sigue irradiando ese resplandor que solía envolverlo, y se siente orgullosa de que le hable.

Le habla de su encuentro con los otros y de sus temores ante un posible levantamiento. Le confía sus penas; sí, en realidad, tan sólo ahora, mientras habla, reconoce claramente lo que este peligro que amenaza a Judea remueve en él. Tiene una agitada vida a sus espaldas, llena de cumbres y abismos; pensó que por fin le sería dado vivir en paz y concentrarse en sus libros, y que comenzaría para él un plácido ocaso. En lugar de eso se avecinan nuevas pruebas y amarguras. El alzamiento de Judea, por insensato que sea, estallará; y Josef se opondrá, y de nuevo tendrá que aceptar los insultos y la vergüenza por reprimir sus sentimientos en nombre de la razón.

Mara ya le ha escuchado esa terrible letanía otras veces. Pero si antes le daba la razón incondicionalmente, pues él era sabio y ella ignorante, ahora su corazón se rebeló contra él. ¿Por qué, si sentía como los otros, actuaba de otro modo? ¿No sería mejor para todos ellos que fuera menos sabio? Era un hombre ilustre, el doctor y señor Josef, su esposo, y ella estaba orgullosa de él, pero en ocasiones, y también en ésta, pensaba que sería mucho mejor que fuera menos grande.

—Tu preocupación me oprime como si fuera mía —dijo; y después, y su espalda se arqueó relajándose, agregó en voz queda—: Tierra de Israel, mi pobre tierra de Israel.

«Tierra de Israel», dijo, en arameo. Josef la comprendía y la envidiaba. Era un ciudadano del mundo, pero estaba dividido. Ella en cambio era una sola cosa. Era uña y carne con el suelo de Judea, pertenecía a Judea, al cielo de Judea y a su pueblo, y cada vez que ella, a su modo sosegado, lo había animado a regresar allí, Josef supo que tenía razón y que él se equivocaba al negarse.

Pensó en los innumerables y alambicados argumentos que había ideado para justificar su negativa. En Judea, le explicó, su visión quedaría turbada por la cercanía de las cosas, se dejaría arrastrar por la pasión de los demás, no podría trabajar en su obra con la objetividad que constituye la premisa esencial del éxito. Pero ambos sabían que eso no era más que un pretexto. Todas las razones que aparentemente lo

retenían en Roma eran meras excusas. Allí habría podido escribir mucho mejor su libro sobre Judea que aquí; habría resultado más judío, en el buen sentido. Y tal vez también tenía razón cuando decía que sería más provechoso para sus hijos crecer en Judea, a cielo abierto, que en las estrechas callejuelas de la ciudad de Roma. Esto último era dudoso, sin embargo, porque si su pequeño Matías debía ser lo que Josef proyectaba debía permanecer en Roma.

En cualquier caso, se resistía y hacía caso omiso de las humildes súplicas de Mara. Había optado por llevar una vida retirada, pero no quería renunciar a tener en torno a sí el bullicio de la ciudad de Roma. Vivir en la provincia lo habría oprimido; en Roma, aunque se encerrase en su habitación, lo consolaba la idea de que a un par de cientos de pasos tenía el Capitolio, donde latía el corazón del mundo.

Pero en su fuero interno sentía cierto disgusto, incluso un ligero sentimiento de culpa por retener a Mara en Roma.

—Pobre tierra de Israel —oyó suspirar a Mara.

—Será un invierno lleno de preocupaciones —concluyó él.

Esa noche, durante la cena, ante su esposa Dorión y su hijastro Pablo, Annius Bassus, ministro de guerra de Domiciano, se dejó llevar por sus emociones. Ante esos dos podía hablar, y que estuviera presente el preceptor de Pablo, el griego Fineas, no le molestaba. Fineas era un liberto, no contaba. Pero, por muy grande que fuera su confianza, sus relaciones con la mujer y el hijastro dejaban bastante que desear. A veces tenía la sensación de que ella no lo tomaba en serio a pesar de su inusual carrera, y de que, pese a todo su odio, recordaba con nostalgia a Flavio Josefo, a ese repulsivo intelectual judío. Era seguro que no apreciaba excesivamente al chico que le había dado a él, al pequeño Junio, mientras que admiraba y mimaba a Pablo, el hijo de Josefo. Por lo demás, ni él mismo era capaz de sustraerse al encanto que emanaba de éste.

Sí, amaba a Dorión, y amaba a Pablo. Y, por mucho que el afecto que éstos sentían por él fuese mucho menor que el suyo, eran las únicas personas ante quienes podía dar rienda suelta a su indignación, a la rabia que lo reconcomía en ese puesto bajo aquel emperador impredecible y misántropo. Y eso que Annius apreciaba sinceramente a Domiciano, lo veneraba, y DDD, aun sin ser un soldado nato, poseía cierto talento para los asuntos militares. Pero la desconfianza del emperador no tenía límites, y exigía a sus consejeros deponer a hombres válidos de los puestos adecuados y sustituirlos por otros mucho menos dotados que sólo destacaban por no despertar las sospechas del emperador.

También ahora los sombríos reparos de Domiciano ponían trabas, una vez más, a la campaña dacica. Lo lógico habría sido confiar el mando a Frontín, ingeniero y constructor de las excelentes fortificaciones que recorrían el bajo Danubio. Pero como el emperador quería impedir que Frontín se creyera imprescindible y, con ello,

se soliviantara, había tenido la feliz idea de encomendar su conducción al enemigo de Frontín, el general Fusco, el osado.

Dorión no parecía interesarse mucho por su exposición, sus claros ojos verdes miraban indiferentes a Annius, o bien sencillamente al frente. También Fineas estaba como ausente, por mucho que, siendo un griego fanático, por fuerza debía de sentir cierta satisfacción al enterarse de las dificultades que entrañaba la administración del Imperio. El que se mostró más interesado fue Pablo. Contaba ahora dieciséis años, no hacía ni uno que se le había investido por primera vez con gran ceremonia la toga de adulto. Su madre habría visto con agrado que ingresase en una universidad griega, acompañado de su preceptor Fineas. Pero él mismo se esforzaba por combatir las tendencias griegas que ambos habían querido insuflarle; quería ser romano, y sólo romano. Por eso se había unido a un amigo de Annius, el coronel Juliano, un soldado extraordinario que disfrutaba de su permiso estival en Roma. Juliano se había hecho cargo del chico aconsejándole en todo lo relativo a la vida militar; pero al llegar el otoño tuvo que regresar a Judea, a su legión, la décima. Pablo habría dado la vida por poder acompañarlo; también a Annius, que era un soldado entusiasta, le habría agradado hacer de su hijastro un buen oficial. Pero Dorión se negó. Y Fineas explicó al chico a su modo elegante, quedo, y por ello eficaz, lo desabrida que sería la vida de soldado en la lejana provincia y el terrible efecto que tendría en él no empaparse antes de las costumbres griegas. Y Pablo tuvo que resignarse. Pero ahora, tras el estallido de la revuelta dacica, albergó nuevas esperanzas. Aprender el oficio de soldado en la guerra le parecía una oportunidad única que nadie le escatimaría.

De modo que escuchaba con un interés apasionado los comentarios de Annius sobre las dificultades de la campaña que acababa de iniciarse. Realmente, el frente del Danubio requería un comandante de talla, precisamente a ese Frontín, y no al botarate de Fusco. Los dacios ya no eran unos bárbaros, su rey Diurpan era un estratega nada desdeñable; las fuerzas romanas desplegadas en la región, apenas tres legiones, no bastaban para asegurar una frontera de casi mil kilómetros, y el duro invierno de aquel año dificultaba aún más la defensa, pues brindaba al atacante la posibilidad de enviar una y otra vez refuerzos sobre el Danubio helado. A ello se añadía que el rey de los dacios, Diurpan, era un hábil político, con influencias en todo Oriente y buenas perspectivas de poder batir incluso a los partos si éstos intervenían. De cualquier forma, era casi seguro que se producirían disturbios en ciertas provincias orientales que sólo toleraban el dominio romano a regañadientes, como por ejemplo Siria y, en particular, la siempre insatisfecha Judea.

Al oír las explicaciones de Annius la indiferencia de Dorión se disipó de pronto. Hacía tiempo que no sabía nada de Josef, el hombre que más había marcado su destino. Una revuelta en Judea, eso sería un acontecimiento que haría salir a Josef de su actual retiro. En su cabeza bulleron los recuerdos de lo que había vivido a su lado. Cómo aceptó ser flagelado para poder divorciarse de su ridícula mujer judía y desposarla; cómo huyeron y se recluyeron, a solas con su amor, en la casita que les

prestó Tito; cómo más tarde surgieron las diferencias entre ellos; lo que había luchado por su hijo, por ese Pablo; su triunfo, toda Roma aclamándolo al erigirse su busto en el Templo de la Paz... todo eso, su odio salvaje y su fiero amor, resurgían ahora en ella, inextricables.

Incluso Fineas renunció a hacerse el indiferente cuando Annius comenzó a hablar de Judea, y su cabeza grande y pálida se sonrojó. ¡Ojalá estallase realmente la revuelta en Judea para que tuvieran que domeñar a esa tierra bárbara! ¡Ah, qué delicia! Fineas se alegraría de que los supersticiosos judíos sintieran de nuevo la fuerza del puño de Roma. Y se alegraría en particular por *uno*, por Josefo, su antiguo amo. Lo despreciaba, a ese Josefo, despreciaba todo lo suyo: su ridículo combate por Pablo, su orgullo y su modestia, sus creencias supersticiosas, sus éxitos baratos, su pobre griego, todo, todo. Sería estupendo que le demostraran de nuevo cuán miserable era su Judea; que volviera a experimentar lo que significaba padecer la esclavitud.

Entre aquella confusión de ideas y sentimientos de ambos, de Fineas y Dorión, se abrieron paso las palabras de Pablo:

—Eso le acarrearé algunas dificultades a cierto señor —dijo Pablo. Eran palabras sencillas, pero la voz que las pronunció estaba tan llena de odio y de triunfo que Dorión se asustó, y hasta Annius Bassus alzó la mirada. También a él le desagradaba Flavio Josefo; el soldado campechano y bullicioso encontraba al judío taimado, retorcido. Pero si él, el oficial romano que había combatido a los judíos, increpaba o bromeaba en ocasiones sobre Josefo, a él le estaba permitido. También a Fineas, su liberto. Pero no les estaba permitido a los otros dos comensales: ni a la mujer que había estado casada con el judío, ni a su hijo. No era únicamente su dignidad de soldado lo que se rebelaba contra ello, también sentía que el odio excesivo de Dorión por Josef procedía de la inseguridad de sus sentimientos. Cierta que a veces le dedicaba comentarios injustos, incluso indecentes, pero después sus ojos se velaban de un modo un tanto sospechoso al oír hablar de él. Annius habría preferido que su esposa y su hijastro se hubieran desligado interiormente de aquel hombre ambiguo, de modo que ni lo amasen ni lo odiasen.

Pero, por el momento, Pablo seguía con su discurso teñido de odio. Sería fabuloso que Judea se alzase y diese motivos para aplastarla definitivamente. ¡Qué fortuna poder ir allí, participar en una expedición de castigo semejante bajo las órdenes de Juliano, su buen maestro! Cómo le dolería eso a su padre, el judío.

—¡Debéis permitirme ir a Judea! —exclamó.

Dorión volvió su fina y alargada cabeza hacia él, y sus ojos color mar sobre la chata nariz lo miraron abiertamente.

—¿A Judea? ¿Tú a Judea? —inquirió. Sonó como una negativa, pero Pablo notó que compartía su odio por el judío, su padre.

—Sí —insistió él, y sus ojos claros respondieron vehementes a la mirada escrutadora de la madre—, debo ir a Judea ahora que la cosa va a estallar. Debo

purificarme.

Sus apasionadas palabras sonaron terribles: «Debo purificarme», y, a pesar de todo, incluso el simple soldado Annius entendió lo que significaban. Pablo se avergonzaba de su progenitor y quería reparar el hecho de ser hijo de semejante padre.

Pero ya estaba bien. Annius no quería seguir oyendo tales irreverencias, e intervino.

—No me gusta oír esas cosas de tu boca —lo recriminó.

Pablo notó que había ido demasiado lejos, pero no cejó, aunque moderó su tono.

—El coronel Juliano no entenderá —dijo— que no acuda ahora a Judea. No quiero perder su estima.

Dorión seguía allí sentada, delicada y frágil, relajada aunque estricta; su ancha boca, insolente, abultada en el distinguido rostro, dibujó una leve y ambigua sonrisa. Por mucho que lo irritase aquella sonrisa Annius constató lo mucho que amaba a esa mujer, que la amaría siempre. Pero ella, Dorión, dirigió la vista al preceptor de su hijo.

—¿Qué opináis vos de todo esto, querido Fineas? —le preguntó.

Aquel hombre por lo general tan sereno y elegante no logró ocultar por completo su excitación. Nervioso, encogía y estiraba los largos dedos de sus manos grandes, delgadas, pálidas hasta lo enfermizo, y no lograba mantener quietos ni los pies hundidos en sus zapatos griegos. Se sentía escindido por sentimientos contrarios. Le dolía perder definitivamente a Pablo. Amaba al hermoso y dotado chico, se había esforzado mucho en insuflarle su ser griego. No se le oculta que Pablo se le escapa poco a poco, pero le cuesta aceptar que se convierta enteramente y para siempre en un romano, y eso será inevitable si se incorpora a la legión de Judea. Por otra parte, sería un gran consuelo imaginarse el dolor que depararía a Josefo saber que su propio hijo, su Pablo, participaba en la represión de su pueblo, en el bando de los romanos. Con su profunda y armoniosa voz declaró:

—Me apenaría ver partir a nuestro Pablo rumbo a Judea, pero debo decir que en esta ocasión lo comprendo.

—Yo también lo comprendo —dijo la dama Dorión, y—: Me temo, hijo mío —dijo—, que no podré negarme por mucho tiempo.

El viaje a Judea en esa época del año resultaba azaroso, incluso peligroso. Pablo se dispuso a prepararlo con tesón y cuidado. Se sentía dichoso; nada quedaba en él de aquellos arrebatos imprevisibles, de esa pasión que tanto asustara a sus allegados. Habían desaparecido aquellas opiniones y rasgos judíos que su padre quiso insuflarle. También se evaporó el talante griego que tanto se habían esforzado por imbuirle su madre y su preceptor. Su entorno, su tiempo, habían salido victoriosos: él, el hijo del judío y de la griega, era romano de pies a cabeza.

El emperador avanzaba con paso torpe y envarado entre las jaulas de su zoológico del Albano. El palacio debía servir en principio de residencia estival, pero Domiciano se refugiaba allí en cualquier época del año. Amaba su palacio del Albano más que cualquier otra de sus posesiones; había comenzado a construir el amplio y lujoso edificio siendo aún un príncipe de escasos medios, y ahora estaba empeñado en concluirlo confiriéndole una grandeza aún mayor. El artístico parque se extendía sin que pudieran adivinarse sus límites; dondequiera que se dirigiera la vista surgían anexos.

Deslucido, con un manto de fieltro, capucha y zapatos de piel, avanzaba a grandes zancadas a lo largo de las jaulas seguido por el enano Sileno, gordo, velludo, deforme. El día era frío y húmedo, una fina niebla se había posado sobre el lago; el paisaje, ordinariamente tan colorido, parecía desvaído, las hojas de los olivos carecían de brillo. De cuando en cuando el emperador se detenía ante una jaula y contemplaba a los animales con mirada ausente.

Se alegraba de haberse decidido a abandonar el Palatino y viajar hasta allí. Se encontraba a gusto paseando en la neblina de aquel paraje invernal. El día anterior habían llegado prolijos despachos procedentes de la frontera del Danubio; la incursión de los dacios había tenido consecuencias más graves de lo que había previsto, ya no podía hablarse de meros altercados en la frontera: lo que se avecinaba allí era una guerra.

Apretó el abultado labio superior sobre el otro. Ahora él mismo se verá obligado a combatir. Una perspectiva poco agradable. No le gustan los viajes incómodos y precipitados, no le agrada montar largo rato a caballo, y ahora, en invierno, todo resulta doblemente incómodo. No, no es un soldado, no es como su padre Vespasiano y su hermano Tito. Ésos no eran más que soldados, *milites* transformados en gigantes. Por un instante le parece oír la voz atronadora de Tito y un estremecimiento de repulsa cruza su rostro. No, poco le importan las gloriosas victorias que no tienen continuación. Él ha afianzado sus posiciones en Germania, en Britania. Representa la culminación de la estirpe Flavia. Si ha permitido que el Senado le reconozca el título de «amo y dios Domiciano» es porque sobran razones para hacerlo.

Se detuvo ante la jaula de la loba. Se trataba de un animal extraordinariamente hermoso y fuerte; el emperador amaba especialmente a esa loba, su inquietud, aquella fiereza impredecible, su astucia y su fuerza; amaba a esa loba como emblema de la ciudad y del Imperio. Erguido, con los brazos apretados a la espada en ángulo y el vientre abultado, permaneció ante la jaula. «Amo y dios, *Imperator Flavius Domitianus Germanicus*», pronunció para sí, y, tras él, el enano repitió las mismas palabras ante la jaula de la loba.

Su padre y su hermano quizás alcanzaron victorias más gloriosas. Pero lo importante no son las grandes victorias sino únicamente el resultado final de una

guerra. Hay generales que saben ganar batallas, pero no guerras. Lo que él ha conseguido en Germania junto con su prudente ingeniero Frontín, la erección de aquel muro para contener a los bárbaros germanos, no es espectacular, pero vale más que diez grandes victorias sin consecuencias. Los soldados Vespasiano y Tito jamás habrían comprendido ni llevado a cabo las ideas de ese Frontín.

Es una lástima que no pueda enviar a Frontín al Danubio como comandante en jefe. Pero contravendría sus principios. No debe permitir que nadie se envanezca. Los dioses no aman la arrogancia. El dios Domiciano no ama la arrogancia.

Naturalmente, es una lástima que el vigésimo quinto cuerpo del ejército haya sido aniquilado, pero también tiene su lado bueno. Bien mirado, constituye una ventaja que la causa dacica haya tomado ese cariz y que se hayan lanzado a una auténtica guerra. Pues esa guerra viene en el momento oportuno, acallará voces que no resulta demasiado fácil acallar. Esa guerra le brindará a él, al emperador, la excusa que necesita para adoptar finalmente ciertas medidas de política interior poco populares que de otro modo tendría que posponer varios años. Ahora, con el pretexto de la guerra, podrá obligar a sus díscolos senadores a hacer ciertas concesiones que jamás aceptarían en tiempos de paz.

De pronto se aparta de la jaula ante la que se había quedado absorto. No quiere dejarse tentar, no quiere soñar; su fantasía se desboca demasiado fácilmente. Es metódico, y en los asuntos de gobierno raya en la pedantería. Desea sentarse a su escritorio. Quiere anotar un par de cosas, organizarse.

—¡La litera! —ordena volviendo la cabeza por encima del hombro.

—¡La litera! —transmite el enano la orden con un graznido, y el emperador se deja llevar de vuelta al palacio. Es un buen trecho. Primero atraviesan varias terrazas de olivares, después una avenida de plátanos, más tarde los invernaderos, a continuación primorosos jardines y columnatas, pabellones, cenadores, grutas, surtidores de todo tipo. Es un parque grande y hermoso que agrada al emperador, pero hoy no tiene ojos para él.

—¡Aprisa! —ordena a los porteadores. Sólo desea trabajar.

Finalmente llega a su despacho, y ordena que no lo molesten por ningún motivo. Cierra la puerta, se queda solo. Sonríe malicioso; piensa en todos esos estúpidos rumores que circulan sobre lo que hace cuando se encierra durante días. Que ensarta moscas, dicen; que se dedica a cortar ancas de ranas, y cosas así.

Se pone manos a la obra. Pulcramente, punto por punto, anota todo lo que pretende sonsacarle al Senado con el pretexto de esta guerra. En primer lugar, quiere realizar por fin su ansiado proyecto y que lo nombren censor vitalicio, lo que le garantizará el control absoluto del presupuesto, costumbres y derecho del Estado, y, con ello, el pleno dominio del Senado, con capacidad de excluir de él a cualquiera de sus miembros. Hasta ahora se le investía de este cargo cada dos años. En estos momentos, ante el estallido de una guerra de duración impredecible, los senadores no pueden negarle esta medida, que equilibrará sus derechos. Respeta la tradición y,

como es natural, no se le ocurre modificar la Constitución, que prevé la división del poder estatal entre el emperador y el Senado. No pretende anular esta sabia división: sólo desea tener la capacidad de ejercer el necesario control sobre la corporación corregente.

La guerra también brinda una excelente oportunidad para recrudescer las leyes de moralidad. Naturalmente, esos ridículos y engreídos aristócratas de su Senado se mofarán de nuevo de que condene la menor desviación en los demás mientras se permite a sí mismo cualquier capricho, todos y cada uno de esos «vicios» que castiga. ¡Insensatos! ¿Cómo va él, el dios, a quien el destino ha encomendado proteger con mano de hierro el decoro y la decencia romanos, cómo va a conocer y castigar a los hombres y sus pecados si no se digna descender, cual Júpiter, a su altura?

Formula cuidadosamente los preceptos y leyes que deben ser promulgados numerándolos, detallándolos, pergeñando escrupulosamente la justificación de cada detalle.

Después se apresta a ocuparse de la parte de su trabajo que más le agrada: la confección de una lista, no muy larga, pero de importantes consecuencias.

En el Senado hay unos noventa miembros que no ocultan su hostilidad. Lo miran por encima del hombro esos señores cuyos antepasados se remontan hasta la fundación de la ciudad y, más lejos aún, a la destrucción de Troya. Lo consideran un advenedizo. Porque su tatarabuelo dirigía una oficina de cobros y su abuelo tampoco fue famoso, por eso creen que él, Domiciano, no sabe lo que es la auténtica romanidad. Quiere demostrarles quién es más romano, si el biznieto del pequeño banquero o los tataranietos de los héroes troyanos.

Conoce bien los nombres de esos noventa señores. Noventa es un número alto, no puede consignar tantos nombres en su lista; desgraciadamente, durante su ausencia sólo podrá deshacerse de unos pocos de esos desagradables sujetos. No. Quiere proceder con cautela, no le gusta precipitarse. Pero algunos de ellos, siete, seis o, digamos, cinco, podrán figurar de cualquier modo en la lista, y la idea de que no tendrá que volver a verlos a su regreso lo confortará mientras permanezca lejos de Roma.

Por el momento, y de forma provisional, anota una larga ristra de nombres. Después se dispone a tacharlos. No le resulta fácil, y al borrar alguno que otro lanza un suspiro. Pero es un gobernador meticoloso; no quiere dejarse llevar por la simpatía o la antipatía, sino únicamente por consideraciones de política de Estado. Medita con atención cuál será más peligroso, si este hombre o aquél; si la eliminación de éste levantará más revuelo que la de aquel otro, o si la confiscación de estos bienes constituirá una mayor aportación al tesoro del Estado que la de ese otro patrimonio. Únicamente cuando constata cierto equilibrio se deja guiar en su decisión por su antipatía personal.

Revisa nombre tras nombre. Con gran pesar tacha a Helvid de nuevo de su lista. Es una lástima, pero no puede ser; por el momento, Helvid junior seguirá con vida. A

Helvid senior ya lo aniquiló en su día el viejo Vespasiano. Pero llegará el día, y ojalá no sea muy lejano, en que él podrá enviar al hijo tras los pasos del padre. También es una lástima que no pueda dejar el nombre de Aelio en su lista: el hombre al que le arrebató la esposa, Lucía, su emperatriz. Ese Aelio solía llamarlo «Varriguita», nunca se dirigió a él de otra forma, no lo ha olvidado, porque tenía una barriga incipiente y muchas veces le costaba trabajo pronunciar la «b». Bien, que Aelio siga llamándolo «Varriguita» por un tiempo; también a él le llegará la hora en que se le quiten las ganas de bromear.

Por fin sólo quedan cinco nombres en la lista. Pero incluso esos cinco le parecen demasiados al emperador. Debe contentarse con cuatro. Solicitará el consejo de Norban, su ministro de policía, antes de decidir a quién enviará definitivamente al Hades.

Bien, tras concluir su tarea puede disponer libremente de su tiempo. Se levanta, se estira, va hacia la puerta y la abre. Ha olvidado la hora de la comida, absorto en su trabajo, y nadie se ha atrevido a molestarlo. Ahora quiere comer. Ha hecho venir a casi toda su corte y a medio Senado al Albano, más o menos a todos sus amigos y enemigos; antes de abandonar la capital del Imperio quiere arreglar aquí, en el Albano, todos los asuntos que le conciernen. ¿Debe buscarse compañía? ¿Debe hacer llamar a alguien para que se siente a su mesa? Piensa en todos los que han ido llegando en interminables riadas; imagina el sufrimiento, la tensa espera intentando averiguar qué decidirá el dios Domiciano. En su rostro se dibuja una sonrisa maliciosa. No, que sigan solos, quiere dejarlos solos. Que esperen todo el día, la noche entera, e incluso un día más o una segunda noche, pues el dios Domiciano meditará con gran cuidado sus decisiones y no se precipitará en nada.

Es posible que Lucía haya llegado ya a esta residencia suya del Albano: Lucía Domitia, su emperatriz. La sonrisa de Domiciano abandona su rostro al pensar en Lucía. Durante mucho tiempo no fue para ella más que el hombre Domiciano, pero después ha debido mostrarle también quién es el amo y dios Domiciano; ha tenido que eliminar a su favorito Paris y hacer que el Senado la desterrara a la isla Pandataria por adulterio. Bien está que hace tres semanas indicara al Senado y al pueblo de Roma la conveniencia de atosigarlo para que llamase de nuevo a la amada emperatriz Lucía. De hecho, se dejó ablandar y la hizo llamar. De otro modo habría debido partir a la guerra sin verla. ¿Habría llegado ya? Si el viaje ha ido bien, debe de haber llegado. No desea demostrar lo mucho que le importa si ha llegado ya o no; ha dado orden de no ser molestado, no quiere saber de la llegada de nadie. Su corazón le dice que está allí. ¿Debe preguntar por ella? ¿Debe rogarle que coma con él? No, es el *imperator*, el dios Domiciano; se domina, no pregunta por ella.

Almuerzo solo, de prisa, sin prestar atención a lo que come; engulle, traga los bocados ayudándose con vino. Pronto termina la extraña colación. Y ¿qué hará ahora? ¿Qué hacer para dejar de pensar en Lucía?

Fue a ver al escultor Basílides, a quien el Senado había encargado la confección de una estatua colosal del emperador. Hacía tiempo que el artista le había rogado que acudiese a ver su trabajo.

Contempló la muestra en silencio. Lo había representado a caballo portando las insignias del poder. Era un jinete notable, heroico, imperial, el que había creado el escultor Basílides. El emperador no tenía nada que objetar a la escultura, que, sin embargo, no fue de su agrado.

El jinete mostraba ciertamente sus rasgos, los de Domiciano; pero podía ser un emperador cualquiera, no necesariamente el emperador Domiciano.

—Interesante —dijo finalmente en un tono que no ocultaba su decepción.

El pequeño y escurridizo escultor Basílides, que no había dejado de observar atentamente cada gesto del emperador, le replicó:

—¿De modo que no estáis satisfecho, Majestad? Yo tampoco lo estoy. El caballo y el torso del jinete ocupan demasiado espacio, dejando en un segundo plano la cabeza, el rostro, lo espiritual.

Y, como el emperador callase, prosiguió:

—Es una pena que el Senado me encomendase representaros a caballo. Si Su Majestad me lo permite, yo propondría otra solución a los senadores. Se me ha ocurrido una idea que considero muy sugerente. He pensado en una estatua colosal del dios Marte que exhiba vuestros rasgos. Naturalmente, no estoy pensando en el Marte de siempre tocado con el yelmo. El yelmo me hurtaría gran parte de esa frente leonina vuestra. He pensado más bien en Marte en reposo. ¿Me permitís que os muestre un prototipo?

Y al ver asentir al emperador hizo que le trajeran el otro modelo.

Había representado a un hombre corpulento, pero sentado, descansando cómodamente. El dios había depuesto las armas, adelantando relajado la pierna derecha, y rodeaba con las dos manos la rodilla izquierda levantada. Un lobo yacía a sus pies, un pájaro carpintero se había posado insolente sobre su escudo. La muestra aún estaba en su primera fase, pero ya había modelado la cabeza, y esa cabeza, sí, era una auténtica cabeza de las que le gustaban a Domiciano. La frente tenía ese aire verdaderamente leonino del que había hablado el artista: recordaba la frente del gran Alejandro. Y el peinado, los breves rizos, le conferían un ligero parecido con ciertas cabezas, muy conocidas, de Hércules, el supuesto antepasado de los Flavios, un parecido que desde luego irritaría a más de un senador. La nariz sobresalía ligeramente curva. Las hinchadas fosas, la boca entreabierta, trasuntaban arrojo, voluntad de mando.

—Imaginaos, Majestad —le explicó excitado el escultor al constatar que su obra le agradaba de forma manifiesta—, el efecto que tendrá la estatua cuando la esculpamos en su verdadero tamaño. Si me permitís que ejecute mi proyecto, Majestad, esta estatua representará aún más al dios Domiciano que al dios Marte. Pues aquí no es el usual yelmo el que atrae la atención del observador, ni el

voluminoso torso, sino que cada detalle está pensado para centrar su atención en el rostro, y es la expresión de ese rostro la que eleva al dios por encima de toda medida humana. Ese rostro ha de mostrar al orbe lo que significan los títulos de amo y dios.

El emperador callaba, pero con sus ojos miopes y saltones observaba su efigie con creciente agrado. Sí, es una buena idea. Marte y Domiciano hacen buena pareja. Incluso el cabello, dejarlo adentrarse levemente en la mejilla; también esa insinuación de la existencia de patillas conviene a la representación del dios Marte. Y el ceño amenazador, los ojos llenos de orgullo y de insolencia, el poderoso cuello: todos rasgos propios del dios Marte y al tiempo características que harán pensar en Domiciano. A ello se añade el decidido mentón, lo único bueno de la cabeza de su padre y, por fortuna, lo único que él, Domiciano, heredó de aquél. Tiene razón ese escultor Basílides: el título que se ha hecho conferir, el título de amo y dios, resulta fácilmente explicable a la vista de ese Marte. Como ese Marte en reposo quiere ser él, y así es: sombrío, divino, peligroso justamente en su reposo. Así quieren verlo sus aristócratas, así lo ama su pueblo, así lo aman sus soldados, y lo que Vespasiano no logró con su afabilidad ni Tito con su vehemencia, con su campechanía, lo ha logrado él, Domiciano, precisamente con su lúgubre majestuosidad.

—Interesante, muy interesante —admitió, pero esta vez en el tono adecuado, y agregó—: No lo habéis hecho nada mal, mi querido Basílides.

Le espera una larga tarde. ¿Qué puede hacer antes de irse a dormir? Si trata de imaginarse las caras de las personas que ha invitado a acudir al Albano no encuentra a nadie, por muchos que sean, cuya compañía le agrade. Sólo desea la presencia de una, pero su orgullo le impide llamarla. De modo que prefiere pasar la tarde a solas, no encontrará mejor compañía que la suya.

Ordena que enciendan todas las luces del salón de ceremonias. También hace llamar a los mecánicos para que se ocupen de la ingeniosa maquinaria de la sala, cuyos muros desplaza a su antojo y cuyo techo se alza hasta que desaparece y permite divisar el cielo. La ingeniosa maquinaria fue en su día una sorpresa destinada a Lucía. Ella no la apreció debidamente. No valoró como se merecían muchos de sus regalos.

Acompañado únicamente por su enano Sileno el emperador penetra en la amplia y luminosa sala. Su fantasía la llena con sus innumerables invitados. Se sienta, relajado; inconscientemente ha adoptado la actitud de esa estatua de Marte, y se imagina cómo permanecen sentados, o tumbados, sus invitados, diseminados por las numerosas habitaciones de su palacio, consumiéndose temerosos en la espera. Manda ampliar y menguar la sala; juguetea, ordena que eleven y vuelvan a hacer descender el techo. Después se pasea durante un rato de un lado a otro, ordena que apaguen de nuevo la mayor parte de las lámparas dejando únicamente ciertas zonas en una débil penumbra. Y vuelve a pasearse por la inmensa sala, y su sombra lo acompaña, gigantesca, y su enano lo sigue, diminuto.

¿Estará Lucía ya en el Albano?

De pronto —a pesar de todo se siente con fuerzas para emprender una nueva tarea— manda llamar a su ministro de policía Norban.

Norban se había acostado ya. La mayoría de los ministros no sabían cómo debían presentarse ante el emperador cuando éste los convocaba a horas intempestivas. Por un lado al emperador le disgustaba esperar, y por otro, se sentía ofendido si no se mostraban cuidadosamente vestidos. Norban, sin embargo, sabía que gozaba del favor de su amo, y por ello se conformó con echarse la toga ceremonial sobre la camisa de noche.

Su cuerpo no muy alto pero imponente aún exhalaba, por tanto, el calor de la cama al presentarse ante el emperador. La cabeza poderosa, cuadrada, sobre los hombros aún más fuertes, puntiagudos, no estaba peinada; el firme mentón sin afeitar parecía aún más brutal que de costumbre, y los rizos de pelo negrísimo, embadurnados de grasa y, a pesar de todo, desordenados, que según la moda al uso llevaba sobre la frente, colgaban grotescos sobre su rechoncha cara. El emperador no le tomó a mal semejante dejadez, ni siquiera se percató de ella. Se mostró afable. Aquel hombre alto rodeó los hombros del otro, mucho más bajo, y lo condujo de un lado a otro por la amplia sala en penumbra, hablándole a media voz y expresándose por medio de insinuaciones.

Le habló de que la guerra y su ausencia podrían utilizarse para desbrozar ligeramente las filas del Senado. Una vez más, en esta ocasión con Norban, repasó los nombres de sus enemigos. Él conocía sus vidas y tenía buena memoria, pero Norban conservaba en su ancha cabeza aún más datos, sospechas y certezas, argumentos en favor y en contra. El emperador se paseó con él de un lado para otro, envarado, rígido, sin soltarlo. Lo escuchaba, le lanzaba preguntas, expresaba ciertas dudas. No vacilaba en permitirle vislumbrar su interior, confiaba en él con una seguridad que procedía de un rincón secreto de su alma.

Naturalmente, Norban también mencionó a Aelio, primer esposo de la emperatriz Lucía, el senador que había bautizado a Domiciano con el nombre de Varriguita y al que Domiciano habría querido conservar a toda costa en su lista. Ese Aelio era un vividor. Había amado a Lucía, seguramente aún la amaba; también amaba las muchas otras cosas agradables con las que el destino lo había favorecido: sus títulos y privilegios, su dinero, su buen aspecto y natural dicharachero que le procuraban amigos dondequiera que fuera. Pero mucho más que todo eso amaba su ingenio, y le gustaba sacarlo a la luz. Ya bajo los primeros Flavios sus chistes le acarrearón disgustos. Bajo Domiciano, que le había arrebatado a Lucía, estaba doblemente amenazado y tenía aún más razones para domeñar su lengua. En lugar de ello se atrevía a afirmar que conocía exactamente la enfermedad de la que moriría. Esa enfermedad sería alguna feliz ocurrencia. También aquel día Norban le contó al emperador algunos de los nuevos e irreverentes chistes de Aelio. Al reproducir el último, sin embargo, se detuvo antes de llegar al final.

—¡Continúa! —le ordenó el emperador. Norban vaciló. El emperador enrojeció, insultó a su ministro, gritó, se deshizo en amenazas. Finalmente Norban le contó el final. Se trataba de un chiste tan refinado como obsceno acerca de aquella parte del cuerpo de Lucía que emparentaba, por así decir, a Aelio con el emperador. Domiciano se puso lívido—. Tienes una buena cabeza, ministro Norban —dijo finalmente no sin esfuerzo—. Lástima que te la juegues por hablar demasiado.

—Me habéis ordenado que hable, Majestad —dijo Norban.

—Poco importa —replicó el emperador, que, inesperadamente, aulló—: ¡No habrías debido repetir esas palabras, perro!

Norban no se inquietó demasiado. De hecho, el emperador no tardó en sosegar, y continuaron hablando fríamente sobre los candidatos de la lista. Como Domiciano había temido, no podía contar con que se eliminase en su ausencia a más de cuatro enemigos del Estado; más habría sido excesivamente arriesgado. Norban, que no estaba totalmente de acuerdo con la lista del emperador, insistió en aplazar asimismo la ejecución del segundo senador que figuraba en ella. Finalmente, el emperador tuvo que tachar dos nombres de su lista de cinco, aunque a cambio Norban le concedió incluir uno nuevo, de modo que le quedaron cuatro. A esos cuatro nombres pudo añadirles por fin la letra M.

Esa misteriosa M era la inicial del nombre Mesalino, y ese Mesalino era el hombre más adusto de la ciudad de Roma. Al ser pariente del poeta Catulo descendía de una de las estirpes más antiguas del país, por lo que todos esperaban que se uniese a la oposición del Senado. En lugar de ello se puso de parte del emperador. Era rico, y no lo hacía por los pingües beneficios que extraía de acusar a éste o a aquél, incluso a amigos y parientes, de lesa majestad: lo hacía porque la perfidia le procuraba un inmenso placer. Mesalino era ciego, pero nadie lo superaba a la hora de husmear ocultas debilidades, o transformar en sospechosas inocentes afirmaciones y en criminales actos inocuos. Quien llegase a ser objeto del interés del ciego Mesalino estaba perdido: una acusación suya equivalía a una condena. El Senado tenía seiscientos miembros, cuya piel se había curtido en la Roma del emperador Domiciano, y todos sabían que quien quisiese prosperar en ella debía dejar a un lado todo escrúpulo. Pero al escuchar el nombre de Mesalino incluso los más avezados torcían el gesto. El ciego concedía importancia a que no se le recordase su ceguera; se había aprendido el camino hacia su escaño en el Senado y avanzaba entre los bancos hasta su puesto solo y como si viera. Todos tenían cuentas pendientes con ese tipo torvo y peligroso: la caída de algún familiar, de algún amigo; todos habrían disfrutado viéndolo tropezar con algún obstáculo que le recordase su ceguera. Pero nadie se atrevía a ceder a su deseo, lo rehuían, y apartaban cualquier obstáculo que se le interpusiese.

De modo que el emperador anotó la letra M tras los cuatro nombres.

Con ello había solventado la cuestión, y, en realidad, pensó Norban, DDD habría podido dejarlo regresar ahora tranquilamente a su lecho. Pero el emperador le hizo

permanecer a su lado, y Norban sabía por qué. DDD estaba deseoso de oír alguna noticia de Lucía, deseaba saber de él qué había hecho Lucía en su exilio en Pandataria. Pero había perdido la oportunidad de hacerlo. No debería haberle gritado de ese modo hace un rato. Ahora Norban se cuidará muy mucho de contarle lo que quiere oír, no volverá a hacerse reo de lesa majestad. Enseñará a su emperador con sutileza a dominarse.

Era cierto que Domiciano ardía en deseos de preguntar a Norban. Pero, aunque no le ocultara nada, se avergonzaba cuando se trataba de Lucía, y no se atrevió a preguntarle. Norban, a su vez, callaba astutamente.

En lugar de hablar de Lucía refirió al emperador, en vista de que no lo dejaba marchar, toda clase de chismes de negocios y pequeñas vicisitudes políticas. También le habló de los sospechosos movimientos que se habían detectado en la casa del escritor Flavio Josefo desde el estallido de las revueltas en las provincias orientales, sí, incluso estaba en situación de mostrarle una copia del manifiesto elaborado por Josef.

—Interesante —dijo Domiciano—, muy interesante. Nuestro Josef. El gran historiador. El hombre que ha descrito y conservado nuestra guerra judía para la posteridad, el hombre en cuyas manos está repartir gloria y afrenta. Para los hechos de mi divinizado padre y de mi divinizado hermano encontró toda clase de elogios, pero conmigo ha sido más bien mezquino. De modo que ahora compone dudosos manifiestos. ¡Mira por dónde!

Y encargó a Norban que siguiese vigilando a aquel hombre, aunque sin intervenir. Él mismo se ocupará, y seguramente antes de su partida, de ese judío Josef; hace tiempo que tiene ganas de volver a hablar con él.

Lucía, la emperatriz, había llegado al Albano a última hora de la tarde. Confiaba en que Domiciano la saludaría. Que no lo hiciera pareció divertirla más que irritarla.

Mientras su espíritu presidía la entrevista de Domiciano con Norban, sin que ninguno de ellos mencionase su nombre, comía rodeada de un círculo de íntimos. No habían acudido todos los invitados, pues aunque el emperador había llamado junto a sí a Lucía nadie sabía a ciencia cierta el efecto que tendría en él que compartiesen su mesa. Nadie estaba a salvo de encontrarse con una sorpresa mortal; ya había ocurrido en alguna ocasión que el emperador se mostrase particularmente benévolo con alguien justo antes de proceder a aniquilarlo.

Los que participaban en la cena de la emperatriz se mostraban alegres, y la propia Lucía estaba de un humor excelente. Nada en ella revelaba las fatigas del exilio. Allí estaba, grande, joven, pletórica; reían los ojos quizás excesivamente separados bajo la frente pura e infantil, todo su luminoso y valiente rostro irradiaba alegría. No tenía reparo alguno en hablar de Pandataria, la isla de su exilio. Probablemente Domiciano la había desterrado a aquella isla para que sintiese el peso de las sombras de las excelsas damas que fueron proscritas antes que ella: las sombras de Agripina, de la Octavia de Nerón, de la Julia augustina. Pero en eso se había equivocado. Al evocar a

aquella Julia de Augusto no pensaba Lucía en su final, sino únicamente en su amistad con Sileno y Ovidio y en los placeres que fueron la causa de aquel final.

Les refirió los detalles de su vida en la isla. En ella convivían diecisiete proscritos y cerca de quinientos nativos. Naturalmente, vivían con cierta estrechez, y también resultaba molesto ver siempre a las mismas personas en torno a uno. No se tardaba en conocer hasta sus más mínimas arrugas. La vida en aquella roca yerma, con el mar infinito a su alrededor, volvía a más de uno melancólico, adusto, y producía desagradables roces; había épocas en las que se odiaban tanto que, cual arañas encarceladas, sentían deseos de comerse unos a otros. Pero también era bueno librarse por una vez de los excesos de Roma, perder de vista algunos de sus rostros y depender tan sólo de uno mismo. Ella no había tenido malas experiencias en esa conversación consigo misma. Además, disfrutó de ciertas sensaciones de las que nada podían saber en Roma; por ejemplo, la emoción que les procuraba ver llegar cada seis semanas el barco que les traía de Roma las cartas, los diarios y todos los pequeños objetos que habían solicitado. En resumidas cuentas, afirmó, no había sido una mala época. Y al verla allí tan alegre y vivaz no resultaba difícil creerla.

Pero aún no se había dilucidado cómo viviría ahora Lucía en Roma, qué actitud adoptaría el emperador ante ella. Lo comentó sin tapujos, y también los demás se expresaron al respecto con particular franqueza: Claudio Regino, el senador Junio Marullo, y el que fuera su esposo, Aelio, al que no había tenido reparos en invitar a su mesa. Al día siguiente, opinó Aelio, Lucía sabría con seguridad lo que podía esperar en el futuro de Varriguita. Malo sería que éste expresase el deseo de encontrarse con ella a solas, pues posiblemente querría discutir. Pero probablemente Varriguita temía tanto discutir con ella como él lo temió en su día, por lo que sin duda pospondría en lo posible tal encuentro. Sí, él, Aelio, estaba dispuesto a apostar a que el emperador organizaría mañana una comida familiar, porque preferiría ver a Lucía en compañía de otros a enfrentarse con ella a solas.

Lucía por su parte no daba muestras de temer semejante confrontación. No le importaba llamarlo por su apodo y, en presencia de todos, dijo dirigiéndose a Claudio Regino:

—Más tarde quiero que me dediquéis cinco minutos, querido Regino, para que me aconsejéis sobre lo que puedo exigirle a Varriguita antes de reconciliarme con él. Si es cierto que ha engordado, como me han dicho, la cosa le saldrá más cara.

Como la mayoría de sus invitados, el propio Domiciano no durmió bien aquella noche. Seguía sin atreverse a preguntar si Lucía había llegado ya, pero una voz interior le aseguraba que sí, que estaba allí; que de nuevo dormían bajo un mismo techo.

Lamentó haber ofendido a Norban. Si no lo hubiera hecho ahora sabría lo que había hecho Lucía en su exilio de Pandataria. Eran muy pocos los hombres con los

que habría podido tratar allí, y no concebía que ninguno de ellos le pudiera resultar atractivo. Pero ella era impredecible y se lo permitía todo. Quizá llegó a acostarse con alguno de esos hombres, o tal vez con algún pescador; o con cualquiera de esa morralla que poblaba la isla. Sólo que nadie se lo podía decir a excepción de Norban, a quien había cerrado la boca del modo más estúpido.

Pero, aun conociendo lo que había ocurrido en Pandataria, aunque supiera, minuto a minuto, lo que había hecho allí, no le serviría de mucho. Tenso, con una mezcla de desagrado y deseo, aguarda la conversación que mantendrá al día siguiente con Lucía. Busca frases con las que herirla, él, el altivo Domiciano, el dios, a la pecadora que, magnánimo, se digna recibir. Pero sabe de antemano que, por muy agudas que sean las frases que encuentre, ella se limitará a sonreír y al final estallará en una carcajada, esa oscura y plena risa suya; y le replicará algo como: Vamos, vamos, Varriguita, basta ya. Diga lo que diga, y haga lo que haga, está hecha de tal pasta que será incapaz de amedrentarla. Pues mientras los demás, sus insolentes aristócratas, parecen tener horchata en las venas, en ella, en Lucía, habita en verdad esa pujanza, esa fuerza de los antiguos patricios. Odia a Lucía por esa orgullosa fuerza suya, pero la necesita, la echa de menos si no la tiene a su lado. Se dice que es la diosa Roma personificada, y que sólo por eso la ama y la necesita. Pero lo que él necesita y ama es sencillamente a Lucía, la mujer y nada más. Sabe que no podrá ir al campo de batalla sin haberle besado antes la pequeña cicatriz bajo el pecho izquierdo, y que, si le permite besarla, será un regalo. Ay, a ella no puede ordenarle nada, se limita a reír; de todos los vivos que conoce es la única que no teme a la muerte. Ama la vida, toma del instante lo que éste le ofrece, pero precisamente por eso no teme a la muerte.

El emperador había convocado a primeras horas de la mañana a los consejeros más próximos a él a un consejo secreto. Los cinco caballeros que se reunieron en la sala de Hermes estaban soñolientos. Todos habrían preferido quedarse en sus camas, pero aunque en alguna ocasión pudiera ocurrir que el emperador los hiciera esperar indefinidamente, ¡ay del que se atreviese a ser impuntual con él!

A su manera, franca y ruidosa, Annius Bassus confió a Claudio Regino sus dudas sobre la futura campaña: aparentemente quería que Regino intercediese por él ante el emperador. Por una parte, opinó, DDD no consideraba digno de él, de un dios, ahorrar; de modo que el mantenimiento de la corte, y en particular las obras, requerirían grandes sumas de dinero también en su ausencia. Y, por otra parte, concedía gran importancia —rasgo heredado del padre— a que se evitasen a toda costa los descubiertos. Pero lo que se resentiría con todo ello sería la conducción de la guerra. Temía que no se enviasen suficientes tropas y material a los generales del frente del Danubio. Lo que faltase en fuerzas y medios lo sustituiría el comandante en jefe, Fusco, con su arrojo. Y ahí radicaba el mayor peligro.

—No, la administración del Estado no es asunto fácil —le replicó Regino con un suspiro—, qué me vais a decir a mí, Annius. Ayer mismo recibí un poema que me ha dedicado el poeta de corte Estacio.

Y, con una sonrisa que le cubría toda la carnosa cara sin afeitarse y bizqueando irónico con los pesados ojos soñolientos, extrajo el manuscrito de la manga de su túnica de gala; sujetando el valioso poema con sus gruesos dedos lo leyó con su voz aguda y sebosa:

—A ti solo se confiere la administración de los sagrados tesoros del emperador, las riquezas de todos los pueblos, los ingresos del orbe entero. Toda la ganancia de las minas de oro de Iberia, todo lo que reluce en los altos de Dalmacia, las cosechas de Libia, lo que trae el fango del arrebatado Nilo, las perlas que sacan a la luz los buceadores del mar de Oriente, y el marfil de los elefantes del Indo a ti se confía como único administrador. Sin descanso, vigila tenaz, y con precisa celeridad calcula lo que requieren cada día los ejércitos del Imperio, el mantenimiento de la ciudad; qué los templos, los canales; qué la conservación de la ingente red viaria. Onza a onza conoces el precio, peso y aleación de cualquier metal que, al surgir del fuego, transforma en imagen a los dioses, y al emperador en imagen, en moneda romana. El hombre del que se habla aquí soy yo —afirmó sonriente Claudio Regino, y verdaderamente resultaba un tanto cómico comparar a aquel hombre desaliñado, escéptico y carente de toda presunción, con los excelsos versos que se le habían dedicado.

El gran chambelán Crispín recorría la pequeña estancia con paso nervioso. El joven y elegante egipcio se había vestido con extremo cuidado a pesar de lo temprano de la hora. Sin duda había dedicado mucho tiempo a su arreglo: como de costumbre, olía a esencias como si se dispusiera a acompañar el cortejo fúnebre de un patricio. Los sosegados y vigilantes ojos del ministro de policía Norban lo seguían con evidente desaprobación. No le gustaba ese joven pisaverde, sentía que se mofaba de su propia grosería. Pero Crispín era una de las pocas personas contra las que Norban nada podía. Ciertamente el ministro de policía conocía muchos detalles oscuros de las finanzas del derrochador Crispín. Pero el emperador sentía una inexplicable debilidad por el joven egipcio. Veía en él, ducho en todos los refinados vicios de su Alejandría, el espejo de la elegancia y del buen tono. Pues Domiciano, el defensor de la más pura tradición romana, despreciaba aquellas artes, pero Domiciano el hombre experimentaba un gran interés por ellas.

Crispín exclamó sin detenerse:

—Seguramente se tratará de nuevas leyes sobre moralidad, más estrictas. DDD no cesará hasta convertir nuestra Roma en una gigantesca Esparta.

Nadie le respondió. ¿De qué servía rumiar las cosas cien veces?

—También cabe pensar —opinó Marullo con un matinal bostezo— que nos ha convocado a causa de algún rodaballo o de una langosta.

Se refería a aquella malvada broma que el emperador se había permitido no hacía

mucho, cuando, en medio de la noche, ordenó a sus ministros acudir a toda prisa a Albano para preguntarles cómo debía prepararse un rodaballo enorme que le acababan de regalar.

Los ojos del omnisciente Norban, en cuyos informes figuraban con todo lujo de detalles los actos y afirmaciones de todos y cada uno de ellos, aún seguían al irritado Crispín; eran unos ojos castaños, hasta su blanco estaba teñido de castaño, y su atenta y serena expresión recordaba los ojos de un can al acecho.

—¿Habéis descubierto algo nuevo sobre mí? —acabó por preguntarle el egipcio irritado por su mirada.

—Sí —le replicó escueto Norban—. Vuestro amigo Metio ha muerto.

Crispín se detuvo de pronto y volvió el fino, esbelto y vicioso rostro hacia Norban; en él se mezclaban la esperanza, la alegría y la preocupación. El viejo Metio era un hombre muy rico; Crispín lo había acosado hábilmente alternando las muestras de afecto y las amenazas, y el anciano terminó por acceder a dejarle una suma muy considerable en su testamento.

—Vuestra amistad no parece haberle sentado muy bien, querido Crispín —dijo el ministro de policía; todos seguían ahora su conversación—. Metio se ha abierto las venas. Por cierto, poco antes legó toda su fortuna —Norban subrayó expresamente la palabra «toda»— a nuestro querido amo y dios Domiciano.

Crispín logró mantenerse sereno.

—Siempre nos traéis buenas nuevas, querido Norban —replicó cortés.

Si aquella enorme fortuna no le correspondía a él, que recayese en el emperador, a él se lo concedía. A pesar de su retorcimiento, los cinco hombres reunidos en la pequeña sala sentían un sincero afecto por Domiciano. Pese a sus siniestros caprichos DDD fascinaba a las masas y a todos los que se le acercaban.

Claudio Regino había escuchado aquello haciendo visajes. Ahora volvió a relajarse y se recostó, desaliñado y soñoliento, en un sillón.

—Ellos lo tienen fácil —le dijo a Junio Marullo a media voz volviendo la cabeza hacia los otros tres—, son jóvenes. Vos, en cambio, Marullo, y yo, hemos logrado algo que ninguno de los amigos del emperador ha conseguido: los dos hemos superado los cincuenta.

Entre tanto, Norban había acorralado a Crispín en un rincón. A su manera, serena pero levemente amenazadora, amortiguando la pastosa voz de forma que los demás no pudieran oírle, le espetó:

—Tengo otra buena noticia para vos. Las vestales asistirán a los Juegos Palatinos. Podréis ver a vuestra Cornelia, querido Crispín.

El rostro cetrino de Crispín casi se desencajó por la sorpresa. En un par de ocasiones había expresado con cierta osadía los deseos que le inspiraba la vestal Cornelia, pero sólo ante sus íntimos, pues el emperador se tomaba muy en serio el sacerdocio y no toleraba el más leve comentario irreverente sobre sus vestales. Crispín recordaba exactamente lo que había osado decir: que aunque Cornelia se

hubiera cosido a la piel aquel vestido blanco la haría suya. ¿Por qué endiablados vericuetos había llegado aquello a oídos del maldito Norban?

Finalmente los consejeros fueron conducidos al gabinete interior.

El emperador estaba sentado en una silla con alzas delante de su escritorio, rígido y primorosamente engalanado con la túnica mayestática reservada para él, y llevaba puestos los incómodos zapatos de gruesas suelas, si bien la mesa ocultaba sus pies. Le agradaba ser en todo un dios, y se limitó a replicar con un altivo y hierático asentimiento al ceremonioso y humilde saludo que le dedicaron los consejeros.

La objetividad con que condujo la reunión resultó por ello más chocante. Aunque transido del sentimiento de su carácter divino, juzgaba con un humano sentido común los motivos y argumentos que le exponían aquellos señores.

Para empezar trataron el proyecto de ley según el cual debía encomendarse para siempre al emperador el control supremo de la moralidad y el Senado limitando a lo puramente formal los derechos de la corporación corregente, con lo cual harían realidad el principio de la monarquía absoluta. Desarrollaron hasta en sus más nimios detalles estilísticos los argumentos en que basarían su proyecto. A continuación estudiaron el modo de armonizar el presupuesto de guerra con el aprobado para tiempos de paz. Por una parte, debía asignarse una suma bastante elevada al constructor Frontín para proseguir con el muro que les protegía del avance de los bárbaros germanos, y por otra era necesario conceder importantes primas y bonificaciones a los contingentes que partían hacia el frente. Pero tampoco podían detener sin más las ambiciosas obras iniciadas en la ciudad y en las provincias, so pena de mermar el prestigio del emperador. ¿En qué podían ahorrar? ¿Y dónde, en qué partidas podían elevar aún más los impuestos sin abrumar excesivamente a sus súbditos? A continuación debatieron qué medidas debían adoptar contra las provincias cuyo dominio no era tan firme, qué privilegios debían concederles o arrebatárles. Después comentaron con mayor pro[^[1] fusión en] qué medida podían atemperarse los preceptos que limitaban el cultivo de la vid en favor del cereal; no deseaban que dicha reforma, tan necesaria, resultase demasiado impopular. Finalmente, se demoraron al llegar a las proyectadas leyes de moralidad: preceptos que regulaban la creciente emancipación de las mujeres, preceptos que limitaban el lujo en el vestir, decretos que debían favorecer un mayor control de los espectáculos. Una vez más, los consejeros hubieron de reconocer que no era la hipocresía lo que llevaba a Domiciano a alabar su misión sacerdotal, que lo impelía a recuperar por todos los medios a su alcance las virtudes y las tradiciones de la vieja Roma. Por esclavo que fuera de sus propios deseos irrefrenables, estaba profundamente convencido de su misión, que consistía en reconducir a su pueblo a la moralidad y a los orígenes religiosos de sus ancestros. «La virtud y el poder romano son lo mismo, lo uno no subsiste sin lo otro: una moral estricta es la base del Imperio». Allí estaba, explicándolo, una estatua parlante rígida e imperial de la que emanaba la profunda convicción de su misión, y, aunque no era la primera vez que los congregados asistían

al espectáculo del dios Domiciano revelándose, aquella obsesión se les antojó levemente siniestra.

Pero, a excepción de esta última, el resto de las cuestiones fueron consideradas con la objetividad y eficacia que caracterizaban el proceder del emperador, sin resentimiento alguno contra nadie. Domiciano había sabido fundirse con sus consejeros hasta formar un solo organismo que pensaba con un único cerebro. Fue una larga sesión, todos ansiaban relajarse, pero el emperador no se concedió un respiro ni a sí mismo ni a sus asesores.

Y, tras despedir a los agotados señores, conservó a Norban a su lado. Sin duda haría bien en reposar un poco. Aún le aguardaba una agotadora comida en familia — Aelio, gran conocedor de los hombres, no se había equivocado: el emperador deseaba recibir a Lucía en el círculo familiar— y después el ansiado y temido encuentro con ella. Era precisamente por ese encuentro por lo que Domiciano deseaba hablar con su ministro de policía, el único que podía proporcionarle material —material contra Lucía— que tal vez le resultara útil en dicha conversación. Pero Norban tampoco se explayó entonces, y el emperador no osó formular la pregunta. Aguardó a que su consejero mencionara el asunto por sí mismo; era una bajeza que no informase a su emperador, incluso sin ser preguntado. Pero Norban era testarudo, y no habló.

El emperador renunció con un suspiro a saber algo de Lucía de sus labios. Pero, ya que lo tenía ante él, se decidió a preguntarle al menos por Julia. Su relación con su sobrina Julia era ambigua y cambiante. Tito, su hermano, le ofreció en su día a su hija por esposa; pero Domiciano, que entonces no pensaba más que en ser corregente, no se contentó con eso. Sin embargo, después, en parte por el odio que le inspiraba su hermano, en parte porque la hermosa lasitud y la blanda opulencia de Julia lo atraía, la poseyó por medio de argucias y violencia. Y cuando Tito casó a Julia con el primo Sabino, sí, precisamente por ello, prosiguió con aquella escandalosa relación. Ahora Tito estaba muerto y Domiciano no tenía ningún motivo para irritarlo, pero entre tanto había llegado a habituarse a la rubia, blanca y perezosa Julia. Ella lo amaba, era indudable, y él se refugiaba en ese amor cuando lo reconcomía el resentimiento por el inapelable orgullo de Lucía. Su inclinación hacia Julia dependía de cómo lo tratase Lucía.

Julia estaba embarazada. Hacía tiempo que él le había prohibido acostarse con su esposo, Sabino. Ella juraba que el niño era suyo, no de Sabino, y el hombre Domiciano gustaba de creerlo, no así el desconfiado emperador Domiciano. O tal vez el emperador Domiciano llegase a creérselo, pues nadie era capaz de engañarlo a él, al dios, pero el hombre Domiciano era desconfiado. No se avergonzó de exponer sus dudas ante Norban. Lucía le había dado un hijo, que falleció a los dos años de edad, y el médico Valens no confiaba en absoluto en que pudiera volver a darle descendencia. Sería magnífico que Julia tuviese un niño. Pero ¿quién podría decirle si el fruto que llevaba en su seno era realmente suyo? Jamás llegaría a estar completamente seguro, pues, aunque el niño tuviera rasgos flavios de cualquier tipo podían proceder de ella,

de él, o de Sabino. ¿Quién disiparía sus dudas?

Norban se había entregado en cuerpo y alma al servicio de su amo, y también sentía un sincero afecto por él. Le habría alegrado enormemente que Domiciano tuviese un hijo al que poder confiar el trono.

—Tengo gente de confianza en la casa del príncipe Sabino —le explicó—, personas observadoras. No por parte de la princesa Julia, sino del príncipe Sabino. Me dicen con toda seguridad que ambos viven como primo y prima, no como esposos.

El emperador dirigió sus turbios y rígidos ojos, un tanto saltones, hacia Norban.

—Deseas consolar al amo y dios Domiciano —le replicó— porque eres amigo del hombre Domiciano.

Norban se encogió de hombros y dijo:

—No hago más que referiros lo que me han dicho personas de toda confianza.

—En cualquier caso, su mera existencia resulta irritante —opinó Domiciano— Sabino, ese altivo botarate. Es tonto por naturaleza. Que se haya vuelto tan altanero se lo debemos a Tito. Te lo aseguro, Norban, con todo su empuje, mi hermano Tito no pasaba de ser un sentimental. Mimó a Sabino por pura debilidad hacia la familia. Fue una estupidez darle a Julia por esposa.

—No me corresponde a mí —le replicó Norban— criticar al dios Tito.

—Puedes creerme —replicó impaciente el emperador—: el dios Tito hizo muchas tonterías. El orgullo de ese Sabino es verdaderamente intolerable. Raya casi en la alta traición.

—Se mantiene escrupulosamente alejado de toda actividad política —le espetó, casi lamentándolo, el ministro de policía.

—Eso es lo malo —repuso Domiciano—. Y en cambio se las da de mecenas de toda clase de intelectuales esnobs, naturalmente de la oposición.

—¿Es eso alta traición? —meditó Norban—. Creo que no basta.

—Hizo que sus criados vistiesen la librea blanca reservada al servicio del emperador —prosiguió Domiciano.

—No es bastante —insistió Norban—. Dejaron de usarla en cuanto se lo ordenasteis. No, todo eso no basta —concluyó—. Confiad en vuestro Norban, amo y dios —le dijo—. El príncipe Sabino está hecho de tal pasta que seguro que podremos buscarle las cosquillas. Y en cuanto ocurra, tal vez a vuestro regreso de la campaña, mi amo y dios, os lo comunicaré de inmediato.

Esa noche el emperador cenó primero solo, deprisa y en abundancia, pues quería saciarse para no distraerse en la mesa y poder observar atentamente a sus invitados. Éstos acudieron a la pequeña, íntima y ceremoniosa sala de Minerva. Se trataba de Lucía, los dos primos del emperador —Sabino y Clemente— con sus esposas Julia y Domitila, y los dos gemelos hijos de Clemente.

Los guardias depusieron las lanzas con un tintineo y Domiciano entró en la sala. De pronto divisó a Lucía. Su arrogante y luminoso rostro lo saludó con una sonrisa ligeramente burlona. ¡Ay, no! La estancia en la yerma isla no la había amansado, no había cambiado nada. Se alegraba de que no estuvieran a solas.

Se dirigió hacia ella con esos andares penosos y envarados de siempre y la besó como, de acuerdo con el protocolo, debía besar a todos los presentes. Se contentó con un beso breve y formal, sus labios apenas rozaron sus mejillas. Pero ella percibió bajo su toga de gala el latido desbocado de su corazón. Él habría sido capaz de renunciar a una provincia entera por saber si se había acostado con otro en la isla. ¿Por qué no se lo había preguntado a Norban? ¿Acaso temía la respuesta?

Sintió un deseo salvaje y apenas refrenable de ver la cicatriz bajo su pecho izquierdo y acariciarla suavemente. En verdad es un gran gobernante, un verdadero romano, pues consigue dominarse y volverse hacia los demás con rostro sereno mientras experimenta ese anhelo indecible.

De modo que abraza a su primo Sabino y lo besa, tal como prescribe la costumbre. Un tipo repelente ese Sabino, tan necio como engraido. Pero Domiciano confía en su ministro de policía. Llegará el día en que no tendrá que sentir la piel de Sabino junto a la suya.

A continuación se volvió hacia Julia. Nada denotaba aún su estado, pero todos estaban al tanto. Seguramente Lucía, también ella, se preguntaría si el niño era de Varriguita o del estúpido de Sabino. El rostro del emperador se tornó carmesí al encaminarse hacia Julia con los brazos a la espalda formando un ángulo, metiendo la barriga; pero eso no tenía importancia, se sonrojaba fácilmente y por cualquier motivo. Los ojos de Julia de un azul grisáceo lo miraron abiertamente, escrutándolo. En esos últimos meses no se había mostrado particularmente caprichoso, pero, como era razonable, preveía que todo cambiaría en cuanto regresase junto a Lucía. Allí estaba, pues, una auténtica flavia, llenando la estancia. Su existencia no podía negarse. ¿Pero no resultaba ligeramente vulgar comparada con Lucía? Domiciano la besó, y su blanca y fina piel, que tanto le agradara unos días antes, le pareció falta de encanto.

Después saludó con un beso y un abrazo a su primo menor, Clemente, el dulce y perezoso Clemente —como le gustaba llamarlo—, pues nunca se había interesado por la política, carecía de ambición, y la afable lasitud que revelaba todo su ser irritaba enormemente al emperador, que se tenía por garante de la esencia romana. Clemente pasaba la mayor parte del tiempo en el campo con su esposa Domitila y sus hijos gemelos. Allí practicaba la ridícula doctrina pietista de una secta judía, los llamados mineos o cristianos, que todo lo esperaban del más allá, ya que no parecían apreciar excesivamente la vida terrenal. A Domiciano esa doctrina se le antojaba repugnante, blandengue, afeminada, necia, de todo punto indigna de un romano. No, ¡por Hércules!, tampoco le gustaba su primo Clemente, quien, sin embargo, le aventajaba en una cosa, había algo que Domiciano le envidiaba: los gemelos de cuatro años

Constancio y Petronio, los cachorrillos o leoncitos, como Domiciano solía llamar a aquellos chicos ágiles, blandos y fuertes. La dinastía debía sobrevivir, ése era su mayor deseo. Ni Sabino ni Clemente estaban hechos para el trono, y aún no se sabía qué ocurriría con el vástago de Julia, de modo que por el momento los gemelos eran los únicos con los que contaba Domiciano, y en su fuero interno acariciaba la idea de adoptarlos. Sólo por ellos aceptaba la presencia de su primo Clemente. Éste, que —dicho sea de paso— le correspondía en su aversión, se dejó besar y abrazar con evidente disgusto.

Su esposa, en cambio, Domitila, a quien saludó en último lugar, provocaba y regocijaba al emperador. Hija de su hermana, que falleció tempranamente, también ella mostraba ciertos rasgos típicamente flavios: cabellos rubios y un poderoso mentón. Pero era muy delgada, delgada en todos los sentidos, y también parca en palabras. Sin embargo, sus claros ojos eran muy elocuentes, incluso fanáticos. Para designar a Domiciano no usaba más que el desdeñoso epíteto de «ése» —incluso «Varriguita» era demasiado benévolo a sus ojos—, y el emperador no necesitaba a Norban para saber que Domitila veía en él a la encarnación de la maldad. Sin duda era ella quien imbuía en su débil marido aquella pasiva hostilidad, la frágil y callada dulzura de su resistencia. Sin duda era ella quien lo impelía a adherirse a aquella sospechosa secta judía. Al besarla, Domiciano la abrazó más estrechamente que al resto. No le importaba, pero quiso ir más allá del beso ceremonial, abrazando a la remisa cordial y largamente sólo para irritarla.

Durante la cena, se mostró alegre y locuaz, si bien no dejó de mofarse, como era su costumbre, de sus primos Sabino y Clemente, y de Domitila. Pero no se tomó a mal que Lucía lo ofendiese alabando su moderación, y reconociese admirada que su barriga sólo había aumentado un poquito. También expresó su preocupación por Julia, recomendándole que se cuidase dado su estado y comiese de ciertas viandas absteniéndose de otras. Pero, sobre todo, bromeó con los gemelos. Dulcemente les acarició el claro y blando cabello llamándolos «mis cachorrillos». Los príncipes se dejaban querer; aparentemente correspondían al afecto que les mostraba su tío.

—El pueblo, los soldados y los niños me quieren —constató satisfecho el emperador—. Todos los que conservan sanos sus instintos me aman.

—¿Acaso tengo yo los instintos corrompidos? —le replicó Lucía. Y Julia, afable y serena, inquirió:

—¿Significa eso que no amas a nuestro dios Domiciano, querida Lucía, o que lo amas a pesar de tus corruptos instintos?

Al terminar la comida y despedir a los comensales Domiciano se sintió con ánimos para enfrentarse a la ansiada entrevista con Lucía. A pesar de todo, cuando se quedaron a solas no supo cómo empezar. Lucía se dio cuenta, y una sonrisa cubrió su rostro. De modo que fue ella la que inició la conversación conduciéndola por los derroteros que más le convenían.

—En realidad —dijo—, debo agradecerte que me condenaras al exilio. Cuando

supe que ni siquiera me enviabas a Sicilia, sino a la yerma Pandataria, me ofendí, debo reconocerlo, y temí que mi estancia fuera terriblemente aburrida. Pero, en cambio, la isla ha resultado ser toda una experiencia que no me habría gustado perderme. Condenada a tratar con una docena de proscritos y con la población proletaria indígena, descubrí que una isla tan desolada como ésa favorece mucho más la vida interior de sus moradores que el Albano, por ejemplo, o el Palatino.

De todos modos, se dijo Domiciano con acritud, le preguntaré a Norban si tuvo alguna relación y con quién.

—Cuando accediste —continuó Lucía— a llamarme, casi lo lamenté. Y eso que no voy a negar que ahora, tras la yerma Pandataria, el Albano me resulta aún más divertido.

—Debería haber aplicado más estrictamente las leyes sobre adulterio —opinó Domiciano sonrojándose—. Debí haberme deshecho de ti, Lucía.

—Eres bastante inconsecuente, mi amo y dios —le replicó Lucía sin deponer su sonrisa—. Primero me haces llamar, y después me endilgas semejante grosería. ¿No te parece un tanto primitivo proponer siempre soluciones tan sangrientas?

Se le acercó aún más, era mayor que él, y le acarició el cabello cada vez más ralo.

—Un signo de mal gusto, Varriguita —dijo—, nada propio de un hombre de casta. Por otra parte, no temo a la muerte. Creía que ya lo sabías. Si tuviera que morir ahora no me parecería un alto precio por todo lo que la vida me ha dado.

Había sabido sacar provecho de la vida, Domiciano debía admitirlo. Y era cierto que no temía a la muerte, él mismo había hecho la prueba. Y también le creía que hubiera sido capaz de disfrutar de su exilio. No, no había forma de domeñarla, no sabía imponerse. El arrojo con que defendía su proceder no dejaba de escandalizarlo, pero siempre terminaba sometándose a él.

Trató de mostrarse firme. No era irremplazable, eso había quedado claro en su ausencia. ¿Acaso no se había convertido Julia en algo más que una amante? ¿No esperaba un hijo de Julia? ¿Y no había aprovechado también él su ausencia?

—Yo tampoco he perdido el tiempo, Lucía —le espetó socarrón—. Roma es ahora más grande, más poderosa, más fuerte y más virtuosa.

Lucía se limitó a reír.

—¡No te rías, Lucía! —exclamó Domiciano, y aquello sonó como un ruego y una orden—. Así es.

Y ablandándose, casi suplicante:

—También lo he hecho por ti, lo he hecho sólo por ti, Lucía.

Lucía permanecía en silencio, observándolo. Era capaz de descubrir sus rasgos más ruines y ridículos, pero también veía su fuerza y sus dotes de mando. Una cosa estaba clara: alguien que reuniera un poder tan inmenso como ese Domiciano tenía que ser un gran hombre para no perder la cabeza. No se le podía exigir que fuese razonable. Ella no lo hacía. De cuando en cuando incluso lo amaba por su locura, veía hablar y actuar en él al dios. Lo despreciaba por no ser capaz de matarla; sin

embargo, durante su exilio a menudo lo había añorado. Lo observaba pensativa, con los ojos turbios: sentía deseos de acostarse con él. Pero no le cabía ninguna duda de que antes debía sonsacarle lo que se había propuesto. Después, una vez que la haya poseído de nuevo, será demasiado tarde y tendrá que pelearse con él durante años. Había meditado bien lo que quería pedirle, y el astuto Claudio Regino le había dado la razón.

—Deberías concederme por fin el monopolio de los tejares —dijo, por tanto, en lugar de responderle. Lo había amedrentado.

—Yo os hablo de Roma y de amor, y tú me pides dinero —se lamentó.

—Durante mi exilio —repuso ella— he aprendido lo importante que es el dinero. Incluso en una isla desierta me habría ahorrado muchas incomodidades, a mí y a los demás. Fue muy poco cortés por tu parte regular mis gastos. ¿Me cederás el monopolio o no, Varriguita? —dijo.

Él sólo pensaba en la cicatriz bajo su seno, henchido de rabia y deseo.

—¡Calla! —le ordenó.

—No tengo la menor intención de hacerlo —insistió ella—. Vamos a zanjarlo de una vez. Y no irás a ninguna parte antes de darme un sí rotundo. No pienses ni por un instante que has acabado conmigo enviándome a Pandataria. Sin duda creíste que no haría más que pensar en el terrible destino de Octavia o en el de la Julia de Augusto.

Él se sonrojó: precisamente ésa había sido su intención.

—Esta vez te has equivocado de plano. Y, aunque me enviases allí de nuevo, no cambiaré, y así como Julia constituye para mí un recuerdo placentero, la próxima proscrita pensará en mí con más envidia que terror.

Eran insinuaciones que le demostraban sin lugar a dudas su impotencia ante aquella mujer. Buscó una respuesta. Antes de que encontrara alguna, ella le reiteró su exigencia e, inflexible, le espetó:

—¿Crees que eres el único que necesita oropeles? Si quieres construir más alto que los que te precedieron yo también quiero beneficiarme de ello. ¿Me darás el monopolio?

Tuvo que concedérselo, y aquella noche no lo lamentó ni un solo instante.

Las determinaciones que el consejo del emperador había dado por buenas debían ser aprobadas por el Senado para convertirse en leyes. De modo que se elaboraron cuatro proyectos de ley y, pocos días después de la reunión del consejo, se convocó al Senado para debatirlos.

Allí estaban, pues, los padres convocados, adormilados en la blanca, enorme e imponente sala del Templo de la Paz. Era muy temprano; la sesión debía comenzar puntualmente a la salida del sol, pues el Senado sólo podía reunirse entre la salida y la puesta de sol y, si querían debatir y aprobar los cuatro decretos, debían aprovechar el tiempo.

Era un día gélido, los braseros no llegaban a caldear las amplias salas. Los senadores estaban dispersos, envueltos en sus mantos púrpura y sus vestidos orlados bajo la temblorosa luz de innumerables candelabros y braseros, charlando, tosiendo, ateridos; saltando para calentarse los pies enfundados en sus altos, incómodos y lujosísimos zapatos, tratando de calentarse las manos con el contenido de los recipientes que llevaban en las mangas de sus túnicas de gala.

Casi todos consideraban una humillación infernal tener que someterse a aquellas incomodidades para aprobar a bombo y platillo leyes que los despojaban de sus derechos y los dejaban a merced de Domiciano, el insolente biznieto de un funcionario de segunda. Pero ni los más valientes habrían osado ausentarse.

Aquí y allá se escuchaban —con sordina— voces irritadas.

—¡Esto es una vergüenza, un insulto! —estalló de pronto el senador Helvid, y aquel hombre alto, enjuto, apergaminado, parecía decidido a abandonar la sala. Publio Cornelio lo retuvo a duras penas.

—Entiendo perfectamente, querido Helvid —le dijo aferrándose a su manga— que no queráis mezclaros con un Senado como éste. Todos nosotros preferiríamos arrancarnos la banda púrpura antes que someternos a este emperador. Pero ¿qué conseguiríais con una salida airada? El emperador lo consideraría una insolencia y, tarde o temprano, os lo haría pagar caro. Esta vida agazapada, de sobresaltos, que vivimos, no es vida; cuántos de nosotros no preferiríamos un final brillante, espectacular. Pero no tiene sentido que muramos ostentosamente cual mártires. Sed razonable, querido Helvid. Es de suma importancia que los que aman la libertad sobrevivan a estos tiempos. Es importante que vivan, aunque sea una vida miserable.

Cornelio era mucho más joven que Helvid —era uno de los senadores más jóvenes—, pero gruesas y sombrías arrugas surcaban ya su rostro a pesar de su juventud. En lugar de convencerme él a mí, pensó mientras conducía suavemente a Helvid de regreso a su escaño, soy yo quien ha de aplacarlo. Desde luego, yo lo tengo más fácil que él. Mi deber es consignar lo que ocurre bajo el tirano. Si no me lo repitiese de continuo no podría soportar esta vida.

Por fin, pocos minutos antes de la salida del sol, llegó Domiciano. Las puertas del edificio se abrieron de par en par para subrayar el carácter público de la reunión, y el pueblo entero pudo ver al emperador alardeando en su elevado sitio. Brillaba con reflejos púrpura y dorados, decidido a no deponer esa actitud hasta el final de la reunión. Deseaba que los cuatro decretos que debían debatirse aquel día, sus decretos, se dirimiesen y aprobasen con toda pompa.

El más importante de ellos, el que atribuía al emperador el cargo de censor vitalicio, que le permitiría excluir a cualquier miembro del Senado de dicha corporación, era el tercero en el orden del día. La defensa del proyecto de ley corría a cargo del senador Junio Marullo, cuyo nombre recibiría la ley. El anciano y elegante caballero tenía un buen día y se sentía fresco. Él, que se había procurado con pasión tantas raras sensaciones, disfrutaba haciendo pagar a sus puritanos colegas el desdén

y las burlas que en su día le dedicaran al «frívolo y refinado vividor». Envarados y llenos de rencor, los senadores conservadores de la facción republicana tuvieron que escuchar cómo su colega Marullo, el célebre procurador, aducía con aparente frialdad que la estabilidad de la conducción del Estado obligaba al Senado a asignar al emperador la censura vitalicia, y que la pervivencia misma del Imperio se vería amenazada si no se encomendaba ese mecanismo de control al amo y dios Domiciano.

El senador Prisco lo escuchaba con las manos ocultas en las mangas de su túnica de gala. Observaba al elocuente Marullo con los ojillos hundidos, la redonda y calva cabeza enhiesta. ¡Ah, qué bien hablaba ese Marullo! Hablaba magistralmente en favor de una causa altamente ruin. Retórico ferviente y experimentado, habría dado cualquier cosa por poder replicarle; no le habría faltado materia, y de la mejor, y lo habría expresado magistralmente. Pero mientras reinase el emperador Domiciano estaba condenado a callar. Su único y flaco consuelo era que, tras la sesión, regresaría a su casa y consignaría sus ideas por escrito. Más adelante, cuando se presentase la ocasión, se lo leería cauteloso y en un susurro a un círculo de íntimos y, si la cosa iba bien, incluso le haría llegar su manuscrito al insolente Marullo. Triste consuelo.

Al senador Helvid, hijo de aquel Helvid que el padre del emperador había ordenado ejecutar, le crujían los dientes, y se mordía los labios al escuchar las ruines y elegantes frases de Marullo. Finalmente, no fue capaz de dominarse. Olvidó las advertencias de Cornelio, y aquel hombre alto, enjuto y apergaminado se levantó y se dirigió a Marullo con una voz poderosa:

—¡Qué insolencia, burdas mentiras!

Marullo se interrumpió y dirigió los claros ojos azul grisáceo hacia el espontáneo; sí, incluso se llevó la esmeralda al ojo para verlo mejor. El emperador volvió la cabeza lentamente hacia Helvid, sonrojándose. Pero éste fue arrastrado de nuevo por Cornelio hasta su escaño, y allí permaneció sin decir nada más.

Al concluir Marullo se procedió a debatir el proyecto. El cónsul en funciones llamó a cada uno de los senadores por orden de edad y les preguntó:

—¿Cuál es vuestra opinión?

Muchos habrían querido responder: Esta ley será la ruina del Imperio y del mundo. Pero ninguno llegó a formularlo. Por el contrario, todos afirmaron obedientes:

—Convengo con Junio Marullo —y, a lo sumo, el tono de su voz delataba en algún caso vergüenza, amargura o estupor.

Durante la pausa que siguió al refrendo de este tercer decreto Helvid se lamentó ante Cornelio:

—Si a nuestros antepasados les fue dado disfrutar durante un tiempo del máximo grado de libertad posible, nosotros padecemos ahora el máximo grado de esclavitud imaginable.

Durante el debate en torno al cuarto proyecto, el último, que concernía a la nueva

ley, más estricta, de moralidad, el emperador tomó la palabra. Cuando se trataba de la decencia y la tradición se sentía impelido a hablar. Y sin duda encontró frases dignas, poderosas, muy romanas para proclamar una vez más su convicción de los íntimos vínculos que unían poder y moralidad. La moralidad, explicó, era la base del Estado; el comportamiento de un hombre determinaba su inclinación y, si se mejoraba su comportamiento, si se le obligaba a actuar dignamente, virtuosamente, se enaltecían con ello su alma y su carácter. Decencia y moralidad serían las premisas de cualquier orden estatal, y la disciplina del ciudadano el fundamento del Imperio. Incluso los senadores de la oposición tuvieron que admitir que el descendiente del funcionario de segunda era capaz de expresarse con una dignidad verdaderamente regia.

A lo largo de los muros de la amplia sala circular se alineaban, con gesto adusto, las efigies de los grandes poetas y pensadores, entre los que destacaba el busto del escritor Flavio Josefo, el judío, que el emperador Tito había ordenado erigir. Levemente girada sobre el hombro, alta y altiva, enjuta, con un brillo extraño, sin ojos y llena de sabia curiosidad, la cabeza de Josefo presenciaba aquella sesión.

Finalmente se debatió y aprobó también el último proyecto de ley, y el cónsul en funciones pudo clausurar la sesión con la fórmula: «No os retendré por más tiempo, Padres Convocados».

Diez días después, como era preceptivo, se aportaron al Archivo estatal las cuatro tablillas de cobre con el texto de las cuatro nuevas leyes, con lo que obtuvieron plena validez. A partir de ese día, el *Imperator Cesar Domitianus Augustus Germanicus* disfrutaba del privilegio de poder expulsar a cualquier miembro del Senado de dicha corporación.

En la indigna casa de Josef apareció un día, para sorpresa de sus vecinos, un correo imperial. Entregó a Josef una invitación para presentarse al día siguiente en el Palatino.

Josef estaba más sorprendido que asustado. En los últimos años el emperador no había intercambiado con él más que un par de palabras en una o dos ocasiones, nunca más. Le llamaba la atención que ahora, poco antes de su partida, en medio del trasiego de los numerosos asuntos que reclamaban su atención, lo llamase a su presencia. ¿Acaso esa invitación o, mejor aún, ese emplazamiento guardaba relación con lo que ocurría en Judea? De camino hacia el Palatino Josef trató de ahuyentar sus temores. Dios no permitiría que le ocurriera nada antes de concluir su gran obra, la *Historia Universal*.

Cuando Josef fue conducido a su presencia, Domiciano lucía la túnica púrpura sobre la coraza; tras la entrevista con el judío debía recibir a una delegación de senadores y generales. De modo que allí estaba, apoyado en una columna; el bastón de mando, símbolo de su poder, permanecía junto a él sobre una mesita. La sala no era espaciosa, lo que subrayaba su imponente figura. Josef recordaba muy bien a

Domiciano de la época en que era un don nadie, un inútil, cuando su hermano Tito lo llamaba «Frutito». Pero, a su pesar, vio fundirse al hombre con la efigie de uno de los muchos bustos que lo rodeaban; había dejado de ser el «Frutito»: ahora era Roma.

El emperador se mostró muy cordial.

—¡Acercaos, querido Josefo! —le espetó—. ¡Acercaos más! ¡Venid!

Lo observaba con sus grandes ojos miopes.

—Hace tiempo que no se oye nada de vos, querido Josefo —dijo—. Os habéis convertido en un hombre de paz. ¿Habéis permanecido en Roma todo este tiempo? ¿Os dedicáis en exclusiva a vuestra literatura? ¿En qué estáis trabajando ahora? ¿Seguís con la historia de nuestra época?

Y, sin darle tiempo a responder, le preguntó esbozando una leve y maliciosa sonrisa:

—¿Habéis pensado ya en describir qué efecto tendrán mis medidas en vuestra Judea?

Tras esa parrafada el emperador aguardó su respuesta con la boca ligeramente entreabierta, tal como se le representaba en la mayoría de las estatuas. Sereno y pensativo, Josef lo miró de frente. Sabía cuánto habían despreciado a aquel hombre su padre y su hermano, y Domiciano sabía que él lo sabía. Había heredado el firme y agudo mentón de Vespasiano. De joven había sido más apuesto que el padre y el hermano, pero ahora, si se fijaba uno bien, se parecía muy poco a sus estatuas. Si se le despojaba de los atributos del poder, si se lo imaginaba uno sin ese poder, como un hombre desnudo, ¿qué quedaba? Sin el respaldo de Roma, de esa Roma inmensa y poderosa, no era más que un hombre de mediana edad con la boca abultada, piernas delgadas, vientre incipiente y una calvicie prematura. Era Varriguita. Y, a pesar de todo, también era el *Imperator Domitianus Germanicus*, y su coraza, la púrpura y el bastón sólo cobraban vida gracias a él.

—Estoy escribiendo una historia detallada de mi pueblo —replicó Josef sereno y cortés. Cada vez que se cruzaba con el emperador éste le dirigía la misma pregunta, y él le replicaba lo mismo.

—¿Del pueblo judío? —preguntó precavido y con cierta malicia Domiciano, hiriéndolo más de lo que se figuraba. Y de nuevo, antes de que Josef pudiera replicarle, prosiguió—: Es posible que los últimos acontecimientos repercutan de algún modo en vuestra Judea. ¿No creéis?

—El emperador Domiciano conoce esos sucesos mucho mejor que yo —repuso Josef.

—Los hechos tal vez, pero no a sus protagonistas —replicó el emperador jugando con el bastón—. Sois un pueblo difícil, y no hay ni un romano que pueda jactarse de conocerlos cabalmente. Mi gobernador Pompeyo Longino, que es un buen hombre y no mal psicólogo, me informa de lo que allí ocurre con regularidad y a conciencia. A pesar de ello... admitidlo, mi judío, vos sabéis más que él y conocéis mejor lo que está ocurriendo ahora en Judea.

A pesar de su firmeza, un ligero temor asaltó a Josef.

—Sí, no es fácil entender a Judea —se limitó a replicarle, circunspecto.

Domiciano le dedicó entonces una sonrisa tan franca y maliciosa que no pudo ignorarla.

—¿Por qué sois tan reservado con vuestro emperador, querido Josefo? —le preguntó—. Por lo que sé, estáis al tanto de ciertos procesos que atañen a mi provincia de Judea de los que mi gobernador nada sabe. Si no, difícilmente habríais redactado cierta misiva. ¿Debo recordaros de qué misiva se trata? ¿Queréis que os cite algún párrafo?

—Si conocéis la carta, Majestad —respondió Josef—, sabréis también que no hace más que recomendar prudencia. Recomendar prudencia a gentes dispuestas a olvidar toda cautela es algo que redundante, creo yo, en interés del Imperio y de su emperador.

—Es posible —dijo el emperador con aire soñador sin deponer su bastón—, pero también es posible que no. En cualquier caso, vos —y al decir esto sus gruesos labios se contrajeron, pérfidos— parecéis considerar que ha llegado el momento de que alguien se alce y encomiende a los judíos a otro Mesías de la casa Flavia. ¿Es que no os parece suficientemente consolidada la estirpe Flavia?

La voluminosa cara carmesí del emperador mostraba ahora una expresión abiertamente hostil.

Josef se sonrojó al escuchar esto. De modo que Domiciano daba por supuesto que ese remoto episodio, cuando Josef saludó a Vespasiano como al Mesías en aquella hora decisiva, era un embuste de cabo a rabo. Pero no debe pensar en ello ahora, en este momento hay asuntos más urgentes.

—Creemos actuar en interés del emperador y del Imperio —le explicó de nuevo, tenaz y escurridizo.

—¿Y posiblemente también en interés de vuestros judíos, mi judío, y en el vuestro? —inquirió Domiciano—. ¿O no? De otro modo os habríais dirigido directamente a mis funcionarios y generales advirtiéndoles, informándolos. Cuando os interesa sabéis muy bien cómo encontrar a esos señores. Pero ya puedo imaginarme lo que hay detrás. Habéis querido limar diferencias, apaciguar, salvar a los culpables del castigo.

Mientras lo decía daba golpecitos en la mesa con el bastón.

—Sois unos embusteros y unos intrigantes, eso no es nada nuevo.

La voz se le quebró. Su rostro estaba ahora encarnado. Se dominó y delineó paso a paso lo que había comenzado a insinuar.

—La celeridad —afirmó dulce y pérfido— con que os sometisteis entonces al juego de mi padre fue digna de encomio.

Que Domiciano mencionase la hora en que saludó a Vespasiano como al Mesías le dolió en lo más íntimo. Había apartado de sí ese episodio, no le agradaba recordarlo. ¿En qué medida lo creyó entonces? Vio con nitidez cómo se presentó ante

Vespasiano: un prisionero maniatado, probablemente condenado a morir en la cruz. Rememoró la confusión que lo embargara, aquel bullir en su cabeza; cómo brotaron de él las proféticas palabras de aquel saludo mesiánico. Recordó cada detalle: a Vespasiano escrutándolo con sus claros y afilados ojos azules de campesino, al príncipe Tito, que no dejaba de escribir; a Cenis, la amiga de Vespasiano, recelosa, hostil. Entonces lo creyó. Mas ¿no cabía pensar que hubiera fingido para salvar su vida?

Por mucho que ahondase en su conciencia no habría sabido decir dónde terminaba la mentira en aquello que proclamó y dónde comenzaba el sueño. Y ¿no es el sueño la más alta verdad? Ahí está esa historia que cuentan los mineos del Mesías que murió en la cruz. Él, el historiador Flavio Josefo, conoce bien sus entresijos, es capaz de discernir lo que tiene de leyenda; de demostrar de qué rasgos se compone la figura del Mesías de los mineos. Pero ¿qué ganaría con ello? ¿Qué le quedaría excepto un pedazo de saber muerto? Y ese Mesías de los mineos, ese Mesías soñado, literario ¿no es una verdad mejor que la verdad de los hechos, meramente histórica? Y, así, nadie podrá afirmar con certeza en qué medida respondía a la verdad ese sueño que concibió su alma, el Mesías Vespasiano, que más tarde se hizo realidad. Él mismo no sabría decirlo, y mucho menos este emperador Domiciano que tiene ante él observándolo con aire burlón.

—¿Qué me reprocháis, en realidad, mi judío? —le preguntó el emperador Domiciano con una voz aguda y melosa—. A mi padre y a mi hermano les servisteis bien: ¿me tenéis por mal pagador? ¿Me consideráis roñoso? Seríais el primero. Pues habéis de saber que pago realmente bien, Flavio Josefo; tomad buena nota para vuestra obra: no escatimo nada, ni en lo bueno ni en lo malo.

Josef había palidecido ligeramente, pero aún era capaz de sostener la mirada del emperador. Domiciano avanzó hacia Josef envarado, envuelto en su púrpura dorada; éste sintió como si se le acercara una suntuosa estatua andante. Después, cortés y confiado, ese hombre dorado y purpúreo le pasó el brazo por los hombros y le confió zalamero:

—Si de verdad queréis servirme, mi Josefo, ahora tenéis ocasión de hacerlo. ¡Id a Judea! Tomad las riendas del levantamiento como hicisteis entonces, hace veinte años. Roma está destinada a gobernar, eso lo sabéis tan bien como yo. No tiene sentido rebelarse contra la fortuna. Ayudad al destino. Ayudadnos para que podamos devolver el golpe a tiempo, igual que antaño fuisteis capaz de reconocer, en el momento preciso, a vuestro Mesías.

Había un sarcasmo diabólico en la dulzura de sus palabras.

Humillado en lo más hondo, Josef replicó casi mecánicamente:

—¿Es que deseáis que Judea se rebele?

—Lo deseo —replicó el emperador quedo, y después, fríamente, sin soltarle—: Lo deseo también por vuestros judíos. Sabes que son unos locos que acabarán por alzarse a pesar de las advertencias de los más prudentes. Será mejor para todos que lo

hagan cuanto antes. Mejor será que aniquilemos ahora a quinientos dirigentes que vernos obligados más tarde a ejecutar a quinientos cabecillas más cien mil secuaces. Quiero que haya paz en Judea —concluyó firme, vehemente.

—Y ¿no se puede alcanzar la paz de otro modo que no sea a costa de tanta sangre? —preguntó afligido Josef con voz queda.

En ese instante Domiciano se apartó de él.

—Ya veo que no me amáis —constató—. Veo que no queréis servirme. Queréis escribir vuestras viejas historias para mayor gloria de vuestro pueblo, pero para gloria mía no estáis dispuesto a mover un dedo.

Volvió a sentarse blandiendo el bastón de mando.

—Lo cierto es que sois un insolente, mi judío, ¿lo sabíais? Creéis que, porque repartís fama e ignominia, podéis permitir os toda clase de lujos. Pero ¿quién os ha dicho que me importa la posteridad? ¡Andaos con cuidado, mi judío! No seáis arrogante sólo porque yo os haya favorecido alguna vez. Roma es poderosa y puede permitirse tanta generosidad. Pero no olvidéis que os vigilamos.

Aunque Josef no era un hombre temeroso le temblaban todos los miembros, y notaba el paladar seco, mientras lo conducían a su casa en la litera. No temblaba sólo por la posibilidad de que Domiciano actuara contra él. El emperador le había despertado el recuerdo de aquel ambiguo saludo que dirigiera a Vespasiano. Lo que entonces, desesperado, proclamó para salvar su vida, ¿era verdad o el insolente embuste de un aventurero? No lo sabía, jamás lo sabrá, y de nada valía que su profecía se hubiera cumplido. Por otra parte, tampoco significaba nada que Domiciano le hubiese llamado embustero con ese descaro. Pero su seguridad se había esfumado y, aunque no tardase en ahuyentar el temor de que vinieran a buscarlo los esbirros del ministro de policía Norban, tras aquella conversación con el emperador pasaron semanas, y aun meses, antes de que lo abandonase el recuerdo de su primer encuentro con Vespasiano. Muy lentamente logró serenarse y retomar su trabajo.

Un día después de su conversación con Josef el emperador ordenó abrir el Templo de Jano como signo de que el Imperio volvía a estar en pie de guerra. Las pesadas puertas se abrieron rechinando y apareció la efigie del dios bifronte, el dios de la guerra, el dios de la duda. «El principio es sabido, pero nadie conoce el final».

Sea como fuere, los romanos no se tomaron muy en serio la guerra dacia. Entusiasmados, se apostaron junto a la calzada por la que el emperador abandonaría la ciudad camino del frente. Sabía que sus romanos deseaban que los representase con dignidad, recordaba vagamente a la imagen de la estatua ecuestre cuyo modelo le había mostrado el escultor Basílides, y no tenía mala planta a caballo.

En su fuero interno se alegró cuando salieron de Roma y pudo subir a su litera.

Capítulo segundo

Durante la guerra fue difícil obtener noticias precisas de lo que ocurría en el campo de batalla dacio. Con el inicio de la primavera comenzaron a escucharse los rumores más dispares. A principios de abril llegó a Roma un despacho en el que el emperador presentaba a su Senado un informe exhaustivo sobre el transcurso de la campaña. Él mismo, venía a decir el informe, junto con su general Fusco, había arrojado a los bárbaros dacios definitivamente del territorio romano. Su rey Diurpan había solicitado el alto el fuego. El emperador no se lo había concedido. Al contrario, a fin de vengar su insolente invasión, encomendó a Fusco que se adentrara en la zona dacia, quien cruzó el Danubio al frente de cuatro legiones asaltándola. Tras llevar la campaña hasta ese punto, el emperador se encontraba ahora de regreso hacia Roma.

Aún menos claras fueron las noticias que llegaron de Judea durante ese invierno. Las autoridades afirmaban que había habido «disturbios», pero que el gobernador Pompeyo Longino había logrado sofocar rápidamente la revuelta con su férreo puño, de eficacia más que probada. Los notables judíos, incluido Claudio Regino, tenían la impresión de que en Cesarea, capital de la provincia de Judea, se esforzaban por quitarle hierro al asunto.

Por ello, aguardaron expectantes la llegada del especulador Juan de Giscala, que había anunciado su regreso. Y, en efecto, allí estaban sentados, como antaño en aquella crucial velada en la casa de Josef, escuchando el informe de Juan. Había ocurrido lo que temían. Sus advertencias no sirvieron de nada, no había forma de detener a los «Fanáticos del día». Habían arrastrado en su fervor a una parte importante de la población, y muchos galileos se habían anudado el brazalete con la consigna «¡El día llegará!». Pero pronto se demostró que el día no había llegado en absoluto y, tras un par de victorias, recibieron un sangriento revés: el gobernador obtuvo por fin el ansiado pretexto para intervenir, y permitió a sus legionarios lanzarse incluso sobre quienes nada tenían que ver con el alzamiento.

—Sí, señores míos, estamos en las últimas —concluyó apenado, utilizando las palabras que solían pronunciarse en Judea para designar el peldaño inferior de la decadencia.

A continuación les refirió los detalles. Habló de matanzas y saqueos, de sinagogas incendiadas, de miles de hombres sacrificados en la cruz, de decenas de miles esclavizados.

—La misión, señores —dijo, resumiendo—, que nos impusimos fue tan amarga como infructuosa. No podéis imaginaros cuán terrible es tener que esgrimir ante otra persona argumentos razonables mientras uno aprueba en lo más íntimo su conducta y quisiera abrazar su causa. Son unos tipos excelentes esos «Fanáticos del día» o, más bien, lo eran.

Los notables judíos reunidos en el despacho de Josef, acomodados, bien alimentados e impecablemente vestidos, escuchaban el informe de aquel hombre

apesadumbrado y su amargo lamento. Mantenían la vista al frente, escrutaban su corazón, y descubrían que lo que oían ya lo habían vivido antes. Lo más cruel del nuevo derrumbe era que Judea no hubiera aprendido nada del sofocamiento de la primera revuelta; que la joven generación se hubiera lanzado hacia su aniquilación con el mismo arrojo insensato, adorable, criminal con que otros lo hicieran quince años antes.

Finalmente, el ebanista Cayo Barzaarone expresó a su modo particularmente precavido el temor que embargaba a todos.

—En Judea —dijo— lo hemos perdido todo. Me pregunto qué nos ocurrirá ahora a nosotros.

Juan se tiraba del bigote con la zafia mano.

—Durante todo el viaje he estado preguntándome —dijo— por qué me han dejado regresar sano y salvo. Por cierto —afirmó socarrón—, casi me obligan a ganar dinero. Se me dijo que si no quería levantar sospechas debía ocuparme de cuando en cuando de mis negocios, y los terrenos estaban regalados. Tendríais que haber visto cómo se subastaban todos esos terrenos expropiados o simplemente sin dueño. Era grotesco, brutal. Cuando pienso en ello, cuando pienso en lo que ha ocurrido en Judea, me resulta sencillamente inconcebible haber salido de allí ileso y estar tranquilamente sentado en mi despacho ocupado en mis asuntos.

—También yo —repuso Cayo Barzaarone— me despierto cada día con la sensación de que así no se puede seguir, de que hoy caerán sobre nosotros. Pero lo cierto es que vivimos y que no han restringido nuestra libertad.

—Y eso que en el Palatino se sabe —afirmó Josef pensativo— que soy el autor de ese manifiesto, y el emperador me ha amenazado velada y sutilmente. ¿Por qué no me condena? ¿Por qué no nos han denunciado ya?

Todos miraron a Claudio Regino como si esperaran alguna información de él. El ministro se encogió de hombros.

—El emperador —afirmó— ha ordenado que aguardemos su regreso. Nadie sabe si es un buen presagio o no, posiblemente ni siquiera el propio DDD.

Todos callaron. Había que esperar, toda una gris mañana, un día entero, una gris semana. Y así todo un mes.

Poco después de aquel encuentro fue Juan a ver a Josef. A éste le extrañó su visita. Hubo un tiempo en que ambos se habían enfrentado enconadamente; poco a poco sus relaciones se fueron suavizando sin llegar a ser amistosas.

—Quiero daros un consejo, doctor Josef —dijo Juan—. Como sabéis, me interesa la compra y venta de terrenos, y he aprovechado mi estancia en Judea para husmear un poco en vuestra hacienda. Los beneficios de vuestras posesiones de Gazara no pueden compararse con lo que suele obtenerse de otras tierras. Eso se debe a que se encuentran en una región puramente judía y a que los judíos boicotean vuestros

productos porque no os perdonan vuestra conducta durante la guerra. Os lo digo tal y como es, no hago más que formular lo que todo el mundo sabe. Vuestro pobre administrador, que, por lo demás, no es mal economista, no hace más que lamentarse en cuanto se le da pie de la difícil situación en que se encuentra. Me ha contado lo que podría obtenerse de vuestras tierras si estuvieran en otra región.

—Pero resulta que no lo están —le espetó Josef, desdeñoso.

—Y ¿no podríamos hacer algo? —replicó Juan, y en su rostro moreno y resuelto surgió una sonrisa ancha, pícaro, que frunció incluso su chata nariz—. Como ya os he dicho, por desgracia ha quedado libre mucho suelo en Judea debido a la revuelta. Está, por ejemplo, la hacienda de Be'er Simlai. Se encuentra cerca de Cesarea, no lejos de la frontera con Samaria, es decir, en una región de población mixta. El ganado no es tan bueno como el de Gazara, pero el suelo es excelente. El terreno da aceite y vino, dátiles, trigo, granadas, nueces, almendras e higos. No será fácil encontrar otro igual, ni siquiera en estos tiempos, y vuestro administrador no cabría en sí de gozo si le cayese en las manos. He adquirido un derecho de preferencia sobre él. Os ofrezco el terreno de Be'er Simlai, estimado Josef. Aceptadlo. Antes del próximo levantamiento judío no encontraréis una oportunidad semejante.

Eso era cierto. Cuando Vespasiano y Tito le ofrecieron un terreno en Judea Josef hizo mal en aceptarlo. Realmente, se había sentado en un nido de avispas, y lo más lógico era hacer lo que le aconsejaba Juan: deshacerse de sus posesiones de Gazara y trasladarse a una región de población mixta. Pero ¿por qué le ofrecía ese terreno de Be'er Simlai precisamente a él? Una vez sofocada la revuelta, los especuladores romanos se habían lanzado presurosos sobre Judea y sin duda habría miles deseosos de adquirir un terreno en una región mixta. ¿Por qué iba a hacerle semejante favor Juan, al que en tantas ocasiones había atacado?

—¿Por qué me ofrecéis un terreno tan valioso precisamente a mí? —le preguntó sin rodeos, y en su pregunta había, como siempre, cierto desdén.

Juan lo miró a los ojos con fingido candor.

—El gobierno de Cesarea —adujo— impide prácticamente a los judíos, a no ser que gocen de una protección especial, adquirir propiedades en las zonas exclusivamente judías. Si esos terrenos caen ahora en manos de gentiles, los judíos habrán desaparecido en un año de esas regiones. Quien aún se sienta judío debe rebelarse contra ello. Vos, mi Josef, sois un caballero romano y mantenéis buenas relaciones con el Palatino. El gobierno de Cesarea no os impedirá adquirir esas tierras. Prefiero daros a vos el terreno de Be'er Simlai a ofrecérselo al capitán Severo.

—¿No os mueven otras razones? —le preguntó Josef con la misma desconfianza.

Juan rió benévolo.

—No —admitió abiertamente—. No quiero seguir jugando al gato y al ratón con vos. Quiero que hagamos las paces, y quiero daros una prueba de mi amistad. En alguna ocasión fuisteis injusto conmigo, y yo con vos. Pero nuestro cabello encanece, cada vez nos parecemos más, y corren tiempos en que quienes tanto tienen en común

hacen bien en darse la mano.

Y, como Josef callara, trató de explicarse:

—Navegamos en el mismo barco, tenemos las mismas experiencias. Todo lo que yo anhelo es regresar a Judea y cultivar allí mi aceite. Podría hacerlo. Pero me contengo y permanezco en Roma ganando muchísimo dinero que no sé en qué gastar mientras me consume esta nostalgia de Judea. Y la única razón por la que no voy es porque allí no podría dominarme y seguiría intrigando contra los romanos, un empeño vano, desde luego, y, además, ilícito. Y a vos os ocurre lo mismo, mi Josef. Sentís la misma nostalgia de Judea y deseáis que estalle de nuevo la guerra. Pero ambos sabemos que es demasiado tarde, o demasiado pronto para ello. Ambos sentimos el mismo desgraciado amor por Judea y por la razón, ambos padecemos bajo esa razón. Hay cosas de vuestra persona que no apruebo, y sin duda a vos os sucede lo mismo, pero creo que estamos muy próximos.

El escritor Josef observó pensativo la cara de aquel labriego. Habían luchado con saña. Juan lo tuvo por un traidor, y él a Juan por un loco. Más tarde, mucho después de que concluyera la guerra, uno tachó al otro de idiota por creer que el precio del aceite y del vino era la causa de la guerra, y el otro pensó otro tanto por creer que sólo el enfrentamiento entre Yahvé y Júpiter era su origen. Ahora, el necio escritor y el sabio campesino sabían que ambos habían tenido razón y no la habían tenido, y que la guerra entre los judíos y los romanos se debió tanto a los precios del aceite y del vino como al abismo que separaba a Yahvé de Júpiter.

—Tenéis razón —admitió Josef.

—Por supuesto que tengo razón —añadió Juan acalorado, y, belicoso, añadió—: Por cierto, que tampoco en esta ocasión se habría llegado al levantamiento si los privilegiados campesinos sirios y romanos no hubieran boicoteado tan suciamente los precios impuestos a la población autóctona judía. Sin eso, los «Fanáticos del día» no habrían logrado levantar al país en armas. Pero no vamos a retomar ahora nuestra vieja disputa —dijo interrumpiéndose—. Mejor estrechadme la mano y agradecedme mi oferta. Pues en verdad os ofrezco la posesión de Be'er Simlai en señal de amistad.

A Josef le hizo sonreír la rudeza con la que el otro le ofrecía su amistad.

—Ya veréis —prosiguió Juan— cuántos problemas se os resuelven solos en cuanto toméis posesión de ese terreno. Naturalmente que no es plato de gusto viajar hasta Gazara y que los judíos le miren a uno por encima del hombro. Pero una vez que os hayáis habituado a Be'er Simlai tendréis un buen pretexto para ir de vez en cuando a Judea. Aunque no debéis dejaros seducir por la idea de quedaros a vivir allí. ¡Por lo más sagrado, ni se os ocurra! La tentación de embarcarse en peligrosas aventuras es demasiado grande para los hombres de nuestra casta. Pero pasearse por allí una vez cada dos años, sobre todo teniendo una buena excusa, y recuperarse del esfuerzo que cuesta ser razonable durante dos años no está nada mal, os lo aseguro.

Josef estrechó la tosca mano del otro.

—Os lo agradezco, Juan —dijo, y su voz había recobrado esa fuerza tan seductora

de antaño—. Concededme dos días para meditarlo —le rogó.

—Bien —respondió Juan—. Al cabo de esos dos días os enviaré a mi fiel Gorión para que comentéis los detalles. Gorión tratará, como es natural, de sacar tajada; es justo y necesario. Pero me cuidaré de que no os pida un precio exorbitado. Y, aunque así fuere, todo quedará entre judíos, ¿no os parece?

Josef fue a ver a Mara.

—Escucha, Mara, esposa mía —dijo—, debo comunicarte algo: voy a vender mi posesión de Judea.

Mara se puso lívida.

—No temas, querida —la tranquilizó—. Lo cambiaré por otro terreno cerca de Cesarea.

—¿Vas a renunciar a nuestra propiedad entre los judíos —quiso saber Mara— para adquirir un terreno junto a los gentiles?

—¡Atiende! —dijo Josef—. Siempre me negué a regresar a Judea, y las razones que aducía son ciertas. Pero también había un motivo más profundo: no quería vivir entre Lida y Gazara. Vivir en Roma, vivir en el extranjero, es malo. Pero peor aún es vivir en nuestra patria como extraños. No habría podido soportar vivir en Gazara y que los judíos me considerasen un romano.

—¿Así que regresamos a Judea? —le preguntó ella radiante.

—No ahora, ni en un año —replicó Josef—. Pero cuando termine mi obra regresaremos a Judea.

Juan le trajo a Josef un libro que un autor anónimo había publicado en Judea en aquel invierno del levantamiento.

—Tal vez os parezca un poco primitivo, querido Josef —opinó aquél—, pero a mí me ha gustado, tal vez porque yo mismo soy primitivo. Las gentes de allá estaban entusiasmadas con esta novela heroica. Desde que publicasteis vuestra obra sobre los Macabeos, doctor Josef, ningún libro ha tenido un éxito mayor en Judea.

Josef lo leyó. La fábula era inverosímil, en ocasiones incluso infantil, y la obrita tenía poco que ver con el arte. A pesar de todo, lo conmovió: el fanatismo de aquel libro de Judit lo enardecía incluso a él. ¡Ay, cuánto envidiaba al anónimo autor! No lo había escrito por la fama, ni siquiera por la obra misma: sencillamente, había dejado manar su ardiente odio por los opresores. «Golpead al enemigo, dondequiera que esté», proclamó. «Haced como Judit. Argucia, valor, crueldad; cualquier medio es bueno. Cortadle la cabeza al fanfarrón gentil: es un servicio que hacéis a Dios. Respetad los preceptos de los doctores y golpead a vuestros enemigos. La Ley ampara al que sirve a Dios. Venceréis».

Debía de ser un hombre muy joven quien compuso aquel libro de Judit, ingenuo y

crédulo tenía que ser, y envidiablemente simples su vida y su muerte. Pues sin duda ha perecido ya. Sin duda no permaneció en su casa, sino que también él golpeó al enemigo y murió con la fe en los labios y en el corazón. ¡Quién pudiera ver las cosas con tanta simpleza y confianza como él! No hay nada más sublime que el pueblo de Israel. Sus hombres son valientes, sus mujeres hermosas. Judit es la mujer más bella de este mundo. Ni por un instante duda, ella como el autor, de que el general en jefe del gran rey ha de olvidar la guerra ante su vista. El autor de este libro jamás se ha visto atezado por las dudas. Todo en él es diáfano, sabe exactamente lo que está bien y lo que está mal. ¿Qué es para él la piedad? Respetar los preceptos de los doctores. ¿Qué la heroicidad? Ir y cortar la cabeza al enemigo. Cada paso, cada situación están prefijados.

Y, con todo, qué libro más conmovedor. Esa mujer, Judit, cómo regresa, triunfante, con la cabeza cortada y el dosel. Nadie podrá olvidarlo. ¡Oh!, bendita confianza del autor. «Ay de los pueblos que se alcen contra mi stirpe. Dios Todopoderoso los reprenderá en el Día del Juicio, encenderá su carne con larvas y fuego, y no dejarán de aullar durante toda la Eternidad».

¡Ah, quién pudiera escribir como él! Él, Josef, no lo tiene tan fácil. Ahí está esa heroína de los primeros tiempos de su pueblo, Yael, que atraviesa las sienes del enemigo con la uña mientras duerme. Yael y el antiquísimo, fiero y magnífico canto de su poetisa Débora fueron sin duda los precursores de esa Judit. También él, Josef, mencionó a Yael en su obra histórica. ¡Cuánto se esforzó por ser razonable y objetivo, cómo se contuvo reprimiendo su entusiasmo! ¡Ah, dejarse llevar sólo una vez como ese joven poeta! Releyó una y otra vez el librito, que le encendía la sangre. La revuelta ha fracasado pero ese libro quedará.

Unos días después se encontró con Justo. También él había leído el libro de Judit. ¡Qué engendro más primitivo! Un pueblo que se enardece escuchando cuentos tan insensatos se merece a los «Fanáticos del día», se merece a los romanos, al gobernador Longino y a Domiciano. ¡Qué autor más honrado! ¡Qué honesta su Judit, que ni siquiera ha de yacer con el pérfido Holofernes! El autor la exime de ello, alcanza su objetivo antes incluso de hacerlo. ¡Cuán justa y oportunamente recompensa el Yahvé de este autor lo bueno y castiga lo malo!

—Imaginaos por un momento, querido Josef, cómo se comportaría realmente un gobernador romano, o un comandante romano de verdad, de estar en la piel de Holofernes. Ve venir a una Judit cualquiera acompañada por una doncella que acarrea los alimentos, naturalmente preparados según los preceptos rituales de los doctores para no verse obligada, ¡en nombre del Señor!, a comer nada prohibido en el campamento enemigo. Se le franquea el paso de inmediato, ¡cómo no!, por ser tan bella, como si un general no tuviera ocasión de catar mujeres hermosas. No tiene que esperar a que llegue la judía. Y, una vez que ha llegado, no sólo se olvida de pronto de la guerra, sino que se emborracha de acuerdo con lo previsto y no le toca un cabello a la judía, tan piadosa como bella. Simplemente, se tumba y se deja cortar la

cabeza. Ante lo cual todas las legiones huyen sin más. Ah, sí, eso es lo que piensan de los romanos nuestros «Fanáticos del día», así se imaginan el mundo.

Así, lleno de arrogante amargura, lleno de sarcástica petulancia, habló Justo del libro de Judit. Josef no podía negar que su crítica daba en el blanco atacando sus debilidades. Pero precisamente esas debilidades constituían el punto fuerte del autor; el libro no era peor por ellas, y Josef siguió viendo ante sí la noble imagen de Judit trayendo la cabeza de Holofernes: «¡Ahí tenéis la cabeza de Holofernes, general en jefe del ejército asirio, y ahí el dosel bajo el que yacía en su ebriedad!».

Josef sintió que debía lavar el libro y la memoria del poeta muerto de la mofa de Justo, y se lo llevó a Mara, su esposa.

Mara lo leyó. Sus ojos se encendieron, su cuerpo se tensó, y de pronto rejuveneció. Tarareó para sí la canción de Judit: «No cayó su caudillo a manos de jóvenes, ni le hicieron tajo los titanes, ni soberbios gigantes pusieron en él la mano; Judit, hija de Merarí, con la hermosura de su rostro lo paralizó». ¡Ay, cuánto sentía Mara estar en Roma y no en Judea!

Resumió el libro y les contó a los niños la historia de Judit. Los niños la representaron. Jaita era Judit, y Matías Holofernes, y Jaita sacó una col de la cesta y graznó, triunfante: «¡Ahí tenéis la cabeza de Holofernes, general en jefe del ejército asirio!».

Josef lo vio y se dijo que tal vez había hecho mal en azuzar él mismo el sacrílego fuego aunque su intención fuese recta. Pero después sonrió y el entusiasmo de Mara lo reconfortó.

Pero los judíos de la ciudad de Roma vivían días y semanas grises. Pues el emperador viajaba despacio, el emperador no daba más indicaciones, el emperador les hacía esperar.

No se adoptó ninguna medida especial contra los judíos de la ciudad de Roma, pero sí se aplicaron con mayor severidad los decretos que los afectaban. La capitación, por ejemplo, que debían pagar los judíos en calidad de impuesto especial, se recaudaba con tiránica puntilliosidad. Cada judío debía presentarse personalmente ante el cuestor y entregarle los dos dracmas que antaño tributara para el Templo de Jerusalén y que el Gobierno destinaba ahora, no sin sorna, a la conservación del Templo de Júpiter Capitolino.

Por lo demás, los negocios y movimientos de los judíos, la práctica de sus costumbres y de su servicio divino no encontraron trabas. De las provincias llegaban noticias de que la población había tratado de aprovechar en ciertos lugares la animadversión reinante para realizar pogromos contra los judíos. Pero las autoridades habían intervenido de inmediato.

Después, finalmente, el emperador regresó a Roma. Era un claro día de junio, no excesivamente caluroso, y, junto con los soldados de la guardia pretoriana, que amaban a su generoso caudillo, el Senado y el pueblo saludaron a su jefe, que en el transcurso de aquella campaña había sido nombrado *Imperator* por decimocuarta vez.

Fue un hermoso y estival día festivo para Roma. La dicha y una luz radiante lo colmaban todo; la gran ciudad que tan a menudo había mostrado su cara más aciaga, amarga y sombría, se ofrecía ahora luminosa, benévola, dicharachera.

Pero sobre los judíos pesaba aún una terrible amenaza. Hacía varias décadas que vivían con cierta seguridad, a pesar de la destrucción del Templo, y de no ser por aquellos desgraciados «Fanáticos del día», cuyo necio fervor traería la desdicha al judaísmo en su totalidad, habrían seguido haciéndolo. Los mismos «Fanáticos» habían tenido que pagarlo con su propia vida. Pero ¿qué sería de ellos, de los judíos inocentes de la ciudad de Roma?

Nada les ocurrió a los judíos de Roma, todo seguía en calma.

—El emperador jamás os menciona, ni para bien ni para mal —informó Claudio Regino a sus amigos judíos.

—El emperador jamás os ataca —les aseguró, asimismo, Junio Marullo.

Pero:

—Lo huelo, lo presiento —adujo Juan de Giscala—, algo prepara. El cerebro de Domiciano está tramando algo. Claro, querido Regino; claro, querido Marullo, que Domiciano no menciona jamás a los judíos; tal vez ni él mismo sepa lo que urde el fondo de su alma. Pero yo, Juan ben Levi, campesino de Giscala, lo presiento: el próximo año el invierno llegará antes de lo previsto, estoy seguro.

El mismo barco que trajo a Juan de Judea había traído a Dorión y a Fineas sendas cartas de Pablo. Prolijamente, y con ingenua alegría, el joven oficial relataba el empeño del gobernador Longino en limpiar el país. Emocionado, refería las numerosas pequeñas expediciones de castigo contra el último grupo desmembrado de los «Fanáticos del día».

Fineas y Dorión intercambiaron sus cartas. Ambos aprobaban de todo corazón que se pusiese coto a la insolencia de los judíos, pero a ambos les preocupaba que el elegante y esbelto Pablo, su Pablo, refiriese esas inevitables atrocidades con un placer tan evidente; que se habituase tan rápidamente a la vida militar.

—No considera a los judíos seres humanos —se lamentó Dorión—, sino animales perniciosos hechos precisamente para ser objeto de actividades deportivas. La vida de Judea le resulta «divertida», ¿lo habéis notado, mi Fineas? Incluso utiliza la palabra griega.

—Al menos, mis clases fueron de provecho —dijo Fineas con cierta sorna—. No, no son cartas que puedan alegrarnos.

Dejó caer la gran cabeza de una palidez rayana en lo enfermizo, como si le resultase demasiado pesada a su delgado cuerpo; parecía apesadumbrado, sus manos delicadas y desproporcionadamente largas colgaban sin vida.

—A la larga no lo habríamos podido retener —dijo Dorión esforzándose por aparentar indiferencia—. Se nos habría escapado de cualquier modo. Con todo, mejor

que sea enteramente romano a que opte por el judaísmo. Y es un consuelo que él, Josefo, tenga que sufrir más por ello que nosotros.

Su voz cansina sonaba dura al hablar de su amado y odiado esposo.

—Su Judea ha sido definitivamente destruida y su hijo ha colaborado a pisotearla.

Se animó, sintió su triunfo.

Fineas alzó la vista.

—¿Ha caído realmente Judea? —inquirió—. ¿Creéis realmente, estimada Dorión, que la fulminante victoria sobre los «Fanáticos del día» ha sorprendido a Josefo? ¿Creéis que Judea y los «Fanáticos del día» son para él lo mismo?

—Esta carta de Pablo —dijo entonces Dorión— me parte el alma, lo admito. Permitidme el consuelo de pensar que a Josefo todo esto ha debido de afectarlo aún más. Lo que ha sucedido en Judea ha tenido que dolerle más que a nosotros estas cartas de Pablo.

Sus ojos color mar miraron casi temerosos a Fineas.

—Sois demasiado inteligente, mi ama Dorión —repuso Fineas con su profunda y armoniosa voz—, como para consolaros con una ilusión. Sabéis muy bien que la Judea de Josefo no tiene nada que ver con la provincia real de Judea. Ver cómo nuestro Pablo y sus camaradas campan por esa Judea real no le duele en absoluto. Creedme: su Judea es un ente abstracto que ni el fuego ni la espada alcanzan. Es un loco, como todos los judíos. Ayer mismo estuve hablando con el capitán Bebio, que asistió en su día a la batalla de Sebaste. Me confirmó, como muchos otros antes que él, que había visto con sus propios ojos cómo los judíos dejaban caer sus armas en medio de la batalla. Suena increíble, y los propios testigos no daban crédito, pues la batalla no se presentaba mal para los judíos; al contrario, tenían ventaja y poco les faltaba para alcanzar la victoria. Arrojaron sus armas, sin más, porque sus doctores les habían prohibido luchar en sábado y el sábado acababa de comenzar. Sencillamente, se dejaron matar. Están locos esos tipos. ¿Y pretendéis que les afecte lo que está ocurriendo ahora en Judea? Su escritor y portavoz es Flavio Josefo.

—Lo que contáis, Fineas —dijo Dorión—, esa batalla de Sebaste, ocurrió una vez. El propio Josefo me lo contó en su día, y el mero recuerdo le hacía palidecer de rabia. No volverá a repetirse, es historia, se ha acabado.

—Quizás —admitió Fineas— sea cierto que ahora luchan hasta en sábado. Pero su locura es indeleble, sólo que ahora se expresa de otro modo. Fijaos en los judíos que tenemos en Roma. Muchos han ascendido y se han enriquecido, son nobles; hay entre ellos cientos de miles de arribistas, gentes sedientas de reconocimiento social. Pero no llegan a más; no suben porque son judíos y porque, a pesar de la tolerancia de la ley, serlo supone un descrédito. ¿Y por qué, por Zeus, no abjuran de su judaísmo esos ricos judíos? Bastaría con que ofreciesen un sacrificio a la estatua de un emperador Flavio o de cualquier otro dios, y se librarían de ese perverso obstáculo. ¿Sabéis cuántos judíos, de los ochenta mil que viven en Roma, lo han hecho? Sentía curiosidad por saberlo y me he informado del número exacto. ¿Sabéis, mi querida

Dorión, cuántos han abjurado de su judaísmo? Diecisiete. De ochenta mil, diecisiete.

Se levantó; se irguió alto y delgado en su vestido azul pálido, con su gran cabeza lívida enhiesta, y movió la larga y enjuta mano con un gesto muy expresivo.

—¿Acaso creéis, ama Dorión, que las gentes de esa calaña titubean porque se extermine a un par de miles de los suyos? ¿Creéis que el corazón de nuestro Josefo sufre y merma su energía porque Pablo y su legión se lancen sobre los «Fanáticos del día»?

—Nuestro Josefo, habéis dicho —intervino Dorión—, y tenéis razones para hacerlo. Es nuestro Josefo. Está ligado a nosotros por el odio que le profesamos. La vida sería más pobre sin ese odio.

Dejó a un lado sus ensoñaciones.

—Pero ¿por qué me contáis todo esto? —prosiguió—. ¿Por qué afirmáis con tanta contundencia y tan poca esperanza que no hay forma de herirlo por mucho que nos esforcemos?

Fineas irguió su cuerpo aún más, se levantó sobre sus zapatos plateados y se dejó caer de nuevo; y en su voz sonó una alegría apenas sofocada, llena de odio.

—Porque por fin he encontrado el medio —dijo—, el único.

—¿Un medio para acabar con Josefo y sus judíos? —preguntó Dorión; su fino y delicado cuerpo se aproximó al suyo y su aguda voz se quebró por la emoción—. ¿Cuál es ese medio? —repitió.

Fineas saboreaba su expectación. Después, con deliberada parquedad, le anunció:

—Habría que exterminar a su dios. Hay que exterminar a Yahvé.

Dorión meditó con ahínco. Después, decepcionada, le dijo:

—Eso no son más que palabras.

Como si no hubiera escuchado su objeción, prosiguió Fineas con su explicación:

—Y hay un medio seguro de lograrlo. Os ruego que me prestéis atención, ama Dorión. Los romanos han aniquilado el Estado de los judíos, su ejército, su policía, sus templos, sus tribunales, su soberanía, pero, con su altiva tolerancia, no han llegado a tocar la religión de los sojuzgados, su «vida cultural». Les han dejado una pequeña universidad, Yabne se llama el nido, y han concedido a esa universidad un par de privilegios inocuos a instancias de los judíos. El Colegio de Yabne es su máxima autoridad en los asuntos religiosos y aplica una especie de justicia paralela. Y ahora escuchadme, querida Dorión. Si los romanos fuesen realmente los estadistas que creen ser habrían reconocido desde un principio la importancia de ese Colegio de Yabne y habrían pisoteado con sus botas esa pequeña e inocua universidad. Pues, de no existir Yabne, no habría tampoco un Yahvé, y no habría judíos rebeldes, con lo que todo se acabaría para nuestro Josefo: su judaísmo, sus libros y su insufrible orgullo.

Tras meditar sus palabras le replicó Dorión socarrona, pero con una sorna que no excluía el interés:

—Querido Fineas, parece que conocéis mejor las almas de los judíos que las calles de Roma. ¿Queréis explicarme más detenidamente por qué habría de tener tal

relevancia Yabne?

—Lo haré gustoso —le replicó Fineas con triunfal indolencia—. Jamás me habría atrevido a hablaros con tal seguridad de mi plan para aniquilar a Josefo y a sus judíos de no haberme cerciorado antes de las circunstancias que rodean a esta institución. He preguntado a gentes competentes, a funcionarios y oficiales que tuvieron algo que ver con la administración y con la guarnición que ocupara Judea, y, ante todo, también al gobernador Salvidio, y he comparado las afirmaciones de todos esos testigos hasta en sus más mínimos detalles. El asunto es el siguiente: esa ridícula universidad no tiene ningún poder, ni aspira a tenerlo. En realidad no es más que una pequeña y ridícula escuela de teólogos. Pero no hay un judío en toda la provincia que no sustente esa universidad con una pequeña aportación previamente fijada de acuerdo con sus posibilidades; no hay ninguno que no se someta a sus decisiones. Y, fijaos bien, lo hacen voluntariamente. Acatan la autoridad del Estado por obligación, pero, por voluntad propia, conceden una autoridad mayor a su Yabne. Llevan sus litigios, no sólo los religiosos sino también los civiles, no ante el tribunal del emperador, sino ante los doctores de Yabne, y acatan su decisión. Ha llegado a ocurrir que los doctores decretasen la pena de muerte; he escuchado varios testimonios fiables en ese sentido. Naturalmente, esos fallos no tienen validez jurídica, se limitan a lo meramente académico; son dictámenes de índole teórica, no vinculantes. Pero ¿sabéis lo que hicieron los judíos condenados a muerte? Se murieron. Murieron de verdad. El gobernador Salvidio me lo ha contado, y Nevio, el juez supremo, me lo confirmó; y también el capitán Opiter. Lo que no pude averi[^[2]-guar de quienes murieron: si se quitaron la vida o si los ajusticiaron. Pero una cosa es segura: les habría bastado con solicitar la protección de los romanos para seguir vivos, e incluso habrían podido permitirse alguna insolencia. Pero prefirieron la muerte.

Dorión callaba. Permanecía inmóvil, rígida, morena y delgada, como uno de aquellos tempranos, duros y angulosos retratos egipcios.

—Os lo aseguro, mi querida Dorión —dijo Fineas retomando su discurso—, esa Universidad de Yabne es el último reducto de los judíos, una fortaleza más poderosa de lo que lo fueran Jerusalén y su Templo, posiblemente la fortaleza más firme del mundo. Y sus invisibles muros serán más difíciles de derribar que el portón más ingenioso de nuestro Frontín. Y los romanos no lo saben. El gobernador Longino no lo sabe, ni tampoco el emperador. Pero yo, Fineas, lo sé, porque odio a Josefo y a sus judíos. Esa diminuta y pueril Universidad de Yabne con sus setenta y un doctores es el centro de la provincia de Judea. Desde allí se gobierna a los judíos, no desde el palacio gubernamental de Cesarea. Y aunque lanzásemos a nuestro Pablo tres veces más sobre los judíos; aunque aniquilásemos a cien mil «Fanáticos del día», no serviría de nada. Judea sigue viva: vive en la Universidad de Yabne.

Dorión le había escuchado atentamente. Su boca, que descollaba insolente, un tanto ancha, en el delicado y altivo rostro, permanecía abierta en un gesto casi idiota dejando a la vista sus pequeños dientes; sus ojos estaban pendientes de los labios de

Fineas.

—De modo que estáis convencido —resumió lentamente meditando cada palabra— de que el centro de la resistencia judía, el alma del judaísmo por llamarlo de algún modo, es la Universidad de Yabne.

La dama Dorión era de apariencia frágil; pero, al enunciar esto —su alargada cabeza cetrina con la alta frente inclinada; el acentuado pómulo, la nariz ancha y chata y la boca entreabierta— se mostraba dura, belicosa, incluso peligrosa.

—Y sólo se podrá atacar y neutralizar —prosiguió— a Josefo, y con ello al judaísmo, tras destruir la Universidad de Yabne.

Fineas asintió con su profunda y armoniosa voz, tratando de ocultar su exultante excitación llena de odio tras un tono seco e indiferente:

—Destruir, erradicar, aniquilar, pisotear, machacar, reducir a polvo.

—Os doy las gracias —dijo Dorión.

De pronto la Universidad de Yabne, de la que hasta entonces Roma no conocía más que el nombre, se convirtió en tema de conversación predilecto, y en muchos lugares se dirimía si sería verdad que la rebelión de la provincia de Judea tendría allí su centro.

El pueblo judío se veía sacudido por los terribles rumores de los males que se cernían sobre él. Lo que Roma tramaba era peor que lo que los más temerosos habían osado pensar; de todos los horrores imaginables ése era el más terrible. Hasta entonces, sus enemigos habían atacado a los judíos en su propia carne, en su tierra, sus bienes, su Estado. Habían destruido el Reino de Israel, el de Judea y el Templo de Salomón; Vespasiano había destruido el segundo Reino y Tito el Templo de los Macabeos y de Herodes. Lo que el tercer Flavio planeaba iba aún más lejos: atacaba el alma del judaísmo, el Libro, la doctrina misma. Pues los doctores eran los garantes y protectores de la doctrina. Sólo el Colegio de Yabne impedía que se evaporara, que se esfumase de nuevo en el cielo del que procedía. La doctrina era el vínculo que los mantenía unidos y, junto con el Colegio de Yabne, esa doctrina, núcleo vital y sentido del judaísmo, estaba amenazada.

Pero hasta la fecha siempre habían surgido hombres grandes y sabios que la habían puesto a buen recaudo. Y, así, también ahora todos los ojos se clavaron en quien presidía el Colegio y la Universidad: en Gamaliel, el Doctor Supremo.

El Doctor Supremo era el enviado de Yahvé en la tierra, la cabeza visible de los judíos no sólo en la provincia de Judea, sino en todo el orbe. Su tarea era ardua y compleja. Debía representar a su pueblo y su doctrina ante los romanos, unificar las dispares opiniones de sus doctores y, sin ningún medio coercitivo, preservar la autoridad de la Ley judía frente a las masas. Su posición requería energía, tacto y capacidad resolutoria.

Gamaliel, nacido y educado para mandar, había heredado a edad muy temprana su

cargo: el de rey sin corona de Israel. Apenas contaba cuarenta años ahora. Se había mantenido firme ante los gobernadores Silva, Salvidio y Longino. Había sacado adelante la doctrina oponiéndose tanto a los que querían verla diluirse en la sabiduría de los griegos como a los que pretendieron convertirla en un mesianismo cosmopolita. Con firmes y certeros cortes había logrado separar la Ley del ideario helenístico, por un lado, y, por otro, de los mineos. Había alcanzado el objetivo que ya se impusiera el viejo Yojanán ben Zakai, fundador del Colegio de Yabne: garantizar la unidad de los judíos mediante un canon ritual intocable. Había sustituido la autoridad del Estado perdido por la autoridad de los usos y de la doctrina. Muchos odiaban al Doctor Supremo Gamaliel y había quien lo amaba, pero todos lo respetaban.

No tardó en comprender que la decisión sobre el destino de Yabne y, con ello, del judaísmo, no dependía del gobernador de Cesarea, sino de Roma, del propio emperador. Hacía años que Gamaliel tenía el proyecto de ir a Roma para interceder ante el emperador por su pueblo. Pero el canon ritual prohibía viajar en sábado, y él, protector del canon ritual, no podía acometer un viaje que le obligaría a estar en alta mar ese día. Pensó en preguntar a su Colegio si no estaría permitido en ese caso infringir las normas del sábado, como en las batallas, dado que un grave peligro amenazaba a su fe y al judaísmo entero. Pero los doctores habrían discutido la cuestión durante años, según su costumbre. Y, así, como el viaje era perentorio, el Doctor Supremo hizo caso omiso de sus protestas y procedió despóticamente, ordenando a varios doctores que lo acompañaran. Por lo que, en número de siete —una cifra sagrada—, se embarcaron rumbo a Roma.

Su llegada a Roma fue apoteósica. Juan de Giscala lo alojó en el palacio en el que la nobleza romana rindiera homenaje en su día al rey titular judío Agripa y a la princesa Berenice. Y allí instaló su residencia el Doctor Supremo.

Desde esa mansión romana se gobernaba ahora al pueblo judío diseminado por todo el orbe. Gamaliel no hizo ostentación de su persona ni de sus métodos. No dio suntuosos banquetes y se mostró afable y modesto. A pesar de todo, su aspecto era notable, incluso regio y, una vez en Roma, todos supieron que los judíos, si bien despojados de todo poder, constituían un factor nada desdeñable. Todos —ministros, senadores, artistas y escritores— se agolpaban para ver a Gamaliel.

Pero Domiciano no dio señales de vida. De acuerdo con la costumbre, el Doctor Supremo había enviado un aviso al Palatino rogando al gran chambelán de Su Majestad, Crispín, que le permitiese ofrecer al emperador testimonio de la fidelidad de los judíos y expresarle su profundo abatimiento por la insensatez de quienes habían osado levantarse contra su regimiento.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que quiere? —preguntó el emperador sonriendo. Pero no dio ninguna orden, no dijo ni una palabra más sobre el Doctor Supremo, y no se pronunció sobre Gamaliel o sobre el Colegio ante nadie: ni ante sus consejeros más íntimos ni ante Lucía o Julia.

En cambio, la presencia del Doctor Supremo tenía muy ocupados al príncipe Flavio Clemente y a su esposa, Domitila, pues entre los mineos de la ciudad de Roma, que ahora ya no se llamaban mineos sino cristianos, la llegada de Gamaliel había suscitado gran inquietud. Dondequiera que apareciese aquel hombre —le refirió Jacob de Sekanja, su dirigente, a su protector el príncipe—, dondequiera que apareciese ese Gamaliel, los cristianos y su doctrina peligraban. Con gran astucia, tratando de obligarlos a maldecirse a sí mismos en sus rezos, había arrojado a quienes querían seguir siendo judíos de su comunidad, dividiendo así el judaísmo en una doctrina nueva y otra vieja.

El príncipe Clemente lo escuchaba atentamente. Era dos años mayor que el emperador, pero parecía más joven; carecía del poderoso mentón de los Flavios, y su afable rostro de ojos azul claro y cabello color ceniza poseía cierta luminosidad infantil. Domiciano gustaba de burlarse de él tachándolo de lento de espíritu. Pero Clemente era lento sólo de concepción. Ese día insistió una vez más en que se le explicase lo que distinguía a la vieja doctrina judía de la de los cristianos y, al preguntarlo por tercera o cuarta vez, Jacob de Sekanja se lo expuso pacientemente.

—Gamaliel afirmará —dijo— que no somos judíos, puesto que creemos que el Mesías ya ha venido y tal creencia constituye, a su parecer, una «negación del principio». Pero éste no es el motivo más importante. Lo que realmente le mueve es que desea una doctrina angosta, rala y pobre, para poder abarcarla fácilmente. Quiere que sus creyentes constituyan una única gran manada. Y por eso ha encerrado la doctrina en un aprisco, que es su canon ritual.

Nadie habría supuesto que aquel hombre sencillo e imberbe, que podría hacerse pasar por un banquero o por un jurisconsulto, se ocupaba exclusivamente de asuntos de esa índole.

—Nosotros no rechazamos ese canon ritual —dijo a continuación—. A lo que nos oponemos es a la pretensión del Doctor Supremo de que en él se contiene toda la verdad, pues es tan sólo una verdad a medias; y una media verdad que pretende ser la verdad entera resulta más perniciosa que la peor mentira. El deber más sagrado de todo auténtico servidor de Yahvé es difundir su espíritu entre todos los pueblos, no sólo entre los judíos. Pero esto Gamaliel lo calla; y no sólo lo calla, sino que combate este precepto. Cuando hace un par de años vuestro primo Tito prohibió la circuncisión de los gentiles por medio de la Ley de Antisto nos encontramos ante la disyuntiva de renunciar a aquel signo palpable del judaísmo, la circuncisión, o bien a su misión cosmopolita, la difusión de la doctrina. El Doctor Supremo optó por mantener la circuncisión, por su canon ritual, por el nacionalismo. En cambio nosotros, los cristianos, preferimos renunciar a la circuncisión y deseamos que toda la humanidad participe de Yahvé. El Doctor Supremo sabe que en realidad somos mejores judíos, pues Dios le ha concedido un entendimiento agudo y sabiduría. Pero, como ha elegido el mal, nos odia y hostiga a los romanos contra nosotros. Nuestro fervor proselitista, afirma, es culpable de las diferencias entre Roma y los judíos.

—Pero —repuso el príncipe Clemente pensativo— es cierto que se os ve en todas las esquinas empeñados en proclamar vuestra fe.

—Así es —admitió Jacob—. Dado que el Doctor Supremo, movido por su codicia espiritual, quiere reservarse a Yahvé para sí y sus judíos, nosotros, los que aspiramos a la verdad, no debemos cejar. ¿O acaso admitiríais que os dijera, príncipe Clemente: no podéis participar de Yahvé, el Mesías no murió por vos? ¿Acaso debería ocultaros la verdad sólo porque una ley del emperador ha prohibido la circuncisión?

Jacob de Sekanja hablaba bien, su convicción confería vigor a sus palabras por sosegado que fuese su ademán. Los ojos gris azulados algo secos, y sin embargo fanáticos, de la princesa Domitila seguían cada movimiento de su boca. Pero era una Flavia y, por tanto, desconfiada.

—¿Por qué —preguntó—, sí tenéis al verdadero Yahvé, se fían los judíos del Doctor Supremo y no de vosotros?

—Cada vez hay más judíos —explicó Jacob— de nuestra parte. Se dan cuenta de que los doctores desean fundir de un modo inextricable e ilegítimo a Yahvé con el Estado. Pero que Yahvé haya aniquilado el Estado, que haya permitido que se sofocase este último levantamiento constituye una prueba de que no quiere ese Estado y cada vez son menos los judíos que se niegan a aceptarlo. Cada vez son más los que se unen a nosotros. Ya no quieren el Estado, sólo quieren a Dios. Y rechazan esa sinuosa hipocresía de los doctores que se esfuerzan por erigir un nuevo Estado con su canon, pues ese canon no es más que un ingenioso disfraz tras el que se esconde el viejo estado sacerdotal.

Era evidente que Domitila se dejaba llevar por la convicción con la que se expresaba Jacob; pero se apresuró a volver de la esfera de lo abstracto a lo concreto, a la Roma de su época. De modo que abrió los finos labios y constató con aire indiferente:

—Así que ese Doctor Supremo es vuestro enemigo más peligroso.

—Sí —respondió Jacob—. Lo que nos separa es el antagonismo de la verdad y de la mentira. Nosotros proclamamos al Yahvé de los profetas, al Dios de todos. Él esgrime al Yahvé de los jueces y de los reyes, al dios de las batallas y las conquistas, a ese resto de Baal que nunca abandonó Judea. Gamaliel es un hombre inteligente y ha sabido esconder a su Baal. Pero lo sirve, y nos odia como todos los adeptos de Baal han odiado siempre a los verdaderos servidores de Yahvé.

—¿Y pensáis —preguntó Domitila puntillosa, sin apartarse de lo concreto— que este Doctor Supremo aprovechará su estancia en Roma para perjudicaros?

—Es seguro que lo hará —replicó Jacob—. Intentará salvar su Universidad y su canon ritual levantando sospechas contra nosotros. Se esforzará por dirigir hacia nosotros la repulsa del emperador. Siempre ha procedido con métodos similares. Él y sus judíos son mansos corderos: los levantiscos somos nosotros. Nosotros somos los que hacemos prosélitos, queremos quitarle a Júpiter sus romanos y dárselos a Yahvé.

A menudo ha logrado lo que quería con argumentos semejantes en Cesarea, ante el gobernador. ¿Por qué no habría de intentarlo también con el propio emperador?

—Lo conozco —dijo Domitila—; a «ése» lo conozco bien.

También ahora llamaba a su tío, el emperador, «ése».

—Lo conozco muy bien —dijo, pues, la delgada, rubia y fanática joven—. Sin duda quiere proteger a Júpiter, a su Júpiter tal y como lo concibe él. Sin duda intuye algo malo en Yahvé. Siempre vacila largo tiempo antes de asestar un golpe, y seguramente no distingue entre vosotros y los judíos; seguramente le es indiferente que el golpe derribe al Doctor Supremo, a Yabne o a vosotros. Pero ha levantado la mano y la dejará caer. Todo depende de a quién dirija su atención.

Clemente había escuchado con interés a su esposa; era un alumno aplicado, aunque lento.

—Si no te he entendido mal —dijo, meditando en voz alta— debemos dirigir la atención de DDD hacia la Universidad de Yabne si lo que queremos es salvar a nuestro Jacob y su doctrina. Debe golpear al Doctor Supremo y a su Yabne.

Los ojos azul pálido del príncipe se habían oscurecido por la tensión. También Domitila buscaba con los ojos la boca de Jacob.

Éste no quería tener que reprocharse más tarde haber sido vengativo, pues si ahora atacaba a Gamaliel no lo hacía por celos, sino sólo porque no veía otra manera de salvar su propia fe.

—No odio al Doctor Supremo —afirmó sosegado y circunspecto—. Nosotros no odiamos a nadie. Si padecemos su hostilidad no es porque la practiquemos. Suscitamos esa hostilidad con nuestra mera existencia.

—¿Estáis o no de acuerdo —insistió entonces Domitila— en que el mejor medio de salvaros sería la condena de Yabne?

—Desgraciadamente, ése sería el mejor medio —replicó cauto Jacob.

La única vía que le permitiría a Domitila lograr que «ése» condenase a la Universidad pasaba por Julia.

Las relaciones de Julia con Domiciano habían sufrido algunos altibajos. En un primer momento había ocurrido lo que Julia temía: la actitud de DDD hacia ella cambió tras el regreso de Lucía. Lucía lo llenaba por completo, y a ella la miraba con ojos críticos, insidiosos. Cuando antes de su partida fue a verlo para despedirse de él logró enfurecerla a pesar de su talante sosegado con sus comentarios burlones. Con una cabeza como la suya, se mofó, jamás llegaría a nada; sin duda había dormido con ese majadero de Sabino a pesar de su prohibición y llevaba en su vientre al hijo de Sabino. Que no se imaginara que iba a adoptar a su mocoso. Pero era verdad que Julia no se había entregado a Sabino, no había la más remota posibilidad de que el ser que albergaba fuese de nadie más que de Domiciano, y sus pérfidas sospechas la enfurecieron, porque no le había resultado precisamente fácil ver cómo su marido

sufría junto a ella acuciado por la impotencia y la humillación. A una dama por lo general tan serena le resultó doloroso convivir con el mudo y rencoroso Sabino durante la larga ausencia del emperador. Día y noche se reprochaba no haberle sacado de la cabeza a DDD sus estúpidos celos, y cuando por fin dio a luz a una criatura muerta poco antes del regreso de Domiciano lo achacó a los sentimientos que suscitó en ella el mezquino arrebató del misántropo emperador.

De modo que, a su regreso de la guerra dacica, Domiciano se encontró con una Julia muy distinta. Había perdido algo de su antigua opulencia; su rostro sereno y altivo de piel blanquísima parecía menos soñoliento, más espiritual. Además, Lucía no lo había recibido como él esperaba: no vio en él al vencedor que regresa aureolado por la gloria, y él no fue capaz de convencerla de que la guerra dacica, aún sin concluir, había sido un éxito. Le molestaba que se burlara de él, risueña y altiva; le molestaba que conociese prácticamente cada una de sus pequeñas debilidades; le molestaba que no admitiese aquello que lo enorgullecía; le molestaba que los privilegios que le había arrancado, sus tejares, le dieran mucho dinero mientras sus propias arcas padecían las secuelas de la guerra. Lo que hizo que Domiciano se volviese hacia Julia con una mirada nueva, más amable. Ahora sí creía que el hijo que había alumbrado había sido suyo; admitió que los injustos reproches que le hiciera habían provocado la muerte de ese niño. La deseaba de nuevo, y que la absorta y amargada dama no cediera a sus impulsos con la facilidad de antaño no hacía más que encenderlo.

Domitila sabía, por tanto, que su cuñada y prima Julia podía ejercer cierta influencia en el emperador. Domitila había aprendido de Jacob que, para conseguir algo, tenía que ser suave como una paloma y astuta como una serpiente. Decidió exponerle a Julia el caso de la Universidad de Yabne de tal modo que convirtiera su condena en un asunto propio.

Con toda la cautela que el caso requería, supo vincular el asunto de la Universidad de Yabne con los celos que Domiciano sentía por Tito. El padre de Julia, Tito, había conquistado y destruido Jerusalén; el sojuzgador de Judea era él. Pero «ése» no le concedía tal mérito. A «ése» le importaba demostrarse a sí mismo, a Roma y al mundo entero, que Tito no había terminado su tarea —el sojuzgamiento de Judea—, y que a él, a Domiciano, le quedaba aún mucho por hacer: someter realmente la provincia. Si «ése» permitía que el ridículo Doctor Supremo de los judíos se pavonease de tal forma por Roma era porque quería presentar a la ciudad una nueva prueba de que los judíos seguían siendo, como antaño, una fuerza política importante; de que Tito no había acabado con ellos, y de que los dioses le habían encomendado a él, a Domiciano, la tarea de aniquilarlos.

La inteligente Domitila expresó opiniones semejantes ante Julia y, tal y como había previsto, Julia siguió urdiendo la trama tras su despedida. Estaba claro que DDD permitía que ese preboste judío se pasease con tanto descaro por Roma para empañar la memoria de su padre, Tito. Después de tantas afrentas tiene derecho a

alguna prueba palpable de agradecimiento. Le exigirá que deje de empañar la memoria de su padre con artificiosas intrigas. Exigirá que condene a Yabne. Domitila logró lo que se había propuesto: sin saberlo, Julia se convirtió en cómplice de los mineos.

Cuando Domiciano la llamó se arregló con especial cuidado. Su hermoso pelo trigüeño, trenzado en forma de torre, coronaba con siete hileras de rizos cuajados de joyas su pálido rostro. Con un leve rastro de maquillaje subrayó los pronunciados, sensuales y flavios labios. Diez veces contó cada pliegue de su vestido azul. Durante largo rato debatió con sus asesoras qué perfume de los muchos que tenía debía llevar.

Así ataviada fue a ver a Domiciano. Lo encontró de buen humor y receptivo. Tal como solía hacer en los últimos tiempos rechazó cualquier gesto de confianza; en cambio le contó toda clase de cotilleos y, como de pasada, llevó la conversación al asunto del Doctor Supremo de los judíos. Consideraba que su aparición en Roma era escandalosa, que se comportaba como un príncipe independiente. Tenía a su ridícula Universidad —una especie de escuela de pueblo en la que se enseñaban supersticiones de toda clase— por el centro del mundo, y como en aquella Roma tan esnob la opinión más peregrina ganaba adeptos precisamente por serlo, y nadie le hacía frente al preboste judío, no sería extraño que los jóvenes romanos terminasen por desplazarse hasta Yabne para estudiar allí.

Julia lo expuso en el tono adecuado, con una leve ironía. A pesar de todo, el suspicaz Domiciano creyó adivinar la influencia de sus odiados primos. Con una sonrisa taimada le replicó:

—¿De modo que deseas, prima Julia, que le demuestre al sacerdote judío quién es el amo?

—Sí —le replicó ella con la mayor indiferencia que fue capaz de fingir—, creo que sería conveniente, y a mí me divertiría.

—Cuánto me agrada oír, prima Julia —replicó el emperador particularmente cortés— que te preocupas por el prestigio de la casa Flavia. Tanto tú como los tuyos.

Y, secamente, concluyó:

—Os doy las gracias.

Sin embargo, Julia no renunció a su proyecto. Cuando él se disponía a soltarle el vestido y a destruir el peinado que tanto había costado componer se refirió de nuevo a la Universidad de Yabne y exigió certezas, promesas. Él se burló de ella, quien, por su parte, lo llamó Varriguita, pero insistió, se resistió y, medio en serio medio en broma, se negó a acceder a sus deseos antes de que le concediese lo que pedía. Pero entonces él se tornó violento, y ella, seducida precisamente por su brutalidad, cedió y se derritió bajo sus fuertes manos.

Cuando se separó de él habían vivido un par de horas de placer, pero no había conseguido nada para la causa de Domitila y de los mineos. El emperador no había revelado con ninguna palabra lo que pensaba hacer en relación con el asunto de la Universidad de Yabne.

Incluso los más allegados al emperador pensaban que había llegado el momento de aclarar ese asunto. Era competencia del gran chambelán Crispín decidir cuándo y cómo recibiría el emperador al sumo sacerdote de los judíos. Como egipcio, sentía desde su juventud una profunda aversión por todo lo judío. Había presentado a su emperador un escrito del Doctor Supremo solicitando audiencia, cumpliendo así con su obligación. No desaprobaba que el terco silencio de DDD debilitase progresivamente, hasta hacerla insostenible, la posición en Roma del Doctor Supremo.

Finalmente, los simpatizantes de los judíos trataron de debatir el asunto de Gamaliel en el consejo de ministros. En el transcurso de unas consultas sobre un problema de culto en una provincia oriental Marullo opinó que, a propósito de aquello, convenía aclarar también la cuestión de la Universidad de Yabne. Claudio Regino se hizo eco de la propuesta de Marullo con su acostumbrado coraje disfrazado de somnolencia. ¿Acaso la Universidad de Yabne era un problema?, dijo admirado. Y, en caso de que hubiera algo que dirimir, el asunto ya estaba resuelto por el mero hecho de que la corona hubiera tolerado durante tanto tiempo la presencia en Roma del Doctor Supremo judío. Que a pesar de la presencia de aquel doctor judío no se hubiera procedido contra la Universidad no podía interpretarse de otro modo que como indulgencia, sí, incluso como un gesto de aprobación. Cualquier otra solución era prácticamente impensable si no se quería romper con la política que Roma aplicaba tradicionalmente a los cultos foráneos. La libertad religiosa era uno de los pilares sobre los que descansaba el Imperio. Proceder contra una institución religiosa, como sin duda era Yabne, supondría sin duda para el resto de las naciones sometidas una advertencia sobre sus propios centros de culto. El cierre de la Universidad de Yabne constituiría un peligroso precedente y suscitaría una inquietud innecesaria.

Claudio Regino había elegido con gran habilidad frases que concordaban perfectamente con la ideología del emperador, apelando a Domiciano como guardián de la tradición romana. Ahora escrutaba furtivamente su rostro. Éste no dijo nada; durante un instante lo miró con sus ojos saltones y un tanto miopes, pensativo aunque disperso, y a continuación volvió lentamente la cabeza hacia los demás consejeros. Pero Regino, el eterno observador, sabía que sus palabras lo habían impresionado. Y así era. Domiciano se dijo que los argumentos de su Regino no estaban mal. Pero no le convenían. Pues no estaba dispuesto a que nada mermase su libertad de movimientos: quería tener las manos libres y mantener, por tanto, aquel asunto en el aire. De modo que permaneció sentado, no dijo nada y aguardó a que alguno de sus asesores presentase argumentos en contra de lo aducido.

No podía decirse, explicó efectivamente el gran chambelán Crispín en su griego sibilante y esnob, que en las universidades de Corinto y Alejandría estuviese de moda, o que se considerase de buen tono pensar que la corona se había afianzado precisamente gracias a su silencio. No era la primera vez que se hacía esperar varias

semanas, y hasta meses, a un legado, incluso a algún rey bárbaro antes de recibirlos. Todos miraron sorprendidos al emperador al oír que el egipcio, incapaz ya de poner coto a su odio, llamaba bárbaros a los judíos. Pero el emperador no se inmutó.

El ministro de policía Norban interrumpió entonces a Crispín.

—Para ser exactos —dijo—, el simple hecho de que el Doctor Supremo judío acuda a Roma, lo que nadie ha solicitado ni deseado, constituye ya en sí una desfachatez. Si deseaba presentar un ruego o una queja debería haberse dirigido a la instancia correspondiente: el gobernador imperial en Cesarea. Mis funcionarios están de acuerdo en que la insolencia de los judíos no ha hecho más que aumentar desde la llegada de su preboste a Roma. El cierre de la Universidad de Yabne sería un medio adecuado para moderar dicha insolencia.

Norban se esforzaba en que su ancha y burda cara, sobre la que caían los rizos a la moda de su grueso y negrísimo cabello, pareciese indiferente, y frío su tono. Sin embargo, el emperador no consideró que las torpes frases de su ministro de policía invalidaran las razones de Regino. Allí estaba, disgustado, callado, esperando oír mejores argumentos que las rebatiesen, argumentos que le restituyesen su libertad de acción. En ese momento acudió en su ayuda el consejero de quien menos lo habría esperado, Annius Bassus. El sencillo soldado había sido aleccionado paciente y hábilmente por la dama Dorión, que le había preparado argumentos ideados para hacer efecto en Domiciano y que Annius terminó por apropiarse. Sin duda, explicó tras varios rodeos, era propio del saber y la tradición romanas respetar la vida cultural de los pueblos sometidos y dejar a los pueblos vencidos sus dioses y su religión. Pero los judíos se habían despojado ellos mismos de tal privilegio. Con conocimiento de causa, y por medio de mil argucias, habían impedido al generoso vencedor separar su religión de su política al impregnar su religión de política. Si se les trataba de otro modo que al resto de las naciones sometidas éstas lo entenderían sin sacar falsas conclusiones. Pues los judíos sostenían desde siempre que eran un pueblo excepcional, y eran ellos mismos los que se desgajaban hostiles del pacífico círculo de los países culturalmente autónomos que componían el Imperio. Tampoco su dios Yahvé era como los dioses del resto de los pueblos: no era un dios auténtico, no había ninguna efigie suya, no se le podía colocar en un templo romano como se hacía con las estatuas de otros dioses. Carecía de forma, no era otra cosa que el pertinaz espíritu que animaba la política nacionalista judía. Si realmente deseaban someter a los judíos no debían respetar a aquel dios Yahvé ni a la Universidad de Yabne. Pues Yahvé era sinónimo de alta traición.

Nadie esperaba que el simple soldado Annius Bassus fuese capaz de mantener un discurso tan brillante como aquél. Marullo y Regino se sonrieron: intuían su origen, sospechaban que detrás de aquellos razonamientos estaba la dama Dorión. Pero el emperador escuchó con agrado las frases de su ministro de guerra. Procedieran de quien procedieran, eran una respuesta adecuada a las dudas formuladas por Regino y le procuraban a él, al emperador, la libertad de movimientos que ansiaba.

Ya había oído bastante acerca de aquel Doctor Supremo y su Universidad. Hizo como si ahuyentase el incómodo asunto con un gesto de la mano y dio paso a otro tema.

Al día siguiente, sin embargo, cenó a solas con Júpiter, Juno y Minerva. Una muñeca articulada, vestida con las ropas de Júpiter, provista de una artística máscara de cera que reproducía el rostro del dios, se reclinaba en el diván, y sobre dos sillas altas y doradas se veían sendas muñecas con las máscaras de cera de las dos diosas. El dios Domiciano compartía su mesa con los tres. Los esclavos, que calzaban sandalias blancas, traían alimentos de cuando en cuando; se movían con silenciosa y temerosa diligencia para no perturbar la conversación que Domiciano mantenía con sus invitados, los dioses.

El emperador quería que éstos lo asesorasen en el difícil asunto de aquel dios foráneo Yahvé. Pues, si las voces de sus consejeros estaban divididas, también lo estaban las que resonaban en su interior. Se sentía tentado de destruir con mano firme la Escuela de Yabne, pero también deseaba protegerla. No sabía cómo solucionar aquel problema.

Resulta fácil aplacar a Isis o a Mitra: se les puede erigir estatuas, y hay muchas maneras de apaciguarlos si se ofende a sus seguidores. ¿Pero qué puede hacerse con ese dios Yahvé del que no se guarda imagen ni rostro alguno; que carece de esencia cual trémulo aire febril; inasible, reconocible únicamente en sus perniciosas secuelas?

Annius Bassus le ha contado de qué modo perturbó en su día las mentes de los asediadores la casa de ese Yahvé, el Templo blanco y dorado: «eso», como lo llamaban los soldados. Los volvió medio locos. Tito nunca dejó de temer la venganza de Yahvé tras haberlo ofendido destruyendo su casa. Y lo último que hizo fue disculparse ante el judío Josefo por esa ofensa.

Él, Domiciano, no conoce el temor; pero es el Sumo Pontífice, el representante en la tierra de Júpiter Capitolino. Venera a todos los dioses, y se cuidará muy mucho de ligarse al extraño dios y a su representante. Tratará con sumo cuidado a ese Doctor Supremo, porque los judíos son astutos. Como las tropas de asedio en pleno ataque, refugiados bajo los escudos en formación de tortuga, se ocultan los judíos tras su dios invisible.

Pero quizá no sea más que un embuste. Quizá no exista ese dios invisible.

Sus propios dioses han de ayudarle, aconsejarle. Por eso se ha acicalado y los ha invitado a su mesa, por eso come con ellos, por eso humean en las doradas fuentes piezas de cerdo, de cordero y de ternera.

Se esfuerza por hacer honor a sus invitados; se yergue tratando de conferir a su cara la expresión que le han dado en sus bustos. La cabeza con la leonina y osada frente descubierta; las cejas levantadas en un gesto amenazador, los ojos llameantes, exigentes; la nariz hinchada, la boca entreabierta: así mira a sus divinos huéspedes en

busca de ayuda, de consejo.

Como Júpiter calla y Juno no parece dispuesta a dirigirle la palabra se vuelve hacia Minerva, su diosa favorita. Allí la tiene. La ha despojado del aire infantil, de la barata idealización de que fuera objeto en los retratos más recientes, y le ha devuelto los ojos de lechuza que tuvo un día. Critias, el gran especialista, supo colocárselos. Sí, ante él es la Minerva de los ojos de lechuza. Siente que el animal alberga, al igual que el animal que habita en él, una descomunal fuerza originaria. Con sus propios ojos miopes un tanto saltones contempla los grandes y redondos de la diosa. Se siente profundamente ligado a ella. Y le habla en voz alta sin arredrarse ante los apurados esclavos que se esfuerzan por no oír y que, sin embargo, tienen que oír. Trata de dulcificar su voz estridente, le dice con ternura dedicándole toda clase de lindezas en griego, en latín, cuanto se le ocurre. Protectora de la ciudad la llama: guardiana de las llaves, salvadora, pequeña, amada prócer jamás derrotada, vencedora, ganadora de todos los botines, inventora de las trompetas, sanadora, ingeniosa, agudísima creadora.

Y, curiosamente, por fin se aviene y le habla. Ese Yahvé, le dice, es un dios artero, un dios oriental, un tipo avisado. Querrá engañarte, a ti, al romano, con su Universidad de Yabne. Querrá inducirte a cometer sacrilegio, lo que le permitirá castigarte y arruinarte, pues es vengativo; y, tras haber logrado que envíes al otro mundo a tu hermano, quiere emprenderla contigo y sacudirte. ¡Mantén la calma, no te dejes llevar por tus impulsos, ten paciencia!

Domiciano sonríe con esa sonrisa profunda y oscura tan suya. No, el dios Yahvé no será capaz de jugársela al dios Domiciano. No tiene la menor intención de prohibir esa ridícula Escuela de Yabne. Pero tampoco se lo va a decir al Doctor Supremo. Si el dios Yahvé le exige a él, a Domiciano, paciencia, entonces él, el emperador Domiciano, le exigirá paciencia a ese doctor. Le dejará pudrirse en su miedo. Le dejará derretirse de tanto esperar.

Feliz y agradecido, Domiciano se separa de sus dioses.

Y el Doctor Supremo seguía esperando.

Pronto terminaría la estación propicia del año, el invierno no tardaría en impedir la travesía por mar. Si el Doctor Supremo quería regresar a Judea debía prepararse para partir.

Pero no lo hizo. No le preocupaba que su larga ausencia resultase inquietante, incluso ofensiva para los suyos. En ningún momento reveló cuánto lo irritaba el comportamiento del emperador, el insolente desdén que mostraba hacia el judaísmo que él representaba. Continuó, altivo y afable, recibiendo a los romanos que acudían a visitarlo.

La costumbre exigía que Josef fuese a visitar al Doctor Supremo. Juan de Giscala trató de convencerlo de que lo hiciera, pero Josef se resistía. Ya en Judea había visto a

qué grado de crueldad podía llegar el sumo pontífice del judaísmo en aras de su cargo y, aunque su cabeza aprobaba su dureza, su corazón la repudiaba.

Haciendo caso omiso de su ofensa, Gamaliel lo mandó llamar.

El Doctor Supremo había envejecido mucho en los seis años en que habían dejado de verse. En su breve barba rojiza, que, perfectamente recortada en un cuadrado, parecía hecha para mostrar más que ocultar la boca y la barbilla, habían aparecido algunos cabellos grises. Y cuando el imponente y musculoso caballero se creía a solas se distendía su rostro, sus redondos ojos castaños perdían su brillo y su tersura el poderoso mentón.

Gamaliel retomó la conversación allí donde la dejaran seis años antes, como si nada hubiera ocurrido.

—Cuánto lamenté —comenzó— que rechazarais mi oferta de representar nuestra política en Roma y en Cesarea. Contamos con muchas cabezas insignes, pero pocas capaces de ayudar al hombre que está condenado a dirigir la política de los judíos. Me siento muy solo, querido Josef.

—Creo —replicó Josef— que no me equivoqué. La tarea que queráis encomendarme requería dureza y flexibilidad, y yo carezco tanto de la una como de la otra.

También en esta ocasión Gamaliel lo trató con familiaridad. No reveló con ningún gesto que su admiración por él había menguado en aquellos años. Más bien le habló como si se dirigiese a un líder de su mismo rango. Quiso ganárselo, y fingió sentirse obligado a rendirle cuentas de su política.

Trató de demostrarle que los acontecimientos le habían dado la razón, corroborando la necesidad de separar a los mineos de los judíos sin miramientos.

—Lo que necesitábamos —le explicó— era claridad. Ahora la tenemos. Ahora contamos con un único criterio, además de la fe en Yahvé, por supuesto, para distinguir quién está de nuestra parte y quién no, quién es judío y quién no. Ese criterio es la creencia en que el Mesías ya ha aparecido. Y, por tanto, quien haya perdido la esperanza del renacimiento de Israel, quien renuncie a la reedificación de Jerusalén y del Templo, es ajeno a nosotros. Os lo digo abiertamente, estimado Josef: considero que los padecimientos con los que Dios nos ha golpeado han sido de provecho. La prueba nos ha servido para distinguir entre aquellos que son lo bastante fuertes para seguir confiando y los débiles que se han dejado llevar por el sacrificio que, según dicen, el Mesías crucificado hizo por ellos. Que los mineos ganen adeptos, si así lo quieren, con su dulzón y tentador Evangelio. Yo no me lamentaré por ninguno de los que les sigan, jamás fueron judíos. El Yahvé de los mineos, el llamado Yahvé del mundo entero, no puede salvarse, debemos renunciar a él. De nada nos sirve un dios que se evapora en cuanto tratamos de asirlo, cuando deseamos que nos sostenga. Mediante los ritos y la Ley salvamos al menos al Yahvé de Israel.

Ah, Josef conocía bien esa cantinela. Había visto mil veces cómo el hombre que se lanzaba a la política debía disfrazar su verdad con mil mentiras.

—El que no se limita a difundir una idea —le había oído decir, de hecho, al Doctor Supremo—, el que actúa ha de renunciar a algo. El que escribe no necesita más que cabeza y dedos; el que se lanza al mundo de la acción necesita puños.

No, él, Josef, había hecho bien en retirarse a la vida contemplativa.

—¡Debemos salvar nuestro Yabne! —le espetó entonces con vehemencia el Doctor Supremo—. Se piense lo que se piense de mi política, ¡hay que salvar Yabne! Si desaparecen los setenta y un doctores de Yabne será el fin de los judíos, Yahvé desaparecerá de la faz de la tierra. ¿Es eso un sacrilegio? —se preguntó a sí mismo asustado de haber expuesto sus cuitas tan crudamente ante Josef—. Pero en su corazón, me parece, todo judío piensa como yo —se tranquilizó.

Josef veía el rostro abierto, oscuro y enérgico de aquel hombre. El éxito lo había asentado. Su fiera voluntad había logrado que Yahvé se afirmase mediante una ridícula y minúscula universidad de Judea. El Doctor Supremo había sustituido a Jerusalén por su Yabne, el Templo por su Escuela, el Sanedrín por su Colegio. Ahora tenían dónde ampararse, y quien quisiera destruir el judaísmo tendría que destruir antes Yabne.

Gamaliel hablaba ahora con ligereza, sin darle importancia.

—Ante vos, mi Josef —opinó— puedo llamar a las cosas por su nombre. Naturalmente que la Escuela y el Colegio de Yabne son una institución tan política como religiosa. Precisamente nos esforzamos por empapar la doctrina de política. En nuestra calidad de comentaristas de las enseñanzas no hemos aceptado que el Templo haya sido destruido y que el Estado ya no existe. Debatimos los detalles más nimios del servicio divino con el mismo ahínco con el que disponemos los ritos de la vida cotidiana, y les concedemos la misma importancia. Nos acaloramos igualmente al discutir los problemas de jurisprudencia en un ámbito que se nos ha vedado que cuando hablamos del ritual cuya prescripción se nos atribuye. Sí, incluso nuestro programa de estudios dedica más tiempo a aquéllos que al último. ¡Que los romanos traten de demostrarnos dónde termina la teoría y dónde empieza la jurisprudencia práctica, dónde acaba la teología y dónde empieza la política! Lo que hacemos no pasa de ser teología. Si alguien prefiere apelar al Colegio de Yabne a presentarse ante los tribunales imperiales, ¿no es eso un asunto privado? ¿No es nuestro deber informarle si nos pregunta cómo vemos su problema desde la perspectiva de la doctrina? Y ¿debemos disuadirle si decide acatar nuestro dictamen? No podemos obligarle a hacer ni una cosa ni otra. Quizá sólo lo acate para acallar su conciencia. No lo sabemos, desconocemos sus motivos. No nos incumben. Nuestras decisiones no tienen nada que ver en ningún caso con la jurisprudencia del Senado y del pueblo de Roma. Nos limitamos a nuestro ámbito, a la teología, a la doctrina, a los ritos.

Sus gruesos labios, que dejaban al descubierto los grandes dientes muy separados, sonreían pérfidos enmarcados por la barba cuadrada.

Pero su sonrisa no tardó en desaparecer, y de pronto se incorporó. Sus ojos lanzaron chispas y exclamó:

—Decidme lo que pensáis, doctor Josef, decídmelo. ¿No es acaso un milagro que un pueblo, un pueblo entero, practique una disciplina tan descomunal? ¿Que se provea, junto al impuesto por la potencia extranjera al que por fuerza tiene que someterse, de un tribunal voluntario que acata movido por la fuerza de su corazón? ¿Que además de los altísimos tributos que le sonsaca el emperador pague otro impuesto voluntario para conservar a su Dios? ¿No es ese dominio de sí algo grande, divino, único? Creo que nuestro pueblo judío, con ese impulso desahogado de seguir existiendo, de resistir, es lo más excelso, lo más admirable que he visto en esta tierra empobrecida y abocada a las tinieblas.

Josef observaba conmovido el contagioso entusiasmo que ponía ese hombre en todo, pero que no logró anular sus reservas. No era poco lo que había hecho: con admirable agudeza y energía había conseguido crear un recipiente para contener al Espíritu, que amenazaba con desbordarse. Pero ahora el Espíritu estaba encerrado en ese vaso, y eso significaba limitación, renuncia, abandono. Y lo que se había dejado atrás era algo muy valioso para Josef.

—Los romanos, como es natural —prosiguió entonces Gamaliel, retomando un tono jovial, menos solemne—, temen el principio peligroso, levantisco que adivinan tras nuestra Universidad —en ese momento todo su rostro irradiaba una sagacidad imbatible—, pero no acaban de descubrir de dónde proviene ese peligro. Los romanos sólo son capaces de concebir el mundo cuando lo comprimen en fórmulas; no conocen otro tipo de espiritualidad, en realidad son unos bárbaros. Lo que nosotros hemos hecho, sin embargo, no puede ser condensado en una fórmula jurídica. Nos sometemos en todo, somos serviciales, no nos exponemos, incluso nos hemos opuesto al levantamiento. En una palabra, nadie podrá tocar nuestra Universidad a menos que viole el derecho y la tradición de Roma. ¿Y no es cierto que el emperador Domiciano se siente llamado por sus dioses a proteger el derecho y la tradición romana? Pero tenemos enemigos, muchos y muy poderosos. Ahí están los príncipes Sabino y Clemente y sus secuaces; y el ministro de guerra Annius Bassus y vuestra anterior esposa, Dorión; y toda esa chusma de los mineos. Todos ellos tratan de convencer al emperador de que prohíba nuestra actividad, y a él le agradaría ceder a sus ruegos. Lo único que se interpone entre nosotros y la aniquilación es su respeto por la tradición, por los principios romanos. Por eso vacila entre su, digamos sentido de la justicia, y la antipatía que nos profesa, convenientemente azuzada por nuestros enemigos; y duda, espera, sencillamente no se digna atendernos, no me recibe. Desde su punto de vista, es lo mejor que puede hacer: rehúye su deseo de aniquilar la Universidad de Yabne, pero al mismo tiempo, haciéndome esperar, debilita nuestro prestigio, pone en ridículo a Yahvé y al judaísmo, machaca Yabne.

Josef tuvo que admitir que no era posible describir la situación con más claridad. Gamaliel continuó hablando.

—Yo sé muy bien —dijo con aire pensativo— cómo hay que tratar al emperador. Trataría de atenazarlo con su tradicionalismo, con su religión. Pues, por raro que

parezca, este hombre sigue un impulso religioso; mucho de lo que hace y deja de hacer sólo se explica de ese modo. Quizá se trate de una religión retorcida y gentil, sin duda adora a muchos Baales, pero es una religión y a ella debemos atenernos. Habría que servirse de la astucia, habría que convertir a Yahvé en un Baal, en un burdo y grosero ídolo, en una divinidad tal y como él la entiende y la teme. ¿Acaso es eso sacrílego? ¿Os escandalizan mis palabras, pronunciadas por el sumo sacerdote de Yahvé? Hoy más que nunca este sacerdote ha de ser político. Ningún medio es condenable si sirve para que el pueblo de Yahvé supere esta tercera travesía del desierto, para que no sucumba. ¡Ha de vivir! Porque la idea de Yahvé no puede subsistir sin su pueblo.

En ese momento Josef sintió un gran temor. La última frase, que constituía en verdad un terrible sacrilegio y era impía, ¡precisamente en boca del Doctor Supremo! A excesos tan peligrosos podía conducir la política a un hombre que no buscaba más que servir a Dios.

—Sí, yo sabría cómo tratar a este emperador —retomó entonces Gamaliel su discurso—. Pero no me permite acercarme a él. ¡Os confieso —estalló, amargado— que a veces me arde la piel de tanto esperar y de tanta impaciencia! No es por mí, no soy vanidoso; sé encajar las ofensas. Pero no se trata de mí, se trata de Israel. Tengo que conseguir esa audiencia. Pero nuestros amigos, a pesar de su buena voluntad y de sus buenos oficios, han fracasado en esta ocasión. Regino no lo ha logrado, Marullo tampoco, ni Juan de Giscala. Sólo hay un hombre que aún podría conseguirlo: vos, querido Josef. ¡Ayudadme!

Josef se sintió desgarrado al ser interpelado de aquel modo. Le resultaba difícil resistirse a la seducción del Doctor Supremo. La política sin escrúpulos de ese hombre, que había renunciado al dios de todo el mundo para servir al dios de Israel, le repugnaba tanto como lo atraía. Lo que Gamaliel le exigía era acción, diligencia, laboriosidad: precisamente lo que Josef había rehuido conscientemente durante todos esos años. El que quiere actuar debe ceder; el que quiere actuar debe acallar su conciencia. El Doctor Supremo estaba llamado a actuar, ésa era su misión, y tenía cabeza y habilidad para ello. Pero él, Josef, sólo estaba dotado para la contemplación; su tarea era describir la historia de su pueblo y darle sentido. En cuanto intervenía en los acontecimientos se convertía en un chapucero, en un charlatán.

Lo que él, Josef, piensa, dice, escribe, tal vez permitirá que más adelante alguien vea los acontecimientos de hoy tal y como los ha visto Josef; tal vez determinará las acciones de las futuras generaciones. Por el contrario, lo que dice y piensa Gamaliel se transforma inmediatamente en historia; se traduce hoy, y mañana también, en destino. Josef se siente desgarrado, la propuesta de Gamaliel le tienta.

Los muros tras los que tan hábilmente se había escudado para salvaguardar su paz se derrumbaron y le prometió al Doctor Supremo hacer lo que le pedía.

Josef solicitó ver a Lucía, y ella lo convocó para el día siguiente. Lo miró sin ocultar su interés.

—Han transcurrido ya dos años —dijo— desde la última vez que nos vimos; pero al verte ahora me parece que fueran cinco. ¿He cambiado tanto en el exilio, o eres tú? Estoy decepcionada, querido Josefo —dijo con franqueza—. Has envejecido. Y tampoco pareces tan perverso como antes.

Una sonrisa cruzó la cara picada de Josef; de modo que todavía recordaba el grito que había proferido entonces, al contemplar su busto aún sin terminar: «¡Estás maldito!».

—¿A qué te dedicas ahora? —continuó Lucía—. Hace tiempo que no se oye nada de ti. Pareces sombrío —y lo miró con interés—. Es una vergüenza cómo tratan a tus judíos. Esas mezquinas y ridículas rencillas. Cuando mi prima Faustina ha dormido mal le pincha a la camarera que la peina con una aguja en el brazo o en la espalda. Eso puede hacerlo Faustina, pero el Imperio romano no puede tratar así a una nación entera. Como siempre, debo decirte que lamento la opresión que sufrís. Yo también he padecido lo mío en estos últimos años. Ni lo lamento ni preferiría habérmelo ahorrado. La vida sería demasiado gris sin esos altibajos.

Josef se sintió ligeramente dolido al escuchar que Lucía lo encontraba tan cambiado. Recordó la primera audiencia que le concediera una gran dama romana, Popea, la esposa de Nerón; cómo todo su ser se había recogido para la ocasión, fervoroso y lleno de fe en su éxito. Algo de aquel Josefo despertó en él y se tensó.

—No puede negarse —repuso animado— que aceptas tanto lo bueno como lo malo —y la miró fijamente a la cara con la misma insolencia admirativa que antaño dedicara a Popea.

Lucía se rió con su risa plena, poderosa.

—Dime, por favor —le exigió—, por qué querías verme. Pues no creo que hayas venido para rendirme pleitesía. Me has mirado de una forma verdaderamente desvergonzada, en tu mirada había algo de la perversidad del Josefo del famoso busto; cabría pensar que has venido sólo por curiosidad, por ver cómo me ha sentado el exilio. Hace poco tuve ocasión de ver tu busto en el Templo de la Paz: grandioso, aunque, desde luego, no te retrata, porque le faltan los ojos. No debiste negarte entonces, cuando Critias quiso ponértelos. Pero ahora dime, ¿qué te parece mi peinado? Va a causar un gran revuelo.

Había peinado su cabello hacia atrás en varias ondas consecutivas, renunciando a las altas torres que prescribía la moda.

El aire vivaz, tonificante, de aquella mujer refrescó a Josef. Sí, estaba por encima de su hado, ni lo bueno ni lo malo podían con ella; rebosaba vida, su exilio no había hecho más que darle alas.

—Tienes razón, ama Lucía —dijo él—. Realmente, es la desdicha de mis judíos

lo que me apena, y he venido para rogar tu favor. Hemos padecido mucho en esta última década. Estamos acostumbrados al dolor, consideramos una distinción que nuestro dios nos someta a pruebas tan duras. Tenemos una obra muy profunda y venerable que trata de un hombre llamado Job, al que Dios golpea para distinguirlo porque quiere hacerle ver que hay un pecado secreto en él, un pecado que ese hombre no podría reconocer de otro modo y que por lo demás sólo es un pecado para muy pocos.

—¿Y qué pecado es ése? —quiso saber Lucía.

—La arrogancia de espíritu —replicó Josef.

—Hm, pecado —dijo Lucía pensativa—. También a mí se me ha puesto a prueba, pero no por ello me he preguntado por mis pecados. No sé si poseo esa arrogancia espiritual de la que hablas. En realidad, no lo creo. No me cambiaría por nadie, me gusta cómo soy. Sea como fuere, me parece que tú eres mucho más arrogante que yo, querido Josefo.

—El escritor Flavio Josefo —respondió Josef— no es demasiado arrogante, confío. El judío Josef ben Matatías sí lo es. Pero una cosa es la arrogancia de un individuo y otra muy distinta el orgullo espiritual de un pueblo. No es un pecado que nosotros, los judíos, nos sintamos orgullosos de nuestro Yahvé y de nuestra espiritualidad. Creo que el mundo no puede prescindir de nosotros. Nos necesita. Somos la sal de la tierra.

La serena convicción con que hablaba animó a Lucía.

—¿Y qué pueblo —opinó sonriente— no cree ser el elegido? Los griegos lo creen, los egipcios, vosotros los judíos. Únicamente los romanos somos realistas en eso. Dejamos que los demás sean la sal de la tierra: nosotros nos conformamos con utilizarla y dominar a los demás.

Pero Josef no sonrió como ella había esperado, sino que se puso serio.

—¡Si así fuera! —replicó excitado—. ¡Si realmente os conformarais con eso! Pero no es verdad. No sólo aspiráis a dominarnos. Sólo los locos se rebelan contra vuestro dominio. Castigadlos tan duramente como queráis, nosotros no protestaremos. Pero queréis arrebataros nuestra alma. Por eso estoy aquí, ama Lucía. ¡Ruega al emperador que desista! ¡Dejadnos nuestra alma! ¡Dejadnos nuestro dios! ¡Dejadnos nuestro Libro, nuestra doctrina! Hasta la fecha Roma siempre permitió que los pueblos conservasen a sus dioses. ¿Por qué quiere arrebataros ahora el nuestro?

Lucía arqueó las cejas muy por encima de los ojos, excesivamente separados.

—¿Quién quiere arrebataros vuestro dios y vuestra doctrina? —le replicó con un gesto de rechazo.

—Mucha gente lo desea —respondió Josef—. Empezando por tu prima, la princesa Julia. Quieren cerrar nuestra Universidad de Yabne, que se fundó con el beneplácito de Vespasiano. Es una pequeña universidad donde se enseña teología, un lugar de culto, nada más. ¡Ayúdanos, querida Lucía! —dijo insistente, con familiaridad, sin aplicarle su título—. Realmente, no pedimos otra cosa que libertad

espiritual, una libertad que nada le cuesta a Roma; que no amenaza a su dominio. Pero eso es precisamente lo que no quieren concedernos. Por puro odio. Nos impiden acceder al emperador porque temen que lográsemos convencerlo. Hace meses que le aconsejan no recibir a nuestro Doctor Supremo.

—Ah, ese Doctor Supremo —dijo Lucía con cierto desdén— del que tanto se habla.

Josef repuso:

—Todos preferiríamos que no se hablase tanto de él.

—¿De modo que os resulta vital —preguntó Lucía— que el emperador lo reciba?

—Si pudieras conseguirlo —le replicó Josef— prestarías un gran servicio a mi pueblo, que tiene mejor memoria y es más agradecido que ningún otro.

—Lo has expresado con mucha elegancia, querido Josefo —dijo Lucía riéndose—. Pero conmigo esos argumentos no valen. Me importa muy poco lo que se piense de mí una vez muerta. No creo que haya vida en el Hades o donde sea. Cuando me incineren creo que poco podré beneficiarme ya de vuestro agradecimiento.

Meditó unos minutos.

—Por otra parte, no sé —dijo— si podré ayudarte aunque quisiera. El emperador está reticente conmigo —le confió— y me niega cualquier favor. Reñimos mucho. Le salgo demasiado cara.

Y, con afable franqueza, le refirió:

—¿Sabes que cada vez soy más avariciosa? La vida me parece fabulosa y precisamente por eso con los años me vuelvo más exigente. Tengo que tener cuadros, estatuas, cada vez más; deseo construir, quiero joyas, teatro, más esclavos, fiestas en las que no se escatime nada. En los últimos tiempos derrocho sumas inmensas. Y los judíos entendéis bastante de dinero, eso hay que admitirlo. Ahí tenemos a Regino, aunque sólo lo sea en parte, y ahí está ese hombre de los muebles, Cayo Barzaarone, y otro al que trato a veces, cierto Juan de Giscala: un tipo divertido, socarrón, lanzado. Todos están haciendo dinero, mucho y con poco esfuerzo. El último incluso ha conseguido bajar mis precios. Ya ves que sé apreciar vuestros méritos y que os tengo en gran estima.

A continuación se puso seria.

—¿De modo que Julia quiere cerrar vuestra universidad, dices?

—Sí, Julia —confirmó Josef, que había mencionado su nombre intencionadamente.

—Hace algunas semanas que goza del favor de Varriguita —meditó Lucía— mientras que yo estoy prácticamente eclipsada. ¿Qué clase de hombre es tu doctor? —inquirió—. ¿Es un santo o un político?

—Ambas cosas —le replicó Josef.

—Hm, entonces será un gran hombre —opinó Lucía—. Pero ¿cómo convenceré a Varriguita?

—Tal vez expresando el deseo de verlo —le propuso Josef—. En tal caso se vería

obligado a recibirlo antes. Es impensable que el Doctor Supremo te presente sus respetos, ama Lucía, antes de haber rendido honores al dios Domiciano.

—Realmente, eres un hombre de corte —le dijo Lucía con una sonrisa—. ¿En verdad es tan importante para vosotros que le procure una audiencia en el Palatino a tu doctor?

—Sabía que nos ayudarías, querida Lucía —respondió Josef.

Durante todos esos días en que Domiciano no ha visto a Lucía se ha repetido sin cesar todo lo que habla en su contra. Lo humilla, se burla de él. Tampoco está descartado que tenga un nuevo amante. Ha acariciado la idea de juzgarla por segunda vez por adulterio de acuerdo con sus recientes disposiciones, más severas, o enviarla al exilio y a la muerte sin juicio previo. Pero después se imagina su temeraria y altiva cara con la frente pura e infantil, y la nariz larga y poderosa, y cree escuchar su risa. ¡Ay, no podrá amedrentarla con las represalias del Senado! Podrá matarla, pero no asustarla. Y si la manda matar será mayor su castigo que el de ella, pues después ya no tendrá más padecimientos mientras que él sí.

Se alegra de que, tras resistirse levemente, Julia le haya permitido acercarse de nuevo a ella. Aparentemente ha sido injusto, ella lo ama y el fruto de su vientre era hijo suyo. Lástima que lo que Norban y Mesalino han logrado descubrir en el caso de su esposo, Sabino, no baste, según ellos, para aniquilarlo sin suscitar comentarios que podrían perjudicarlo. Pero tal vez incluso le compense tolerar esos chismorreos. Julia lo merece. Sin duda la ha menospreciado. No es nada tonta; hace poco, por ejemplo, hizo un comentario ingenioso e irónico sobre un noble y aburrido poema del poeta de corte Estacio, que él mismo no habría podido mejorar. También le agrada su aspecto, sobre todo desde que ha perdido esa opulencia. Basíledes debe retratarla por tercera vez. Es una mujer hermosa, una auténtica Flavia, una romana, una mujer digna de ser amada. Podría sustituir a Lucía.

Jamás podrá sustituir a Lucía. Lo supo en el instante en que Lucía entró a verlo. Todo su rencor contra Lucía se disipó como por ensalmo. Se admiró de su aspecto, alto e imponente a pesar de su sencillo e infantil peinado. Julia se le antojó de pronto ridícula. ¡Cómo ha podido pensar en deshacerse de Sabino por su causa y poner en tela de juicio su deber como mandatario y su popularidad! ¡¿Cómo ha podido tolerar siquiera a Julia por tanto tiempo, sus eternas quejas de niña, su susceptibilidad ante la menor ofensa, esos ademanes tibios, quejumbrosos?! Ahí tiene a su Lucía con su arrojo, su orgullo, su naturalidad; es una auténtica romana, la mujer que le corresponde.

Lucía, con su desparpajo natural, constató primero que su calva había crecido poco y nada su barriga. A continuación se lanzó directamente sobre su objetivo.

—He venido —dijo— para darte un consejo. Hace tiempo que está en la ciudad el preboste de los judíos, el Doctor Supremo Gamaliel, esperando a que lo ratifiques en

su cargo. Con este hombre no te estás comportando como deberías. Si quieres cerrar su Escuela me parece que el *Imperator Domitianus Germanicus* debería tener el valor de decírselo a la cara. Pero no recibirlo ni rechazarlo, no replicarle con un sí ni con un no, son métodos que me recuerdan a la época en que aún se te llamaba Chiquillo o Frutito. Yo pensaba que esos tiempos habían pasado tras la muerte de Tito, desde que subiste al trono. Lamento esta recaída.

Domiciano sonrió.

—¿Has dormido mal, Lucía? —preguntó—. ¿O es que te han salido mal los negocios? ¿Has calculado mal un suministro de tu tejar?

—¿Recibirás al Doctor Supremo? —insistió Lucía.

—Parece que te interesas mucho por ese hombre —opinó Domiciano, y su sonrisa se tiñó de maldad.

—Entonces lo recibiré yo —dijo Lucía decidiéndolo en ese instante y subrayando levemente el «yo»—. Causará cierto revuelo que lo llame. A él mismo le parecerá impropio comparecer ante mí antes de que lo recibas tú.

—Eso sólo le atañe al gran chambelán Crispín —respondió Domiciano.

—Te lo advierto, Varriguita —dijo entonces Lucía—. ¡No intentes escabullirte! No arregles este incómodo asunto como has hecho con otros que no mencionaré. No envíes al hombre de regreso antes de haberlo escuchado. ¡No te lo quites de encima! El exilio al que me condenaste no me vino mal. Si sigues actuando de este modo en el asunto del Doctor Supremo puede ocurrir que yo misma me exilie.

Cuando se marchó Lucía, se dijo el emperador que, con sus amenazas, no había hecho más que arramblar contra puertas que ya estaban abiertas, porque, aunque había tratado de reblandecer un poco a esos levantiscos judíos amedretándolos con la tensión y la espera, él, a quien se le había encomendado la protección de los dioses de todos los pueblos, nunca había pensado seriamente en arrebatarle su santuario al Doctor Supremo y a los suyos. Sin embargo, ahora, tras la visita de Lucía, no se decidió a liberar a los judíos de su temor, sino que continuó callado, los dejó esperar, no hizo nada.

El único que padeció por el momento las consecuencias de la intervención de Lucía fue el gran chambelán Crispín. Cuando a la mañana siguiente se presentó en el Palatino perfumado y acicalado como siempre el emperador le preguntó:

—Dime, querido: según tú, ¿qué es un bárbaro?

—¿Un bárbaro? —preguntó perplejo Crispín. Vacilante, trató de definirlo—: Un ser ajeno a la civilización griega y romana.

—Hm —dijo Domiciano—, los judíos de mi ciudad de Roma, ¿hablan griego o no? Y los judíos de Alejandría, ¿hablan griego o no? ¿Por qué, entonces —estalló sonrojándose hasta la raíz del pelo—, han de ser los judíos más bárbaros que, por ejemplo, vosotros los egipcios? ¿Por qué ha de esperar ese Doctor Supremo más para

ser recibido que tu sacerdote de Isis Manetón? ¿Acaso crees, tipejo, que porque gastas al año cinco talentos en perfumes eres más civilizado que mi historiador Josefo?

Crispín había retrocedido unos pasos; su esbelto cuerpo tiritaba bajo la blanca túnica de gala; su hermosa, insolente y viciosa cara palideció hasta volverse verde bajo el maquillaje marrón.

—¿Debo —farfulló— citar entonces al Doctor Supremo?

—¡No debes hacer nada! —exclamó Domiciano con la voz quebrada—. ¡Lo que has de hacer es largarte! ¡Retírate a meditar! —El gran chambelán se alejó rápidamente, compungido y sin saber qué pensar de aquel arrebato, sin saber qué hacer.

Y el Doctor Supremo seguía esperando, y el emperador seguía dudando; nada cambió.

Ocho días después de la visita de Lucía llegó al Palatino un correo con la pluma que anunciaba malas noticias: traía un despacho de la guerra dacia.

Domiciano estudió los informes encerrado en su gabinete. Su general Fusco había sufrido una funesta derrota. Alentado por el rey Diurpan se había adentrado excesivamente en territorio dacio, donde encontró la muerte junto con gran parte de su ejército. La legión vigésimo primera, la «Rapax», había sido prácticamente aniquilada.

Domiciano tomó con gesto mecánico la cápsula con las terribles noticias, la levantó y volvió a dejarla sobre la mesa. Parte de los papeles yacían dispersos sobre la mesa, el resto revoloteaba por el suelo. Domiciano recogió con expresión ausente parte de esos papeles, los arrugó y volvió a alisarlos, colocándolos con gran cuidado sobre la mesa. El único responsable de ese Fusco que se había dejado ganar de aquel modo era él, Domiciano. Le había encomendado el mando en contra del parecer de Frontín y de Annius Bassus, que le recordaron su excesivo arrojo y su inconsciencia. Sin embargo, él había insistido. El valor de Fusco debía contrarrestar la prudencia de Bassus y de Frontín. La derrota de Dacia era culpa suya.

Y, a pesar de todo, sus cálculos no eran erróneos. Con esperar no se llega a la meta. Las legiones estaban preparadas, bien equipadas, la aventura también podría haber tenido éxito. Era una jugarreta del destino que esa guerra terminase tan mal.

¿Se trataba de una coincidencia o de una advertencia dirigida a él en particular? El rostro de Domiciano se tensó de pronto adoptando una expresión casi idiota. Lo que ha ocurrido allá abajo, en Oriente, no es producto del azar, sino un acto de venganza, la venganza de un dios: de ese dios Yahvé. No debería haber hecho esperar tanto tiempo al sumo pontífice de ese Yahvé. Tiene poder sobre Oriente ese dios Yahvé, y para denigrar al emperador romano ha inspirado a Diurpan su rastrera y artera estrategia.

Nada podía hacer ya sino ceder, replegarse cuanto antes. No es tan estúpido como para seguir luchando contra Yahvé. Debe poner fin, cuanto antes y definitivamente, a

su litigio con ese dios. Recibirá al Doctor Supremo. Le expresará toda clase de parabienes para él y su ridícula Universidad de Yabne.

Cuando a la mañana siguiente apareció Crispín le preguntó el emperador con fingida amabilidad:

—¿Por fin has citado al Doctor Supremo y a su gente?

—Ah, no sabía... —le replicó Crispín enajenado— no deseaba precipitar vuestra decisión...

—¿Qué quiere decir que no sabías, que no deseabas... qué? —le interrumpió con vehemencia el emperador—. Yo sí quiero. ¿Es que no te basta? ¡Por Hércules, menudo botarate que tengo por ministro!

—Entonces emplazaré al Doctor Supremo para mañana —propuso precavido Crispín.

—¿Para mañana? —le espetó indignado el emperador—. ¿Crees que voy a encontrar de un día para otro la forma de reparar la ofensa que has infligido con tu estulticia al sacerdote y a su dios? ¡Cita al doctor dentro de cinco días! —le dijo, despidiendo al gran chambelán con cajas destempladas—. En el Albano, ¿me oyes?

—¿En el Albano? —preguntó Crispín sorprendido. Las recepciones oficiales de los legados extranjeros solían tener lugar en el Palatino; que el emperador citase al doctor judío en el Albano contravenía todas las normas—. ¿En el Albano? —preguntó, por tanto, Crispín; pensó que tal vez había entendido mal. Pero el emperador corroboró su orden:

—Sí, en el Albano. ¿Dónde si no?

Domiciano se fue al día siguiente al Albano. Resulta humillante verse obligado a recibir a ese Doctor Supremo y a sus judíos, y sin duda esos mozalbetes lo tomarán como una aceptación de su derrota. Ha de encontrar algo para aplacar sus humos y amargarles la alegría por la salvación de su Universidad. Pero debe proceder con cuidado; ya ha podido comprobar que ese misterioso dios invisible, Yahvé, es pérfido y vengativo.

Sus ministros no le servirán de nada en este caso. Se trata de un asunto demasiado elevado y refinado para el simple soldado Annius Bassus, para el elegante cabezahueca de Crispín o el violento Norban. Marullo y Regino sí entenderían su propósito, pero no son imparciales. No, sólo puede debatirlo consigo mismo.

Se pasea de un lado a otro por los jardines del Albano. Permanece largo rato delante de la jaula de una pantera; el hermoso animal lo mira con sus ojos soñolientos, amarillos, peligrosos. Su misantropía, que en ocasiones parecidas le ha hecho concebir brillantes planes, lo deja esta vez en la estacada. No encuentra nada que le permita herir a los judíos sin exponerse a la justa venganza de su dios.

Manda llamar a Mesalino. Se pasea con él por la amplia y artística diversidad de su parque. Hace como si le importase mucho apartar la menor ramita de su camino,

pero no deja de observar regocijado cómo el hombre tropieza aquí y allá y con qué temor lo oculta. Detrás, el enano Sileno imita los dignos movimientos de Mesalino, que tratan de aparentar naturalidad.

Domiciano llevó a su huésped a una sala subterránea abovedada. El amplio palacio, en el que llevaban trabajando ya diez años, aún no estaba concluido, y el emperador no sabía a qué destinaban sus arquitectos aquella estancia tan solitaria, a medio terminar. A la entrada había una escalera de bastos escalones. El suelo, de tierra, era desigual; en un rincón había un montón de arena, la estancia estaba húmeda y reinaba una oscuridad que contrastaba con la fresca y otoñal claridad de la tarde.

Domiciano ahuyentó a su enano y condujo a Mesalino a una especie de escalón, en el que le permitió sentarse. Él mismo se puso en cuclillas a su lado. Allí permanecieron ambos, en el oscuro y mohoso agujero, el emperador y su consejero ciego, y aquél rogó a éste que lo ayudase en su difícil litigio con Yahvé. Sí, ante ese ciego más siniestro y misántropo que él mismo puede hablar. Y se deja llevar, y le cuenta el rencor que lo reconcome. Debe dejarles su Escuela a los judíos, debe recibir al Doctor Supremo; desdichadamente no puede escabullirse por más tiempo. Pero ¿cómo podría arruinarle al Doctor Supremo el placer de seguir con la Escuela sin suscitar la venganza de su dios?

Mesalino está sentado en el escalón con la oreja hacia el que habla, como es su costumbre. En la penumbra que los rodea, que sólo permite reconocer los contornos, su imponente figura parece doblemente abultada. El emperador ha terminado, pero Mesalino sigue inmóvil, sin abrir la boca. Domiciano se levanta. Con pasos quedos, para no molestar a su consejero en sus meditaciones, se pasea de un lado a otro por el suelo desigual de la sala. Hay toda clase de animales, ciempiés, una salamandra.

Pasados unos minutos, Mesalino deja que sus pensamientos se traduzcan en palabras.

—A nosotros no nos resulta fácil —sopasa con una voz que suena sorprendentemente clara, amable y halagadora procediendo de un hombre tan siniestro y corpulento— entender las supersticiosas creencias de esos judíos y sus rencillas. Por lo que yo sé, los enemigos más acérrimos de esa Escuela de Yabne no se encuentran entre nosotros, los romanos, sino entre los propios judíos. Se trata de los adeptos de una secta judía, de gentes que han erigido en dios a un esclavo crucificado, un tal Jesús, y a quienes llaman mineos o también cristianos, de los que sin duda has oído hablar, mi amo y dios. Lo que distingue la superstición de esos cristianos de la del resto de los judíos radica, según lo que he podido colegir de sus confusos discursos, es que los primeros, los cristianos, consideran que su salvador, Mesías lo llaman en su lengua, ya ha venido al mundo en la persona de ese esclavo crucificado al que veneran. Los demás suponen que el salvador que Yahvé les ha prometido aún está por venir. En principio, estas rencillas deberían dejarnos indiferentes, pero no cabe duda de que son el motivo por el cual los cristianos tratan de atacar a la Escuela de Yabne. De todo ello podemos concluir que la esperanza en

la llegada de un Mesías constituye la doctrina sustancial de esa Universidad. Se dice que Yabne ejerce cierta influencia política. De ser cierto, dicha política tendrá sin duda algo que ver con la doctrina del salvador que ha de llegar.

Domiciano se había detenido poco después de que el ciego comenzara a hablar, lo había escuchado atentamente, poniéndose de nuevo en cuclillas a su lado.

—Si no te he entendido mal, querido Mesalino —dijo pensativo—, estás diciendo que ese salvador, el Mesías, me disputará mi provincia de Judea.

—Sí, precisamente eso quería decir, mi amo y dios Domiciano —le llegó la afable y clara voz del ciego—. Y ningún dios podría reprocharte que te defendieras y lucharas contra ese Mesías para conservar tu provincia.

—Interesante, muy interesante —reconoció el emperador—. Si pudiera deshacerme de ese Mesías —meditó— también me desharía del Doctor Supremo, y sin que se me castigase por ello. Me da la impresión de que estás sobre la pista adecuada, mi astuto Mesalino.

Y como Mesalino no pareciera tener nada más que decir, Domiciano prosiguió:

—El salvador, el Mesías. Quizá nos pueda servir de ayuda en esto el judío Josefo, que en su día saludó al Mesías en la figura de mi padre aunque no sé en qué medida estaría todo amañado. Sea como fuere, no resultará fácil sonsacarle algo a ese judío sobre sus doctrinas secretas, son muy tozudos. A pesar de todo, intuyo que tu consejo me será muy útil, querido Mesalino. ¿Querrás seguir ayudándome en este asunto?

—Si ese Mesías tiene algo de invisible —replicó Mesalino— como el propio Yahvé, me temo que no podré ayudarte, emperador Domiciano. Pues la pista entera sería falsa, ya que no se trataría de un pretendiente terrenal, y Yahvé tendría el derecho de protegerlo y enfrentarse a ti. Pero si resultara que el Mesías es de carne y hueso, tangible, entonces tendríamos todo el derecho de perseguirlo. Daremos con él y neutralizaremos esa Escuela de Yabne y al que la secunda.

—¡Silencio, silencio —respondió Domiciano con la voz ahogada—, no lo digas tan alto, Mesalino! ¡Piénsalo, pero no lo digas en voz alta, precisamente porque podrías tener razón! En cualquier caso, te doy las gracias —continuó aliviado—. Y te ruego que medites cómo y por qué medios podríamos dar con ese Mesías. ¡Quedo a la espera de tus propuestas, querido Mesalino! No olvides que este asunto me reconcome y que no dormiré bien hasta que lo solucione.

Mesalino regresó a Roma, pero al tercer día volvió junto a él.

—¿Has descubierto algo? —preguntó Domiciano.

—No osaría —replicó Mesalino— presentarme ante el amo y dios Domiciano con las manos vacías. He averiguado lo siguiente: el Mesías que ha de reedificar a los judíos su Templo y su Estado y que arrebatará al emperador romano la provincia de Judea no es un ente espiritual. Es más bien de carne y hueso y muy tangible para la policía. Además, está provisto de una marca bien clara. Pues, de acuerdo con los judíos, el Mesías, el que reclamará el derecho a su trono, pertenecerá a la estirpe de un viejo rey judío, un tal David. De acuerdo con la opinión de la Escuela de Yabne y

de todos los judíos, sólo él podrá ser su rey y Mesías. También el esclavo judío al que crucificaron y que los mineos veneran como su dios descendía, a lo que parece, de ese antiguo rey judío. Me han referido que aún quedan descendientes de esa estirpe. No me han podido dar cifras exactas. Dicen que hay varios, aunque son escasos: gentes de diverso rango. Dicen que hay entre ellos un pescador, un carpintero, pero también un sacerdote y un gran señor. En cualquier caso podremos dar con ellos, aprehenderlos, y neutralizar así la fuerza política de la Escuela de Yabne.

—Eso está muy bien, querido Mesalino —admitió Domiciano—, es una pista importante. ¿Me estás diciendo que basta con hacerse con los descendientes de ese rey judío para acabar con la Universidad de Yabne, y tal vez también —prosiguió temeroso y anhelante— con el Invisible que la alienta?

—Creo que es conveniente —replicó la agradable y clara voz del ciego— anular la influencia de esas gentes. Sin duda, entonces cederá la tensión que atenaza a la provincia de Judea.

—¿Y crees, querido Mesalino —continuó indagando Domiciano— que no será difícil descubrir a éstos que, de acuerdo con la citada ley no escrita, aspiran a ocupar el trono de los judíos?

—No será fácil —meditó Mesalino—. Se trata de una doctrina secreta, no está escrita en ninguna parte. No hay listas —sonrió.

—También es verdad que no distinguen particularmente a esos descendientes de David; ellos mismos no ocultan quiénes son, pero tampoco van proclamándolo. Tienen algo de ridículo esas gentes, pues están, como se dice, llamados, pero únicamente hay un elegido, y probablemente no sean sino el padre o parientes lejanos de quien ocupará ese cargo.

—Te doy las gracias, estimado Mesalino —respondió el emperador—. Daré órdenes a Norban y al gobernador Pompeyo Longino de que inicien las investigaciones. Pero dado que, como has dicho, la tarea no es fácil, sería bueno que tú mismo te pusieras manos a la obra y trataras de descubrir qué personas pertenecen a esa categoría.

—Estoy a tu entera disposición —le respondió el ciego.

Los miembros de la delegación judía se dirigían al Albano en dos carrozas. Los acompañaba Josef, a quien el emperador había ordenado que acudiese a su mansión con el Doctor Supremo y su cortejo.

Gamaliel y Josef iban en el primer carruaje con los doctores Ben Ismael y Chilkias, que representaban a las corrientes más moderadas de Yabne. Gamaliel vestía la túnica de gala. A pesar de que por lo general tenía un aspecto muy romano incluso con la barba, ese día su romanidad semejaba un disfraz. No parecía el experto político que conocían Roma y Judea, sino más bien uno de esos judíos fanáticos y reconcentrados que van por el mundo sin reparar en lo que los rodea, ocupados tan

sólo con Yahvé, el dios de su alma. Y fue a Dios a quien el Doctor Supremo buscó dentro de sí durante el trayecto; lo llamó sin permitir que nada lo distrajera de sus fervorosos ruegos: ¡Señor, dame las palabras rectas ante este romano! ¡Señor, haz que conduzca con bien los asuntos de tu pueblo! ¡Señor, no por mí ni por nosotros, sino por las generaciones venideras, danos fuerza a mí y a mis palabras!

Si en el primer carruaje reinaba el silencio no ocurría lo mismo entre los pasajeros del segundo. Los que llevaban en él la voz cantante eran los representantes de la corriente más dura de Yabne: los doctores Helbo y Simón, llamado «el Tejedor». Con acres palabras expresaban su pesar por acudir a ver al emperador, contra su consejo, precisamente aquel día, víspera de sábado. Posiblemente anocheciera antes de su regreso y comenzase el sábado, y los preceptos rituales prohibían viajar por el campo ese día. De modo que, ya desde un principio, la empresa entera corría peligro por exponerse a violar las leyes de Moisés. Si les hubieran hecho caso se le habría comunicado al emperador que la legación lo visitaría dos días más tarde. Pero Gamaliel los forzó, abusó de su autoridad y les obligó a montar en la carroza; sí, incluso llegó a ordenarles que cambiasen su vestido judío por la túnica romana. Debatían con ahínco un problema teológico: cuántas de las trescientas sesenta y cinco prohibiciones contravenían ese viaje, y cuántos de los doscientos cuarenta y ocho preceptos violaban por emprenderlo. Además, el Doctor Supremo había solicitado que los acompañase Josef ben Matatías, el hombre que había traicionado a Israel entregándolo a Edom. Sería necesario, por tanto, que ellos, los doctores de la corriente más estricta, se mostrasen firmes para tratar de impedir que Gamaliel cediese durante la audiencia a su peligrosa tendencia a aceptar compromisos, adulterando así los principios de Yabne.

El Doctor Supremo, a quien extrañaba que no lo hubiesen citado en el Palatino sino en el Albano, se sintió doblemente sorprendido ante el recibimiento que encontraron allí él y sus acompañantes. Le habían contado muchas cosas del complejo y suntuoso ceremonial que se observaba en las audiencias imperiales. Pero allí, en el Albano, él y sus caballeros no fueron conducidos a una sala de espera o a la de la audiencia, sino que los guiaron por extraños vericuetos atravesando el amplio parque, cruzando bellos jardines, altos y minúsculos puentes, estanques, macizos de arbustos bellamente recortados y parterres.

Era un caprichoso día de otoño; el cielo mostraba su azul más intenso, manchado de gruesas nubes blanquísimas. Los doctores tenían las piernas entumecidas del viaje. Ahora avanzaban dando traspies por los interminables senderos, subiendo y bajando por las terrazas y las largas y retorcidas escaleras.

Por fin avistaron al emperador. Lo acompañaban varios consejeros. Josef reconoció al ministro de policía Norban, al ministro de la guerra Annius Bassus, y al amigo del emperador, el senador Mesalino. Domiciano llevaba puesta una ligera túnica gris, su rostro estaba aún más sonrosado que de costumbre por la fresca brisa y parecía de buen humor.

—¡Ah, aquí tenemos a los doctores de Yabne! —dijo muy animado con su potente voz—. No he querido posponer por más tiempo nuestro encuentro —añadió volviéndose hacia Gamaliel—. Ni siquiera dos horas más, hasta que concluya mi visita a las obras. Ahora, desde luego, debéis permitirme que termine lo que he venido a hacer mientras conversamos. Éstos de aquí —les presentó— son mis arquitectos Grovius y Larinas, de quienes sin duda habréis oído hablar. Y ahora continuaré con mi visita mientras charlamos. Primero veremos el pequeño teatro de verano que estoy construyendo para la emperatriz.

Se pusieron de nuevo en camino. Los doctores judíos, extrañados por semejante recibimiento, los siguieron tropezando constantemente. No concordaban con aquel entorno, y lo sabían. El emperador en cambio avanzaba a grandes zancadas y se dirigía al Doctor Supremo hablándole por encima del hombro.

—Parece que se habla mucho de vuestra Universidad de Yabne. Se lamentan de que sois un hatajo de levantiscos. Os estaría muy agradecido, santo doctor, si pudierais instruirme a ese respecto.

El Doctor Supremo era un hombre prudente que sabía adaptarse a cualquier situación. Manteniéndose siempre medio paso por detrás del emperador, le replicó:

—No entiendo cómo nuestra tranquila actividad de docentes ha podido dar pie a semejantes comentarios. Nuestra única preocupación es interpretar las viejas enseñanzas de nuestro dios y adaptarlas a las necesidades de la comunidad actual, una comunidad enteramente religiosa, apolítica; establecer los preceptos de una vida que da al emperador lo que es del emperador y a nuestro dios Yahvé lo que le corresponde. Nuestra máxima es: los preceptos del Gobierno son también preceptos religiosos. Gracias a esta norma básica hemos anulado de una vez para siempre cualquier conflicto de competencias o de conciencia.

Entre tanto, habían llegado a las obras. Estaban ante los cimientos del pequeño teatro. El emperador se quedó de pie, mirándolo; no era seguro que hubiera escuchado y entendido las palabras del Doctor Supremo. De cualquier modo, no le replicó, sino que se volvió a su maestro de obras diciéndole:

—La vista desde el escenario, con el mar al fondo, es aún más bella de lo que había esperado. Pero tal vez debamos ampliar el escenario, como había propuesto al principio, en dos metros.

Y, sin detenerse, se volvió bruscamente hacia el Doctor Supremo:

—Pero todo ese bello discurso, ¿no será mera teoría? ¿No atenta contra el Estado? ¿No habéis erigido en rey a vuestro dios, de modo que sus preceptos anulan de por sí todo precepto del Senado y del pueblo de Roma? ¿No es cierto que los líderes del ruin levantamiento se apoyaron también en vosotros y en vuestras enseñanzas?

El arquitecto Larinas le comentó entonces:

—Si hubiéramos ampliado el escenario, el edificio entero habría perdido ese carácter de diminuto joyero que el amo y dios Domiciano deseaba conferir al teatro

de la emperatriz.

El Doctor Supremo dijo:

—Hemos condenado a todos los que apoyaron la revuelta.

El emperador repuso:

—Quiero ver la obra desde ese lado. Todavía no estoy seguro de que tengáis razón, estimado Larinas.

Mientras se dirigían al otro flanco del pequeño teatro Annius Bassus trató de provocar a los ilustres judíos a su manera jovial y ruidosa:

—Sí, estimados doctores, habéis condenado a los levantiscos; pero sólo después de que el levantamiento fracasara y aquéllos murieran.

El emperador contempló las obras.

—Tenéis razón, mi Larinas —se decidió—, estaba equivocado. No tendría sentido ampliar el escenario.

El doctor Chilkias contradijo amablemente a Annius Bassus:

—No habría podido ser de otro modo. Las formalidades son muchas, y cualquier dictamen nos lleva al menos seis semanas por mucho que nos apresuremos.

—Bien —dijo el emperador—, ahora enseñadme el pabellón. —Y volvieron a ponerse en camino con grandes alharacas hasta llegar a un pequeño edificio abierto en todos sus frentes—. ¿Os imagináis, santo doctor —dijo el emperador volviéndose animado hacia el Doctor Supremo y señalándole las frágiles columnas que se elevaban hacia lo alto— el aspecto que tendrá una vez terminado? ¿No parece de encaje, tan fino y ligero? Imaginaos cómo contrastará con el azul del cielo en las cálidas tardes de verano. ¡Por Hércules, querido Grovius, aquí os habéis lucido! Sí, ¿y qué pasa con vuestro Mesías? —le espetó entonces súbitamente a Gamaliel—. Me han dicho que enseñáis doctrinas ambiguas sobre cierto Mesías que vendrá, se proclamará rey y restituirá vuestro Estado. Si las palabras tienen algún sentido, eso sólo puede significar que ese Mesías me arrebatará mi provincia.

Los doctores se sobresaltaron al oírle hablar del Mesías. Domiciano hablaba en griego por deferencia hacia los doctores orientales, aunque algunos tenían dificultades en seguirle. Pero todos comprendieron estas últimas frases y su pérfido sentido. Allí estaban, barbudos, inermes, perplejos, perdidos en aquel lugar insólito; el cenador de verano se elevaba delicado ante las pesadas figuras.

Sin embargo, el Doctor Supremo mantuvo la compostura. La llegada del Mesías, le explicó, es una profecía de carácter genérico que nada tiene que ver con la política. El Mesías es una manifestación de Dios, más allá de toda representación real, y pertenece al ámbito de lo puramente espiritual. El emperador ha de representárselo como una idea platónica. Ciertamente hay personas que vinculan imágenes reales a la doctrina del Mesías. Esas gentes se llaman mineos, o también cristianos de acuerdo, precisamente, con la denominación griega de la palabra Mesías. Y extraen consecuencias prácticas de esa profecía. Veneran a un mesías personal, de carne y hueso.

—Nosotros, en cambio —le dijo muy digno y decidido—, nosotros, la Universidad y el Colegio de Yabne, hemos arrojado a esas gentes de nuestro lado como herejes que son. No tenemos nada que ver con éstos que creen en el Mesías.

—Lástima —opinó Domiciano— que no vaya a usar mucho el cenador. Precisamente en verano las exigencias de representación me obligan a dar grandes banquetes. Pero es una maravilla en su género.

Y a continuación, muy suavemente, le dijo al Doctor Supremo:

—Me parece que ahora habéis patinado un poco, santo doctor. Estoy mejor informado de lo que suponéis. Esos creyentes de los que habláis, vuestros cristianos, afirman que el Mesías ya ha muerto; su dios crucificado difícilmente podrá disputarme ya la provincia de Judea, por lo que esas gentes resultan del todo inofensivas. Vuestro Mesías, en cambio, el que esperáis, ése sí me da que pensar.

Hubo un gran revuelo entre los doctores. La profecía del Mesías, trató de explicar Gamaliel, se refiere a un futuro lejano. Se dice que en el reino que fundará las armas se convertirán en útiles para tiempos de paz, y que el león habitará junto al lobo y el cordero.

—Ya veis, Majestad —concluyó— que se trata de una utopía religiosa que nada tiene que ver con la política real.

El doctor Chilkias acudió en ayuda de Gamaliel:

—Sólo hay una cosa clara: que vendrá un Mesías. Pero cuándo lo hará, y cuál sea su misión, eso es cosa de cada cual.

Mientras Gamaliel hablaba, algunos de los doctores hacían aspavientos. Al parecer consideraban un sacrilegio intolerable que un hombre como aquél explicase tan ambiguamente una parte tan importante de su fe, y que incluso la negase. En cuanto Chilkias terminó de hablar, el doctor Helbo se aprestó a corregirlos, sobre todo al Doctor Supremo. Con su voz profunda y quebrada dijo en su torpe griego:

—Tal vez esté lejano, o cercano, puede ser de muchos modos, pero el día llegará. El día llegará —repitió burdamente, amenazador, volviendo los viejos e iracundos ojos ora al Doctor Supremo, ora al emperador.

Hubo un silencio embarazoso.

—Interesante —dijo Domiciano—, muy interesante.

Se sentó en los escalones del cenador, cruzó garboso las piernas y se puso a mover el pie; era agradable llevar esas ligeras sandalias en lugar de los zapatos cerrados con alzas.

—Me gustaría oír más al respecto —prosiguió. Y una y otra vez se volvía al Doctor Supremo amenazándolo con el dedo—: ¡Y eso que decíais que vuestro Mesías es una imagen utópica, una idea platónica!

Y, de nuevo, al viejo y rudo Helbo:

—El día llegará. ¿Qué día? «Llegará el día en que se hunda la sagrada Ilión» —dijo citando a Homero—. ¿A qué Ilión os referís, mi señor y doctor? ¿A Roma? —preguntó abiertamente.

Los doctores habían retrocedido. Los romanos los miraban, aguardando una respuesta. Entre tanto, el emperador, sin tratar de beneficiarse de su confusión, rompió aquel embarazoso silencio y continuó, extrañamente jovial:

—Debe de haber algunos entre vosotros que se imaginen a ese Mesías no como algo puramente espiritual, sino como un ser de carne y hueso. Como mi querido Flavio Josefo, por ejemplo, que en su día llamó Mesías a mi padre, el dios Vespasiano. Pero seguramente no pensabais, mi Flavio Josefo —le dijo mirándolo a la cara largo y tendido con una expresión suave, pero burlona y peligrosa—, que mi padre trataría de apaciguar de tal modo a los leones, o a los lobos, como para que habitasen junto a los corderos, ¿no es así? Está bien —dijo volviéndose de nuevo hacia los doctores—, nuestro Flavio Josefo es en realidad más soldado y escritor, un hombre de Estado, en suma, y sólo de cuando en cuando es profeta y teólogo; dejémosle, pues, que se guarde su opinión. Pero a vosotros, mis queridos doctores, que sois los intérpretes autorizados de la doctrina judía y los abogados de Yahvé, os pido que me digáis abiertamente: ¿quién o qué es vuestro Mesías? Os pido una explicación tan clara como los informes de mis funcionarios.

—Está escrito —comenzó el doctor Helbo— en nuestro profeta Isaías: «Pues de Sión saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra de Yahvé. Y él juzgará entre los paganos y castigará a muchos pueblos».

Aquellas palabras brotaron iracundas y peligrosas de su boca. El doctor Chilkias lo interrumpió:

—Pero no, hermano y señor, eso no es más que una verdad a medias cuyo sentido sólo puede deducirse de las frases que le siguen. Pues ese mismo profeta Isaías dice: «Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob. También te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra».

El tozudo doctor Helbo seguía insistiendo:

—No retorzáis las palabras, no pongáis el acento en lo secundario. ¿Acaso no está escrito en el profeta Micha: «Juzgará a muchos pueblos, y ejercerá la justicia hasta muy lejos»?

Mas el doctor Chilkias no cejaba:

—Sois vos quien lo malinterpreta, y es la segunda vez, pues olvidáis lo que se dice a continuación: «Se sentará cada cual bajo su parra y bajo su higuera, y nadie los aterrorizará».

Entonces salió en defensa del doctor Helbo su correligionario el doctor Simón, llamado «el Tejedor»:

—¿Y qué ocurre —preguntó pendenciero— con Gog y Magog, a los que el Mesías debe vencer primero?

Se lanzaron a discutir. Ya no estaban en los jardines del Albano, en presencia del emperador, ahora estaban en Yabne, en su Escuela, y pasaron del griego al arameo, sus voces se confundían unas con otras, acaloradas, iracundas. El emperador y su cortejo los escuchaban en silencio sin poner de manifiesto cuánto los divertían.

—Debo admitir que no me habéis aclarado gran cosa —dijo por fin el emperador. Mesalino intervino con su dulce voz:

—¿Me permitís que trate de explicar a estos caballeros qué es lo que desea en realidad de ellos nuestro amo y dios? A Su Majestad le interesa saber de vosotros, como instancia autorizada, lo siguiente: ¿existen hombres de carne y hueso, hombres con nombres, residencia y año de nacimiento, que puedan arrogarse el derecho de ser el Mesías que esperáis? Hay quien me ha dicho que aceptáis un criterio para tal derecho: que el Mesías que esperáis será vástago de la estirpe de vuestro rey David. ¿Me han informado bien o no?

—Sí —dijo animado el emperador— eso es interesante. ¿Está bien delimitado el círculo del que saldrá el Mesías que esperáis? ¿Debemos buscarlo únicamente entre los descendientes de vuestro rey David? Os ruego que me contestéis con claridad —le pidió al Doctor Supremo.

Gamaliel respondió:

—Es así, y no lo es. Nuestra Sagrada Escritura se sirve a menudo de formas poéticas. Cuando alguno de nuestros profetas afirma que llegará un Mesías de la estirpe de David se sirve de una expresión intencionadamente vaga y metafórica. Toda la imaginería en torno al Mesías tiene un sentido poético.

Y después agregó, sonriendo con cierto aire de superioridad:

—Y poco tiene que ver con la realidad, con esa realidad que puede abarcarse con actas y estadísticas.

El doctor Ben Ismael volvió el noble rostro marfileño y apergaminado hacia el emperador, lo miró con sus ojos viejos, fatigados, hundidos, y explicó:

—Sí, se trata de una realidad superior. Quien diga algo concreto sobre el Mesías estará diciendo en el mejor de los casos una verdad parcial, y, por tanto, una falsedad. Pues la doctrina del Mesías es una verdad plural, que no puede ser aprehendida únicamente con el entendimiento: sólo puede ser intuita, contemplada. Sólo el profeta la comprende. Pero una cosa es cierta: el Mesías que vendrá representará la unión de Dios con el mundo. Su misión no afecta tan sólo a Israel, sino a todo el orbe y a todos sus pueblos.

El fanático doctor Helbo adujo, sin embargo:

—No es así, y vos, doctor Ben Ismael, lo sabéis. Se han revelado ciertos detalles sobre el Mesías —dijo volviéndose hacia Mesalino—, rasgos tan unívocos que no pueden pasarse por alto y que hasta vosotros, los romanos, podríais reconocer. El Mesías descenderá de David. Ésa es la verdad; os han informado bien, mi señor.

—Gracias —dijo Mesalino.

—Sin embargo, lo que le anunciasteis a mi padre, querido Flavio Josefo —dijo el emperador muy amable—, no concuerda con todo eso. Porque, por lo que yo sé, nuestro árbol genealógico se remonta a Hércules, no a ese David.

Se oyeron unas risitas en torno a él; parecían inocuas, y el Doctor Supremo respiró aliviado. El propio Josef respiró aliviado a pesar de la humillación, contento

de ver que la Universidad de Yabne y su doctrina parecían fuera de peligro.

—De las discrepancias que separan a los venerables doctores y señores —afirmó defendiéndose— podrá deducir el amo y dios Domiciano que las profecías sobre el Mesías son oscuras y que en su mayor parte se encomiendan al sentimiento. Lo que yo sentí entonces, cuando me incliné ante el amo y dios Vespasiano, era sincero, y los acontecimientos lo corroboraron. Me enorgullezco de haberlo proclamado.

Un profundo y colérico zumbido sonó procedente de la garganta del doctor Helbo. Si ya podía considerarse un sacrilegio que ese Josef ben Matatías, judío a fin de cuentas, se dirigiese al emperador de los gentiles llamándolo amo y dios, doblemente blasfemo era que volviera a llamar Mesías al fallecido Vespasiano, al enemigo de Yahvé, en presencia de los doctores de Yabne. De modo que el doctor Helbo se aprestaba ya a espetarle alguna frase fanática, radical, aniquiladora. Pero ni a Annius Bassus ni a Norban, ni siquiera a Mesalino, les agradaba que la conversación hubiese derivado hacia esos sucesos que pertenecían al pasado. Les importaba más obtener de los doctores definiciones útiles para adoptar ciertas medidas de índole práctica.

—En cualquier caso, podemos considerar que es seguro —dijo Annius Bassus resumiendo— que los judíos creen que habrá alguien, descendiente del rey David, que será el auténtico Mesías.

—Sí, así es —admitió el amargado doctor Helbo.

—Bien —dijo satisfecho el ministro de policía Norban—, ahí tenemos al menos algo redondo, abarcable, tangible.

Y a continuación se oyó la suave voz del ciego Mesalino:

—¿Existen esos descendientes de David? ¿Se les puede reconocer? ¿Hay muchos? ¿Dónde se encuentran?

A excepción de Josef y Gamaliel ningún judío estaba al tanto de la oscura función que cumplía el senador Mesalino. A pesar de ello los doctores sintieron un escalofrío. Advirtieron el perverso trasfondo de la dulce pregunta y supieron que se enfrentaban al minuto más peligroso de esa decisiva conversación, el minuto más peligroso de su dudosa estancia en Roma. ¿Qué debían responder? ¿Debían revelar a esos malvados gentiles y a su emperador los nombres de los retoños de David y sus dirigentes? No es que se respetase demasiado a los que hoy el pueblo señalaba, y ni siquiera con seguridad, como descendientes de David; hacía muchas generaciones que eran los llamados. A pesar de todo se les consideraba santos, pues entre ellos estaba el Elegido, o el padre del Elegido. Y las esperanzas depositadas en el Elegido eran una luz en medio de la nada. Sí, una gran luz que se extinguiría para siempre si accediesen a traicionar con tanta ligereza a la estirpe de David, y con ello la posibilidad de que viniese el Mesías. La esperanza de la llegada del Mesías estaba envuelta en misterio, revestía un cariz sagrado y atrayente; si con la estirpe de David desaparecía de la tierra ese secreto sagrado la doctrina perdería su encanto.

¿Qué debían hacer? Si rehuían la suave y taimada pregunta del ciego, si no

confesaban los nombres, la ira del emperador caería sobre la Escuela de Yabne. ¿Debían, entonces, traicionar a los retoños de David?

El viento había arreciado y racheaba abombándoles las túnicas de gala. El tejo y el boj brillaban con un fulgor verde oscuro, los olivares centelleaban plateados, y desde abajo se veía el encrespado resplandor del mar. Pero nadie se fijó en ello. El emperador seguía sentado en los escalones del cenador, los demás de pie en torno a él. Miraban al Doctor Supremo, a quien se le había exigido una respuesta. ¿Qué respondería? Hasta los arquitectos Grovius y Larinas olvidaron su irritación por no poder mostrar convenientemente su obra debido a la presencia de la legación bárbara. ¿Qué dirá ahora el sumo sacerdote?

Pero antes de que pudiera responder se oyó la bronca voz del doctor Helbo. ¿No acababa de cometer de nuevo sacrilegio ese Josef ben Matatías conjurando su aniquilación?

—Los de la estirpe de David están llamados —dijo el doctor Helbo—, pero pocos son los elegidos. Aquí tenemos, por ejemplo, a Josef ben Matatías, antaño sacerdote de primera categoría, ahora proscrito y hereje. ¿Cómo podría ser elegido alguien como él? Y, sin embargo, es de la estirpe de David, aunque sólo sea por parte de su abuela. Sea como fuere, su padre se jactó de ello ante mí.

—Interesante —dijo el emperador—, muy interesante.

Todas las miradas estaban puestas en Josef. Se había quedado solo; era como antes, cuando, tras maldecirlo, sus correligionarios mantenían la distancia prescrita de siete pasos. Él los escuchaba extrañamente indiferente, como si hablasen de un tercero, y su túnica de gala con la fina orla purpúrea se le pegaba al cuerpo agitada por el viento. Con los ojos ausentes miraba el anillo que llevaba en el dedo, la sortija dorada de la segunda nobleza. Pero en su fuero interno sintió pánico. De la estirpe de David, pensó. Seguramente así es. Descendiente de reyes por parte paterna, y, por la rama materna, de la estirpe de David y de los asmoneos. Que esto me ocurra ahora es un castigo por proclamar entonces Mesías al romano.

Entre tanto, el Doctor Supremo había dado con una respuesta. A su manera, superior, airada, afirmó:

—Si el pueblo designa a éste o a aquél como descendiente de David no es más que una vulgar superstición sin base ni justificación alguna. A veces son hombres sin importancia, un pescador, un carpintero. ¿Cómo podría caer tan bajo un descendiente de David?

Y esta vez se vio corregido por alguien de quien nadie lo habría esperado.

—Pero a veces hay un gran brillo en torno a esos hombres sin importancia —dijo la suave voz del viejo doctor Ben Ismael.

—Dejad que os mire, mi Josefo —dijo Domiciano sonriente—, a ver si tenéis ese brillo.

Se levantó y se acercó a él.

—De cualquier modo, este asunto de vuestro Mesías sigue pareciéndome oscuro

y dudoso —afirmó resuelto.

Pero en ese instante el Doctor Supremo recordó lo que sabía acerca de la religiosidad y el temor de Dios de ese emperador y consideró que había llegado la hora de contraatacar.

—Ruego a Su Majestad —le pidió—, que reconsidere el asunto. La doctrina del Mesías es oscura, ¿pero acaso no se rodean de misterio los dioses de muchos pueblos?

Ahora estaba frente al emperador, y su voz sonaba clara, fuerte, valiente, amenazadora.

—No es bueno —le advirtió— que el hombre trate de adentrarse excesivamente en los secretos de los dioses. Quizá fue por eso por lo que nuestro dios nos castigó con tanta dureza.

Un espasmo casi imperceptible recorrió la cara del emperador. Gamaliel lo advirtió. No esperaba conseguir más; seguir amenazando al emperador no habría hecho más que arruinar el efecto de sus palabras. De modo que no quiso pasar de esa vaga observación, incluso fingió no haber proferido una amenaza, sino una excusa, y prosiguió:

—No es un dios ligero, alegre, nuestro dios Yahvé; resulta difícil servirle, se irrita con facilidad.

La amenaza del Doctor Supremo hizo efecto en el emperador precisamente por su ambigüedad; la atronadora voz de Gamaliel le recordaba desgraciadamente a la de su hermano Tito, y esa última observación, que Yahvé se ofendía con facilidad, lo inquietó profundamente. ¿Qué quiere este preboste judío?, pensó. Jamás tuve intención de cerrar su Universidad. Eso sí que le gustaría a su Yahvé: que lo atacase y le brindase una excusa para perjudicarme. Me cuidaré muy mucho.

—He oído —dijo impetuoso— que teméis el cierre de vuestra Universidad. ¿Cómo se os ha podido ocurrir semejante cosa? ¿Cómo podéis dar crédito a rumores tan insensatos?

Al decir esto se irguió con los ojos brillantes y un ademán verdaderamente regio bajo el fuerte viento.

—Roma protege a los dioses de los pueblos que se han puesto bajo su férula —anunció, y—: ¡No temáis! —continuó, animado—. Os entregaré un escrito para mi gobernador Pompeyo Longino que ahuyentará vuestros recelos.

Y con un movimiento leve y gracioso puso su mano en el hombro del Doctor Supremo.

—No hay que rendirse tan pronto —dijo en tono burlón—, y tirar la toalla, santo doctor, os gobierna Domiciano, a quien el Senado y el pueblo de Roma llaman su amo y dios. Quizás habría que confiar más en el dios de uno.

Y, dirigiéndose hacia Josef, concluyó con un gesto rudo, aunque digno:

—¿Estáis satisfecho conmigo, mi Flavio Josefo, cronista de mi casa?

A la semana siguiente, el Doctor Supremo y sus compañeros se embarcaron para Judea a pesar del mal tiempo. Josef y Claudio Regino acompañaron a Gamaliel al puerto.

Gamaliel encontró amables y respetuosas palabras para agradecerle a Josef que le hubiera procurado la audiencia con el emperador.

—Una vez más —dijo— habéis prestado un gran servicio a la causa de Israel. Sólo espero que no seáis vos quien a la postre deba pagar por nuestros privilegios. Si hasta ahora Domiciano no ha sacado ninguna consecuencia de las irreflexivas observaciones del doctor Helbo confío en que no lo hará en el futuro.

Josef callaba. Pero Claudio Regino movió preocupado la cabeza y dijo:

—Domiciano es un dios lento.

Los doctores se embarcaron, satisfechos, llevando consigo el magnánimo escrito del emperador. Todos los corazones rebosaban agradecimiento hacia Josef. Sólo los doctores Helbo y Simón «el Tejedor» seguían despreciándolo.

Poco después el senador Mesalino rogó a Josef que lo visitase. El emperador le concedía el honor de cenar en casa del senador y deseaba que Josef le leyese el capítulo de su obra referente al rey judío David.

Entonces supo Josef que Claudio Regino tenía razón, y que el lento dios Domiciano había pospuesto tomar medidas contra él, pero que de ningún modo las había olvidado. Se asustó. Pero al mismo tiempo decidió que si Yahvé lo había designado realmente como víctima en lugar de Yabne no debía protestar, sino aceptar el sacrificio lleno de humilde orgullo.

Mientras Domiciano se arrellanaba en el diván Mesalino explicó a Josef que el emperador se interesaba mucho por ciertas cuestiones judías, y que, en vista de que los doctores de Yabne habían abandonado Roma, deseaba que Josefo lo instruyese en su calidad de experto en la materia.

—Así es —asintió perezoso y benévolo el emperador—, sería muy amable por vuestra parte, querido Josefo, que nos instruyeseis al respecto.

Josef dijo entonces, dirigiéndose a Mesalino:

—¿Debo considerar esta entrevista como un interrogatorio?

—¡Qué palabras más duras, querido Josefo! —le reprochó sonriente el emperador desde su diván.

—Se trata únicamente de una charla sobre un asunto histórico —subrayó de nuevo muy afable el ciego—. Al amo y dios Domiciano le interesa saber qué pensáis vos, un hombre oriental, de Cesarión, el hijo de Julio César y de Cleopatra.

—Sí —corroboró el emperador—, me interesa saberlo. Parece que César amaba a ese hijo —le explicó—, y que le asignó el papel de regente capaz de mediar entre Oriente y Occidente. También se dice que Cesarión llegó a ser un joven muy dotado.

—¿Y qué es lo que deseáis preguntarme? —preguntó, inquieto, Josef.

Mesalino se inclinó hacia adelante, dirigió los ciegos ojos hacia el rostro de Josef como si pudiera verlo y le preguntó lenta y claramente:

—¿Os parece que Augusto hizo bien en deshacerse de Cesarión?

Ahora Josef sabía ya de qué se trataba. Antes de deshacerse de los descendientes de David Domiciano deseaba que una de sus víctimas le confirmase que hacía bien. Se expresó con cautela:

—Julio César habría podido aducir muchas y buenas razones ante el tribunal de la historia para condenar la acción de Augusto. Augusto por su parte no las habría encontrado peores para justificarla.

Domiciano soltó una risita. También por la cara del ciego cruzó una sonrisa, y éste admitió:

—Bien dicho. Sólo que lo que a nosotros nos interesa no es la opinión de César ni la de Augusto, sino tan sólo la vuestra, estimado Flavio Josefo. ¿No os parece — repitió lentamente, subrayando cada palabra— que Augusto hizo bien en eliminar al pretendiente Cesarión?

Se inclinó hacia Josef, ansioso de conocer su respuesta.

Josef se mordió los labios. Aquel hombre le decía abiertamente que se trataba de la eliminación de pretendientes no deseados: de su propia aniquilación, la de Josef. Era un hombre elocuente y habría podido escabullirse y zafarse de la burda trampa; pero su orgullo se lo impedía.

—Augusto hizo bien —juzgó fríamente y sin rodeos— en eliminar a Cesarión. Su éxito no hizo más que corroborar lo acertado de su decisión.

—Gracias —dijo Mesalino como solía hacer ante los tribunales cuando su oponente se veía obligado a admitir que le asistía la razón.

—Y ahora contadnos algo de vuestro rey David —prosiguió animado—, cuyos retoños están llamados a gobernaros.

—Sí —insistió Domiciano—, leednos lo que habéis escrito sobre vuestro antepasado. Para eso os ha llamado nuestro Mesalino.

En su fuero interno Josef amaba más al oscuro y dividido Saúl que a David, al que todo le resultó tan fácil, y sabía que los capítulos sobre David no se contaban entre los mejores de su obra. Pero ese día, al leerlos, se dejó llevar por el entusiasmo y leyó bien. Le satisfacía informar al emperador romano sobre el rey judío que había sido un gobernante tan excelso, vencedor de muchos pueblos. Josef leyó bien, y Domiciano era un buen oyente. Sabía algo de historia, sabía algo de literatura, le interesaban Josefo y el rey David, y su cara reflejaba ese interés.

En una ocasión interrumpió a Josef.

—¿Hace mucho que reinó ese David? —le preguntó.

—Más o menos en la época de la guerra de Troya —le replicó Josef, y añadió orgulloso—: Nuestra historia es muy antigua.

—La nuestra en cambio —admitió pacífico el emperador— comienza con la huida de Eneas de Troya en llamas. De modo que ya entonces teníais a vuestro gran

rey gobernando vuestro pueblo... ¡Pero seguid leyendo, mi Josefo!

Josef siguió leyendo, y al leerle de ese modo al emperador romano se sintió como el propio David tocando el arpa ante el dividido rey Saúl. Leyó largo rato, y cuando quiso dar por concluida la lectura el emperador le exigió que prosiguiese.

Después, cuando Josef hubo terminado, Domiciano le hizo un par de comentarios muy razonables.

—Parece que dominaba la técnica del gobierno vuestro David —dijo—, a pesar de que no apruebo todas esas muestras de megalomanía. No hizo mal, por ejemplo, en respetar a Saúl, aun teniéndolo en su poder en dos ocasiones. Más tarde parece que incluso aprendió y se comportó con más inteligencia. Sobre todo hay una cosa que me parece loable, digna de un rey: que castigara el magnicidio incluso tratándose del asesinato de su oponente, es decir, de uno que lo favorecía.

Si, esas medidas de David, que mandó ajusticiar al hombre que asesinó a Saúl, parecían inspirar al emperador, y Josef comprendió con un leve escalofrío por qué curiosos vericuetos sacaba Domiciano provecho para sus asuntos de lo aparentemente más remoto.

—El emperador Nerón —dijo aquél volviéndose hacia Mesalino— era, sin duda, enemigo de mi casa, y estuvo bien que pereciese. A pesar de todo no alcanzo a comprender que el Senado no haya castigado a su asesino Epafrodita y que éste siga con vida. El que ponga la mano sobre un emperador no merece vivir. ¿Acaso han ajusticiado a ese Epafrodita? ¿No vive aquí, en Roma? ¿No se pasea entre nosotros como la mismísima personificación del magnicidio? No entiendo cómo el Senado ha podido tolerarlo tanto tiempo.

Mesalino quiso disculpar a sus colegas con su voz más afable:

—De lo que hacen y dejan de hacer los padres convocados hay mucho que no entiendo, mi amo y dios. Pero en el caso de este Epafrodita confío en poder señalar a mis colegas, y con éxito, el ejemplo del viejo rey judío.

Josef estaba desolado. Apreciaba a Epafrodita; era un buen hombre que amaba y fomentaba las artes y las ciencias. Josef había pasado con él más de un buen rato. Y ahora, sin quererlo, había provocado su ruina.

Poco después, con una excusa cualquiera, Mesalino dejó a Josef a solas con el emperador. Domiciano se incorporó a medias en su diván y, con una sonrisa conciliadora, le espetó:

—Y ahora, querido Josefo, sed sincero. ¿Tenía razón ese tipo grosero de Yabne al afirmar que descendéis de la casa de David? Como dijeron vuestros propios doctores, se trata más de un asunto del sentimiento, de la intuición, que de algo demostrable. Hasta ahí puedo seguiros. Si yo, por ejemplo, creo firmemente que soy descendiente de Hércules, entonces lo soy. Sin duda habéis comprendido ya adónde quiero llegar, querido Flavio Josefo. Se trata de lo siguiente: dejo en vuestras manos si queréis que se os considere descendiente de la casa de David o no, porque estamos confeccionando unas listas. Estamos anotando quién debe ser considerado

descendiente del gran rey cuya eficacia habéis descrito tan magníficamente. Razones de Estado aconsejan a mi Gobierno la confección de tales listas. ¿Qué me decís, Josefo? Sois un judío entusiasta. Os vanagloriáis de vuestro pueblo, alabáis los remotos y grandes logros de su civilización. Os considero sincero. Yo creo a Josefo. Digáis lo que digáis, os creeré. Si me decís: «Soy un retoño de la casa de David», lo seréis. Si me decís: «No lo soy», vuestro nombre no aparecerá en la lista.

Se levantó y se acercó a Josef. Con una familiaridad cordial, casi siniestra, le preguntó:

—¿Qué decís, mi judío? Todos los príncipes están emparentados. ¿Eres entonces pariente mío? ¿Desciendes de David?

Los pensamientos y sentimientos de Josef se agolpan sin concierto. Cuando el pueblo afirma de éste o de aquél que pertenece a la estirpe de David se trata de mera palabrería, de algo indemostrable. Él tampoco ha dado nunca importancia a esos vínculos. No tendría sentido, pues, pretender ser valiente y afirmar, orgulloso: sí, soy de la estirpe de David. Nadie saldría beneficiado con ello, sino que provocaría su propia ruina. ¿Por qué razón entonces siente ese impulso de responder afirmativamente? Porque curiosamente esta vez ese emperador de los gentiles tiene razón. Él, Josef, sabe en su fuero interno, es decir, en lo más hondo de su ser, que es verdad que pertenece a los llamados, a los de la estirpe de David. El emperador de los gentiles quiere humillarlo e incitarle a negar lo mejor que hay en él. Y, si se deja llevar, si reniega de su encomiable ancestro, David, ese emperador no sólo lo despreciará a él, sino a su pueblo entero, y con razón. Lo que está ocurriendo entre Domiciano y él es una de las muchas batallas de esa guerra que libra su pueblo contra Roma en nombre de Yahvé. Pero ¿cuál es el camino recto? ¿Qué espera Dios de él? Sería un cobarde si negase pertenecer a los «llamados». ¿Pero no incurriría en arrogancia de espíritu si, contraviniendo la razón, siguiera los impulsos de su corazón?

Permaneció en silencio, ausente. Su enjuto rostro no dejó entrever su perplejidad; los febriles ojos bajo la abultada y alta frente seguían fijos en el emperador, pensativos, mirándolo sin mirarlo. Domiciano resistió a duras penas.

—Ya veo —dijo— que no queréis decir ni sí ni no. Lo entiendo. Siendo así, querido, hay una tercera posibilidad. Vos saludasteis a mi padre, el dios Vespasiano, como el Mesías. Si no os equivocasteis, algo debe de quedar en mí de ese ser mesiánico. De modo que os pregunto: ¿soy yo acaso el hijo y heredero del Mesías? Meditadlo bien antes de responder. Si soy el heredero del Mesías eso significa que lo que comenta el pueblo sobre los hijos de David no es más que palabrería; entonces no hay peligro en ellos, y no vale la pena que mis funcionarios sigan trabajando en sus listas. No rehuyáis mi pregunta, mi judío. Salvad a los retoños de David y a vos mismo. Decidme: «Vos sois el Mesías», y caed a mis pies y veneradme como venerasteis a mi padre.

Josef palideció. Ya había vivido eso una vez. Pero ¿cuándo? ¿Cómo y cuándo? Lo

había vivido mentalmente. Así se cuenta en las historias del ángel puro y el caído, y así también le incita en las Escrituras de los mineos el Tentador, el Negador, el *Diabolus* al Mesías para que niegue su propio ser y lo venere a él, tras prometerle todas las riquezas del mundo. Es curioso cómo se reflejan en su propia vida las historias y leyendas de su pueblo. Está tan embebido del pasado de su pueblo que él mismo se transforma en los personajes de ese pasado. Si ahora obedece a ese emperador romano se traiciona a sí mismo, a su obra, a su pueblo, a su dios.

No ha dejado de mirar, indiferente, al emperador; su mirada no ha cambiado, sus ojos febriles siguen pensativos, mirándole sin mirarlo. Pero el rostro del emperador se ha demudado. Domiciano sonríe con una afabilidad siniestra, terrible. Se ha sonrojado, sus ojos miopes brillan y miran a Josef con una cruel y falsa amabilidad, manotea grotescamente como si le hiciera un gesto para que se acercara. No hay duda: el emperador, el señor y diablo Domiciano, *Dominus ac Diabolus Domitianus*, quiere hacer un pacto con él, un trato, como sospecha que existió entre él y su padre Vespasiano.

A pesar de su aparente serenidad Josef estaba confuso. Ni siquiera estaba seguro de que Domiciano hubiera pronunciado realmente esas últimas palabras: que debía arrodillarse ante él y venerarlo; si lo había dicho o si sólo se trataba del recuerdo del ángel caído de las viejas historias y la idea del *diabolus* de los mineos. En cualquier caso, esta tentación de Domiciano fue breve. El emperador no tardó en volver a ser simplemente el emperador; allí estaba con los brazos en ángulo detrás de la espalda, dominador, espetándole muy serio:

—Os agradezco vuestra interesante lectura, doctor Flavio Josefo. Por lo que se refiere a la pregunta que os he hecho, si descendéis o no de la casa de David que acabáis de describir, podéis meditar vuestra respuesta con calma. Os espero en los próximos días en la recepción matutina. Entonces os lo preguntaré una vez más. ¿Por dónde se ha metido nuestro querido anfitrión?

Dio unas palmadas y, volviéndose hacia los esclavos que entraron apresuradamente, preguntó:

—¿Dónde está nuestro querido Mesalino? ¡Llamadlo! Queremos verlo, yo y mi judío Flavio Josefo.

En esos días Josef escribió el *Salmo del valor*:

Sin duda admiro al que resiste valeroso
en la batalla;
arremeten los caballos,
zumban las lanzas, chirría el hierro,
vuelan brazos con hachas y espadas
ante sus ojos y hacia él.

Pero él no se acobarda.
Él mira a la muerte, se yergue y le hace frente.

Eso requiere valor. Pero no más valor
que el de cualquiera que se precie con razón de ser hombre.
Ser arrojado en la batalla no es difícil.
El valor se insufla y salta de unos a otros.
Ninguno piensa
que la muerte vaya a venir a buscarlo.
Nunca crees más firmemente en los muchos
días de vida que te aguardan
como en el campo de batalla.

Más alto es el valor
del que se lanza al yermo bárbaro
para recorrerlo,
o el que conduce su barco mar adentro,
cada vez más lejos,
por ver si no habría una nueva tierra que
descubrir y nuevas fiestas.

Pero cuando la luna palidece y llega el sol
palidece también la gloria de ese hombre
ante la del que lucha por lo invisible.
Quieren obligarlo a pronunciar una palabra, una palabra
incorpórea, fútil.
En cuanto la pronuncie se desvanecerá,
nadie la oirá, ya no estará allí:
pero él no la pronuncia.

Su corazón en cambio lo impulsa
a decir una palabra, una determinada,
y sabe que la palabra le traerá la muerte.
La palabra no tiene precio
tan sólo es ruina.
Y él lo sabe,
y la pronuncia.

Si uno empeña la vida
en hacerse con el oro y el poder
conoce el precio de su aventura,
pues ondea ante él, tangible,

puede sopesarlo.
Mas ¿qué es una palabra?

Por eso digo:
salve al hombre que se hace reo de muerte
por decir la palabra que le dicta su corazón.

Por eso digo:
salve al hombre que dice lo que es.

Por eso digo:
salve al hombre al que no puedes forzar
a decir lo que no es.

Pues toma sobre sí lo peor
y, con los ojos abiertos, en medio la cegadora luz del día,
convoca a la muerte y le dice:

¡ven!

Por una palabra incorpórea
se expone a la muerte,
por acallarla si es una mentira,
por confesarla si es verdad.

Salve al hombre
que se expone por ello a su ruina.
Pues ése es el valor que quiere Dios.

Tal y como le había ordenado el emperador, un par de días después mandó que lo condujesen por la Via Sacra hasta el Palatino.

En la entrada a palacio lo registraron, como a todos los visitantes, en busca de armas. Después le permitieron entrar en la primera sala de espera. Había allí un par de cientos de personas; los porteros gritaban sus nombres, y los funcionarios del gran chambelán Crispín los anotaban, rechazando o admitiendo a unos y a otros. En la segunda sala se agolpaban los visitantes. Los funcionarios corrían de un lado a otro ordenando las listas de acuerdo con las indicaciones de Crispín.

La presencia de Josef llamó la atención. Veía que su visita también inquietaba a Crispín y, no sin una leve sonrisa, advirtió que aquél lo incluía, tras vacilar por un instante, no entre los privilegiados de la lista de «amigos preferentes», sino en la de los visitantes pertenecientes a la segunda nobleza. De camino hacia allí Josef se había encontrado con ánimos y se había dicho que, cuanto antes terminase todo, mejor; pero en ese momento se sintió aliviado al ver que lo incluían en la segunda lista y que tal vez se pudiese marchar sin ser advertido y sin hacer lo que se había propuesto.

Finalmente sonó la llamada: «¡El amo y dios Domiciano se ha despertado!», y se abrieron las puertas que conducían al dormitorio del emperador. Domiciano se

incorporó a medias sobre el amplio lecho, escoltado por guardias perfectamente uniformados.

Los criados iban proclamando los nombres de las personas incluidas en la primera lista, que entraban a continuación en la sala interior. Los que se quedaban fuera trataban ansiosos de ver cómo los saludaba el emperador. A la mayoría se limitaba a tenderles la mano para que la besasen; a muy pocos honraba con el abrazo que prescribía la costumbre. Era comprensible que no quisiese besar día tras día a tal cúmulo de personas, muchas de las cuales seguramente le resultarían desagradables, sin contar con el peligro de un contagio. Pero ningún emperador había demostrado nunca tan abiertamente lo mucho que le repugnaba el penoso deber de tal salutación; no estaba bien visto que fuese precisamente Domiciano, acérrimo defensor de la tradición, quien quisiera sustraerse a esa costumbre y su proceder ofendía a más de uno.

Poco después el emperador impuso una pausa. Sin consideración alguna por sus numerosos huéspedes, bostezó, se desperezó y lanzó una mirada recelosa por encima del grupo; hizo un gesto a Crispín y quiso saltarse las listas. Después, de pronto, se animó, llamó a su enano Sileno con una palmada y le susurró algo al oído. El enano trotó hasta la sala de espera; todas las miradas estaban puestas en él: se dirigía hacia Josef. Cuando todos callaron el enano le soltó, mientras se inclinaba en una profunda reverencia:

—El amo y dios Domiciano os ordena que acudáis junto a su lecho, estimado doctor Flavio Josefo.

Josef se dirigió a la estancia ante la atenta mirada de los presentes. El emperador le permitió que se sentase en su cama, una distinción de la que nadie había gozado ese día. Lo abrazó y besó, no precisamente reticente, sino lenta y formalmente, como prescribía la costumbre.

Pero al rozar su mejilla la mejilla de Josef le susurró:

—¿Sois el retoño de David, mi Josefo?

Y Josef replicó:

—Vos lo habéis dicho, emperador Domiciano.

El emperador se liberó del abrazo.

—Sois un hombre valiente, Flavio Josefo —dijo entonces. A continuación el enano Sileno, que lo había oído todo, acompañó a Josef de regreso a la sala. Esta vez le dedicó una reverencia aún más profunda, y dijo:

—¡Salve, Flavio Josefo, retoño de David!

Acto seguido el emperador mandó cerrar las puertas de su dormitorio; la recepción había concluido.

Pocos días después se anunció en el Informe Oficial del Día lo siguiente: el emperador había revisado la obra en la que en la actualidad trabajaba el historiador

Flavio Josefo. Resultó que el libro no revertía en beneficio del Imperio romano. Y, así, al no satisfacer las expectativas que suscitara el citado Flavio Josefo con su primera obra, la que versaba sobre la guerra judía, el amo y dios Domiciano ordenaba que se retirase el busto del escritor Flavio Josefo de la sala de honor del Templo de la Paz.

De modo que sacaron del templo el busto que representaba la cabeza de Josef girada sobre su hombro, enjuta, atrevida. Y se entregó al escultor Basílides, para que utilizase el valioso metal, el cobre de Corinto —una mezcla única surgida en la devastación de dicha ciudad de la unión de los diversos metales fundidos—, para un busto del senador Mesalino, cuya confección le había encomendado el emperador.

Capítulo tercero

—¿Os habéis confundido, o es que he oído mal? —preguntó Regino a Marullo girando su carnosa cabeza de un modo tan aparatoso que el peluquero estuvo a punto de cortarle a pesar de su pericia.

—Ni lo uno ni lo otro —replicó Marullo—. La acusación contra la vestal Cornelia es cosa hecha. El correo de Pola trajo ayer la noticia. DDD parece muy interesado. Si no, no habría dado la orden antes de su partida, sino que habría esperado a su regreso. —Regino farfulló algo, sus pesados y soñolientos ojos bajo la abultada frente parecían más pensativos que nunca, y antes de que el peluquero hubiera terminado su trabajo le hizo un gesto impaciente para que se alejase.

Pero después, a solas con el amigo, fue incapaz de hablar. Se conformó con mover lentamente la cabeza y encogerse de hombros. No necesitaba decir nada, Marullo le entendía perfectamente aun sin palabras; también a él el acontecimiento lo dejaba anonadado. ¿No tuvo bastante DDD con el revuelo que se armó cuando, de las seis vestales, decidió procesar a esas dos, las hermanas Oculatae? ¿No tenía bastante con el desencanto que se respiraba tras la campaña sármata, no precisamente brillante? Por Hércules, ¿qué se creía que iba a conseguir rescatando esas anticuadas y brutales leyes y acusando de impudicia a la vestal Cornelia?

Chascando los doloridos dientes, Junio Marullo miró con sus agudos ojos azul grisáceo al amigo que resoplaba disgustado. Adivinaba sus pensamientos hasta en sus más nimios detalles.

—Sí —replicó—, el desencanto es patente, en eso tenéis razón. Al hombre de la calle le parece que el desenlace de la campaña sármata ha sido poco brillante, a pesar de haber sido un éxito en toda regla. Pero tal vez sea precisamente por eso. Nuestros queridos senadores falsearán el resultado de la guerra y lo convertirán en una derrota. La vestal Cornelia está emparentada con la mitad de la nobleza. Es posible que Varriguita crea poder amedrentar a la aristocracia si ven que se atreve a acusar a la propia Cornelia.

—¡Pobre Cornelia! —exclamó Regino por toda respuesta. Ambos veían ahora ante sí el delicado aunque fresco y alegre rostro de la muchacha, que contaba veintiocho años; bajo el cabello oscuro, casi negro, la recordaban sonriente en su palco de honor del circo o desfilando a la cabeza de las otras cinco vestales hacia el Templo de Júpiter, alta, esbelta, intocable, afable y segura de sí, sacerdotisa, doncella, gran dama.

—Hay que admitir —opinó finalmente Marullo— que desde el levantamiento de Saturnino se siente con derecho a aplicar contra sus enemigos cualquier medio que se le antoje eficaz.

—En primer lugar, éste no es eficaz —le replicó Regino—, y en segundo, no creo que este proceso esté dirigido contra el Senado. DDD sabe tan bien como nosotros que podría adoptar medidas menos peligrosas. No, querido, sus razones son más

simples y más profundas. Sencillamente, está descontento del resultado de la campaña y quiere justificar su cometido por otras vías. Ya me parece escucharlo llenándose de grandes palabras: «El siglo de Domiciano brillará inconmensurable gracias a estos ejemplos de virtud y piedad». Me temo —concluyó suspirando— que a veces hasta él se cree lo que dice.

Guardaron silencio durante unos minutos. Después Regino preguntó:

—¿Se sabe ya a quién han elegido como cómplice de la infeliz Cornelia?

—No oficialmente —replicó Marullo— aunque Norban sí lo sabe. Sospecho que Crispín tiene algo que ver con esto.

—¿Nuestro Crispín? —exclamó incrédulo Regino.

—No es más que una sospecha —replicó al punto Marullo—. Norban no le ha dicho nada a nadie, como es natural; lo he deducido de ciertas miradas, de determinados gestos.

—Vuestras sospechas —admitió Regino sondeando pensativo la boca con la lengua— suelen tener la cualidad de ser acertadas. Sería una pena que Norban fuese capaz de entregar a sus sabuesos a esa encantadora criatura, a Cornelia, sólo por los celos que le inspira el egipcio.

En parte por no querer entregarse a ninguna clase de sentimentalismo, en parte por costumbre, Marullo se hizo el frívolo.

—Una pena —dijo— que no hayamos caído en la cuenta de que Cornelia no sólo es vestal, sino también una mujer. Pero, ¡por Hércules!, al verla subir al Capitolio con ese vestido pesado, blanco, pasado de moda, hasta un materialista confeso como yo se preguntaba qué habría bajo ese vestido. Y eso que a mí lo que me atrae son las cosas sagradas y prohibidas. Una vez, en una época muy movida de mi vida, estuve liado con la pitonisa de Delfos. No era particularmente bella y estaba ya un poco ajada, el placer que me daba no guardaba proporción con el peligro que corríamos; lo que realmente me atraía era su carácter sagrado. No debimos dejar escapar a una muchacha como Cornelia, no debimos dejarla en manos de Crispín.

Aunque por lo general no era pacato, Claudio Regino no se dejó tentar por ese tono. Mientras se inclinaba quejumbroso para atarse las cintas de las sandalias que habían vuelto a soltársele, dijo:

—DDD nos está poniendo difícil seguir teniéndole simpatía.

—Tened paciencia con él —quiso persuadirlo Marullo—. Tiene muchos enemigos. Ha cumplido ya cuarenta y dos —meditó buscando con sus inquisitivos ojos los soñolientos del amigo—. Aunque me temo que es casi seguro que le sobreviviremos.

Regino se asustó. Lo que acababa de decir Marullo era tan acertado, y tan osado, que no debería habérselo dicho ni a un amigo tan íntimo. Pero, ya que Marullo había ido tan lejos, Regino no quiso refrenarse.

—Un poder como ése —dijo tratando de dominar la clara y poderosa voz— es como una enfermedad; una enfermedad que no tarda en devorar incluso la vida de un

hombre fuerte.

—Sí —dijo Marullo casi susurrando—, el espíritu de un hombre necesita unos cimientos endiabladamente firmes para soportar tal cúmulo de poder. DDD ha aguantado ya bastante. Desde el golpe de Saturnino está —buscó la palabra— muy raro.

—Y eso —le replicó Regino— que precisamente en ese asunto tuvo una suerte inconcebible.

—César y su suerte —dijo sentencioso Marullo—. Pero tanta suerte no la aguanta nadie.

—César —comentó Regino pensativo— vivió hasta los cincuenta y seis antes de que lo abandonase su suerte.

—Lo siento por él —dijo Marullo un tanto enigmático. Regino le replicó:

—Yo lo siento por Cornelia.

—¡No se atreverá! —estalló de pronto el senador Helvid. Estaban comentando el envío de nuevas tropas al noroeste que por fuerza seguirían al tratado de paz, y lo que el iracundo Helvid soltaba tan súbitamente no tenía nada que ver con esa cuestión. A pesar de ello, todos sabían a qué se refería, porque, aunque se hablase de otros asuntos nadie dejaba de darle vueltas a la ofensa que pensaba infligir el emperador a la vestal Cornelia y, con ella, a toda la nobleza.

Domiciano había ofendido muchas veces a los cuatro hombres y las dos mujeres reunidos en la casa de Helvid. Allí estaban Gratila, la hermana, y Fannia, la esposa de Cepio, al que aquél había mandado ajusticiar. Y todos eran amigos y confidentes del príncipe Sabino y de Aelio, y de los nueve senadores que murieron con Cepio por su participación en el fracasado golpe de Saturnino. Pero asesinar a esos hombres, o proceder si llegase a hacerlo contra los allí presentes, tales actos de violencia tenían un sentido y una finalidad. La persecución de Cornelia, sin embargo, no era más que un capricho soez e insensato. ¡Que ese macho cabrío licencioso de Domiciano toque a Cornelia, a nuestra dulce y pura Cornelia! Allá donde fuese despertaba la sensación de que el mundo no estaba perdido si quedaba ella. ¡Y precisamente a ella ha de atacarla ese monstruo!

Sin que tuvieran que comentarlo largamente era lo ejemplar del procedimiento lo que indignaba a los cuatro hombres y dos mujeres reunidos en la casa de Helvid. Si Domiciano, que personificaba el vicio, llegaba a acusar falsamente por impudicia y a ejecutar a la noble Cornelia, ello representaría la sima de la perversión en que se hundía Roma. No había nada en el mundo capaz de detenerlo. Bajo su gobierno la aristocracia se sumía en la vulgaridad.

—No se atreverá —todos se consolaban con esas palabras desde el día en que el rumor llegó a sus oídos. Pero ya se habían sosegado muchas otras veces con palabras similares. Cada vez que oían hablar de algún nuevo y desvergonzado propósito del

emperador, se decían: no osará, el Senado y el pueblo no tolerarán semejante atrevimiento. Pero, sobre todo desde el frustrado alzamiento de Saturnino, no se detenía ante nada, y el Senado y el pueblo de Roma lo habían tolerado todo. Los turbaba el recuerdo de todas esas derrotas, y trataban de apartarlas de su mente. «No se atreverá». Ponían su esperanza en esas palabras que con tanta vehemencia y seguridad profería ahora el senador Helvid.

Pero entonces abrió la boca el más joven de los congregados, el senador Publio Cornelio.

—Se atreverá —dijo— y nosotros callaremos. Lo aceptaremos sin rechistar. Y haremos bien, pues es lo único que podemos hacer en estos tiempos.

Fannia le replicó, sin embargo:

—Yo no quiero callar, no debemos callar.

Allí estaba con su rostro color tierra, valiente y siniestro, surcado de arrugas, mirando colérica a Publio Cornelio, ya que él estaba directamente emparentado con la vestal amenazada y su sino debería importarle más que a ningún otro. Y casi le hizo lamentar lo que acababa de decir. Ante personas más próximas a su talante habría podido expresarse así, pero no en presencia de la vieja Fannia. Era hija de Peto, cuyos ideales republicanos le valieron la muerte en tiempos de Nerón, y viuda de Cepio, condenado por Domiciano tras el frustrado golpe de Saturnino. Cada vez que hablaba Fannia lo asaltaba la duda de si no se equivocaría al considerar virtuoso ese silencio que la razón justificaba por tantos motivos, y si no lo sería más la proclividad al martirio patente en ella.

Lentamente volvió la cara, ajada y triste a pesar de su juventud, hacia unos y otros. Únicamente el comedido Decián le envió una tímida mirada de aprobación. Cornelio trató, sin muchas esperanzas, de probar lo perjudicial de cualquier gesto precisamente en ese asunto de la vestal Cornelia. El pueblo amaba y respetaba a Cornelia. Un juicio contra ella, o incluso su ejecución, no supondría para el pueblo, como posiblemente deseaba Domiciano, un tributo a los dioses, sino sencillamente algo inhumano, un sacrilegio. Pero si ellos, los de la facción senatorial, se oponían, convertirían ese asunto, que se presentaba como puramente humano, en un problema político.

Decián asintió.

—Me temo —dijo— que nuestro Cornelio tiene razón. No podemos hacer otra cosa que callar.

Pero no pronunció esas palabras con la objetividad y la moderación que lo caracterizaban, sino con tal deje de dolor y desesperanza que los demás alzaron la vista consternados.

Ocurría que Decián había recibido un mensaje de Cornelia. Una liberta de Cornelia, una tal Melita, se lo había hecho llegar. Trastornada, la muchacha le había referido que durante la fiesta de Bona Dea había ocurrido algo terrible en la casa de Volusia, la esposa del cónsul. Decián no había podido deducir del confuso relato de

Melita en qué consistía ese hecho; lo cierto era que Melita estaba implicada y que la vida de Cornelia corría un grave peligro. El calmo y ya no tan joven senador Decián amaba a la vestal Cornelia y había creído percibir que también su sonrisa florecía y que se volvía más afable cuando ella lo miraba. Se trataba de un amor sereno, callado y prácticamente inviable. Resultaba muy difícil, casi imposible, acercarse a Cornelia, y cuando abandonase la casa de Vesta él sería ya un anciano. Lo había conmovido profundamente que solicitase su ayuda. En nombre de su ama y amiga, Melita le había rogado que la sacase de Roma, que la ocultase. Él hizo todo lo que estuvo en su mano por ayudarla: la envió por medio de gentes de confianza a su propiedad de Sicilia, donde la esclava vivía ahora, escondida; y probablemente con ella había desaparecido el principal testigo en el que podrían haberse apoyado los enemigos de Cornelia. Pero si Domiciano estaba decidido a acabar con ella de poco valía contar con un testigo más o menos; la justicia nada tendría que decir, sino únicamente el odio y la arbitrariedad. Al escuchar a Cornelio lo asaltó con una fuerza irresistible ese sentimiento de impotencia, y su pesar se reflejó en sus palabras.

Pero Fannia no reparó ni en el pesar de Decián ni en la sensatez de Publio Cornelio. Con la cara ocre, endurecida por el rigor y los pesares, permanecía allí sentada.

—No podemos callar —dijo obstinada, y su voz les llegó rotunda de aquel rostro antiquísimo—, sería un crimen y una vergüenza.

Eso está muy bien sobre el papel, pensó Publio Cornelio satisfecho, y prolongará sin duda la tradición heroica de la familia. Pero en mi obra no dará más que para un personaje incidental; no hará historia.

Sin embargo, a pesar de su espíritu crítico, no pudo evitar admirar a la mujer que destacaba, valiente e insensata, entre sus coetáneos, y lamentar su propia cordura.

Gratila, hermana del fallecido Cepio, una dama de cierta edad, sosegada, distinguida, algo regordeta, asintió a las palabras de su cuñada.

—Sensatez —dijo burlona—, precaución, política. Todo eso está muy bien. ¿Pero cómo puede alguien con corazón tolerar a la larga las monstruosidades de Domiciano sin responderle? Soy una mujer sencilla, no entiendo nada de política y desconozco la ambición. Pero se me revuelven las entrañas cuando pienso qué dirán de nosotros las futuras generaciones, nuestros hijos y nietos, si dejamos que prevalezca este régimen de la mentira y la violencia sin rechistar.

—¿Cuándo terminaréis vuestra biografía de Peto, querido Prisco? —habló de nuevo Fannia—. ¿Cuándo aparecerá? Es para mí una profunda satisfacción ver que hay alguien que no calla; que al menos hay alguien que habla y no oculta su amargura.

Al ser apelado de ese modo, Prisco alzó los ojos y volvió la cabeza totalmente calva de uno a otro, comprobando que todos lo miraban pendientes de su respuesta. Prisco pasaba por ser el jurista más excelso del Reino, era famoso por sopesar cuidadosamente los pros y los contras. Por ello, no desconocía los méritos de

Domiciano en el gobierno del Imperio, pero tampoco la arbitrariedad y la irresponsabilidad de su régimen personal, las numerosas violaciones del derecho que había perpetrado, a los que sólo podía referirse en el círculo de sus amigos más íntimos, viéndose obligado a callarlos ante los demás si no quería verse involucrado en un caso de lesa majestad. Pero ante su conciencia había dado con una solución. Callaba, pero no del todo. Ponía de manifiesto su amargura en una obra histórica: la biografía del gran Peto Trasea, padre de Fannia. Lo atraía enormemente reproducir con la mayor objetividad, despojada de todo rasgo legendario, la vida de ese republicano a quien Nerón mandó ajusticiar por su talante liberal y a quien la leyenda había encumbrado, y poner de relieve cómo Peto Trasea, aun despojado de toda mitología, había sido un gran hombre digno de la admiración que se le profesaba. Fannia le proporcionaba mucho material para su obra, un cúmulo ingente de detalles precisos desconocidos hasta la fecha.

Esa biografía casi concluida estaba destinada únicamente al propio autor y a sus amigos más cercanos, y ante todo a Fannia. Publicar semejante obra bajo el régimen de Domiciano suponía jugarse posición y fortuna, e incluso la vida, y jamás se le habría ocurrido hacerlo. Si ahora Fannia anunciaba que él, Prisco, no callaría, que no pondría coto a su amargura, se trataba sin duda, por decirlo suavemente, de una exageración y de un malentendido. En cierto modo era eso lo que pretendía. Poner coto a su amargura, guardar el libro en un arcón era precisamente lo que pensaba hacer, y su único objetivo al escribirlo había sido aliviar su corazón. No esperaba poder publicarlo. Hacerlo no habría supuesto más que un gesto testimonial, y Publio Cornelio tenía razón al afirmar que semejantes gestos no servían para nada, que no cambiarían las cosas, que la literatura nada podía contra el poder.

Esto era lo que pensaba Prisco. Pero entonces vio cómo todos lo miraban expectantes, vio el rostro estricto y tenso de Fannia: supo que todos lo considerarían un cobarde si se arredraba y no tuvo valor para pasar por cobarde. Mientras su conciencia le reprochaba: ¿qué estás haciendo, insensato?, su boca dijo aguda y cortante:

—No, no ocultaré mi amargura.

Y antes de concluir la frase ya lamentaba haberla pronunciado.

¿Para qué quiere imitar a Peto?, se preguntó apenado Decián. Publio Cornelio también pensó: otro loco, otro héroe. Y, en tono amargo, proclamó:

—Cosa de hombres es superarse; cosa de hombres es también callar en estos tiempos para poder sobrevivir a ellos.

La cara vieja, ocre, ajada de Fannia era una pura máscara de desdén y rechazo.

—Pobre Cornelia —dijo, y con expresión exigente preguntó a Publio Cornelio—: ¿Tendréis al menos el valor de uniros a nosotros cuando visitemos a vuestro tío Léntulo?

El anciano padre de Cornelia se había retirado tiempo atrás de la vida pública y permanecía en su propiedad sabina; una visita conjunta como aquélla constituiría una

manifestación contra el emperador.

—Me temo —opinó Publio Cornelio insensible a la ironía de Fannia— que no seremos bien recibidos. Mi tío tiene muchas penas, y le gustan muy poco las personas.

—¿De modo que no vendréis? —preguntó Fannia.

—Iré —replicó con fría amabilidad Publio Cornelio.

El pobre Prisco tiene que publicar su biografía, se dijo, y yo tengo que unirme a esa estúpida comitiva sólo porque así lo quiere esta esposa de héroe. Todo es en vano. Nuestra es la honra, pero Domiciano tiene el ejército y las masas. ¡Ah, siniestra impotencia!

Aún era invierno cuando Domiciano regresó. Se conformó con presentar el laurel ante Júpiter Capitolino y prescindió de los grandes honores públicos. En el Senado se oyeron acres bromas en torno a ello. Marullo y Regino pensaron que Domiciano no lo tenía fácil. Si celebraba un triunfo se burlaban de cómo falseaba una derrota; si renunciaba al triunfo pensaban que la derrota había sido tan grave que hasta él la reconocía.

Como buen conocedor del alma humana, Domiciano, en lugar de hacer que le rindieran tributo, organizó un gran reparto de regalos cuyos costes debían descontarse de su parte en el botín sármata. Todos los ciudadanos residentes en Roma recibieron algo. Cuando se trataba de asuntos como ése, el emperador era extraordinariamente generoso y no le importaba que semejante liberalidad supusiese un gasto millonario. Por otra parte, el reparto probaría lo ingente del botín sármata.

Se sentó en el trono del salón con columnas de Minucio; su diosa predilecta Minerva sobre su cabeza; a su alrededor sus funcionarios, escribas y oficiales. La muchedumbre se agolpaba ante la puerta; todo el que acudía recibía su tablilla de arcilla, plomo o bronce, y, si el azar favorecía su posición en la lista, de plata u oro. Entre ellas había también bonos para regalos muy cuantiosos. ¡Qué júbilo se desataba en el que lo recibía! ¡Cómo ensalzaba entonces, casi de corazón, al amo y dios Domiciano, dicha de Roma y de todo su pueblo! Y no sólo el afortunado glorificaba al emperador, sino también sus amigos y parientes, sí, todos se sentían felices, pues todos contaban con las mismas probabilidades de recibirlo y, si no era hoy, tal vez la próxima vez les sonriera la fortuna. Así, el reparto de Domiciano se convirtió en un triunfo tan glorioso como habría podido serlo el desfile más suntuoso.

El emperador lo contemplaba todo al amparo de su sabia Minerva. En esos siete años había engordado mucho, su rostro estaba encarnado e hinchado. Permanecía allí inmóvil, semejante a un dios, disfrutando de la aclamación de su pueblo. Los que habían recibido la tablilla de oro tenían derecho a besarle la mano. Se la tendía sin dedicarles ni una mirada; pero nadie lo tomó por un orgullo desmesurado, también así se consideraban benditos. Los senadores tuvieron que morderse los labios y

reconocer que el pueblo —o la plebe, como ellos lo llamaban— amaba a su amo y dios Domiciano.

Al día siguiente concluyeron los festejos con una exhibición en la arena flavia, en el Coliseo, el circo más grande del mundo, construido por el hermano de Domiciano. Se lanzaban monedas al aire; mediante una ingeniosa maquinaria propulsaban sobre la arena a airosos y divertidos geniecillos que repartían tablillas entre la gente; al final incluso apareció la propia diosa de la abundancia, *Liberalitas*, vertiendo dádivas de su cuerno: bonos firmados por el emperador que daban derecho a terrenos, privilegios, cargos bien pagados. El júbilo era infinito, y su brillo no quedó mermado porque se aplastaran mujeres y niños en el forcejeo del reparto.

Domiciano ofreció esa misma tarde un banquete en honor del Senado y sus amigos. Distinguió a muchos con un par de palabras corteses, pero su ingenio misantrópico confería un tono siniestro a algunas de sus frases. Al juez supremo Aper, por ejemplo, primo del fracasado general insurrecto Saturnino, le comentó con su voz clara y aguda la alegría que habían experimentado las masas en el reparto de regalos. El entusiasmo de las masas había sido un espectáculo digno de verse; aún más, tal vez, que el que pudieron contemplar entonces, cuando se exhibió en el Foro la cabeza del sedicioso Saturnino. Después habló de nuevo de su suerte, que por fin parecía acompañarlo tras su victoria sobre Saturnino. El golpe, cuidadosamente preparado, fracasó por una casualidad; una helada repentina impidió que las tropas bárbaras de Saturnino cruzaran el río helado y se unieran, como habían convenido, al general insurrecto. Sí, constató Domiciano, su fortuna era comparable a la del gran Julio César. Desde luego, ese afortunado César terminó cayendo bajo la daga de sus enemigos.

—Nosotros, los príncipes —opinó frívolo y hierático en medio de un grupo— no lo tenemos fácil. Si atrapamos a nuestros enemigos a tiempo, antes de que lleven a cabo su malévolos plan, se nos reprocha habernos inventado sus criminales proyectos con el único fin de quitarnoslos de encima. Sólo se da crédito a las conjuras dirigidas contra nosotros cuando hemos muerto. ¿Qué opináis vos, mi Prisco, y vos, Helvid?

No pronunció ni una palabra sobre sus intenciones en el asunto de la vestal Cornelia, y difícilmente podían sacarse conclusiones del hecho de que una de sus primeras acciones tras el regreso hubiera sido castigar otro delito religioso cometido por un hombre insignificante.

Sucedió que un liberto, un tal Lido, había satisfecho sus necesidades estando borracho en uno de esos pequeños pozos que solían abrir para enterrar los rayos, pues cada rayo caído en un lugar público y extinto en él debía recibir sepultura al igual que los vivos para conjurar mayores desventuras. Por tanto, allí donde había caído se removía la tierra, y los sacerdotes realizaban un sacrificio con cebollas, cabellos humanos y peces vivos —seres vivientes de las tres esferas—, y a continuación

hacían introducir en lo más profundo una especie de sarcófago sobre el que, con su mismo contorno, se entibaba el pozo en forma de cuadrado hasta llegar a la superficie, donde se grababa la inscripción: «Aquí se ha enterrado un rayo». No lejos de la Puerta Latina había una de esas tumbas, que databa de los tiempos del emperador Tiberio, y en tal santuario había hecho sus necesidades el infeliz Lido. El emperador lo llamó ante los tribunales en su calidad de Sumo Pontífice. Lo condenaron a recibir unos cuantos latigazos, perdió sus bienes y se le prohibieron el fuego y el agua de Italia.

Pocos días después Domiciano convocó una reunión de los pontífices máximos, el Colegio de los quincevires, en el Albano, su residencia. La invitación se realizó, como siempre, en el mayor secreto. Sin embargo, todo el mundo se enteró de ello — tal vez así lo deseaba el emperador—, y cuando los sacerdotes emprendieron camino hacia el Albano todo Roma los contempló al borde de la Via Albana, pues había pocas ocasiones de verlos, y despertaban gran curiosidad y cierto sentimiento de pudor. En particular, el flamen encargado de los sacrificios en honor a Júpiter era el habitante más curioso y particular de Roma. En las pocas ocasiones en que abandonaba su vivienda lo hacía precedido de un lictor que proclamaba su llegada, y todo el que se cruzaba en su camino debía dejar su actividad porque se acercaba el flamen de Júpiter; allí donde iba era fiesta e imperaba el sacro pudor, no se le permitía ver a ningún trabajador ni a ningún hombre armado o encadenado. Su vida era difícil y santa. En cuanto despertaba debía ponerse el atuendo propio de su cargo y sólo podía despojarse de él al acostarse para dormir. Éste consistía en una gruesa túnica de lana que debía confeccionar la propia esposa del flamen, y en una capucha de piel blanca y puntiaguda coronada por una borla y rodeada de una rama de olivo y un hilo de lana. Nunca, ni siquiera en su propia casa, podía deponer tal distinción. Su cuerpo no podía ser rozado por nada que estuviera atado o anudado, su vestido debía sujetarse con una abrazadera, y hasta su anillo de sello debía estar cortado. Debía llevar siempre consigo un pequeño palo para mantener alejada a la gente, pues estaba por encima de cualquier contacto humano.

Por ello, el pueblo se agolpaba deseoso de verlo a él y a los otros miembros del Colegio pontificio. Reinaba una gran excitación. Todos sabían que estaba en juego el destino de Cornelia, la vestal, la preferida de Roma.

Lo terrible de las sesiones que celebraba el Colegio era que en todos los casos de delitos contra la religión podía fallar a su antojo. No tenían necesidad de escuchar a acusados ni a testigos, y únicamente debían responder ante los dioses. El acusado estaba enteramente a su merced, aunque su cometido era únicamente dilucidar si el encausado era culpable o no; la pena quedaba en manos del Senado. Pero dado que éste no podía contradecir una condena del tribunal de los sacerdotes, y como las leyes dictaban penas muy claras, a aquél sólo le correspondía la ingrata tarea de hacer

cumplir la condena impuesta por el tribunal religioso.

Con espanto, aunque con un placer morboso, esa tarde se comentó en susurros el fallo del Colegio de los quincevires: había declarado a la vestal Cornelia culpable de impudicia.

Para este delito, impudicia de una vestal, la bárbara costumbre de los antepasados imponía un castigo igualmente bárbaro. La culpable era atada ante el Aventino a una red de mimbre, donde se la azotaba, y a continuación se la emparedaba en una celda donde se la dejaba morir lentamente con algo de comida y una lámpara.

Antes del reinado de Domiciano no se había acusado de impudicia a ninguna vestal en ciento treinta años. Fue Domiciano quien resucitó tal procedimiento contra las hermanas Oculatae; pero no permitió que cumplieran la pena impuesta, sino que la suavizó dejando que las propias hermanas eligiesen el modo de su muerte.

¿Qué hará ahora? ¿Qué ocurrirá con la adorable y venerada Cornelia? ¿Se atreverá?

Al marcharse los miembros del Colegio pontificio esa tarde no quedaron en el amplio palacio del Albano más que el emperador y el gran chambelán Crispín.

Crispín languidecía en su despacho, ocioso, roído por una tensión abrumadora. DDD no le había llamado a su presencia en todo el día, y ahora esperaba temeroso que lo hiciese. El chambelán, por lo general tan elegante, parecía destrozado. ¿Dónde quedaba su altiva indiferencia, esa indolencia que confería un aspecto tan arrogante a la fina y larga cara? Ahora esa cara parecía nerviosa, desencajada, y no expresaba otra cosa que miedo.

No podía dejar de pensar en lo ocurrido, no lo entendía, no se entendía a sí mismo. ¿Qué espíritu perverso le había inspirado la insensata idea de asistir a los misterios de Bona Dea disfrazado de mujer? Cualquier niño habría podido decirle que, por grande que fuera su amistad, DDD jamás se lo perdonaría. Toleraría cualquier otro pecado, pero no un sacrilegio. Y eso que no había sido su intención ofender a los dioses; se deslizó furtivamente en la fiesta de Bona Dea porque no veía otro medio de acercarse a Cornelia. Así lo hizo en su día Clodio, ese sofisticado personaje de la época de Julio César, para acercarse a la inaccesible esposa de César. Y Clodio tuvo suerte. Pero eran otros tiempos, más liberales. Nuestro DDD, por el contrario, no entendía de bromas cuando se trataba de religión.

¿Pero qué pruebas tienen contra él, en realidad? Nadie lo vio entonces, cuando se coló vestido de mujer en la fiesta de Bona Dea, a la que ningún hombre puede asistir. Sólo esa Melita podría testificar contra él, la liberta que lo había ayudado. Pero ha desaparecido, y la propia Cornelia es la primera interesada en callar. No, no hay pruebas contra él. ¿O sí? Norban tiene mil ojos, y cuando se trata de él, de Crispín, se agudizan aún más por el odio.

Había creído que con el regreso del emperador su situación se aclararía, pero nada

se aclaró; DDD se mostraba cordial y relajado, como siempre, pero él lo conocía, sabía que eso no quería decir nada, y aquella abrumadora presión seguía atormentándolo. No dejaba de sentir que de un momento a otro se abriría la tierra y lo engulliría. Su hermoso rostro carecía de expresión; tenía que contenerse para no quedarse mudo de pronto en medio de una conversación, ensimismado; el plato más succulento, la mujer más sofisticada, el muchacho más bello carecían de encanto para él. No se fijaba siquiera en los vestidos que le presentaba su camarero; su peluquero se confundía de perfume sin que él lo advirtiese. Sus amigos ya no lo eran, y de noche, en su cama, lo asaltaba una visión aterradora, siempre la misma. Se veía a sí mismo en el mercado de ganado amarrado a un bloque de piedra y azotado hasta la muerte, como prescribía la ley. Lo extraño de todo ello era que los diez mil espectadores tenían su propio rostro, e incluso el funcionario que dirigía la ejecución y el verdugo tenían su cara, y todos hablaban con su voz. Se escuchaba a sí mismo — y eso era lo que más lo aterrorizaba— en su propio griego elegante, sibilante, gastando amargas bromas sobre las insoportables y mortales torturas a que lo sometían y sobre su horrible muerte.

Ese día, en el Albano, durante las deliberaciones del Colegio de los quincevires, la sensación de su futura aniquilación fue aún más abrumadora, como si una montaña avanzase y se inclinase lentamente sobre él para enterrarlo; llegó a ser tan palpable que en ocasiones le robaba el aliento. Vagaba por los interminables corredores de palacio, por el amplio parque, los delicados jardines, los invernaderos, entre las jaulas de los animales, sin ver nada; si alguien le hubiera preguntado dónde había estado no habría podido decírselo.

Después se hizo de noche, y contempló desde un escondite cómo se alejaban los miembros del tribunal sacerdotal. Algo en él, un resto del viejo Crispín, percibió con infantil socarronería el esfuerzo que debían hacer para que no se les cayeran los ridículos gorros blancos de piel al subirse a la carroza. Pero al mismo tiempo el nuevo Crispín, el que temblaba ante el peligro que lo amenazaba, pensaba en lo que habrían decidido.

Ahora languidecía en su despacho lleno de una ira impotente al pensar que dependía únicamente de ese desaliñado muchacho condenarlo a un final vergonzoso y cruel a él, al gran Crispín, al omnipotente ministro del emperador. ¿Lo habrá hecho? ¿Se habrá atrevido? Sus manos eran las de un muerto, su cabeza giraba en torno a una única pregunta: ¿me ha condenado? ¿Se habrá atrevido?

Por fin lo llamaron a presencia de Domiciano. Al camarero que lo ayudó a ponerse la túnica de gala con los altos zapatos le dio burdas y apresuradas indicaciones, pero la voz no lo obedecía, y cuando él mismo se sujetó y anudó el vestido le temblaban las manos, y al avanzar tras los criados y las antorchas por los largos pasillos le temblaban las rodillas. Se esforzaba en seguir con la vista la grotesca sombra que lo acompañaba y olvidar así su miedo para aparecer relajado ante el emperador. Al pensar en él no llamaba ya a Domiciano DDD, sino el

emperador.

Éste estaba tendido en camisón en un amplio diván; parecía cansado, laxo, carnoso. Le tendió la mano y Crispín la besó con cuidado para que la pintura de sus labios no la manchase.

—Ha sido un día muy duro —le dijo Domiciano bostezando—. Sí —afirmó—, hemos tenido que condenarla. Ha sido un duro golpe para mí. He tenido que hacerme cargo de una ciudad y un Imperio en un estado lamentable. Parece un jardín asilvestrado; segamos y segamos, y no logramos que deje de crecer la mala hierba por doquier. ¿Por qué estás tan callado, querido Crispín? ¡Dime algo reconfortante! El amo y dios Domiciano está hoy deseoso de que lo consuelen sus amigos.

Crispín no sabía qué pensar de todo ello. Si habían condenado a Cornelia era sólo por su culpa, por lo que había ocurrido en la fiesta de Bona Dea, y él, Crispín, era cómplice. ¿Qué buscaba entonces el emperador? ¿Quería gastarle una de esas horrendas bromas suyas?

—Ya veo —continuó Domiciano— que te has quedado sin habla. Lo entiendo. Desde los tiempos de Cicerón no se ha vuelto a ejecutar a ninguna vestal. Además, bajo mi reinado, primero las hermanas Oculatae, y ahora ésta. Los dioses me lo están poniendo difícil.

Crispín le preguntó entonces con una voz que le sonó extrañamente ajena:

—¿Había alguna prueba?

El emperador sonrió. Fue una sonrisa larga y profunda en la que el chambelán leyó su perdición.

—¿Pruebas? —preguntó al tiempo que se encogía de hombros y levantaba las manos con las palmas vueltas hacia Crispín—. ¿A qué te refieres, querido? Nuestro Norban ha reunido una serie de datos, indicios, como se dice en la jerga de los juristas, indicios concluyentes. ¿Pero de qué valen las pruebas? Si se hubiera solicitado el testimonio de Cornelia y del hombre y la mujer que Norban ha designado como cómplices habrían presentado pruebas en contra igualmente concluyentes. ¿Qué son las pruebas? —Se levantó y se inclinó ante Crispín, que seguía allí sentado, rígido y frío, y le soltó confanzudo—: Hay una única prueba. Y ésa pesa mucho más que todo lo que puedan aducir Norban contra Cornelia y Cornelia y sus cómplices en su favor. También a los sacerdotes de mi Colegio les ha parecido decisiva. Y es que —a ti te lo puedo decir, mi querido Crispín— no estoy contento con el resultado de la campaña sármata. Los dioses no han bendecido mis armas. ¿Y por qué no? Pues por eso —exclamó incorporándose de pronto—, por eso, porque esta ciudad de Roma está llena de pecado y de inmoralidad. Cuando Norban me comunicó lo que había ocurrido en la fiesta de Bona Dea se me abrieron los ojos. Entonces supe por qué la empresa sármata no dio los resultados que esperaba. ¿Qué piensas tú, mi querido Crispín? Dímelo abiertamente, desahógate: ¿no te parece que es una prueba concluyente?

—Sí —farfulló Crispín; también él se había levantado de un salto al ponerse en

pie el emperador y permanecía ante él con las rodillas temblorosas, tambaleándose levemente; el moreno de su fino rostro destacaba verdoso bajo el maquillaje—. Sí, sí —balbució sin poder contenerse—, ¿pero quiénes son, si puedo preguntarlo, sus cómplices?

—Ah, ésa es otra cuestión —respondió artero el emperador sin deponer su tono familiar—. Naturalmente, se trata de los sucesos del día de la fiesta de Bona Dea. Pero tú ya sabes de qué se trata —opinó como de pasada, con toda naturalidad, y un escalofrío recorrió la espalda de Crispín cuando el emperador le espetó ese «Pero tú ya sabes de qué se trata»—. Lo que ha hecho el tipejo que mancilló la festividad —continuó Domiciano— no es en realidad más que una necia imitación de la jugada de Clodio en tiempos de Julio César. Y precisamente por eso me cuesta creer lo que me cuenta nuestro Norban, por muy fiable que sea la documentación que aporta. Sencillamente, no me puedo creer que en nuestra Roma, en mi Roma, se le haya podido ocurrir a alguien semejante sandez. No lo entiendo. Los prohombres de antaño fueron capaces de perdonar a un Clodio: pero mi tribunal sacerdotal, mi Senado —eso tiene que saberlo cualquiera, por muy mermada que esté su inteligencia—, yo y mis jueces no perdonamos semejante crimen.

Crispín sintió entonces que sus fuerzas lo abandonaban; sus miembros cedieron y se desplomó ante el emperador.

—Soy inocente, mi amo y dios Domiciano —gimió de rodillas; y repitió una y otra vez llorando, suplicando: «Soy inocente».

—Ya, ya —dijo el emperador—. Entonces Norban está equivocado. O bien te ha calumniado. Ya, ya. Muy interesante. Eso es muy interesante.

Y de pronto, con la cara encendida al ver que Crispín manchaba su camisón con la pintura de sus mejillas y sus labios, estalló:

—¡Y encima te atreves a manchar mi camisón con tus vulgares labios, escoria humana, hijo de una perra y de un cochero borracho!

Cogió aliento, se alejó de Crispín, que se retorció en el suelo, y se puso a caminar de un lado a otro farfullando para sí:

—Así se lo agradecen a uno que los saquemos del fango. Mi Cornelia. Le arruinan a uno lo mejor que tiene. Mancillan a sus hijas. Probablemente no sabías, tú, a quien los dioses le han dado un huevo hueco por cabeza, que las vestales son mis hijas, las hijas del Sumo Pontífice. Posiblemente ni siquiera entiendes lo que has hecho, desecho de egipcio. Has vulnerado mi lazo de unión con los dioses, carroña, tres veces maldito. Y no es la primera vez que me desacreditas ante los dioses.

Y entonces aquel vengador de pocos reflejos se desquitó soltándole lo que había callado durante siete años.

—¡Fuiste tú, ser pestilente, escoria, loco infeliz, quien me metió en ese litigio con el dios Yahvé entonces, hace siete años! ¿Y quién tuvo la culpa de que dejase esperar tanto tiempo al Doctor Supremo? Era tu deber recordarme que debía recibirlo. ¡Y ahora encima mancillas a mi vestal, prevaricador, chacal, egipcio inmundo!

Crispín se había arrastrado hasta un rincón. El emperador fue hacia él jadeante, carnoso, imponente. Crispín se pegó a la pared y el emperador le dio un puntapié. Su pie calzado con la sandalia no tenía bastante fuerza, el puntapié no pudo dañarlo. A pesar de todo, Crispín lanzó un grito, y su grito era sincero. El emperador levantó el labio con desprecio.

—El chacal no tiene ni una gota de valor —dijo volviéndole la espalda.

Pero al instante volvió a abalanzarse sobre él, se inclinó sobre aquel hombre deshecho en lágrimas, y en voz baja, susurrando, muy cerca de su oído, le preguntó:

—¿Y cómo fue? ¿Al menos lo disfrutaste? ¿Cómo es la virgen Cornelia? ¿Sentiste un gran placer? ¿Te supo bien? ¿Sabía de otra manera que las demás esa santa? ¡Dímelo, dímelo!

Crispín no pasaba de farfullar:

—Pero si no sé nada, yo soy... —el emperador se levantó y le espetó altanero:

—Bien, ya veo: Norban te ha calumniado y eres inocente, no sabes nada. Ya me lo has dicho antes. Está bien.

Y, sin mirarlo, le ordenó despectivo:

—Puedes marcharte. Te quedarás en tu aposento. Y te aconsejo que te bañes. Te has puesto perdido, miserable.

—¡Perdóname, mi amo y dios Domiciano! —le rogó de nuevo el egipcio—. ¡Regálame la vida y te lo agradeceré como nadie te lo ha agradecido nunca!

—¡Qué montón de escoria! —replicó Domiciano como si hablase para sí, con un gesto de indecible repugnancia. Y para concluir le ordenó—: ¡No entiendo por qué no acabas con tu vida! ¿Me oyes? Pero no serás capaz de hacerlo.

Crispín ya estaba en la puerta. Domiciano le explicó retomando su tono imperial:

—Por lo que se refiere a tu vida, la decisión no depende de mí. Una vez pronunciado el dictamen del Colegio de los quincevires queda en manos del Senado.

Mientras el emperador pronunciaba esas palabras con la mayor crueldad y con la altivez de un juez apareció de pronto el enano Sileno, escondido hasta entonces en un rincón, y se puso detrás del emperador imitando su actitud. Y, en los días que siguieron, cada vez que Crispín pensaba en Domiciano el enano se le unía en su recuerdo, pues ésa fue la última vez que el ministro Crispín tuvo ante sí al emperador Domiciano, y esas palabras pomposas e irónicas fueron las últimas que escuchó de sus labios.

La celda de Cornelia era la segunda de la izquierda. Como todas las demás, seis en total, estaba amueblada con sencillez, y sólo una cortina la separaba de la gran sala que conducía al comedor.

Hacía ya algunas semanas que el flamen de Júpiter le había comunicado en nombre del emperador que había sido relevada de sus funciones y que no se le

permitía abandonar su celda. Al otro lado de la cortina oía cómo seguían viviendo su vida las demás vestales. El servicio de Vesta estaba reglamentado en sus más nimios detalles: la recogida del agua destinada al sacrificio con los jarros puntiagudos que no debían tocar jamás el suelo, el vertido de ese agua bendita, la vigilancia del fuego sagrado y virginal; cada paso y cada gesto realizado en aquel sencillo santuario rebosante de tradiciones estaba prescrito. Cornelia conocía cada detalle del transcurso del día, sabía a cuál de sus hermanas correspondía ahora la vigilancia, quién debía realizar éste o aquel sacrificio, quién preparar la harina ritual. Sabía que con su partida las tres hermanas que se habían incorporado al santuario después de ella subían un grado en el escalafón. Pronto, en cuanto regrese el emperador, presentarán como candidatas a veinte muchachas menores de diez años pertenecientes a las familias de más abolengo, y una será elegida para sustituirla a ella, a la Cornelia repudiada. Servir a Vesta era uno de los mayores honores que concedían los dioses y el Reino. Las hijas de las familias más antiguas trataban de obtenerlo, había muchas rencillas y celos en liza por quién sería llamada y elegida. ¿Llegará a saber Cornelia quién la sustituirá?

Quienquiera que sea la elegida, Cornelia ya la envidia por poder llevar la vida que hasta ahora ha sido la suya. Su vida ha sido muy hermosa. Hace ahora justo veinte años que vive en el santuario, años monótonos estrictamente ordenados hora a hora, casi minuto a minuto. Y, a pesar de todo, qué variados han sido los días de esa vida, cuán sosegados, similares y, sin embargo, en continuo cambio. Una se sentía como un río dirigido, regulado y protegido, todo obedecía a una ley superior.

La serena y pía alegría que el pueblo percibía en el rostro de Cornelia cuando las vestales presidían el cortejo de las fiestas más insignes; esa serena y pía alegría que la convirtió en la preferida de la ciudad, aún más que las otras cinco, no era una máscara. Desde el día en que la trajeron, con ocho años de edad, a la casa de Vesta, se había sentido bien allí. La opresión que de vez en cuando experimentaban las demás, sobre todo cuando eran jóvenes, en la penumbra de la sagrada morada no la había sentido ella. No había sentido ningún temor cuando su padre Léntulo la entregó con gran ceremonia al emperador —se trataba de Vespasiano— en su calidad de Sumo Pontífice ni cuando, con infantil afán, repitió la fórmula que el hombre pronunciaba con una sonrisa taimada: su promesa a la diosa y al Imperio de mantener el espíritu y el cuerpo immaculados. Después, durante diez años, la vigiló la amable y seria priora Junia. Las diversas actividades que debían realizar no eran difíciles, pero sí numerosas; para conjurar el riesgo de que el Estado padeciese la ira de la diosa debían evitar cometer el menor error. Pero diez años eran mucho tiempo, durante el cual se podía llegar a saber todo de modo que resultase tan natural como respirar. Cornelia aprendió con ahínco; le agradaba el sencillo sentido que ocultaban los gestos y costumbres. Aprendió a recoger el agua con los jarros puntiagudos, a vigilar el fuego y a mantenerlo respetando las estrictas normas; aprendió a tejer coronas para adornar con ellas en la festividad de Vesta los asnos gris claro que les llevaban los

molineros; aprendió a preparar la harina ritual que debía proteger a las mujeres de todo mal y toda enfermedad. Sus numerosos deberes eran fáciles de cumplir, pero debían realizarse con dignidad y belleza, pues muchas de estas tareas se desempeñaban ante los ojos de todo el pueblo. Cuando las vírgenes de Vesta subían los escalones del Capitolio, cuando ocupaban sus asientos honoríficos en el teatro o en el circo eran ellas quienes atraían, después del emperador, la atención de las masas.

Cornelia amaba las costumbres y se gustaba en sus apariciones en público. Nadie como ella sabía realizar su cometido con una expresión alegre y santa, como si ignorara los miles de ojos pendientes de ella. En su fuero interno experimentaba una gran alegría por suscitar esa atención y por estar segura de no decepcionarla. Le satisfacía ser la figura central de ese hermoso espectáculo sagrado, y saber que fomentaba el bien del Estado cuando se plegaba a sus obligaciones con disciplinado recogimiento la colmaba de gozo.

Ellas, las seis vírgenes de Vesta, encarnaban la sencilla gravedad y la púdica dignidad de la vieja Roma: eran las guardianas del fuego público, a quienes se les había encomendado la protección del Paladium y la realización de los actos más importantes del Imperio. La castidad y la vigilancia le resultaban a Cornelia naturales.

Las vestales ostentaban muchos títulos de importancia. A Cornelia le correspondían «amata», «predilecta», «la preferida», y era consciente de que los llevaba con justicia. Se sentía amada no sólo por los individuos, sino por los dioses, por el Senado y el pueblo de Roma. Sin duda había rencillas y celos entre las seis vírgenes obligadas a vivir bajo un mismo techo; pero incluso dentro del círculo de las hermanas era la preferida de todas.

Únicamente Tertulia sentirá una ligera satisfacción por su desgracia. Tertulia nunca la apreció. Qué mirada le lanzó, por ejemplo, cuando la designaron por sorteo para subir hasta Júpiter de la mano del emperador en los Juegos Capitolinos. Y eso que a ella esa ceremonia no le agradó demasiado. Sí, Domiciano estaba espléndido, y ella notó que su alegre y serena belleza resaltaba doblemente a su lado. A pesar de todo no se sintió dichosa, y ese día fue uno de los pocos en que sintió cierto desagrado: confusión, «turbación» lo llamaba ella. La mano del hombre con el que tuvo que subir los escalones, esa mano del emperador, del Sumo Pontífice, de su «padre», era una mano fría y húmeda, y al depositar la suya en ella sintió miedo y asco, al igual que en la fiesta de Bona Dea.

Sí, fue un presentimiento, un aviso y no una casualidad que desde siempre sintiese esa misma «turbación» con ocasión de la celebración y los preparativos de la fiesta de Bona Dea. Para las demás vestales constituía el punto culminante del año; ella en cambio experimentaba más temor que alegría a medida que se acercaba.

La fiesta se celebraba anualmente en invierno. Ejercía de anfitriona la esposa del funcionario de mayor rango del Imperio, el cónsul. Éste debía dejar a tales efectos su

casa en manos de su esposa durante dos días y se le prohibía pisarla, pues a él, como a cualquier hombre, le estaba vedado el acceso a la casa bajo pena de muerte. En dicha fiesta se pronunciaban viejas fórmulas, se realizaban extraños sacrificios, se llevaban a cabo oscuras y excitantes prácticas, todo bajo la dirección de las vestales. Antes de concluir su aprendizaje, a punto de cumplir los dieciocho, su maestra Junia aleccionó a Cornelia sobre el sentido y la opinión que debía tener de tales costumbres. La Bona Dea era una pariente cercana de Baco, la diosa de la fecundidad doméstica y, como Baco el vino, tenía el sarmiento por atributo; pero su bebedizo, aunque se compusiera de vino, no se llamaba así, sino «leche de Bona Dea». La leche de Bona Dea simbolizaba la fecundidad, el amor casto, mas no por ello menos placentero. Así se lo explicaron a la novicia, y también las misteriosas y excitantes prácticas que se desarrollaban con motivo de los misterios de la diosa. Adornaban con sarmientos la casa de la primera dama del reino, que recibiría a las invitadas de la diosa; a pesar de ser invierno, había sarmientos por todas partes procedentes de los invernaderos. Las vestales recogían con los tradicionales jarros puntiagudos la leche de la diosa, el vino, tras adornarse con hojas de parra. Se abrazaban y besaban primero con estricta y rígida ceremonia, y ejecutaban después danzas sagradas en las que cada gesto estaba prescrito de antemano. Más tarde, sin embargo, en la segunda hora, los bailes se animaban, los abrazos de las mujeres se tornaban más salvajes, y más encendidos sus besos, mientras se derramaba sin medida la leche de la diosa. Conforme avanzaba la noche la fiesta se iba animando. Era una larga noche de invierno, y cuando finalmente las vestales abandonaban la casa poco antes de la salida del sol quedaban muchas mujeres tendidas en los rincones, en grupos de dos o de tres, incapaces de distinguir quién se dirigía a ellas.

En la soledad de su celda Cornelia se esforzaba a menudo por recordar con precisión lo ocurrido en la última fiesta de la diosa, que había alterado su vida por completo.

Melita, la liberta, le anunció que una mujer la aguardaba en el tocador de la anfitriona, Volusia. ¿Qué mujer es ésta?, le preguntó Cornelia. Una mujer especial, le replicó Melita, que deseaba hablar de un asunto muy particular, que venía a pedirle cierto favor, y al decir esto Melita sonrió de un modo extrañamente incitante. En realidad fue esa sonrisa la causa de que se encontrase ahora sola en esa celda, despreciada de todos y excluida del servicio de su diosa. Se había dirigido al tocador de Volusia, ligera, aunque no con la agilidad de siempre, pues ya había gozado de la leche de la diosa. Su túnica blanca se había rasgado durante el baile, su abertura dejaba entrever las piernas, y recordaba que al caminar se esforzó por mantenerla cerrada.

Le pareció curioso que, mientras caminaba hacia el tocador de Volusia, pensara en el senador Decián, ese caballero tranquilo y amable que siempre la saludaba con un respeto particular, y con algo más que respeto, aunque no tenía sentido relacionarlo con la fiesta y con los misterios de Bona Dea.

La mujer que la esperaba en el tocador de Volusia le agradó. Era alta, esbelta; con la cara morena, casi cetrina, y unos ojos y labios sabios; lo supo en cuanto la saludó con el beso de Bona Dea, y su «turbación» no tardó en intensificarse, ese extraño temor y opresión que siempre le había inspirado la fiesta de la diosa.

—Sé que es una osadía —le dijo entonces la mujer—, pero no puedo evitarlo; debo rogaros precisamente a vos, mi amada ama Cornelia, que me iniciéis y me aleccionéis en los misterios de Bona Dea, pues no encontraré reposo hasta que no los conozca.

—¿Os conozco, mi señora? —le había replicado ella. La extraña respondió:

—Sí y no —mientras la tomaba de la mano y la acariciaba como era costumbre en la festividad. Al ser abrazada Cornelia se percató de pronto de que la desconocida no tenía pechos.

En su ingenuidad, y llena como estaba de las imágenes de un tiempo remoto en que los dioses y los seres legendarios poblaban la tierra, creyó que se trataba de una amazona. Tarde, demasiado tarde tuvo conciencia de la terrible realidad. Desde luego, había oído hablar de un tal Clodio, que en tiempos del gran Julio César consiguió introducirse en la fiesta de Bona Dea disfrazado de arpista. Pero eso había sucedido en un pasado remoto, tan irreal como los tiempos de los dioses y los semidioses. Que algo así pudiera ocurrir en vida suya, en la tangible realidad de la Roma que tenía ante sus ojos, le resultaba sencillamente inimaginable.

Que sucediese la paralizó. Aún ahora la llenaba de temor. Todavía no sabía con exactitud lo que había ocurrido, se le antojaba real e irreal a un tiempo, no lo sabía, pero aún recordaba lo que sintió, cada día, a cada hora. No es que, como consecuencia de aquellos sucesos, se hubieran acumulado procesos o imágenes; eran más bien sensaciones, sentimientos, una confusión extraña y cruel, repugnancia, rechazo, y, en una salvaje mezcla, cierto deje de curiosidad.

Fue una violación, de eso estaba segura. Tal vez habría debido gritar. Pero si hubiera gritado todos habrían sabido que había mancillado la fiesta de Bona Dea, y tal presagio habría desencadenado terribles males que afectarían a la campaña militar y a todo el Imperio. Le pareció más indicado defenderse en silencio, tenaz, jadeante. Se defendió, se opuso con todas sus fuerzas, y era fuerte. Pero aquel sacrilegio inconcebible, inmenso, la tenía anonadada. La pesada túnica tradicional le impedía además moverse a sus anchas. Lo que, una vez ocurrido, más la atemorizaba fue que ese vestido sagrado quedara mancillado, literalmente mancillado, por los rastros del crimen, y también su piel.

Todo ello duró una eternidad, aunque fue muy rápido. Esa noche no reparó en las consecuencias que podía tener. No le preocupó si las demás percibían o no su aire ausente, su turbación. Sólo al día siguiente, cuando Melita fue a verla para rogarle que la salvase para salvarse a sí misma, comprendió que corría peligro. Le entregó una carta para Decián. No conocía su resultado. Sólo guardaba un vago recuerdo del breve y eterno abrazo de aquella «mujer» y de un par de frases confusas de Melita.

Nadie más había hablado con ella de los acontecimientos de esa noche y de sus consecuencias. Tampoco el flamen de Júpiter le explicó por qué motivo la condenaba a permanecer recluida tras su cortina.

¿Qué será de ella? Nunca ha imaginado ninguna vestal, ni ella, otro destino que el de obtener tras su muerte una lápida con la inscripción: «La más casta, más púdica, pura y vigilante virgen Pulcra Cornelia Cosa». En lugar de eso deberá bajar a la cueva excavada frente al Aventino, pues cuando puso su mano en la de su amo y dios Domiciano durante la procesión sintió que no la amaba, y no admitirá que elija su muerte como antaño las dulces y queridas hermanas Oculatae. No, a ella la enterrarán con un jarro de agua y algo de comida, extenderán un tejido de mimbre sobre la celda en la que morirá miserablemente, y los que pasen junto al lugar lo rodearán en señal de espanto y asco.

Pero ella no ha incumplido sus votos. Todo ocurrió en contra de su voluntad, se vio arrastrada a hacerlo, no lo hizo ella. Tal vez ni siquiera ocurrió, no lo sabe, quizá sólo se lo figuró, en ese estado de «turbación». Tal vez si se ofrece ante el tribunal a someterse a la prueba lo consiga, como en su día la vestal Tucia logró recoger con el cedazo agua del río Tíber y llevárselo a los sacerdotes.

Se ha dejado llevar por su fantasía. Ha ocurrido de verdad, y no le han permitido que haga la prueba; la suerte está echada, la fortuna lo ha querido, a nadie le interesa su parecer, y será enterrada en la cueva.

Alguien levanta la cortina violentamente y una mano le alcanza una escudilla con comida y un jarro de leche. Cornelia reconoce la mano, la mano de Postumia. Los alimentos han sido preparados con amor, son sus preferidos, y los han cubierto cuidadosamente para que se mantengan calientes. Los demás la aman, se compadecen de ella. «Amata», la «amada», su título le hace justicia.

No será enterrada en la Via Atica como corresponde a una sacerdotisa, no tendrá una columna honorífica, su nombre será borrado de toda piedra y de todo papel. Sin embargo, los demás pensarán en ella a menudo con afecto, ni siquiera el odio de Tertulia podrá borrarlo. Pensarán en ella cuando preparen la harina ritual y cuando, el primero de marzo, renueven la llama de la diosa. ¡Cuánto le habría gustado vivir ese primero de marzo! Y hablarán de ella en susurros, llenas de espanto y ternura, cuando recojan el agua y la bendigan y cuando se releven en la vigilancia del fuego de Vesta.

Ese pensamiento logró calmar un poco a Cornelia, y comió con gusto las sabrosas viandas. Después se durmió, y en su joven rostro se extendió ese sosiego alegre y serio que le había granjeado el afecto y el respeto del pueblo.

Tras su regreso de la campaña sármata apenas visitaba Roma el emperador, que permanecía casi todo el tiempo en Albano. Si antes solía vagar entre las jaulas de los animales, ahora prefería pasearse por el amplio parque al que su jardinero mayor, Topiarius Felix, había despojado de su aspecto originario convirtiendo el lugar en una

especie de monstruoso tapete. Se habían dispuesto allí geométricamente setos, bancales, alamedas. Largas hileras de tejos y bojedaes se alzaban frágiles, recortado cada árbol para formar conos y pirámides; los cipreses se erguían finos y rígidos; había toda suerte de flores y plantas dispersos que componían letras, figuras y hasta pequeños dibujos. Los caminos de gravilla eran primorosos, las zonas despejadas del gran jardín artificial estaban empedradas. Chispeaban las fuentes y los caños. Abundaban hermosos rincones donde reposar: bancos, grutas artificiales, cenadores, troncos de árbol tallados en piedra, falsas ruinas y hasta un laberinto. Junto a los estanques repletos de cisnes y garzas los pavos reales exhibían su plumaje sobre blancas escalinatas. Columnatas adornadas con frescos delimitaban ciertas partes del jardín. Aquí y allá, alguna terraza en voladizo unía las diversas zonas del inmenso parque construido sobre colinas; puentes de madera y de piedra cruzaban los riachuelos en leve pendiente hacia la orilla del lago. Todo era frágil y rígido, grave y artificial, delicado y suntuoso.

Al pasearse por ese jardín Domiciano no podía dejar de pensar que debía ser posible domeñar todo lo vivo del mismo modo, atarlo, aplicarle determinadas normas. Si su Topiarius Felix había conseguido esas extraordinarias metamorfosis en las plantas vivas, ¿cómo no iba a lograr él, emperador de Roma, segundo Prometeo, moldear a su arbitrio a las personas, formarlas según su gusto y parecer?

El emperador vagaba por sus jardines del Albano sumido en tales meditaciones. Lo acompañaba el enano, a cierta distancia lo seguía el jardinero mayor, y un poco más atrás los portadores de la silla de manos por si se fatigaba. Y así transcurrieron muchas horas. Contempló con satisfacción los cenadores, las grutas, toda esa naturaleza retorcida, compartimentada. Alguna vez llegaba a tocar las plantas trepadoras, la yedra, las campanillas, la rosa de pitiminí, que crecían de acuerdo con el trazado que les marcaba la voluntad del hombre. Después llamaba de nuevo al jardinero para que le explicase algún detalle y se recreaba con la descripción de cómo podía obligarse incluso a los árboles más altos y fuertes a adoptar la forma que les dictaba el sentido del orden.

Pero lo que más le gustaba era permanecer en los invernaderos. Todo allí le agradaba: la maduración falsa de los frutos, el artificial calor, el ingenioso cristal diseñado para captar los rayos del sol. Pensativo y satisfecho observaba cómo se obligaba a matorrales y árboles a dar en invierno frutos que debían florecer en verano. Se trataba de una metáfora muy de su gusto.

Descansaba medio adormilado en un invernadero sobre un camastro que había mandado instalar cuando apareció Lucía.

Sus relaciones habían empeorado de nuevo; sí, últimamente sufrían tales oscilaciones que a Lucía no le habría extrañado que Varriguita le asestase un segundo golpe, esta vez mortal.

La transformación comenzó cuando mandó ejecutar al príncipe Sabino. Domiciano lo había respetado durante mucho tiempo por deferencia hacia Julia, ante la que se sentía culpable, a pesar de que Norban había reunido en el transcurso de los años material suficiente para justificar la condena del Senado. Sólo cuando lograron demostrar de modo fehaciente la participación de Sabino en el golpe de Saturnino — Norban llegó a interceptar un escrito del irreflexivo y altivo príncipe en el que aceptaba el ofrecimiento del general de subir al trono y sustituir a Domiciano—, se había decidido el emperador a actuar. En aquel entonces Lucía cometió un grave error. Como no creía tan necio a Sabino supuso que se trataba de otro acto gratuito de Domiciano y le echó en cara haber suprimido a su primo únicamente por celos. Y, así, lo trató injustamente, lo que le dio cierta ventaja durante algún tiempo.

Pero sus relaciones con Domiciano tomaron un cariz verdaderamente peligroso tras el infausto final de Julia. Ocurrió del siguiente modo: tras la muerte de Sabino Julia se había quedado embarazada de nuevo en un momento en el que no cabía dudar de la paternidad de Domiciano. El emperador declaró que pensaba adoptar al niño y por tal razón no deseaba que naciese bastardo. Propuso un nuevo matrimonio a Julia, la cual, que ya había sufrido bastante en su primera unión los celos de Domiciano, se negó. Domiciano quiso obligarla a aceptar al hombre que le había elegido. Ella se opuso. El emperador tuvo un acceso de cólera. Hasta ese momento no había aceptado negativas más que de una única persona, de Lucía. No estaba dispuesto a admitir esas ínfulas de Julia y que, por estar embarazada, se convirtiese en una segunda Lucía. Antes renunciaría a su hijo. Tras dos violentas discusiones la obligó a abortar. Julia falleció en el transcurso de la operación.

Domiciano estaba muy afectado por la muerte de Julia, de la que se sentía culpable. Pero no quería que se lo notasen, y mucho menos Lucía, y le preguntó con su característica sorna:

—Bien, querida Lucía, ¿estarás contenta de haberte librado de Julia?

La emperatriz no había apreciado a Julia, a la que siempre trató con una altivez levemente burlona. Pero su muerte la había indignado; como mujer la exasperó el egoísmo de Domiciano, y su insolente pregunta la irritó profundamente. No se esforzó por ocultar sus sentimientos, y su cara ancha y luminosa se deformó en un gesto de repugnancia. Dijo:

—A lo que parece, tu amor no le sienta nada bien a los afectados.

Domiciano le había perdonado que lo increpara en el caso de Sabino porque su acusación era injusta y desafortunada, pero esa observación sobre Julia le dolió profundamente por certera. La hostilidad que siempre reinó en sus relaciones con Lucía se agudizó, y desde entonces había en sus abrazos tanto rencor como deseo. A Lucía aquello no le molestaba en absoluto. Pero a él le roía el alma ser incapaz de librarse de ella, se achicaba en su presencia; sus abrazos se volvieron cada vez más escasos y finalmente sus encuentros se limitaron a las ocasiones en que debían mostrarse juntos en público. Eran encuentros formales, tensos, cada cual estaba al

acecho del otro. Hacía varias semanas, más de un mes, que Lucía no había visto al emperador.

Era un atrevimiento por su parte abrirse paso hasta él sin previo aviso y no le resultó fácil; lo escoltaban muchos criados y guardias y Lucía aguardaba tensa cuál sería su reacción.

—¿Tú aquí, mi querida Lucía? —la saludó él, y su tono delató que su visita constituía una sorpresa agradable. Y así era. Si Domiciano había evitado discutir con ella en los últimos meses era únicamente porque temía que le dijera ciertas verdades que no deseaba escuchar. Pero esta vez suponía que venía a causa de Cornelia — estaban emparentadas y le tenía afecto, como todos en Roma—, y en el asunto de Cornelia se sentía seguro; la perspectiva de debatir ese asunto lo llenaba de gozo.

Y, en efecto, tras un par de frases Lucía mencionó a Cornelia. Habló sin que le importase lo más mínimo la presencia de Sileno, acucillado en un rincón, aunque se esforzó por halagar al emperador, pues tenía interés en salvar a Cornelia.

—Supongo —dijo— que lo que quieres es atemorizar al Senado. Quieres probar que no hay en el Reino nadie intocable por muy querido y respetado que sea. Además, seguramente quieres demostrar al Senado que eres un esforzado defensor de las tradiciones de Roma, mucho más que cualquiera de ellos. Pero eres demasiado inteligente para no saber que en este caso no hay proporción entre el precio y la apuesta. Lo que en el mejor de los casos ganarás no compensa lo que vas a perder de cualquier modo. ¡Perdona a Cornelia!

Domiciano sonrió.

—Una opinión muy interesante —dijo—, muy interesante. Pero te has acalorado, querida Lucía, me temo que no te sienta bien el aire de este invernadero. ¿Puedo proponerte un paseo por el jardín?

Caminaron por una avenida de plátanos; se habían quedado solos, el emperador despidió a todos con un gesto violento.

—Ya sé que se comentan muchas cosas en Roma sobre mis intenciones —dijo como de pasada—, pero tú, querida Lucía, no deberías dar crédito a esas cosas. El caso es muy sencillo. Se trata de la religión, de la moral, y de nada más. Yo me tomo muy en serio mi cargo de Sumo Pontífice. Es mi obligación salvaguardar la santidad de Vesta, su hogar. Soy capaz de perdonar cuando se trata del mío —y al decir esto le lanzó una sonrisa entre malévolamente y afable—, pero de ningún modo puedo hacerlo cuando se trata del hogar que representa la santidad y la perfección del orbe entero.

Quería adentrarse por uno de los caminos laterales, pero ella prefirió regresar por la avenida de plátanos y él la siguió obediente.

—¿No te das cuenta —preguntó ella— de que actúas de un modo, digamos, contradictorio? Un hombre que lleva una vida como la tuya —me cuentan que hace poco tuviste una escenita con varias mujeres en presencia del ciego Mesalino, del que te burlabas obligándolo a adivinar a quién dedicabas tus caricias y cómo eran éstas—, un hombre que lleva una vida semejante no puede erigirse en juez de la vestal

Cornelia.

—De nuevo debo aconsejarte —dijo Domiciano, afable—, que no des crédito a los chimes de mis senadores. Nadie conoce mejor que tú la diferencia entre el hombre Domiciano, que llena sus escasas horas de ocio con placeres, y el amo y dios Domiciano, el Censor, a quien los dioses han encomendado vigilar la moral, las costumbres, y preservar las tradiciones del Imperio. No soy yo quien persigue a Cornelia; ni la amo ni la odio, me es completamente indiferente. Es la religión del Estado quien la acusa, el Imperio, Roma, cuya pura llama he de proteger. Debes comprenderlo, querida Lucía, y yo sé que lo haces. Sencillamente, el destino y los dioses hacen esos distingos. No todo lo que está provisto de un rostro imberbe y un regazo es igual. Una mujer que goza de la ciudadanía romana, una matrona, o incluso una vestal, se distingue del resto de las hembras del orbe. Esas hembras pueden hacer lo que se les antoje, pueden entregarse a cualquiera cual moscas al sol, pueden dejarse mancillar por quien quieran y donde quieran. Sólo existen de cintura para abajo. Pero una ciudadana romana, y más aún una vestal, sólo existe de cintura para arriba. ¡Ay de quien trate de borrar las diferencias, de confundir las medidas, de falsear el peso! El hombre Domiciano puede, si se quiere, ser enjuiciado con el mismo rasero que se usa para un porteador capadocio, pero me resisto, me niego a que se mezclen los pasatiempos a que dedico mis horas de ocio con los negocios del dios Domiciano.

Tras un rodeo sus pasos los llevaron al camino del que partieran.

—Te agradezco —replicó Lucía— tu exposición, que me ha iluminado. Pero hay una cosa que me sorprende: que no concedas a las ciudadanas romanas lo que tú te permites. ¿Por qué no ha de distinguir también la romana entre los pasatiempos de sus horas vacías y los negocios que urde como ciudadana? ¿Por qué no ha de hacer la misma distinción que haces tú, y ser ora la ciudadana romana, que existe tan sólo de cintura para arriba, ora la hembra común?

Domiciano no quiso responderle.

—Quiero que me entiendas, querida Lucía —le rogó—. Realmente es el sentido del deber de un príncipe, del Sumo Pontífice, y nada más, lo que condena a Cornelia. Deseo insuflar de nuevo a nuestra sociedad, a nuestra nobleza pervertida por toda una serie de malos gobernantes, el gusto por la rectitud, por la simplicidad y el sentido del deber que caracterizaba a nuestros ancestros. Quiero conducir a nuestro pueblo de vuelta a la religión, a la familia, a esas virtudes que consolidan el presente y garantizan nuestro futuro. Con mayor justicia que de la época de Augusto podrá decirse de la época de Domiciano: «Ningún pecado mancilla la casa pura. Derecho y moral expulsan al vicio y la impudicia. Honremos a las mujeres, pues como ellas serán su esposo e hijos. La culpa no antecede al castigo, sino que ambos caminan de la mano» —dijo recitando los nobles versos de Horacio con su voz aguda y un tanto patética.

Lucía no pudo refrenarse y estalló en una oscura y sonora carcajada.

—Disculpa —respondió—, estoy segura de que eres sincero. Pero esos versos suenan un tanto cómicos en boca del hombre que fue el amante de Julia y el esposo de Lucía.

Y, como Domiciano se sonrojase, prosiguió:

—No quiero ofenderte, te aseguro que no he venido para ofenderte. ¿Pero de verdad crees que puedes obligar a Roma a ser virtuosa con medidas administrativas? Esta Roma tal y como ha llegado a ser, esta época nuestra, la auténtica época de Domiciano, ¿crees que puedes cambiarla de arriba abajo y convertirla en la época que tú deseas? En ese caso tendrías que echar abajo la ciudad y prohibir tres cuartas partes de sus instituciones. ¿Quieres desterrar a las prostitutas? ¿Quieres prohibir el teatro, las comedias sobre los maridos cornudos? ¿Quieres borrar las aventuras amorosas de los dioses de los frescos que vemos en las casas? ¿Crees que vas a conseguir algo enterrando a Cornelia? No conozco tus pruebas, pero, sea lo que sea lo que ha hecho, mi prima tiene en su dedo meñique más castidad que tú y yo juntos. Si muere Cornelia, el pueblo sabrá lo que es la castidad. Pero, por muy firmes que sean tus leyes, al verte a ti no es precisamente la virtud lo que contempla.

—No creo que tengas razón —replicó él esforzándose por reprimir su ira y dominar su voz—. Pero sea como fuere quiero demostrar a los senadores que la nobleza no sólo confiere privilegios sino también deberes. Bien, de vez en cuando me permito alguna licencia; pero alguien tan cercano a mí como tú ha de saber que el emperador Domiciano se prohíbe mil placeres que le calientan la sangre, y que a cambio carga con mil torturas. ¿Crees acaso que fue una broma participar en la incursión sármata? Tú sientes escalofríos incluso aquí, bajo el sol de Roma; deberías haber estado allí para saber lo que es el frío. Tendrías que haber visto a esos bárbaros. Al ver los cadáveres de esos tipos en los campos de batalla, o a los prisioneros, nos percatábamos del peligro que habíamos corrido. Había que tener sangre fría para verlos correr hacia uno, a esos monstruos descomunales, a millares, con sus malditas flechas. Querida, ¿no crees que habría preferido mil veces estar contigo en la cama a cabalgar sobre un caballo vacilante por los helados campos de los sármatas? Si yo me exijo eso algo tendré que exigirles también a mis senadores.

Se detuvo. Allí estaba, bajo los árboles finamente recortados, alto, endilgándole aquel discurso:

—Ah, los señores en cambio lo tienen fácil. Su servicio al Estado consiste en repartirse al azar las provincias y saquearlas a conciencia. Pero no será así por mucho tiempo. Quien pertenezca a la primera nobleza no deberá derrochar su fuerza en aventuras amorosas o en sueños femeniles y consideraciones sobre la superstición minea o cosas así, ha de conservar sus fuerzas para el Estado. Un hombre sólo debe hacer *una cosa*: servir al Estado o entregarse a sus vicios. Sólo un dios como yo puede hacer las dos cosas. Una sociedad que se deja ir, que peca como lo hace la nobleza romana, deja de tener funcionarios y soldados para tener únicamente viciosos. El Reino se corromperá si la nobleza sigue pervirtiéndose de ese modo.

El rostro valiente y luminoso de Lucía mostraba esa expresión ligeramente burlona que él no soportaba.

—¿Y por eso mandas ejecutar a Cornelia? —preguntó.

—También por eso —respondió, pero sonó incontrovertible. Con una suave violencia la condujo desde aquella zona más clara del jardín hasta una gruta, llevándola hacia la sombra lejos de aquel claro día de primavera—. Quiero decirte algo, Lucía —le confió casi susurrando—. Esos dioses orientales, ese Yahvé, y el dios de los mineos me odian. Son peligrosos, y si no me pongo en guardia acabarán conmigo. Para vencerlos necesito todo el apoyo de nuestros dioses. No puedo enemistarme con Vesta. No puedo dejar impune ningún pecado contra ella. Si quiero celebrar los próximos juegos seculares ha de ser en una Roma pura. Y no pienso desviarme del camino que he emprendido. Los senadores, cuya opinión tanto te gusta repetir, me dijeron en mis primeros años que era un emperador muy estricto. Cuando desbaraté el complot de Saturnino dijeron que era cruel. Cuando hayan visto de lo que soy capaz, lo que haré en mis últimos años, les costará dar con la palabra adecuada para expresar lo que piensan de mí. Pero eso no me desviará de mi camino. Lo tengo todo previsto. Arrancaré la mala hierba. Estoy pasando revista al Senado. Acabaré con ese lío de los orientales. Más de uno lamentará haber coqueteado con la superstición oriental. Júpiter tiene en mí a un buen servidor.

Se lo dijo en voz baja, pero destilaba tal determinación, una fe tan firme y devastadora en su propósito, que Lucía no lo encontró en absoluto ridículo. Quiso salir de la gruta, afuera, hacia la luz, y él la siguió de mala gana.

—¡Bien, Varriguita, está bien! —dijo ella pasándole la mano por el pelo cada vez más ralo, y en un tono entre admirativo e irónico admitió—: En algunas cosas es posible que tengas razón. Pero no en tu propósito de acabar con Cornelia. Cornelia es la mujer más querida del Imperio. El pueblo, que te ama, te amará mucho menos si te atreves a ejecutar la pena que le has impuesto. ¡No lo hagas! ¡Lo lamentarás!

Involuntariamente trató de remover con el zapato la dura tierra, pero no lo consiguió. Sintió un ligero escalofrío. ¡Ser enterrada viva, cubierta con una red de mimbre!

Él le lanzó una sonrisa altiva y siniestra.

—No temas, querida Lucía —le dijo—. Mi pueblo seguirá amándome. ¿Quieres que hagamos una apuesta? ¿Me permitirás que te lo recuerde cuando se demuestre que tengo razón?

Por mucho que les pesase, los senadores se disponían a celebrar la sesión en la que debían dictar sentencia en el caso de la vestal Cornelia y su secuaz Crispín, a quienes el Colegio de los quincevires había declarado culpables. Les disgustaba tener que corroborar el dudoso fallo y confirmar con el uso de su autoridad ese acto bárbaro que, al parecer, el emperador estaba dispuesto a llevar a cabo. Pero Domiciano había

anunciado que asistiría a la sesión, y esa clara amenaza hizo que los senadores acudiesen casi sin excepción.

También el pueblo parecía disgustado. Una gran muchedumbre rodeaba la Curia, donde se celebraría la reunión, y ni siquiera saludaron al emperador con aclamaciones de respeto y veneración como en otras ocasiones, sino con un emocionado susurro o con un silencio hostil.

Desde el comienzo de la sesión el Senado se mostró rebelde. El primero en pedir la palabra fue Helvid. Era su deber, explicó, comunicar a los padres convocados un hecho que alteraba sustancialmente el asunto sobre el que debían deliberar. Ya no era necesario juzgar al gran chambelán Crispín, ministro del emperador. Tenía noticias fiables de que había evitado la condena del Senado abriéndose las venas. Había muerto.

El cónsul en funciones parecía incapaz de mantener el orden. Los senadores abandonaron sus asientos hablando y gritando sin cesar. No habrían podido dar con un pretexto mejor para rehuir la ingrata tarea. El único testigo que podía haber hablado en contra de la vestal Cornelia había desaparecido, y ese hecho invalidaba el fallo del tribunal sacerdotal. ¿Cómo, entonces, podrían dictar sentencia? Con un gran esfuerzo el cónsul restableció la calma.

Mesalino trató de apaciguarlos. Con gran habilidad expuso que resultaba imposible imaginar una confesión más contundente que aquel suicidio, y que, precisamente por haber evitado la sanción uno de los culpables, había que castigar a la otra con mayor dureza ante los ojos de la ciudad y del mundo con el fin de aplacar la ira de la diosa. La inquietud iba en aumento. Fuera —las puertas debían permanecer abiertas, según la ley, para que el pueblo pudiese seguir las deliberaciones— la plebe escuchaba el debate replicando con gritos, y tanto dentro como fuera del Senado clamaban que, si alguien había pecado contra la diosa, era ese Crispín, que ahora sufría una muerte relativamente dulce que sin duda convenía al emperador.

Entre tanto, Mesalino respondía en la Curia al senador Helvid. Era incomprensible, dijo, que el Colegio de los quincevires no hubiera evitado con una vigilancia más estrecha el suicidio de Crispín. Ante tal arrojó los senadores miraron al emperador. Allí estaba, con el rostro encarnado, chupándose el labio superior con ahínco. Le indignaban esos insolentes senadores y su propio comportamiento: había querido proteger a Crispín y facilitarle el suicidio, pero como otras veces en ocasiones semejantes no pasó de ambiguas insinuaciones para no comprometerse ante sí mismo. Helvid concluyó: tras la extraña muerte de Crispín correspondía al Senado remitir de nuevo el asunto de la vestal Cornelia al Colegio de los quincevires para que lo revisase.

A continuación habló Prisco; tras el acre y emocionado discurso de Helvid la objetividad del gran jurista resultó doblemente convincente. No había ningún caso, adujo con su voz clara y cortante, que pudiera servir de precedente. La causa había

sido remitida al Senado en calidad de proceso contra el gran chambelán Crispín y sus secuaces. No era posible desgajar ahora el asunto de la vestal Cornelia de la otra inculpación. Para ello se requerirían una nueva investigación y ulteriores indicaciones del tribunal sacerdotal. Por lo demás, debía admitir que, con todo el respeto que le merecía dicho tribunal, había acudido a la sesión a regañadientes. En su calidad de respetuoso observador del culto de la diosa, y siendo un hombre capaz de reconocer el sentido y la ligazón de todos los acontecimientos, desde el principio lo abrumó una terrible duda. Pues si era cierto que las vestales se habían hecho, sin quererlo, responsables de tan terrible culpa atrayendo con ello la ira de los dioses sobre el Senado y el pueblo, y sobre la cabeza del emperador, siendo así, ¿cómo había podido alcanzar el amo y dios Domiciano —afirmó esgrimiendo una lógica diabólica— una victoria tan gloriosa en su campaña sármata?

Ahí tenían, disfrazado de intachable objetividad, el escarnio más perverso y descarnado del emperador que pudieran imaginar; todo el mundo en Roma lo entendió así y se alegró de ello, y a Prisco lo embargó una profunda satisfacción al lanzar aquella frase a la sala y al orbe con su voz atronadora y cortante. Domiciano lo escuchó, Domiciano lo entendió perfectamente, y su corazón se detuvo; pero Prisco pagaría muy cara su dulce venganza, pues en ese mismo instante tuvo claro el emperador que muy pronto lo enviaría tras los pasos de Sabino y Aelio, como a todos los que se habían atrevido a insultarlo.

Mesalino pidió la palabra y se aprestó a rebatir a Prisco y a poner en su sitio al indignado Senado. Debía recordar a la insigne congregación, que con tanto ahínco trataba de salvaguardar sus derechos, que estaban a punto de crear un infausto precedente al tratar de inmiscuirse en las atribuciones de una corporación autónoma igualmente insigne. La Constitución no confería al Senado el derecho de analizar los motivos que habían llevado a los sacerdotes a emitir su dictamen. En nada incumbían esos motivos al Senado. Las dudas rebuscadas, formales y de índole puramente jurídica que había expresado el honorable senador Prisco quizá tuvieran cierto peso ante un juez profano, pero de nada valían ante el Colegio de los quincevires, pues su fallo se dictaba en nombre de los dioses y guiado por ellos. Una vez que se pronunciaba el Colegio su dictamen era eterno, no había apelación posible, y era deber de ellos, de los senadores, dictar sentencia basándose en su decisión.

Con gran disgusto el Senado se dispuso a hacerlo. Hubo toda una serie de propuestas para librarlos de esa responsabilidad. Y, en efecto, la versión del fallo que finalmente se adoptó achacaba toda la responsabilidad al emperador. El fallo dictaminaba que debía castigarse a la vestal Cornelia tal y como se castigó en su día a las hermanas Oculatae. Se las condenó a morir como prescribía la ley en esos casos, es decir, a ser enterradas en una cueva, al tiempo que se las encomendaba a la benevolencia del emperador, que efectivamente les permitió elegir su muerte. Así, mediante este fallo ambiguo, el Senado tuvo la habilidad de evitar condenar a Cornelia a la cruel pena, remitiendo una vez más al emperador la responsabilidad de

la ejecución.

Los senadores miraron a Domiciano, asustados ante su propio atrevimiento. Como prescribía la ley, el cónsul en funciones le preguntó al emperador si en su calidad de juez supremo y Sumo Pontífice aprobaba el fallo y decretaba su ejecución. Todos miraron expectantes hacia la gran cabeza sonrosada del emperador. Norban, que se hallaba sentado detrás, un poco más abajo, se volvió hacia él para conocer su respuesta. Pero no tuvo necesidad de proclamarla. Todos vieron cómo asentía la pesada cabeza encarnada antes incluso de que Norban le preguntara.

De este modo el cónsul anunció el fallo, la corona lo aprobó, los escribas lo consignaron y el verdugo inició los preparativos.

Hasta entonces el emperador había contado con el favor de la plebe, que entendió la cruel firmeza con que había castigado el golpe de Saturnino. Pero la ejecución de Cornelia no la aprobó nadie. Los romanos protestaron. Norban trató de atajar el asunto. Pero los romanos no permitían que se les impidiese expresarse; protestaban y murmuraban cada vez más alto.

Se rumorearon ciertos detalles, conmovedores sin duda, del final de Cornelia. Se decía que, al bajar los escalones que conducían a su sepultura, se le había quedado enganchado el vestido. Un miembro del comando de ejecución quiso ayudarla a liberarlo; ella rechazó su mano con tal vehemencia que todos pudieron ver cómo su naturaleza pura rehuía cualquier contacto con un hombre. La anécdota caló tan profundamente en el corazón de las gentes que dos semanas después, al escucharse en una representación de la *Hécuba* de Eurípides: «Le seguía preocupando morir con la mayor dignidad», el público estalló en un largo y expresivo aplauso. También se decía que algún amigo —hubo quien mencionó a la propia Lucía— había introducido en la cueva una botellita de veneno, y que la serena y digna pureza de la vestal hizo que ni los vigilantes se atreviesen a arrebatársela. A todo ello se añadía el hecho de que, antes de morir, Crispín hubiera enviado misivas a varios amigos en las que afirmaba que moría siendo inocente. Por todo el Imperio circulaban copias de esas cartas. Nadie creía en la culpabilidad de Cornelia; en suma, se tachó al emperador de tirano implacable.

Cada día se hacía más evidente que Lucía había tenido razón y que el emperador pagaría con su popularidad la condena de Cornelia. Hasta entonces las masas habían permanecido indiferentes, incluso hostiles a los senadores de la oposición. Ahora, por el contrario, el pueblo saludaba con simpatía a las damas Fannia y Gratila allá donde fueran. Se representó una obra, *Paris y Enone*, llena de alusiones a las relaciones del emperador con Lucía y Julia, que alcanzó un gran éxito. En la calle los desconocidos se dirigían al senador Prisco animándolo a que publicase el discurso en favor de Cornelia que pronunció ante el Senado.

Prisco no se atrevía a tanto. Pero sí se dispuso a cumplir la promesa que hiciera a

la vieja Fannia de no poner coto a su odio y dar a conocer su *Vida de Peto*. Entregó la obra terminada a Fannia, para quien la había escrito, y permitió que la difundiera. Pronto circularon copias por todo el Imperio.

En su obra se describía con gran claridad la vida del republicano Peto: cómo ese hombre, criado según las costumbres tradicionales romanas, al volverse insoportable la tiranía de Nerón se abstuvo de participar en las sesiones del Senado para poner de manifiesto su disconformidad. Cómo calló y calló mientras todo su ser expresaba su profundo disgusto por el devenir de los asuntos públicos. Cómo finalmente Nerón lo mandó acusar y juzgar. Cómo se abrió entonces las venas, indiferente, satisfecho incluso de no tener que seguir viviendo en esa Roma decadente, y murió haciendo gala de un valor estoico. Habían pasado veintisiete años desde entonces. En su biografía no se pronunciaba Prisco en ningún momento contra el emperador Domiciano, sino que se limitaba a reproducir fielmente y con encomiable objetividad la vida de su héroe, utilizando los datos que le había proporcionado Fannia, la hija de Peto. Sin embargo, y precisamente por su objetividad, el libro constituía una inestimable y descomunal acusación, y así fue leída y comprendida.

Si semejantes críticas se debían a la osadía de unos pocos, el Senado no tardó en lanzarse en su totalidad a una lucha abierta contra el emperador. Esto ocurrió con motivo de la caída del gobernador Ligarius.

Ligarius era uno de los favoritos de Domiciano, quien le había encomendado la administración de la provincia de Hispania; el hombre había utilizado su cargo para saquear el país sin escrúpulo alguno. Sucedió que ciertos representantes de la provincia acudieron a Roma para protestar ante el Senado contra su indigno gobernador. En otro tiempo, antes de que la fama de Domiciano se resintiese por la ejecución de Cornelia, el Senado no habría permitido que se juzgase de ese modo a un protegido del emperador. Ahora, al sentir que su poder aumentaba de día en día, no sólo obligó al emperador a que permitiese que se le encausase, sino que dio a conocer todo el asunto.

Se nombró procurador de la provincia de Hispania a Helvid, quien desplegó su magnífica oratoria y convenció al Senado, que aceptó prácticamente cada una de sus inculpaciones. Se revelaron los más nimios detalles de las extorsiones que había padecido la infortunada provincia de Hispania por parte de Ligarius, amigo y favorito del emperador. El Senado escuchó jubiloso cómo se declaraba culpable a Ligarius y se le cubría de improperios. Al cerrarse la causa era prácticamente seguro que el Senado no sólo condenaría al favorito del emperador en su próxima sesión, que se celebraría dos semanas más tarde, a restituir los bienes y dineros robados, sino que, además, confiscaría sus propiedades y dictaminaría su exilio.

Era un golpe contra Domiciano que nadie habría considerado posible un par de meses antes. Ciertamente que ahora las tablillas de la ley del Archivo estatal le atribuían más competencias que a ningún otro hombre desde la fundación de la ciudad, pero Domiciano sabía que no era el momento de hacer uso de tales atribuciones. Al

contrario, hacía más de dos generaciones que el Senado no se atrevía a oponerse al emperador como en esos momentos.

Domiciano se encontraba en el invernadero del Albano tumbado sobre el camastro que había ordenado instalar. Meditaba sobre lo que había ocurrido y cómo habían llegado hasta ahí. ¿Acaso se había sobrepasado? ¿Tendría razón Lucía? No, no la tenía. Sólo ha de encontrar la energía necesaria para dominarse, para no devolver el golpe demasiado pronto, sino a su debido tiempo; debe encontrar la fuerza necesaria para esperar. Y de eso es muy capaz. Tiene práctica suficiente. Desde su amarga y miserable juventud ha recorrido un largo camino hasta donde está ahora.

Mucho puede alcanzarse con la debida paciencia. Es posible obligar a muchas plantas a crecer como uno quiere. Lo que no se aviene, se corta, se extermina. Ahora ha de dominarse, pero llegará el día en que le sea dado exterminar. Se siente en armonía con los dioses. A la larga se demostrará que Lucía no tenía razón.

¿A qué se debe que Roma no quiera reconocer que no tuvo más remedio que condenar a Cornelia? Sabe muy bien que ha condenado a otros cuya culpa era más que dudosa. Pero esa Cornelia era culpable: ¿por qué se empeñan en no creerlo? Tiene que haber algún modo de hacer ver a sus estúpidos e incrédulos súbditos la culpa, ya probada, de Cornelia.

Llamó a Norban. ¿No había mencionado a una tal Melita, una liberta de la vestal, que estaba al tanto de lo que había ocurrido en la fiesta de Bona Dea? ¿Dónde estaba esa Melita? ¡Qué incompetente debía de ser su ministro de policía dejándola escapar! El emperador arremetió contra Norban dedicándole terribles insultos; después quiso congraciarse con él y le pidió que apresase a la desaparecida Melita para torturarla y obtener de ella la confesión pertinente.

Norban permaneció tan impasible ante los ruegos del emperador como ante sus insultos. Allí estaba, rechoncho, la imponente cabeza descansando sobre los anchos hombros, el ridículo bucle negro sobre la estrecha frente; y sus ojos, los ojos castaños de un perro fiel aunque quizá no del todo domeñado, miraban al emperador acechantes, serviciales y ligeramente superiores.

—El amo y dios Domiciano sabe —dijo— que puede confiar en su Norban. La sacrílega Cornelia está bajo el mimbre que la condena al olvido por una culpa probada. Os proporcionaré los medios, mi amo y dios, para convencer también a la necia plebe de esa culpa.

Poco después Decían, que vivía retirado en su propiedad de Bajae, recibió el anuncio de una visita inesperada, la del senador Mesalino. Decían se preguntó inquieto qué querría de él el siniestro personaje, pero en su fuero interno lo supo en cuanto el criado citó su nombre. El tipo buscaba a Melita.

En efecto, el ciego no tardó en referirse a la vestal Cornelia.

—¡Qué lástima —se quejó Decían— que tuviera que morir esa mujer!

No era prudente hablar así, pero no pudo evitarlo; se sentía impelido a expresar su pesar por la muerte de Cornelia.

—¿No sería aún peor —preguntó Mesalino— que hubiera muerto por nada?

Ahí tenía el motivo de su visita. Decían decidió no delatar a la difunta Cornelia bajo ninguna circunstancia, pero en el mismo instante en que se lo prometió supo que le sería imposible cumplirlo.

A DDD, prosiguió entre tanto Mesalino, le había costado mucho dictar una sentencia tan dura. Sin embargo, resultaba que ciertos republicanos recalcitrantes se mostraban empeñados en arrebatarse al emperador el éxito alcanzado gracias a su dureza y a Cornelia el sentido mismo de su muerte. Afirmaban que Cornelia era inocente, poniendo así en peligro la finalidad y el sentido de un fallo ejemplar: el fomento de la religión y la moralidad. Cualquier amigo sincero del Reino debía contemplar con pena semejantes manejos, tan necios como impíos.

Decían sabía que estaba en juego su vida. A pesar de todo olvidó su miedo por un instante y miró al ciego con espanto y curiosidad. Ésa era la lógica suave, lisonjera, diabólica con que esas gentes convertían sus crímenes en lo opuesto. Tal vez incluso lo conseguían; al menos, el hombre en cuyo nombre acudía a verlo creía que lo que éste afirmaba era la pura verdad.

—Cornelia irradiaba —le respondió con valentía— ese brillo que los dioses conceden a muy pocos, y por eso —concluyó con amable ambigüedad— será difícil hacer pasar su muerte por sensata.

—Hay un hombre —respondió Mesalino— que podría ayudar a nuestro amo y dios Domiciano en tal empresa. Ese hombre sois vos, querido Decían.

Con un leve movimiento de la mano, como si fuese capaz de ver la fingida indignación y la sorpresa en la cara del otro, se adelantó a su réplica, que no habría tenido el menor efecto, y prosiguió:

—Sabemos dónde se encuentra la liberta Melita. Pero no deseamos que el escándalo en torno al asunto de Cornelia vaya a más y por eso no nos haremos con ella por la fuerza. Sería muy razonable por vuestra parte, querido Decían, que nos entregaseis a la tal Melita. Os ahorraríais sufrimiento, a Melita la tortura y a nosotros el escándalo. Creo poder decir, además, que Cornelia no habría deseado otra cosa.

Decían había palidecido y fue una satisfacción para él que el ciego no pudiese percibir su palidez.

—No sé lo que queréis —replicó dominándose.

Mesalino dibujó un afable gesto de rechazo con la mano.

—Vos no sois un necio recalcitrante como algunos de vuestros amigos —le opuso—. DDD os tiene por hombre sensato y experimentado. Comprendemos que hayáis querido proteger a Cornelia. ¿Pero qué conseguiréis resistiéndolos? ¡Conservad vuestra sensatez, de la que tantas muestras habéis dado! Entregadnos a Melita, convencedla para que sea razonable y saldréis ganando. No quiero mentiros. Aunque nos la entreguéis, no podremos evitar que se os acuse de cómplice por ocultación del

crimen de Cornelia. Pero, sea cual fuere el fallo del Senado, os puedo asegurar que no se os castigará más que con un exilio breve. ¡No hace falta que me contestéis ahora, querido Decián! Meditad lo que os he dicho. Estoy convencido de que llegaréis a la conclusión de que no hay otro camino. Salvad a Melita de la tortura y a vos de una muerte segura, y aprestaos hoy mismo a sacar vuestros bienes muebles de Italia, pues pasaréis dos o tres años desterrado. Os prometo que Norban no tomará buena nota de ello. ¡Creedme, el consejo que os doy es el consejo de un amigo!

Tras despedir a Mesalino, Decián se dijo que al emperador y a sus consejeros les importaba muy poco la fallecida Cornelia y que sólo perseguían recuperar la popularidad mermada de Domiciano. En cuanto el Senado no contase con el apoyo de las masas se vería obligado a renunciar a las ventajas que había alcanzado en los últimos tiempos en su pugna con el emperador. Decián lo sabía muy bien. ¿Debía ayudar al emperador a debilitar de nuevo al Senado y salvar así su vida?

No, no debía. Pero ¿qué conseguiría sacrificándose? Podía hacer desaparecer definitivamente a Melita. ¿Qué harían entonces Mesalino y Norban? Lo apresarían a él, le obligarían a confesar mediante torturas cómo y por qué motivo se había quitado de en medio a Melita. No habría ganado nada. Su muerte sólo aplazaría en unas pocas semanas la inevitable victoria del emperador sobre el Senado.

Decián informó a Mesalino del paradero de Melita. Le obligaron a guardar silencio y le prohibieron abandonar su villa de Bajae; lo vigilaban. La liberta Melita fue capturada de inmediato y en el secreto más estricto.

Domiciano sonrió satisfecho.

—Tengo buenos amigos —le dijo a Mesalino—. Tengo buenos amigos —le dijo a Norban y, en el círculo de sus consejeros privados, que se había reducido a Regino, Marullo, Annius Bassus y Norban, afirmó—: Este asunto quedará de momento entre nosotros. No presentaremos ninguna denuncia contra Decián. Dejaremos que los senadores prosigan con sus intrigas. Vamos a ver hasta dónde están dispuestos a llegar en sus alegatos contra Ligarius y contra nosotros —sonrió abiertamente—: ¡Dejemos que los enemigos del Estado corran hacia su destrucción! Podemos esperar.

Los senadores de la oposición ignoraban lo ocurrido y que el emperador podía ahora acallar los incesantes rumores en torno a la culpa de la vestal ejecutada. Por el contrario, Helvid, Prisco y el resto de sus enemigos estaban convencidos de haber restablecido la república, de haber relegado de nuevo al emperador al lugar que le asignaba la Constitución, el primero entre iguales, y que verdaderamente lo eran. Helvid se paseaba ufano, su cara ajada rejuveneció de orgullo por la victoria alcanzada. Era el gran republicano, el defensor de la causa justa; había vengado a los hispanos oprimidos por los desmanes de Ligarius y del emperador, saboreaba su éxito, se pavoneaba, y con él sus amigos del Senado, Prisco y los suyos, y los familiares del fallecido Peto, Fannia y Gratila. En dos días el Senado fallaría el asunto de Ligarius, el expoliador de la provincia de Hispania. Algunos senadores deseaban que la condena se limitase a decretar su exilio y la confiscación de sus

bienes, pero ellos, los líderes de la oposición, no se van a contentar con eso: exigirán que se condene a muerte al amigo del tirano, al criminal, y lo lograrán.

Naturalmente, los ministros Regino y Marullo estaban al tanto de esos rumores. Eran veteranos con una larga experiencia a sus espaldas, que habían visto a muchos amigos y conocidos morir inesperadamente y no siempre pudieron negar su colaboración para que así ocurriera. Estaban cansados, eran bondadosos por naturaleza, conciliadores y no belicosos, y lamentaban que ahora Helvid se lanzase con tanto empeño y a ciegas hacia su muerte. A la larga no cabía salvarlo, pero ¿por qué no iba a vivir un par de años más, o al menos unos meses? Eran humanos, querían impedir que precipitase su caída.

No era infrecuente que ambos caballeros, cuya liberalidad tan bien conocían sus enemigos —ellos la denominaban lasitud—, sostuviesen conversaciones más o menos francas con ellos; conversaciones que, desde luego, se mantenían dentro del ámbito de lo puramente formal. También ahora buscaron la ocasión de hablarles. Un día antes de que el Senado fallase en el asunto de Ligarius pudieron por fin verse a solas con Helvid, Prisco y Cornelio tal y como deseaban.

—Habéis encumbrado a vuestra Hispania hasta la victoria, querido Helvid —opinó Marullo— y habéis acabado con Ligarius. No es poco, y os felicitamos por ello. ¿Pero qué más queréis? Que un hombre como nuestro Cornelio proceda con tal fogosidad nos parece lógico. Pero que lo haga un hombre de nuestra misma edad es *contra natura*.

Y Regino añadió con su usual tono conciliador:

—¿A qué viene esa sed de sangre? Sabéis tan bien como yo que DDD no pasará, en el mejor de los casos, de la confiscación de sus bienes y el exilio; que jamás aceptará una condena a muerte. Semejante petición no sería, por tanto, más que una farsa. ¿Lo necesitáis? Con ello no hacéis más que poner en peligro vuestra victoria.

—Quiero demostrar al Senado y al pueblo de Roma —respondió Helvid taciturno— que este régimen no vacila en confiar a criminales los cargos más relevantes del Imperio.

—Mi querido Helvid —inquirió Regino—, ¿no os parece que estáis generalizando? También en los tiempos en que el Senado gobernaba sin traba alguna hubo que condenar a más de un gobernador por prevaricación. Nos lo han contado en la escuela. Me vienen a la mente un par de discursos sobre tales asuntos, discursos sin los cuales no habríais podido redactar vuestro excelente alegato contra Ligarius.

Y Marullo lo secundó:

—Sed sinceros y reconoced que la administración de las provincias ha mejorado algo bajo este amo y dios nuestro, Domiciano. Bien, Hispania se ha topado con un tipo muy perjudicial, pero a fin de cuentas el Imperio cuenta treinta y nueve provincias, y desde que tenemos memoria no ha habido tan pocas quejas de ellas como bajo DDD. No, querido Helvid, lo que queréis hacer solicitando la pena de muerte no tiene nada que ver con la política, vuestro objetivo no es únicamente

reparar ese daño; lo que os proponéis es sencillamente manifestaros en contra del régimen.

De nuevo tomó la palabra Regino:

—Convenced a vuestro amigo, querido Prisco, y aceptadlo, querido Cornelio. No beneficia a nadie presentando esa petición, ni a vosotros ni a sí mismo. Todo esto no os acarreará más que desgracias.

Habló con gran sosiego y, a pesar de ello, Prisco y Cornelio fueron capaces de reconocer la gravedad de su advertencia.

No así Helvid, quien, ebrio aún de éxito, seguía pensando en las grandes palabras.

—Naturalmente —les espetó bruscamente— que no combato a Ligarius personalmente; me da igual que se le exilie o que se le mate. Lo que quiero impedir —y eso lo sabéis muy bien— es que Roma se encarne en un solo hombre. Lucho por la soberanía de la jurisdicción del Senado. Lucho por la libertad de Roma.

Ésas eran palabras peligrosas incluso en esos días, y el prudente Cornelio trató de desviar la conversación.

—No nos soltéis un discurso, querido Helvid —dijo—. Os apartáis del asunto.

Pero Regino trató de calmar al preocupado muchacho con un gesto de la mano.

—¡No temáis, no hay peligro! —dijo sonriente. No quería dejar pasar la oportunidad de referirse a su vez al tema de la libertad, en torno al cual divagaban aquellos senadores—. Libertad —dijo repitiendo la última palabra de Helvid. Y la definió con su clara y gruesa voz—: La libertad es un prejuicio senatorial. Deseáis que Roma no se encarne en un único hombre, sino en las doscientas familias senatoriales, y a eso lo llamáis libertad. Imaginaos por un momento que alcanzáis vuestro objetivo al cien por cien. Conseguís que el Senado tenga más poder que el emperador. ¿Qué habrías ganado con ello, por Hércules? ¿Qué clase de libertad sería ésa? ¿En qué consistiría? En una lamentable confusión; en un ir y venir insensato de las doscientas familias combatiéndose entre sí, pactando, estafando, disputándose las provincias, los privilegios y los monopolios aún más de lo que lo hacen ahora. Si atendéis a vuestra razón, y no a vuestros sentimientos, deberéis admitir que semejante libertad conviene menos a la comunidad que el régimen administrado por un solo individuo que os atrevéis a despachar con el cómodo epíteto de despotismo.

Helvid quiso replicarle, pero Prisco se lo impidió, él mismo tenía mucho que decir al respecto.

—Habéis hablado con desdén de los «sentimientos» —le respondió, y su voz clara y cortante los impresionó tras haber escuchado la pastosa de Regino—. Olvidáis, no queréis percataros de cómo puede llegar a abrumar el poder de un solo individuo. Saber que mis acciones se someterán al juicio y a la conciencia de un gremio cuidadosamente seleccionado según sus méritos es para mí como aire fresco, mientras que el sentimiento que me inspira verme abocado a obedecer a uno es aire viciado.

Tampoco Cornelio fue capaz entonces de contenerse, y añadió con su voz oscura,

potente, amenazadora:

—La libertad no es un prejuicio, estimado Regino, la libertad es algo muy concreto, tangible. Si he de sopesar cada palabra que pronuncio mi vida se vuelve más estrecha, me empobrezco, dejo de pensar libremente y me fuerzo contra mi voluntad a pensar únicamente lo «permitido»; me pudro, me encierro en mil y un cuidados y precauciones en lugar de mirar abiertamente hacia adelante, mi cerebro se anquilosa. En la esclavitud no hacemos sino respirar: vivir, sólo se puede vivir en libertad.

Helvid no pudo contenerse más.

—El emperador —les increpó— se esfuerza en restaurar la virtud y el decoro de Roma. Impone penas que no se aplicaban desde hace siglo y medio. ¿Qué ha logrado con ello? Cuando nos gobernaba el Senado, eso no podréis negarlo, había en Roma más moral, más virtud y más decoro.

Y Prisco agregó:

—Y más justicia.

Y Cornelio, a su vez, concluyó:

—Y más felicidad.

—Palabras, señores —dijo Regino, afable—, todo eso no son más que palabras. ¡Felicidad! ¿Acaso le exigís a un gobierno que haga feliz a sus súbditos? Con eso no hacéis sino demostrar que no estáis hechos para gobernar. ¿Le exigís moral a un gobierno, virtud, ley? Admito que nosotros somos mucho más modestos. Nosotros, Marullo y yo, damos por bueno un gobierno si consigue desterrar de este mundo el mayor número de causas de infelicidad, hambre, epidemias, guerras, un reparto excesivamente desigual de la propiedad. Si yo tuviera que elegir entre un régimen y otro, si tuviera que valorar cuál es el mejor, no me preocuparía por su nombre; me resultaría indiferente que se autodenominase democrático o despótico. Me limitaría a preguntar: ¿qué régimen me garantiza una planificación mejor, más orden, una mejor administración y economía? Exigirle más a un gobierno, pedirle justicia o felicidad, es pedirle peras al olmo. Dad a la población pan y circo en cantidades suficientes, dadle algo de carne y vino, dadle jueces y cobradores de impuestos que no sean excesivamente corruptos, e impedid que los privilegiados engorden demasiado. El resto: el derecho, la virtud y la felicidad, vienen por sí mismos. En vuestro fuero interno sabéis tan bien como yo que bajo Domiciano el ciudadano obtiene más pan, más descanso y más placer de lo que sería posible de gobernar el Senado. ¿Creéis que los cientos de millones de habitantes de este Imperio estarían dispuestos a dar parte de su pan, su descanso y su placer a cambio de vuestra «libertad»? No llegan al medio millón los que desean otra forma de gobierno.

Todos quisieron responderle. Pero Marullo se había cansado con su inútil perorata y afirmó concluyente:

—En cualquier caso, querido Helvid, os aconsejo que os alegréis de vuestro triunfo sobre Ligarius; no tentéis a los dioses y daos por satisfecho.

Y Claudio Regino añadió seco, campechano, aunque no sin énfasis:

—Creo que es un buen consejo.

Los tres senadores estaban sinceramente indignados por el cinismo de los ministros, pero los conocían lo bastante bien como para saber que su consejo era sincero. Prisco y Cornelio trataron por ello de convencer al arrojado Helvid de que se moderase y se conformase con el exilio de Ligarius, que era mucho más de lo que podrían haber creído alcanzar medio año antes. El pueblo era voluble, no debían irritar excesivamente al emperador; a fin de cuentas lo respaldaba el ejército; habían avanzado mucho, y habían tenido éxito: era el momento de detenerse. Pero Helvid persistía en su plan. Había comunicado a tantas personas que no se conformaría con que se condenase a Ligarius al exilio, que exigiría su muerte, su orgullo no le permitía retroceder ahora. Decidió no cejar en su empeño.

Y eso hizo, en efecto. El aviso de los consejeros de Domiciano lo encontró aún más y habló con mayor vehemencia, mayor contundencia que nunca. Incluso Cornelio y Prisco olvidaron sus reparos al escucharlo. Fue un gran momento. Los viejos republicanos contuvieron la respiración, los ojos les brillaban; la felicidad casi los cegaba al oír a Helvid, en un magnífico *crescendo*, pedir la pena más dura que preveía el derecho para el criminal Ligarius: la muerte, la muerte, y sólo la muerte.

Hacía años, desde que Domiciano subiera al trono, que la oposición del Senado había enmudecido. En los últimos meses había despertado alcanzando una victoria tras otra, y finalmente un senador se atrevía a solicitar la pena de muerte para un amigo y favorito del emperador. ¿Acaso volvían los días de libertad? El discurso de Helvid, su solicitud, fue el mayor triunfo de la oposición.

Y también el último.

Todos lo supieron en cuanto el inculpado respondió al acusador. Hasta entonces Ligarius se había comportado con modestia, como convenía a un hombre que ha sido acusado con fundamento de un grave delito. Todos esperaban, por ello, que tras aquel discurso y tal solicitud se mostrase cohibido; que, derrotado, rogase clemencia al Senado. En lugar de eso, la propuesta de Helvid no pareció turbarlo; por el contrario, sonrió al escucharla; incluso se iluminó como si hubiera estado deseando que la formulara. Sus primeras palabras revelaron que estaba seguro de no tener que cumplir jamás la pena exigida por Helvid, la aprobase o no el Senado. Su discurso no fue, desde su principio, una defensa, sino una acusación.

Todo el mundo, la ciudad y el orbe entero, dijo, conocía su crimen; lo había admitido y se había declarado dispuesto a pagarlo y a aceptar la pena que le impusiera el Senado. Pero se resistía con toda la fuerza de que era capaz contra ruegos como el de ese senador Helvid. Aún era senador y un hombre de rango consular. Como tal defendía la dignidad del Senado, que se veía amenazada por propuestas desmesuradas y contrarias a la razón, como la de Helvid. De semejante petición no emanaba ya la justa indignación por el delito, sino tan sólo el odio personal, una hostilidad salvaje, insensata, criminal. Pero no había enemistad entre él

y Helvid. ¿Contra quién, entonces, contra quién se dirigía tamaña insolencia? Sin duda únicamente contra la persona más alejada de tan temible inquina, contra el amo y dios Domiciano. A él, y sólo a él, quería atacar Helvid en su persona. Su solicitud era una mera provocación, una falta de lesa majestad, y si a él, a Ligarius, no se le concedía tras la sesión de aquel día y el pronunciamiento del Senado la posibilidad de presentar una acusación por tal falta, exigía a los padres convocados, que aún eran sus colegas, no dejar impune el atrevimiento de Helvid y defender la dignidad del Senado y la buena fama del Imperio presentando una acusación contra Helvid por lesa majestad.

Era evidente que Ligarius no se habría atrevido a hablar así de no estar seguro de contar con el respaldo de los consejeros del emperador. Era evidente que Domiciano había encontrado el medio de defenderse de los ataques de los senadores. En cualquier caso, el emperador estaba decidido a no tolerar más provocaciones; probablemente también había encontrado la forma de granjearse las simpatías del pueblo. Sea como fuere, no parecía aconsejable avanzar aún más, era preferible actuar con cautela, y la propuesta de Helvid fue rechazada casi por unanimidad. Ni siquiera se aceptaron las propuestas de confiscación de bienes y exilio. Ligarius, el amigo y favorito del emperador, fue condenado únicamente a devolver las cantidades sustraídas ilegalmente a Hispania.

Y, en efecto, pronto se demostró que los senadores habían interpretado correctamente el discurso de Ligarius y que el emperador poseía las pruebas que le permitirían recuperar el respeto de las masas y relegar al Senado a su habitual impotencia.

Poco después de que dictaran la sentencia de Ligarius el Senado tuvo que ocuparse de una denuncia contra Decián. Se le acusaba de haber tratado de ocultar el delito de la vestal Cornelia, ya condenada.

El propio emperador asistió al debate del Senado. Decián no compareció. Una vez formulada la acusación, su defensor habló en su nombre:

—El senador Decián renuncia a su defensa. Estoy aquí más en calidad de mensajero que de abogado. El senador Decián desea comunicar a los padres convocados que se declara culpable del delito del que se le acusa.

Sólo se presentó una propuesta: muerte para el reo y desdoro de su memoria. Nadie se opuso. En ese momento intervino Domiciano. Rogó a los padres convocados que fuesen benévolo con el arrepentido, con el confeso. En efecto, sólo se le condenó al exilio, confiscándosele todos los bienes que poseyese en Italia.

Al marchar, el emperador amenazó a un grupo de senadores que se habían congregado en torno a Helvid y Prisco. Sonriente, levantó el dedo diciendo:

—Ved, señores: ahora hasta vuestro amigo Decián me ha exonerado de ciertas inculpaciones.

Hubo una conmoción general cuando se supo que un hombre tan justo y tan respetado como Decián había testificado a favor del emperador y contra la vestal.

Incluso Melita, la amiga y liberta de Cornelia, la inculpó. Por tanto, era evidente que se había procedido injustamente al atacar a Domiciano. Pronto la indignación que había suscitado ese caso se transformó en entusiasmo. Las masas reconocieron su ingenuidad y maldijeron a la vestal Cornelia, cuya lascivia había estado a punto de costarles al Estado y a su buen emperador la benevolencia de los dioses. Alabaron a Domiciano por haber actuado con mano firme sin reparar en el rango de la persona, vengando así a la diosa. ¡Cuánto debió de costarle llevar a la propia Cornelia a los tribunales, suscitando así el odio que provocaría su condena! ¡Qué gran emperador! Finalmente resultó que la condena de Cornelia le valió ahorrarse un reparto de regalos.

Tras haberse dominado por tanto tiempo Domiciano disfrutaba ahora plenamente de su venganza. Provocó una serie de juicios que acabaron para siempre con los cabecillas del partido de la nobleza que ni su padre ni su hermano, y hasta entonces ni él mismo, se habían atrevido a tocar.

Los primeros encausados fueron los senadores Helvid y Prisco y las damas Fannia y Gratila. El delito, urdido a duras penas y con todo descaro, era de lesa majestad. Se había investigado la vida entera de los acusados y todos sus actos y palabras fueron interpretados como una ofensa al emperador. La burla más inocua que se hubieran permitido fue retorcida y falseada hasta convertirse en alta traición. Al precavido Prisco, quien, para mantenerse a salvo, había pasado muchos años en su retiro campestre, se le inculpó precisamente por su cautela; era una ofensa para el emperador que un hombre de su talento y tenacidad no se pusiese al servicio del Estado bajo su mandato. Naturalmente, la biografía de Peto fue considerada un canto subversivo que glorificaba a un rebelde, un ataque encubierto al emperador. Los acusadores no se refrenaron y abrumaron a los acusados con frías y mezquinas humillaciones. El Senado no se atrevió a resistirse. La Curia donde se reunía estaba tomada por la guardia personal del emperador. Era la primera vez desde la fundación de la ciudad que la corporación regente debía tomar resoluciones bajo la coacción de las armas.

Dos episodios de este proceso permanecieron largo tiempo en la memoria de los romanos. Por un lado, la declaración de Fannia. El acusador adujo que se rumoreaba que Prisco había escrito su escandalosa biografía de Peto por deseo suyo, de Fannia, y que ella había sido la primera en divulgarlo. Le preguntó si era cierto. Todos sabían que un «sí» le costaría su fortuna.

—Sí —replicó ella.

El acusador inquirió a continuación si había entregado a Prisco material para su libro. Todos sabían que si asentía una segunda vez se la exiliaría de Roma en el mejor de los casos; que incluso podían llegar a dictaminar su muerte.

—Sí —respondió.

A continuación se le preguntó si su cuñada Gratila, hermana de Peto, estaba al tanto de todo el asunto.

—No —replicó. La declaración de Fannia se limitó a esas tres palabras sencillas, valientes y desdeñosas: a dos «síes» y un «no» que se grabaron más profundamente en las mentes del Senado y del pueblo de Roma que el excelente discurso del acusador.

El segundo acontecimiento fue el siguiente: Helvid, sabiendo que nada podría salvarlo, aprovechó su última oportunidad de dirigirse a los romanos para pronunciar un siniestro e impresionante discurso contra el emperador, quien, según él, no lograría sustraerse a la venganza de Roma y de los dioses. Todos lo escucharon en silencio. El ciego Mesalino, en cambio, se levantó y, como si pudiese ver, avanzó entre los bancos dirigiéndose con paso seguro hacia Helvid para atacar al maldiciente con su propia mano. Pero ocurrió que por primera vez los demás trataron de detenerlo, gritándole:

—¡Este hombre vale cien veces más que tú!

Lo insultaron, y lograron que perdiera el equilibrio y se cayera.

Esos accesos de ira no impidieron, sin embargo, a los padres convocados condenar a Helvid y a Prisco a muerte, a las damas Fannia y Gratila al exilio, y a la hoguera al libro de Prisco.

Dos días después se erigió la pira donde se quemaría el libro en el que el condenado Prisco describía la vida del ajusticiado Peto. La quema tuvo lugar a última hora de la tarde. Las llamas apenas brillaron con pálido fulgor cuando se encendió, pues aún era de día, pero al caer la noche se volvieron cada vez más visibles, y más fuertes los gritos de la plebe congregada. A Prisco se le concedió asistir al acto. Lo hizo. Con la redonda y calva cabeza y los ojillos hundidos observó inmóvil cómo las llamas engullían su libro. Los ejemplares elegidos para la quema habían sido escritos en pergamino; el costoso material no le había parecido a la anciana Fannia demasiado para aquel libro, y el pergamino, rebelándose contra la aniquilación, ardía lenta y difícilmente. Prisco era un hombre frío y objetivo; a menudo había sonreído ante las metáforas y símiles que usara su amigo Helvid, pero a pesar de ello aquella visión se adornó en su mente con algunas ideas e imágenes patéticas. El fuego ilumina, el fuego purifica, el fuego es eterno, el fuego une a los hombres con los dioses y, en cierto sentido, hace al hombre más poderoso que los dioses. Seguramente su *Vida de Peto* perdurará más que el régimen de Domiciano y los déspotas que le sigan; pero tal vez no le siga ninguno.

Aquella fue la última hoguera que vio Prisco, su última tarde y su última noche. También el ajado y vehemente Helvid tuvo que pagar esa misma noche la satisfacción que le produjera poder soltarle al emperador a la cara con su propuesta contra Ligarius todo su odio y su desprecio, y siguió a su padre al Hades, arrojado a él tan violentamente como éste lo fuera. Domiciano se dijo que, de vivir, sin duda el viejo Vespasiano se sentiría orgulloso de su hijo.

Una semana después las mujeres marcharon al exilio. Se las envió a una región salvaje, bárbara. A la rechoncha y mimada Gratila, acostumbrada a tener a tres esclavas ocupadas únicamente en su cuidado corporal, no le resultaría fácil convivir ahora con la vieja y siniestra Fannia en esa casa pequeña y primitiva de la fría y poco acogedora costa del Mar del Norte. Naturalmente, Fannia se llevó consigo el panegírico de Prisco a su padre. Ciertamente que, al dirigirse las mujeres hacia la Puerta Latina para abandonar la ciudad, muchos se congregaron al pie del camino, pero ni sus deudos revivirían ni el Ponto se transformaría por ello en Tíber.

También el senador Cornelio, el escritor, asistió a su partida. No había querido presenciar la ejecución de sus amigos y no asistió a su juicio. Fue una temeridad, aunque sólo relativa, porque tuvo la precaución de convocar a tres médicos junto a su lecho que debían dar fe de su afección pulmonar. También ahora, precavido como era, dudó si debía mezclarse entre los que saludaban a las mujeres en su último paseo. Se sobrepuso y se atrevió a hacerlo, y allí estaba, reprochándose esa innecesaria muestra de valor. Aguardó, y al verlas pasar estiró el brazo derecho saludándolas largo rato por última vez. Pero en su fuero interno pensaba: ¡qué vano, qué inútil es todo esto! ¡Pobres amigos míos, necios amigos! ¿Por qué no habéis esperado a que llegase el momento de acabar con este emperador? Entonces, tras su muerte, habríais podido formular en voz alta, abiertamente, vuestra acusación con más eficacia de lo que lo habéis hecho ahora. Pobres amigos, necios, muertos, no habéis comprendido que este tiempo únicamente tiene una exigencia: ¡sobrevivir a él! ¡Pobres mujeres estas esposas de héroes, necias, exiliadas! Vuestra única esperanza radica en que yo sea menos necio que vosotras y pueda erigiros, alguna vez, un monumento.

Cuando Domiciano hubo limpiado la ciudad de sus enemigos y de los enemigos de los dioses quiso celebrar una fiesta secular. Habían transcurrido ochocientos cuarenta y nueve años desde la fundación de la ciudad y era preciso ser muy temerario con los números para decretar que había transcurrido todo un milenio. Pero Domiciano era valiente, y así lo hizo.

Los heraldos convocaron al pueblo. El Colegio de los quincevires ordenó que se repartiesen los materiales con los que debía purificarse cada cual: antorchas, pez y azufre. A su vez, el pueblo entregó al Colegio pontificio las primicias de su cosecha y ganado para los dioses. El emperador ofreció sacrificios a Júpiter y a Minerva en el Campo de Marte, las matronas dirigieron en su presencia rezos a Juno, se ofreció a la tierra una trucha viva, diversos coros de jóvenes y doncellas entonaron himnos, y el emperador consagró al dios Vulcano un terreno para que en adelante protegiese a la ciudad del fuego.

Esa noche el emperador durmió con Lucía.

—¿Recuerdas —le preguntó— lo que me dijiste cuando condené a la vestal? Bien, querida Lucía, ¿quién tenía razón?

Su victoria sobre el Senado llenó por completo a Domiciano; le corroboró que había entendido correctamente su sacerdocio y su cargo en el sentido que le atribuían los dioses. Eso lo sostenía, lo elevaba, lo colmaba de dicha.

Siempre le había gustado la acción, pero ahora se tomó su trabajo y sus deberes aún más en serio. Antes, vehemente e inquieto como era, le gustaba recorrer su enorme Imperio a pesar de las fatigas, y solía vérselo un año en Britania, otro en el bajo Danubio. Ahora en cambio pasaba la mayor parte del tiempo en Roma reunido con sus ministros o sentado en su despacho.

Había elegido una pequeña habitación como gabinete de trabajo; para concentrarse debía tener a su alrededor muros estrechos, cerrados. En la soledad de esa habitación vedada lograba sumergirse plenamente en su interior. A veces, en esos momentos de recogimiento, sentía casi físicamente que era el corazón y el cerebro de ese inmenso organismo vivo que solían llamar, con un término vago y abstracto, Imperio romano. Sólo en él, dentro de él, vivía realmente el Imperio romano. Los ríos del Imperio, el Ebro, el Po, el Rin, el Danubio, el Nilo, el Éufrates, el Tigris, eran sus arterias, las del emperador; y sus cordilleras, los Alpes, los Pirineos, el Atlas, el Haemus, sus huesos; y era su propia sangre lo que calentaba y vivificaba esas regiones inacabables, sus millones de habitantes eran los poros por los que respiraba su propia vida. Esa vida mil veces multiplicada lo convertía en verdad en dios, elevándolo por encima de toda medida humana.

Pero para que ese poderoso sentimiento vital no se dispersase debía tensar su marco con mayor firmeza y minuciosidad. Tenaz, se ceñía a su plan. Que hubiera vencido al Senado rebelde era sólo el primer tramo de un camino perfectamente trazado. Ahora, tras haberse cerciorado de que contaba con la ayuda de los dioses, podía iniciar la parte más difícil de ese camino: ya estaba en condiciones de poner fin a los oscuros manejos con que lo amenazaba ese dios foráneo, maligno y misterioso que era Yahvé.

No es que quisiera atacarlo por propia iniciativa. En absoluto, eso no le correspondía a él, mero defensor de la religión. Las doctrinas de Yahvé podían subsistir: pero sólo en el pueblo de Yahvé. Si las doctrinas rebasaban sus fronteras, si comenzaban a envenenar a los romanos, tendría el deber de impedirlo; de arrancar esas doctrinas de sus corazones.

Reunió a sus ministros. Junto con Regino, Marullo, Annius Bassus y Norban elaboró un plan para expulsar a Oriente de Roma, para recluirlo de nuevo en su territorio.

En un principio se trataba únicamente de deshacerse de Jacob de Sekanja, el taumaturgo. Jacob ejercía en Roma de cabecilla del cristianismo. Toda la ciudad estaba al tanto de sus movimientos. Salía y entraba libremente de la casa del príncipe Clemente. Muchos senadores mostraban interés por él o por sus ideas con el

propósito de manifestarse en contra del emperador de ese modo aún inofensivo. El pueblo miraba al taumaturgo con tímida veneración. Diecisiete personas habían visto con sus propios ojos cómo la paralítica Paulina, una liberta, se levantó y echó a andar después de que le pusiera la mano en la cabeza y murmurara un par de fórmulas arameas. Ciertamente que la muchacha murió ese mismo día; pero el hecho no era por ello menos milagroso, y no menos admirable el hombre que había obrado el milagro. En cualquier caso, el emperador y su ministro de policía opinaban que era preferible que Jacob de Sekanja no hiciese más milagros en su ciudad.

Pero ¿cómo se impedía a un hombre que obrara milagros?

Había, opinó decidido Norban, un medio muy eficaz.

Todos meditaron en silencio en ese medio. Regino adujo, sin embargo, que tal vez no fuese pertinente aplicar ese método tan eficaz en el caso del taumaturgo. Si lo hicieran todos pensarían que los seguidores de la religión del Estado temían al dios del taumaturgo. Lo que probablemente no amedrentaría a sus fieles, sino que reforzaría su fe en esa superstición.

Tal vez, propuso Marullo, podrían pedirle al taumaturgo que hiciera algún milagro en la corte del emperador. Así podrían controlarlo y desenmascararlo.

—¿Y quién os garantiza —objetó Bassus— que no vaya a hacer el milagro?

El emperador, sin embargo, declaró conciso:

—No quiero poner en duda la capacidad del dios Yahvé. Sólo quiero impedir que el taumaturgo siga ganando adeptos.

Marullo, que no se sintió ofendido por su observación, opinó que lo primero que debían determinar era en qué medida estaba permitida la difusión de la doctrina judía y cuándo pasaba a ser proselitismo, y, con ello, un delito.

—Si el amo y dios nos revelase su opinión al respecto —dijo— sería una bendición para todos nosotros.

Al emperador le agradaban enormemente esas distinciones formales, pseudojurídicas, y Marullo contaba con que DDD estaría encantado de definir su parecer en ese punto.

Domiciano aprovechó la oportunidad que se le brindaba.

—El judaísmo —explicó— es y seguirá siendo una religión permitida. No ignoro que esta religión niega un principio básico que liga al resto de las naciones, el principio de que la divinidad se encarna en el emperador. Mientras que todos los demás, tanto los seguidores de Isis y Mitra como los de las divinidades bárbaras de germanos y británicos, veneran y tienen por sagradas la efigie del emperador romano y sus insignias, los judíos son los únicos que no conceden validez a un precepto tan claro. Pero la tolerante Roma no tiene la menor intención de obligar a entrar en razón a ese pueblo pobre y terco, cuya debilidad se ha visto corroborada por sus funestas derrotas.

Tras ese preámbulo no pudo evitar explayarse sobre sus teorías predilectas como si se encontrase ante el Senado.

—Roma no prohíbe las creencias. Roma deja a cada cual su fe, aunque sea una fe errónea. Cada cual puede tener su dios, por muy extraño que sea. ¿Por qué no ha de tener su costumbre cada pueblo, siempre que acate nuestra ley? —declamó, y tanto Regino como Marullo constataron, regocijados, que su entusiasmo lo había arrastrado hasta el verso—. Pero —continuó Domiciano— precisamente ahí está el límite. *Eso* es lo que no permite Roma, que el dios de otro pueblo interfiera en el ámbito de la religión del Estado. El Sumo Pontífice de Roma no puede permitir que esos hombres orientales osen difundir su superstición por medio de burdas artimañas y propaganda. Habéis preguntado, querido Marullo, en qué medida debemos tolerar la difusión de la doctrina judía. Y yo os respondo: se permite confesarse adepto de esa doctrina y practicar sus usos a todos aquellos que para su desgracia han nacido en el seno de ese pueblo y de su fe. No se permitirá, en cambio, difundir esa superstición mediante la predicación o incluso los hechos. Quien quiera convertir a otro en acólito de la religión judía mediante la palabra, o incluso con el cuchillo de circuncidar, atenta contra la soberanía de Roma y de su emperador.

—Eso es lo que yo llamo hablar claro —dijo Marullo. Pero Claudio Regino objetó cauteloso:

—Si nos declaramos públicamente partidarios de ese principio, ¿no se nos increpará de nuevo por tener miedo de ese Yahvé y de la capacidad persuasoria de su doctrina?

—La cautela no es lo mismo que el miedo —replicó brusco Norban—. Si cierro con llave la puerta de mi casa es una precaución justificada, no temor.

Pero el sencillo soldado Bassus afirmó valiente:

—Yo sí temo a esa doctrina. Es contagiosa, He estado en Judea y he sido testigo de cómo se va extendiendo el temor al dios Yahvé y su doctrina. El Templo, «eso», infundía temor a mis soldados, los paralizaba. No es bueno dejar al ejército en manos de los predicadores de esa doctrina.

Aquella confesión los dejó perplejos.

—No me gusta oír esas cosas, querido Annus —declaró Domiciano—. Pero, sea como fuere, no deseo que se difunda esa doctrina, quiero proteger de ella a mis romanos, y prohíbo que se predique. He dicho.

—¿Qué hacemos entonces con nuestro taumaturgo? —dijo Norban secamente volviendo al punto de partida. Marullo opinó esbozando una leve sonrisa:

—Si he entendido bien al amo y dios Domiciano el taumaturgo puede seguir obrando milagros tranquilamente, pero entre sus judíos, en Judea, y no aquí, en Roma.

—Os doy las gracias, querido Marullo —respondió el emperador—. Creo que es el procedimiento adecuado.

Sin embargo, el franco Annus musitó:

—La provincia de Judea está muy próxima, muchos romanos tienen negocios allí, y hay muchos barcos yendo y viniendo. Yo preferiría tener a ese hombre más lejos.

¿Por qué no exiliarle más allá de las fronteras del Imperio? Que haga sus milagros ante los escitas o ante los partos, siempre que se aleje de los súbditos romanos.

Todos se alegraron de tener entre ellos al sencillo soldado.

Domiciano en cambio no se conformó con que la discusión se limitase al caso de Jacob de Sekanja. Sus consejeros debían saber por sí mismos que ese paso contra el taumaturgo no era más que el primero de un camino mucho más ambicioso. Y declaró:

—Para que no haya ningún malentendido precisaré una vez más. Hay tres clases de judíos. En primer lugar los que, nacidos judíos, se limitan a practicar su fe. Pueden hacerlo tranquilamente, no se les perseguirá. En segundo lugar los que hacen propaganda y buscan prosélitos. Su presencia no se tolerará ni en Italia ni en ninguna otra provincia del Imperio; habitarán exclusivamente en la provincia de Judea e incluso allí se les someterá a la vigilancia de la policía. Pero, además —hablaba lentamente, deleitándose— hay una tercera categoría de judíos, y éstos son, a mi parecer, los peores.

Se interrumpió, saboreó la expectación de sus consejeros y concluyó:

—Me refiero a los que, habiendo nacido en el seno de la religión del Estado, la niegan para seguir al dios de los judíos y ponen en duda el carácter sagrado del emperador.

—Bien, ya está todo aclarado —dijo Marullo secamente. Pero el práctico Norban sacó inmediatamente las conclusiones más obvias.

—De modo —afirmó— que empezaremos por exiliar a Jacob el taumaturgo, y a continuación presentaremos una denuncia contra el senador Glabrio.

Los otros levantaron la vista. El senador Glabrio era un hombre pacífico al que no podía achacarse hostilidad contra el régimen; que se interesase vivamente por filosofías esotéricas, sobre todo por la doctrina de los cristianos, le hacía pasar por un amable chiflado. Bassus quiso aplacarlo.

—Quizá —propuso— podríamos juzgar primero a un par de personajes insignificantes que profesen la superstición judía; sería una especie de aviso.

—Yo no perseguiría a los insignificantes —expuso Regino—, eso no haría más que perjudicar el prestigio del emperador entre las masas.

Domiciano agregó con su particular sonrisa malévol:

—Glabrio es lo bastante insignificante.

—Reuniré el material necesario para acusar al senador Glabrio por atentar contra la religión del Estado —replicó Norban.

—Sí —aprobó Domiciano un tanto lánguido—, ¡empieza por reunir el material contra Glabrio!

Todos sabían muy bien lo que significaba ese «empieza». Apuntaba muy alto; apuntaba al primo del emperador, el príncipe Clemente.

Si Sabino no había sabido resistirse a la tentación de inmiscuirse en la conjura de Saturnino, el príncipe Clemente, por el contrario, carecía de toda ambición política. Pasaba la mayor parte del tiempo lejos de Roma en su posesión etrusca, cerca de la ciudad de Cosa, en la anticuada mansión que fuera la primera propiedad de los Flavios. Lo único que Norban, quien desde luego no simpatizaba con Clemente, podía referir al emperador era que los días del príncipe transcurrían dedicados al estudio de la filosofía oriental. La doctrina de los judíos y de los mineos se dirigía a la mentalidad de esas gentes pequeñas, ya que predicaba la no resistencia y daba a conocer un reino que no era de este mundo, de modo que no podía temerse de Clemente ningún tipo de activismo políticamente peligroso.

Domiciano consideraba que tan estrecha visión estaba bien para su ministro de policía; pero él, el censor Domiciano, debía valorar de otro modo la esencia y la actitud de Clemente. Ya resultaba inaceptable que un cualquiera, un hombre de la segunda nobleza o un senador sin importancia, se aproximase a la mentalidad de los cristianos, pues los cristianos predicaban la renuncia a las cosas de este mundo y la inactividad no convenía a quienes descendían de una vieja familia romana. Pero si el príncipe Clemente, primo del emperador y, tras él, el primer hombre del Imperio, decidía profesar esa superstición y sustraerse a sus deberes con la ciudad y el Estado en lugar de ocuparse en alguna actividad militar o política sensata, esa indolencia criminal constituía un ejemplo enormemente pernicioso. ¿Cómo podía educar a sus senadores para que fuesen buenos servidores de la patria si su propio primo trataba de rehuir sus deberes?

El emperador no sólo le reprochaba su actitud en cuanto a los intereses nacionales y religiosos. Lo que lo ofendía personalmente era que ese tipo lánguido y perezoso no reconociese su carácter sagrado, su genialidad. No es que Clemente hubiera negado su divinidad abiertamente, pues incluso estaba dispuesto a sacrificar ante la efigie del emperador de acuerdo con la ley; pero Domiciano percibía en la distante y descuidada afabilidad del príncipe el escaso respeto que le merecía. A Domiciano le importaba muy poco que, por ejemplo, esa insignificante Domitila, la esposa de Clemente, lo fulminase con sus ojos fieros y secos; lo divertía más de lo que lo irritaba. Pero el desdén de Clemente lo ofendía. Probablemente porque se trataba del padre de los príncipes Constancio y Petronio, «los cachorrillos de león». Los gemelos habían cumplido ya once años, y a medida que crecían agradaban más a Domiciano; desde la muerte de Julia estaba cada vez más decidido a adoptarlos. Lo único que le molestaba de ellos era el tal Clemente. Todo lo que tenía que ver con ese hombre flemático lo molestaba; no dejaba de echarle en cara su lasitud, su pereza, encontraba siempre nuevas palabras de reproche: lo tachaba de comodón, plúmbeo, bobo, falto de energía, negligente, vago, frío, flemático, perezoso, remolón, ocioso, holgazán, pusilánime. Pero las injurias del emperador se estrellaban precisamente contra esa

indolencia. Clemente acudía cuando lo llamaba, escuchaba afable sus reproches, prometía corregirse, regresaba a su posesión y se comportaba como siempre. Domiciano habría perdonado al padre de sus cachorrillos hasta una conjura contra su vida, pero no soportaba esa resistencia pasiva.

Clemente se ocupaba mucho menos del emperador que éste de él. El príncipe no era un pensador agudo. A sus cuarenta años tenía un aspecto juvenil, la delicada piel y sus ojos azul pálido bajo el cabello rubio ceniza reforzaban la impresión de estar ante un chiquillo, un inmaduro. Pero el príncipe, aunque lento de entendederas, no era superficial. Una vez que había comprendido algo le daba vueltas en la cabeza y lo consideraba largo rato hasta que se grababa profundamente en su mente y se fundía con su ser.

Lo que más le impresionaba de la doctrina de los mineos eran las oscuras profecías de las Sibilas. Los dioses, los que en esos tiempos se veneraban como dioses, se decía en sus ambiguos versos, no eran otra cosa que los espíritus de antiguos dioses y héroes muertos. Pero el dominio de esos muertos llegaba a su fin. También Roma adoraba a sus muertos, y por eso también ella caería. Tras ella llegaría el imperio del Mesías. El brazo de Roma aún era fuerte, fuertes cada uno de sus tendones y sus huesos; pero el corazón de ese poderoso cuerpo se moría lentamente, se calcificaba y no era capaz de insuflar vida a sus miembros. Por muy imponente que fuese su apariencia escondía un terrible dolor. Sus emanaciones paralizaban al orbe entero, ya no había paz ni alegría en este mundo; el placer satisfecho ya no bastaba, una profunda nostalgia de otras cosas llenaba a todo ser viviente.

Ideas y sentimientos de ese tipo ocupaban el talante sencillo del príncipe. Era amable por naturaleza, incluso alegre. Pero veía lo que ocurría en el Palatino y en el Senado bajo el prisma de los oráculos sibilinos y todo le parecía muerto y carente de sentido, y esa muerte pesaba sobre el mundo entero oprimiendo toda vida y toda dicha. Que él tuviera que formar parte de esa muerte lo volvía melancólico. Cada vez se adentraba más profundamente en el mundo de Jacob el taumaturgo y de las Sibilas, cada vez le costaba más cumplir con sus tareas de representación en la corte y en la ciudad; con el tiempo iba creciendo su anhelo de retirarse para siempre de las actividades del Palatino y vivir en paz en su mansión campestre acompañado de Domitila y los niños, de los libros y las doctrinas de la fe oriental.

Así estaban las cosas para el príncipe Clemente en la época en que Domiciano, fortalecido por su victoria sobre el Senado, se decidió a no permitir que el dios Yahvé se adentrara más en su territorio.

Como primera medida le arrebató a su amigo y preceptor, Jacob de Sekanja. El príncipe Clemente había visto marchar al exilio a muchos amigos y conocidos, pero jamás había presenciado que un hombre aceptase tal condena con la serenidad de que hizo gala Jacob. La vida en el pequeño asentamiento de Judea, que no podría abandonar nunca, no iba a serle fácil. Permanecería allí, como único cristiano entre gentiles y judíos, odiado por ambos, viviendo en la mayor estrechez tras ser

despojado de sus posesiones y bajo la prohibición de que lo visitasen sus amigos o le hicieran objeto de regalos o donaciones. Pero lo sobrellevó sin una queja y marchó a la miseria y el exilio como si se entregase a un futuro dichoso.

Después vino el juicio y la ejecución del senador Glabrio, y aunque Clemente y Domitila se preocupaban muy poco por los asuntos de Estado tuvieron que reconocer que el peligro los rondaba. Domitila le habló a Clemente de ello con la seca claridad que la caracterizaba. Ella misma consideraba firme su fe, pero ahora que le faltaba la presencia y el consejo de Jacob no estaba dispuesta a soportarlo todo sin más: se defendería con todas sus fuerzas para no sucumbir a su destino. Le sorprendió enormemente encontrarse con la resuelta negativa de Clemente. El exilio de Jacob y la ejecución de Glabrio lo convencieron de que eran unos mártires. No es que se hubiera vuelto arrogante. No se sentía llamado a tomar con su propia mano la corona del martirio y atraer hacia su cabeza la venganza del emperador. Quería seguir viviendo como hasta entonces, sin oponerse ni entregarse a él de buen grado; pero también estaba firmemente decidido a no intentar salvarse como le proponía Domitila. Ocurriera lo que ocurriera, no rehuiría su sino, el que su dios le había deparado.

Aguardaba. Sabía que DDD dejaba madurar lentamente sus resoluciones y que por ello quizá tendría que esperar largo tiempo. Y entonces ocurrió que, en una conversación con el escritor Quintiliano, él mismo provocó el martirio que había querido dejar en manos de la divinidad.

Sucedió de este modo: Domiciano quería que sus futuros hijos adoptivos recibiesen una educación romana, por lo que les había designado como preceptor a Quintiliano, el gran orador, el primer estilista de su época. Éste tenía orden de mantener alejado de los chicos todo lo que no se adecuase a los futuros dirigentes del Imperio romano, aunque también debía evitar cualquier enfrentamiento con los padres. Por muy contradictorias que fuesen estas indicaciones, Quintiliano, un hombre imponente, afable, honesto y flexible aunque extraordinariamente firme, había logrado cumplirlas. Entre los padres de los muchachos y su preceptor se libraba una guerra sorda, aunque justa y digna, y, sin interponerse directamente entre los padres y los niños, Quintiliano logró hacerse con la voluntad de aquéllos con gran sutileza y prudencia.

Clemente había intentado en diversas ocasiones discutir abiertamente con él sobre la educación de sus hijos. Pero no estaba a la altura del hábil orador y estilista y, en el transcurso de una de esas conversaciones, se dejó arrastrar contra su voluntad y llegó a pronunciar palabras bastante atrevidas que brindaron al emperador la oportunidad de atacarlo.

Quintiliano le había explicado que su objetivo era enseñar a los niños lo útil, incluso por encima de la verdad. Un buen preceptor, opinaba, podía alimentar a sus discípulos con mentiras siempre que le moviese un fin noble, es decir, latino o romano.

—Como orador —afirmó— no he tenido jamás reparo en presentar observaciones dudosas ante los tribunales cuando no veía ningún otro camino que me permitiese inclinarse a los jueces en favor de la causa justa.

—¿Siempre sabéis con tanta precisión —repuso el príncipe sin poder reprimirse— dónde radica la causa justa?

—En nuestro caso —replicó Quintiliano— no me cabe duda. Ante los príncipes Constancio y Petronio cabe cualquier observación que pueda contribuir a convertirlos en jefes Flavios. La causa a la que debo servir es la supervivencia y la primacía de la dinastía Flavia.

—Os envidio por esa seguridad —replicó Clemente—. La causa justa —prosiguió pensativo—. Cada cual ve en ella algo distinto. Yo, por ejemplo, estoy seguro de que el gobierno de los Flavios pasará, y con la misma certeza sé que hay otro reino que permanecerá para siempre.

Quintiliano no respondió a esa observación nada romana, que además había formulado en un pésimo latín. Clemente, sin embargo, se preguntó con qué fin había hecho esa observación; era una confesión superflua, una de esas demostraciones vanas que Jacob el taumaturgo y Domitila juzgaban severamente, pues hablar de lo divino y de la verdad sólo tenía sentido entre gentes sensibles a esa verdad.

Contrito, refirió a Domitila lo ocurrido. Ésta se asustó. Antes de marchar al exilio Jacob los había conminado a no lanzarse al martirio; a que fuesen astutos como las serpientes y trataran de sobrevivir a «ése», al anticristo. Pero ella no se lo recordó, y tampoco se lamentó; Clemente se sintió conmovido por las devotas palabras que salieron de los finos labios de la mujer amada.

Lamentaba sinceramente haber hecho esa insensata observación. Pero si con ello conseguía acelerar los acontecimientos que le deparaba su destino, lo que era probable, en realidad lo prefería. Se sentía cada vez más cansado de los brutales e indignos manejos que percibía en torno a él y no le costaría mucho separarse de ese mundo vacío, vicioso. Era modesto por naturaleza, no se consideraba un elegido; pero si Dios lo designaba para que diese testimonio de su existencia su «vida ociosa e indolente» tendría más sentido y brillaría con un fulgor mayor que la inquieta vida llena de hechos de DDD. Esa idea le hizo sonreír. Su espera de lo que decidiría DDD adoptó entonces la forma de una alegría confiada y, si Domitila parecía asustada, Clemente aguardaba indiferente.

Dos semanas después de la conversación con Quintiliano un correo entregó en la propiedad de Cosa un escrito en el que Domiciano rogaba a Clemente con la mayor cortesía que se presentase cuanto antes en el Palatino, pues ansiaba mantener con él una conversación íntima. Domitila palideció, sus claros ojos se quedaron absortos, y sus labios, habitualmente apretados, se entreabrieron ligeramente. Clemente supo exactamente lo que pensaba. Esas conversaciones íntimas con el emperador no anunciaban nada bueno; también con Sabino mantuvo una entrevista larga y particularmente cariñosa antes de enviarlo a la muerte.

Clemente lamentaba profundamente que Domitila no compartiese la serena alegría que lo embargaba. El rostro delicado y luminoso del cuarentón irradiaba un recogimiento casi dichoso, parecía más joven que nunca cuando se despidió de ella. Besó a los gemelos en las puras frentes, acarició sus suaves cabellos. Mis cachorrillos, pensó; a fin de cuentas, algo había aprendido de Domiciano.

Domiciano recibió a su primo en camisón. Lo aguardaba impaciente, esperaba mucho de esa entrevista. Amaba esa clase de conversaciones. Pues Clemente y Domitila no se equivocaban: tras la criminal observación de aquél, Domiciano se sentía con derecho ante Roma y ante los dioses a purificar el ambiente en torno a los muchachos, sus futuros herederos, y por ello se había decidido a condenar a muerte a Clemente y a enviar a Domitila al exilio. Pero antes quería hablar con su primo. Y, como las horas en que hablaba con los que condenaba a muerte eran sus mejores horas, se había relajado por completo para disfrutar plenamente de ella y obsequió a Clemente con un cálido recibimiento.

En primer lugar, le preguntó por su propiedad, qué resultado había tenido la nueva ley destinada a limitar el cultivo de los viñedos. Después retomó sus viejas quejas sobre el tiempo que pasaba Clemente en el campo, rehuendo así las obligaciones propias de un príncipe romano. Una vez más le recriminó su «indolencia» y le expuso sus propias ocupaciones. Cinco días antes había tenido que asistir a la inauguración de una nueva calzada: la gran calzada que unía Sinuesa y Puteoli. Había costado un gran esfuerzo y muchos sudores esa Via Domiciana, pero ahora ya la tenían allí, facilitándoles la vida a muchos millones de seres, ahora y por siempre.

—Te felicito —respondió Clemente—. Pero —continuó pensativo, sin asomo de burla— ¿no crees que sería más importante facilitar a esos millones de seres el camino hacia Dios en lugar de hacia Puteoli?

Sonrojándose, Domiciano lanzó una mirada iracunda a su primo. Estaba a punto de caer sobre él con gritos e insultos cuando recordó que estaba en camisón precisamente porque se había propuesto no ser como Júpiter, sino muy humano. Sin duda Clemente no pretendía burlarse de él, sino que era su usual necedad y pusilanimidad las que le habían inspirado esa estúpida frase. Domiciano se contuvo. No pretendía humillar a su primo; lo que quería era que admitiese que tenía razón, pues si antes se había sentido orgulloso de estar en posesión de la verdad, ahora lo abrumaba la incomprensión con que se tropezaba por todas partes. ¿Era realmente imposible hacer partícipes a los demás de su luz? ¿Era realmente imposible convencer por ejemplo a ese Clemente? Domiciano se contuvo, por tanto, y se limitó a responder a la insolente pregunta del primo:

—¡Déjate de bromas, estimado Clemente! —y cambió de tema. Se arrellanó en el sofá y siguió hablando:

—Me han dicho que esas filosofías orientales de las que te ocupas en los últimos tiempos, que esos sabios judíos, o mejor dicho cristianos, se dirigen fundamentalmente al pueblo; que se esfuerzan por ayudar al humilde, al caído, y sus doctrinas se refieren a la masa, al pobre de espíritu, a la plebe. ¿Es así?

—En cierto sentido, sí —replicó Clemente—. Quizá sea por eso por lo que me atraen tanto.

El emperador tuvo que reprimir su irritación por una observación tan poco acertada; permaneció tumbado y prosiguió:

—Bien, me he deshecho de algunos de mis senadores, hay quien gusta de enumerarlos citando sus nombres. Pero no son demasiados, cerca de treinta, no serán más de treinta, y aunque quieran imputarme la ruina de tantos lo importante no es el número, más bien es su rango lo que da peso y realce a la lista de mis «víctimas». Por otra parte no se puede negar que la mayor parte de los bienes confiscados a las susodichas «víctimas» se ha utilizado para mejorar la vida de cientos de miles, sí, incluso de millones. Con ese dinero he evitado hambrunas y epidemias, o al menos las he paliado, así como miserias y padecimientos de parecida índole.

Regodeándose en la contemplación de sus manos, concluyó lentamente:

—Sin mi gobierno habrían perdido la vida cientos de miles de personas, quizá millones, y otros tantos ni siquiera habrían nacido de no adoptarse una serie de medidas que fueron posibles gracias a la desaparición de esos treinta.

—¿Y? —preguntó Clemente.

—Bien, atiende —replicó el emperador—. Vosotros, que os proponéis la felicidad del humilde, el bien de las masas, deberíais comprenderme precisamente por ello, deberíais respetarme, amarme. ¿Acaso lo hacéis?

—Tal vez... —replicó afable, casi humilde, Clemente—, es posible que nuestra visión de la vida y la felicidad difieran de la tuya, estimado Domiciano. Nosotros entendemos que se trata de llevar una vida que tienda hacia Dios, de una sincera preparación para el más allá.

Esto colmó la paciencia de Domiciano.

—El más allá —tronó—, el Hades. «Antes prefiero ser peón en tierra / que el amo de las sombras que han partido» —exclamó citando el *Aquiles* de Homero—. El Hades, el más allá —continuó—. Eso es precisamente lo que os critico. No os atrevéis a mirar la vida de frente, a haceros con ella; no hacéis más que hablar de un más allá, escurrís el bulto. No tenéis fe en vosotros, ni en los demás, ni en la pervivencia de nuestras obras. ¡Qué cobardía, qué ruin es que un Flavio dude de la pervivencia de la dinastía Flavia! ¡Pues no sucumbirá, te lo aseguro!

Y al decir esto se irguió, a pesar del camisón, y con los brazos en ángulo graznó con su voz alta y aguda los versos:

—«Jamás me iré, mucho perdurará por siempre / a pesar de la devastación». Si se le permite decir esto a un poeta, y no sin razón, ¡qué no podrá decir un emperador Flavio! Pero lo que no resistirá la devastación, lo que sucumbirá, pues jamás fue real,

es el reino de tu Mesías invisible. Vivís de quimeras, sois sombras vivientes. Roma es la vida, y vuestro cristianismo la muerte.

Para su sorpresa Clemente le replicó con esa suavidad un tanto irónica con que le había tratado durante toda la entrevista:

—¿De modo que quieres enviarme al otro mundo?

Esa serena, alegre y, a su parecer, sarcástica observación lo sacó de sus casillas. Lo miró sofocado, chupando con ahínco su labio superior. Pero por última vez se dominó y se volvió hacia el otro adoptando un tono casi afable:

—Me gustaría que admitieras que te envío a la muerte porque es lo justo.

—Si es verdad que tus dioses existen —respondió Clemente con la misma serenidad inamovible, intocable, burlona—, entonces haces bien en matarme —y, tras una pausa, añadió, esta vez con mansa y penetrante entereza—: Por lo demás, me haces un favor con ello.

Mucho después de la muerte de Clemente, aún meditaba Domiciano en esas palabras, preguntándose si el hombre lo había creído realmente o si no era más que una pose.

LIBRO SEGUNDO

JOSEF

Capítulo primero

Viajan en tres carruajes. En el primero van Mara, Jaita, que cuenta ya quince años, Daniel, de trece, y uno de los esclavos. En el segundo viaja Matías, de catorce, con dos esclavos varones y gran parte del equipaje; y en el tercero el resto de éste y Jarmatja, liberta de Mara. Josef cabalga junto a la carroza de Mara, el cortejo lo cierra su mozo de caballerías. De cuando en cuando Matías toma el caballo del mozo y le deja su puesto en la carroza.

Es un hermoso día otoñal, muy fresco, del mar les llega una ligera brisa, el luminoso azul del cielo aparece moteado de un par de nubes blanquísimas. Josef está de buen humor y muy animado.

Antaño, hace nueve años, cuando compró la propiedad de Be'er Simlai, le prometió a Mara que regresarían a Judea cuando terminara su obra. Ahora ha concluido su *Historia Universal*. Pero afortunadamente ha encontrado una solución intermedia, de modo que pueda permanecer en Roma todo el invierno. Mara, Jaita y Daniel los precederán, mientras que él y Matías se les unirán en la primavera. Se alegra de poder pasar todo el invierno con su hijo Matías.

Ama a Mara, la ama tiernamente, hace ya veinticinco años que viven juntos, salvo breves interrupciones; ella se ha endurecido en esos años, él admite que a veces le ha puesto las cosas muy difíciles. Pasaron muchos años antes de que desapareciera la ciega veneración que ella sentía por él; hubo un tiempo en que deseó que aprendiese a pensar por su cuenta, también sobre él. Pero ahora que ya no es así, y ve cómo acepta sus debilidades con un cuidado casi maternal pero dejándole notar que las percibe, piensa que prefiere a la Mara de antes. Pues a veces su crítica le duele por muy moderadamente que la exprese. Es la tenacidad de esa crítica lo que lo irrita; sabe perfectamente que tiene razón, por mucho que su habilidad dialéctica trate de desarmarla.

Ante todo tuvo razón al insistir durante todos esos años queda pero firmemente en que debían abandonar la ciudad de Roma. Desde que el emperador ordenara retirar su busto de honor del Templo de la Paz sus amigos lo habían conminado una y otra vez a que dejase esa peligrosa Roma y se alejase del emperador, de Mesalino, de Norban. Juan de Giscala le había expuesto mil argumentos de peso ante los que los suyos, los de Josef, no se mantenían como ante los de Mara, y tras las últimas persecuciones incluso Justo había llegado a decirle que quedarse en Roma era un gesto más efectista que valiente. En una ocasión fue a Judea para recorrer su nueva propiedad de Be'er Simlai. Pero al constatar que bajo la excelente administración de su viejo Teodoro bar Teodoro la finca prosperaba tanto como bajo la suya regresó a Roma.

Se alegra de que haya sido así, de haber permanecido en Roma todos esos duros años, lejos de los acontecimientos y, sin embargo, en el centro de todo. Ha terminado su libro, y la excusa que le permitía justificar su estancia allí ante sí mismo y ante Mara, la excusa de que para escribir su obra necesitaba estar lejos de Judea, ya no

tiene validez. Ha llegado el momento de cumplir su promesa. Pero no habría sido capaz de embarcarse en esa nave para enterrarse en Judea. Y había encontrado una solución intermedia, un nuevo argumento para poder quedarse por un tiempo en Roma. Para que surta efecto la *Historia Universal*, se ha dicho a sí mismo y a Mara, su publicación requiere su presencia, es prácticamente imprescindible; además, se lo debe a Claudio Regino, que ha invertido tanto amor, paciencia y dinero en la obra facilitándole su trabajo. Un argumento muy frágil. Mara había sonreído resignada, amargada, y transcurrieron unos minutos muy desagradables antes de que se atreviera a proponerle que se adelantase; que él los seguiría con Matías en la primavera. Pero esos terribles minutos ya están olvidados; llevan seis días de camino, y mañana, como mucho pasado mañana, llegarán a Brindisi, la nave zarpará y conducirá a Mara y a los niños a Judea, y después llegará el invierno. Y hasta la próxima primavera no tendrá que pensar en viajar a Be'er Simlai.

El viento tuesta y curte el rostro de Josef. No delata que haya sobrepasado con mucho la cincuentena. No soporta la lentitud de las carrozas y se adelanta con su caballo.

Los cascos resuenan claros sobre el sillar de la calzada. Eso hay que concedérselo al emperador Domiciano: la Via Apia está en mejores condiciones bajo su mandato que bajo el de sus predecesores. Hileras interminables de transeúntes avanzan por ella. Josef adelanta a los carruajes y a los jinetes sin dejar de cruzarse con más jinetes y literas. Un mozo le grita al ver que su caballo intenta abrirse paso entre una carroza y una litera:

—Eh, eh, ¿a qué tanta prisa? ¿Acaso huyes de la policía?

Y Josef, dicharachero, le replica:

—No, me espera una dama —y todos se echan a reír.

Se detiene en un alto, ha dejado muy atrás la carroza, aguarda. Su hijo Matías lo alcanza, no aguantaba en la carroza, llega a su encuentro sonriente, forzando el galope de su torpe jamelgo. Josef se deleita con la vista de su hijo. Ahí llega, alto; a sus catorce años es casi tan alto como él. Su Matías tiene su misma cara enjuta, huesuda; la misma nariz aguileña, su mismo pelo negro y grueso. Su piel está enrojecida por la brisa; el pelo, aunque no muy largo, ondea al viento; los vehementes ojos brillan de alegría por la carrera. ¡Cuánto se le parece, y cuán poco! Matías carece de esa arrogancia que tantos éxitos y tantas desgracias le valieron a él; en lugar de eso ha heredado el talante afable y armonioso de la madre, ese carácter infantil que ha conservado hasta hoy. Es abierto como ella, de trato fácil y afectuoso sin ser insistente. No, no es un chico guapo, piensa Josef al ver a Matías cabalgando hacia él con la cabellera al viento; en realidad ninguno de sus rasgos es hermoso, y, sin embargo, ¡cuán adorables!, cómo se refleja su corazón abierto e infantil en su cara y en sus movimientos, cierta belleza viva e ingenua. Ya es un muchacho y, sin embargo, un niño en todo, no es extraño que haga amistad con todos. Josef le envidia ese talante infantil, y lo ama por su causa. Él nunca fue niño, a los diez años ya era un

chico precoz, un adulto.

Matías se detiene a su lado en el altozano.

—¿Sabes? —dice con una voz que suena sorprendentemente profunda y varonil en sus labios rojísimos—. No hay quien soporte el paso de tortuga de la carroza. A la vuelta será otra cosa, cuando tú y yo cabalguemos solos.

—Tengo curiosidad por saber —responde Josef— si no sentirás no partir con ellos cuando veas el barco.

—¡De ningún modo! —replica vehemente el muchacho—. No quiero estar en Judea durante mis años de formación, ni los del ejército ni los de la administración.

Josef contempla el rostro avisado de su hijo y se alegra de conservarlo a su lado, en Roma. Juventud, esperanza, mil anhelos brillan en los vivos ojos del chico.

—Y, sobre todo, los de la corte, supongo —agrega Josef para completar su frase. Se ha precipitado, según reconoce en el efecto que tienen esas palabras en el muchacho. Y es que los hijos de las estirpes aristocráticas debían pasar un tiempo en el ejército, en la administración y en la corte para completar su formación. La formación en la corte no estaba al alcance de todos; pasaba por ser una distinción especial, y había que tener muy buenas relaciones con el Palatino para que lo admitieran en ella.

—¿Crees de verdad —pregunta a su vez Matías, y su rostro se ilumina por la ansiedad— que sería posible? ¿Lo permitirías? ¿Podrías conseguirlo?

—¡No lo des por hecho! —dice Josef tratando de enmendar su precipitación—. Aún no lo he decidido, no te puedo decir nada. Confórmate, querido Matías, con pasar el invierno en Roma. ¿O es que no quieres? ¿No te basta?

—Sí, sí —replica Matías de todo corazón—. Sólo que —dice pensativo, y sus ojos se abren al soñar con ello—, ¡qué triunfo! ¿Qué diría Cecilia si me admitiesen en la corte?

Josef no había tenido que indagar mucho para saber lo que ocurría con esa Cecilia. Es la hermana de un compañero de la escuela que se había peleado con él un día, vaticinándole que acabaría de buhonero en la margen derecha del Tíber, donde vivían los judíos pobres. Matías nunca había sufrido por ser judío. Josef lo había enviado a una escuela en la que era el único judío. Había ocurrido alguna vez que sus compañeros se rieran de él por serlo. Él, Josef, no lo habría tolerado de estar en su lugar. Le habría dado vueltas durante meses o incluso años, habría odiado a quien se atreviese a burlarse de él. Pero su Matías parecía más sorprendido que ofendido por el sarcasmo de los otros, no se lo tomaba a pecho; sencillamente se enzarzaba en una pelea y terminaba riéndose con sus camaradas, con los que, en general, se llevaba bien.

Únicamente la frase de la pequeña Cecilia se le había quedado grabada. Pero a Josef le parece bien. Aprueba que su hijo tenga amor propio.

La carroza ya los ha alcanzado. Josef cabalga durante un trecho junto a Mara. La ama tiernamente, también ama a sus otros hijos, a Jaita y a Daniel. ¿Cómo es posible

que se sienta de pronto tan unido a Matías, mucho más que a los otros? Un año antes aún era Mara quien se ocupaba de la educación del adolescente, cosa para él incomprensible. Incluso siente ciertos celos por haberlo dejado en sus manos tanto tiempo, y se regocija pensando que pasará el invierno con él. ¿Cómo es posible que ahora ame a uno de sus hijos mucho más que a los demás? El Señor lo bendijo en su día con Simeón, el primogénito de Mara, y él permitió que se le escapase. Después el Señor lo castigó y lo maldijo con Pablo. Ahora lo ha bendecido por segunda vez con Matías, y esta vez no lo arruinará. Este Matías es su felicidad, su Cesarión, una mezcla perfecta de espíritu griego y judaísmo. Si no lo logró con Pablo, esta vez sí lo conseguirá.

Dos días después llegaban a Brindisi. La nave *Felix* estaba preparada; zarparía al día siguiente de madrugada. Una vez más, por enésima vez, Josef comentó con Mara lo que debía saber. Ya le había entregado las cartas dirigidas al gobernador de Cesarea, además de un escrito con las recomendaciones de Juan de Giscala para su administrador Teodoro. Lo más importante era que se entendiera con Teodoro para poder hacer de Daniel un buen administrador. Daniel era un chico tranquilo, ni demasiado listo ni demasiado apocado. La idea de llegar a Judea y ver Be'er Simlai lo llenaba de satisfacción; cuando Josef llegue a su propiedad en primavera encontrará allí a un buen ayudante. Ese día no hablaron de nada personal. Habían vivido muchas cosas juntos, buenas y malas; aunque no conociese tan profundamente a los hombres y no pudiese seguir cabalmente su filosofía, Mara lo conocía mejor que nadie. Él sabía que lo amaba con un amor femenino y maternal, que conocía cada una de sus debilidades, y que las combatía veladamente al tiempo que las aceptaba.

Matías exploró de inmediato el barco hasta el último rincón. Era una nave sólida, fuerte y amplia, pero a él le pareció demasiado lenta. Excitado, no dejó de comentárselo a su padre y a su hermano Daniel; confiaba en que cuando les siguiesen en primavera tomarían un barco más rápido que ese *Felix*. Navegar deprisa, alcanzar al viento con todas las velas desplegadas en un barco pequeño, ligero, eso es lo que él quería. Sus ojos brillaban al decirlo.

Zarparon al día siguiente. Matías y Josef los despidieron en el muelle; Mara estaba en cubierta con los niños. Aún soplaba la agradable y vivificante brisa, aún podían verse un par de nubes blancas y apresuradas en el cielo. En torno a ellos, gritos y bullicio en el barco y en tierra. Poco a poco la nave se fue alejando, y con ella las caras de Mara y los niños. Josef seguía en el muelle mirándolos muy concentrado, su mirada parecía querer empaparse de los tres; pensaba en todo lo bueno de todos esos años de convivencia con Mara. Oyó su voz que le gritaba desde cubierta:

—¡Venid en primavera, con el primer barco!

Lo dijo en arameo, y sus palabras casi se perdieron entre el bullicio y la brisa en torno a ellos. Y después, de pronto, le pareció que estaban muy lejos y que, a pesar de

la opinión un tanto despectiva de Matías, el barco avanzaba deprisa con el viento a su favor.

Josef los siguió con la vista hasta que ya no pudo distinguir sus rostros, tan sólo el borroso contorno de la nave; y durante ese tiempo todos sus pensamientos se concentraron en la ternura que sentía por Mara. Pero después, en cuanto se volvió, fue como si ella misma desapareciera con el barco, y todo su ser se entregó a la idea de pasar un invierno delicioso en Roma con su hijo Matías.

El viaje de regreso fue muy alegre. Josef y su hijo, que habían dejado atrás al criado con su jamelgo alquilado, cabalgaban deprisa. Josef se sentía ligero, pletórico, rejuvenecido. Charlaba con el muchacho y su cabeza bullía de ideas placenteras.

¡Cuánto ama a este Matías, ahora en verdad su primogénito! Pues Simeón está muerto y Pablo es tan inaccesible como si lo estuviera. Un ligero escalofrío le recorre la espalda al pensar que Mara se dirige al país donde vive Pablo, ahora su enemigo: el peor enemigo que pueda imaginar.

Pero aún tiene a su Matías, durante todo un invierno estará junto a él. ¡Qué distinto es su carácter, tan abierto, al suyo, por mucho que intente parecerse! Matías atrae a los demás, se gana sus corazones; él, en cambio, Josef, nunca ha sabido moderarse, y cuando se sincera con alguien nota muchas veces que éste se retrae ante tanta desmesura.

¿Cómo es posible que de pronto todo su amor se concentre en este hijo suyo, en Matías? El muchacho ha vivido a su lado durante todos estos años y él, Josef, ni siquiera había reparado en él. Mientras lo observa piensa que no tiene el talento de Pablo, ni siquiera el que tuvo Simeón. ¿Por qué cree ahora, después de haber visto fracasar su plan de hacer de Pablo su continuador y heredero, que lo conseguirá con Matías? ¿Por qué pone todas sus esperanzas y su amor entero en él?

¿Por qué? Así le dice también Matías una y otra vez, preguntando cosas que ningún mortal es capaz de responder. En muchas ocasiones, él, Josef, debe contentarlo con vaguedades, o bien admitir abiertamente: «No lo sé».

Le ocurre con Matías lo que a él mismo le ocurría en su día en la universidad. Cuando surgía un problema sobre el cual habían debatido los doctores durante decenios, incluso siglos, cuántas veces le pasaba que precisamente cuando el asunto se complicaba más y se volvía más interesante debía conformarse con la respuesta: *kaschja*, que significaba: problema sin resolver, dudoso, sin solución.

Llegaron a Roma antes de lo que pensaban. Cuando Josef terminó de ducharse, por la tarde, dos horas antes de que anocheciese, aún era demasiado temprano para cenar. Por breve que hubiera sido su ausencia, Josef sentía como si hubiera regresado de un largo viaje, y decidió entretenerse hasta la hora de la comida dando un paseo por la ciudad.

Deambuló dichoso por sus animadas calles, que refulgían bajo la violenta luz del atardecer otoñal. Tras haber cabalgado tantas horas le sienta bien poder estirar las piernas. Se siente libre y ligero como hace años que no se encontraba. Ha terminado

su libro, no le aguarda ningún deber en casa, ninguna mujer con un quedado reproche. Es otro, los años no le pesan, siente como si tuviera una piel nueva y un nuevo corazón. Su mente divaga por otros derroteros. Contempla la ciudad, tan familiar, con otros ojos.

Después de haber vivido tantos años en Roma, con todas esas calles, templos, casas a su alrededor, se da cuenta de que no ha reparado en lo mucho que ha cambiado todo desde que lo viera por primera vez. Recuerda su llegada a la ciudad, bajo Nerón, poco después del gran incendio. En aquel entonces la ciudad no estaba tan bien organizada, no era tan limpia; era más desordenada, pero también más liberal, variopinta, más divertida. Ahora es más romana que antaño; los Flavios, sobre todo Domiciano, la han hecho así. Ahora es más disciplinada. Los puestos ya no ocupan la mitad de la calzada, los buhoneros y las sillas de mano de alquiler no molestan al transeúnte, tampoco corre uno peligro de tropezarse con la basura o de que le arrojen los detritus desde una ventana. El espíritu de Norban, el espíritu del ministro de policía, reina en la ciudad. Ésta se yergue alta y poderosa, las casas brillan grandes e insolentes, lo moderno y lo antiguo se mezclan hábilmente poniendo de relieve su poder y su riqueza. La ciudad no oculta que domina el mundo. Pero lo muestra no con la amable arrogancia de la vieja Roma sucia y liberal de Nerón, sino con ademanes fríos y amenazadores. Roma equivale a orden, poder; pero el orden en sí y el poder en sí, un poder falto de espíritu, sin sentido.

Josef recuerda perfectamente las ideas y sentimientos que le inspiró la ciudad la primera vez que la vio. Quiso conquistarla, ganársela con su astucia. Y en cierto sentido lo ha logrado, aunque después comprobara que su victoria había sido desde un principio una derrota encubierta. Ahora los frentes están más claros. Esta Roma domicianiana es más dura, más desnuda que la de Vespasiano y la de Tito, nada queda en ella del talante jovial de aquella Roma que conquistó el joven Josef. Ahora es más difícil de conquistar, quien quisiera vencerla necesitaría más fuerza; pero, al exhibir su poder de ese modo, resulta imposible confundirse y subestimar la envergadura de la empresa.

Josef se da cuenta de pronto de que, al igual que entonces, le invade un inmenso amor propio, un deseo irrefrenable de vencer a la ciudad. Quizá por eso ha luchado con todas sus fuerzas para no abandonarla. Es posible que sea eso, ese placentero cosquilleo de toda lucha, lo que lo retiene aquí, en Roma. Pues ese combate sólo puede tener lugar aquí. Un combate con el amo de la ciudad de Roma, con Domiciano.

No, ese litigio aún no está concluido. Si el emperador se obstina en guardar silencio no es porque haya olvidado, sino porque ha aplazado el gran debate. Pero pronto llegará el momento, y si no lo hace el emperador será él, Josef, quien lo provoque. Siente que ha llegado el momento propicio. Ha concluido su obra, ha terminado la *Historia Universal*: ésa es la piedra con la que el pequeño Josef abatirá al gigante Domiciano. Y percibe en sí la fuerza que le insufla su hijo, se siente

rejuvenecido por la juventud de su Matías.

Está tan absorto en sus pensamientos que no oye ni ve nada en torno a él. Pero de pronto lo despiertan una risa y un alegre parloteo procedentes de un templete de mármol, y deja de ser el enconado luchador, el altivo, para ser sencillamente el hombre que ha concluido la obra de muchos años, satisfecho y ligero por haberse librado de esa carga, que pasea por la gran ciudad que ama y que, a pesar de todo, se ha convertido en su patria. Sonríe al escuchar las risas y la alegre conversación. Roma cuenta con cuatrocientas de estas letrinas públicas. Cada asiento posee lujosos respaldos de madera o mármol, y allí suelen sentarse los romanos a charlar amigablemente mientras se alivian. Entienden de confort, eso no se les puede negar. Viven bien. Josef sonríe entre divertido y amargado al escuchar la agradable charla de los hombres que se desahogan en el bello edificio blanco. Tienen comodidades, riquezas, poder. Tienen todo lo externo, lo superfluo.

Sí, Roma es el orden, el poder sin más. Y Judea es Dios, la realización de Dios, el poder dotado de sentido. Lo uno no puede vivir sin lo otro, ambos se complementan. Y ambos confluyen en él, en Josef, Roma y Judea, espíritu y poder. Está llamado a reconciliarlos.

Pero ya está bien. De momento prefiere olvidarse de ello. Ha concluido un arduo y largo trabajo, ahora quiere descansar.

El paseo por la ciudad le ha cansado. ¡Qué grande es Roma! Si regresa ahora a pie tardará casi una hora en llegar a su casa. Pide una litera. Corre las cortinas, se aísla del bullicio de la calle que tanto lo ha impresionado. Se pone cómodo en la silla, envuelto en penumbra, agradablemente fatigado; no es más que un hombre cansado y hambriento que ha terminado una gran obra, una obra válida, y que ahora cenará con enorme apetito en compañía de su querido hijo.

—Os felicito, doctor Josef —dijo Claudio Regino estrechándole la mano; no solía hacerlo con nadie, por lo general se conformaba con rozar la mano del otro con sus rechonchos dedos—. Es verdaderamente una historia universal —prosiguió—. He aprendido mucho con ella, a pesar de no desconocer precisamente vuestra historia. Habéis escrito un libro excelente y haremos todo lo posible para que el mundo lo conozca.

Eran palabras inusualmente cálidas y firmes en labios de Regino, por lo general tan escéptico y retraído.

Animado, le expuso sus planes, para que el libro alcanzase mayor resonancia. Los aspectos técnicos, la composición y la distribución, eran cuestión de dinero, y Claudio Regino no era cicatero. Pero era después cuando comenzaban los problemas. ¿Qué características debía tener, por ejemplo, el retrato del autor que por costumbre precedía al texto?

—No es por halagaros, querido Josef —le dijo—, pero en estos momentos

vuestro aspecto se asemeja mucho al mío, es decir, parecéis un viejo judío. A mí me gustáis como sois ahora, pero me temo que el público no será de la misma opinión. ¿Qué os parece si retocamos ligeramente el retrato? ¿Sí pintamos al elegante Josef imberbe de antes, aunque, desde luego, levemente envejecido? Mi retratista Dacón hace esas cosas divinamente. Por otra parte, sería estupendo que desempolvárais al hombre de mundo y dejarais de ser el sabio eremita. No os sentaría mal afeitáros de nuevo la barba, por ejemplo.

Josef aceptó de buena gana los burdos comentarios de Regino, pues sabía que lo respetaba y que era un experto en la materia. En los últimos tiempos parecía que sus asuntos se enderezaban. El interés de Regino garantizaba prácticamente el éxito de su *Historia Universal*, y Josef ansiaba ese éxito. Lejos quedaban los tiempos en que asistió indiferente a la retirada de su busto del Templo de la Paz.

Josef aprovechó el buen humor de Regino para hablarle de otro asunto que lo preocupaba, la educación de Matías. Había sido un inconsciente al alimentar sus esperanzas de pasar una temporada en la corte. Sólo Regino podía ayudarlo en ese asunto.

Josef le explicó, por tanto, de qué se trataba. Hacía ya más de un año que Matías había celebrado su *bar-mitsva*, la fiesta por la que se le aceptaba en la comunidad judía, y ya era hora de que se le invistiera la toga y se le declarase, por tanto, adulto y ciudadano romano. Con motivo de esa celebración era costumbre anunciar la futura carrera del muchacho. Josef deseaba para sí y para su hijo que no sólo superase su aprendizaje en el ejército y en la administración, sino también en la corte. Sintió el impulso de decirle algo más a Regino, de cuya amistad estaba seguro.

—Me siento —afirmó— más ligado a Matías que al resto de mis hijos. Matías será mi plenitud, mi Cesarión, la fusión perfecta del espíritu griego y el judaísmo: Con Pablo no lo logré.

Era la primera vez que lo admitía ante otra persona.

—La herencia gentil del griego Pablo era demasiado fuerte, y se rebeló contra mis planes. Matías es mi hijo en todo, es judío y los acatará gustosamente.

Regino había bajado la cabeza carnosa, sin afeitar, ocultando los soñolientos ojos bajo la frente abultada. Pero lo escuchaba atentamente.

—¿Vuestra plenitud? —dijo, y a continuación le preguntó con amable ironía:

—¿Qué Josef culminará en este Matías, el sabio encerrado en su alcoba o el político y el soldado? ¿Es ambicioso vuestro Matías?

Y, sin aguardar su respuesta, concluyó:

—¡Traedme al chico en los próximos días! Quiero conocerlo. Y después veré si puedo daros un consejo.

Cuando días más tarde Josef apareció con Matías ante la puerta de la villa de Regino, a la que había sido invitado, los recibió su secretario. Regino había tenido que acudir junto al emperador de improviso, pero confiaba en que no los haría esperar mucho tiempo.

—Por cierto, aquí hay algo que seguramente os interesará —opinó el secretario con amable diligencia mostrándole el retrato que acababa de enviarles el pintor Dacón para la *Historia Universal*.

Josef lo miró temeroso, y, sin embargo, fascinado, con los ojos brillantes. Pero la curiosidad del chico era aún mayor. La larga cabeza morena, los vehementes ojos, las pobladas cejas, la frente alta, abombada; la nariz larga, aguileña; el negro pelo, fuerte y brillante; los finos labios combados, ¿era esa cara desnuda, altiva, noble, la cara de su padre?

—Si no lo hubiera sabido —dijo, y su voz salió grave, viril, y tan conmovida de sus rojísimos labios que el secretario alzó la vista—; si no lo hubiera sabido habría dudado de que se trataba de ti, de mi padre. Puedes ser así cuando quieres.

—Todos debemos mostrarnos al mundo un poco distintos a como somos —replicó Josef tratando de bromear, pero levemente inquieto. Lo asustó el orgullo que llevaba al chico a idealizar de ese modo a su padre. Por lo demás, decidió seguir el consejo de Regino y hacerse afeitar la barba.

El secretario les propuso dar un paseo por el parque hasta que llegase Regino. Era un jardín grande, y todavía disfrutaban de un tiempo otoñal, templado y benigno; fue un paseo agradable. La brisa lo tonificó. La compañía de su hijo rejuvenecía y animaba a Josef; podía hablar con Matías como si fuese un adulto y también como si fuese un niño. ¡Qué ojos tenía! ¡Con qué viveza brillaban bajo la frente ancha y bien proporcionada! Ojos felices, jóvenes, que no habían visto los horrores que colmaban los suyos; que no habían visto arder el Templo. Lo único que sabía Matías de los padecimientos de los judíos eran las burlas de una chiquilla.

Llegaron a la jaula de los pavos reales. Matías estudió a los espléndidos animales con una alegría infantil. El cuidador pasó a su lado y, al ver el entusiasmo con que el chico observaba a sus pavos, refirió a los invitados de su amo detalles de sus animales. El primer año habían sido siete: cinco criados por el famoso Dídimos y dos traídos de la India. Ahora no era la mejor época para verlos, acababan de perder parte de su plumaje. A finales de febrero, cuando entraban en celo, se mostraban en todo su esplendor.

El cuidador siguió hablando y Matías no se cansaba de escucharle. Charló animadamente con él, le preguntó cómo se llamaba. Resultó que era oriundo de Creta y que se llamaba Anfión, y el chico lo animó a seguir hablando. Matías acariciaba entre tanto el azulado y brillante pecho de uno de los pavos; éste se dejaba hacer, lo que lo aproximó aún más al cuidador, que le contó los problemas que le ocasionaban. Eran orgullosos, dominantes y voraces. A pesar de todo, los quería con locura. Logró que varios abrieran la cola al mismo tiempo, y a Matías le entusiasmó el colorido. Era como un campo lleno de flores, dijo; sus innumerables ojos le hacían pensar en el cielo estrellado, y estalló en aplausos. Pero en ese instante los pavos se asustaron y cerraron sus colas, llevándose su esplendor, alejándose en medio de terribles graznidos.

Josef permanecía sentado en un banco escuchando a medias su conversación, perdido en sombríos pensamientos. El pavo, pensó, es el animal emblemático de esta Roma: espléndido, gritón, dominador, insoportable, vanidoso, estúpido y voraz. Apariencia, brillo: eso es lo único que les importa a estos romanos.

No le molesta que su Matías se interese tanto por los pavos reales. Y es que es un chiquillo, lleno de interés por todo lo nuevo y, así como vuelve la espalda a los problemas generales, se interesa por todo lo concreto, lo vivo. El orgulloso padre constata lo bien que se entiende con el cuidador. El celo del chico le hace sonreír. Por su aspecto se diría que es muy maduro, pero no es así; en realidad es en todo un niño.

Con una leve sonrisa comprueba con qué ansia inocente se esfuerza por agradar a alguien tan irrelevante como ese criado. Matías no es precisamente vanidoso, pero es consciente del efecto que produce, y, sin saberlo, busca ese efecto una y otra vez.

Por fin llegó Claudio Regino. Lo vieron acercarse con paso torpe; sus asuntos no le habían retenido mucho tiempo en el Palatino y antes de sentarse a la mesa deseaba estirar un poco las piernas. Estaba de buen humor y pronto se demostró que el muchacho le agradaba. Se refirió de nuevo al libro de Josef, a su *Historia Universal*, y preguntó a Matías qué pensaba del gran libro de su padre. Con su voz grave y viril Matías explicó con modestia y liberalidad que no era un buen lector; que se demoró largo rato en su estudio, pero que lo que realmente lo había conmovido eran los acontecimientos más recientes. Seguramente no tenía luces para comprender la historia anterior. Lo dijo con gracia, como disculpándose, pero no ocultó que no le importaba demasiado no ser más inteligente. Solía ocurrir que lo que decía resultaba anodino, ni demasiado inteligente ni demasiado insulso; pero siempre parecía algo especial gracias al candor y al desenfado con que lo exponía.

Josef ha ido a verlo para conseguir un puesto para él en la corte; aprueba los planes de su hijo, su ambición. El chico no vale para continuar la labor de sus ancestros, sabios, sacerdotes, escritores, intelectuales, ni la suya, y eso está bien. Aunque él mismo haya decidido aprovechar únicamente el aspecto contemplativo de su ser, aunque haya reprimido ese impulso hacia la acción que tantas veces sintiera, ¿por qué no habría de permitirle al chico acceder a ella? ¿Por qué no facilitarle el camino? Así lo ha decidido, y está bien, le parece razonable. A pesar de todo, ahora lamenta oírle hablar con tanta modestia de su libro, que se le escape el sentido de su obra. Pero no tarda en consolarse por esa falta al comprobar que el chico agrada a Regino. Al mismo tiempo se dice, recreándose en inocentes cálculos, que precisamente esa frescura y esa ingenuidad de su hijo causarán un gran impacto en el Palatino.

Después se sentaron a la mesa. Regino tenía un cocinero alejandrino muy famoso. Matías comió con apetito; no así Regino, que protestaba por tener que seguir un régimen estricto. Charlaron de esto y aquello, fue una conversación superficial y alegre, y Josef se alegró de ver lo poco que tardaba Matías en ganarse a ese anciano difícil, estrafalario y gruñón que era Regino.

Al terminar Regino le espetó sin preámbulos:

—Está claro, querido Josef, que vuestro Matías debe pasar un tiempo en el Palatino. Debemos meditar a quién se lo confiaremos como paje.

La cara morena del chico se sonrojó de alegría. Pero, por mucho que lo desease, la alegría de Josef se enturbió pensando que si Matías entraba en la casa y en el círculo de algún notable debería separarse de nuevo de él, después de haberlo tenido para sí tan poco tiempo.

Regino, rotundo como siempre, consideró ciertos aspectos prácticos.

—El chico podría servir en mi casa —opinó—; no le vendría mal, aprendería muchas cosas. El emperador me confía muchos y muy variopintos negocios, y vuestro Matías no tardaría en comprender que en el Palatino el camino más intrincado es a menudo el más corto. Pero me temo que yo ya soy un viejo carcamal. ¿Tú qué piensas, muchacho?

—No lo sé —repuso Matías sonriendo abiertamente—. Me pilláis desprevenido, lo confieso. Pero creo que nos llevaremos bien, y vuestra casa y vuestro parque son extraordinarios, sobre todo los pavos reales.

—Bueno —respondió Claudio Regino—, eso está muy bien, pero no es que sea decisivo. También está Marullo —prosiguió—. De él podría aprender un par de cosas útiles que yo no le puedo enseñar, como por ejemplo modales. Por lo demás, Marullo también es un viejo cascarrabias, y tan poco romano como yo. Tiene que ser algún amigo de la primera nobleza —calibró— no tan viejo como nosotros, y que simpatice con los judíos. Tres cualidades que no es fácil ver reunidas.

Matías escuchaba en silencio cómo se dirimía su futuro; sus ojos vagaban confiados de uno a otro.

—¿Cuándo le investiréis la toga? —preguntó Regino abiertamente.

—Todavía podemos esperar dos o tres semanas —respondió Josef—, no ha cumplido aún los quince.

—Pues tiene un aspecto muy viril para su edad —observó Regino—. Tengo una idea —continuó—, pero tendríamos que tomarnos el tiempo necesario, sondear a algunas personas, hacer ciertos preparativos, sin precipitarnos en ningún momento.

—¿En qué estáis pensando? —preguntó Josef intrigado, y observó que los ojos de Matías, aunque callase por educación, no perdían de vista los labios de Regino.

—Tal vez podamos convencer a la emperatriz de que lo admita en su séquito —dijo ecuánime con su gruesa y aguda voz.

—Imposible —replicó asustado Josef.

—No hay nada imposible —le corrigió Regino encerrándose en un hosco silencio. Pero no por mucho tiempo, pues pronto se animó de nuevo—. Con Lucía podría aprender un montón de cosas —explicó—. No sólo maneras y costumbres cortesanas, sino también a conocer a los hombres, el mundo de la política y algo que ya sólo podemos encontrar en ella: romanidad. Por no hablar de los negocios. Os aseguro, querido Josef, que esa mujer con sus tejares es capaz de endosarme los

mismos ladrillos tras lavarlos nueve veces.

—¡La emperatriz! —exclamó Matías entusiasmado—. ¿En serio creéis que sería posible, mi señor?

—No quiero que os hagáis ilusiones, pero no está descartado —respondió Regino.

Josef vio cómo se iluminaba el rostro de Matías. Ése debió de ser su propio aspecto hacía una generación, cuando le anunciaron que la emperatriz Popea lo esperaba. Sintió algo parecido al miedo, pero no quiso reparar en ello. Esa chica, Cecilia, pensó, se ha equivocado, no cabe duda. Mi Matías no acabará en la margen derecha del Tíber.

Su *Historia Universal* no fue exactamente un éxito, a pesar de los esfuerzos de Regino. La mayoría de los lectores judíos consideró que la obra era excesivamente fría. Esperaban una entusiasta descripción de su glorioso pasado; en lugar de eso se encontraron con un libro que aspiraba a que griegos y romanos aceptasen a los judíos en el círculo de los pueblos civilizados que contaban con un gran pasado. ¿Acaso era necesario? ¿No tenían ellos, los judíos, una historia más ilustre que esos gentiles? ¿Era preciso que ellos, el pueblo elegido de Dios, rogaran humildemente que dejaran de tomarlos por bárbaros?

Pero ni los griegos ni los romanos se sintieron conmovidos. El libro interesó a muchos, pero éstos no se atrevieron a opinar. El emperador había ordenado retirar el busto del escritor Josefo del Templo de la Paz; no parecía aconsejable, pues, entusiasmarse con su obra.

Tan sólo hubo un grupo de lectores que osó alabar el libro pública y abiertamente, y eran gentes con cuya aprobación Josef no había contado en absoluto: los mineos o cristianos. Estaban acostumbrados a que cuando un autor se ocupaba de ellos se limitase a burlarse o a atacarlos, por lo que se sorprendieron al ver que ese Josefo no los insultaba, sino que se avenía incluso a narrar respetuosamente la vida y opiniones de ciertos predecesores de su Mesías. Consideraron el libro como una *adenda* profana a la historia de su Salvador.

El hombre cuyo juicio Josef más temía y esperaba aún no se había pronunciado. Justo callaba. Finalmente Josef lo invitó a su casa. Justo no acudió. Poco después fue Josef a visitarlo.

—En los treinta años que llevamos tratándonos —dijo Justo— no habéis cambiado, ni yo tampoco. ¿Por qué, entonces, me atosigáis? Sabéis muy bien lo que opino de vuestro libro.

Pero Josef insistió. Casi podría decirse que anhelaba el dolor que el otro iba a infligirle, y no cejó hasta hacerle hablar.

—Vuestro libro es flojo y ambiguo, como todo lo que habéis hecho en la vida —dijo finalmente Justo soltando esa risita nerviosa, desagradable, que tanto irritaba a Josef—. Decidme, ¿qué pretendíais en realidad con él?

—Quiero —respondió Josef— que los judíos aprendan por fin a considerar

fríamente su historia.

—Entonces —replicó el otro cortante— habríais debido contarla más fríamente. Pero no habéis tenido el valor de hacerlo. Temíais el juicio de la amplia masa de judíos.

—También me he propuesto —quiso defenderse Josef— que los griegos y los romanos aprecien la gran historia de nuestro pueblo.

—Entonces —le atajó Justo decidido— habríais debido mostrar más calor, más entusiasmo. Pero tampoco os atrevisteis: temíais el juicio de los entendidos. Ya os lo he dicho —concluyó—, vuestro libro no es ni carne ni pescado; es un libro moderado, un libro malo.

El rechazo dibujado en la cara de Josef lo animó a seguir hablando, y no tuvo reparos en exponerle todas sus críticas.

—Nadie sabe mejor que vos que el objetivo que subyace en una política puede ser moral o inmoral, pero no así los medios de que se vale. Los medios sólo pueden ser útiles o perjudiciales para el fin en cuestión. Vos en cambio confundís a vuestro antojo peso y medida. Hacéis juicios morales sobre los procesos políticos, a sabiendas de que no son más que estúpidas y baratas convenciones. Sabéis muy bien que sólo puede enjuiciarse al individuo, y jamás al grupo, a la masa, al pueblo. Un ejército no puede ser valiente: se compone de valientes y de cobardes, vos lo habéis vivido; lo sabéis, pero no queréis aceptarlo. Un pueblo no es nunca necio o pío: se compone de necios y de sabios, de santos y de canallas; lo sabéis, lo habéis vivido, pero no osáis admitirlo. Siempre confundís los valores por mor del efecto final, por un cálculo efectista. No habéis escrito un libro histórico, sino un libro edificante destinado a los más necios. Y ni siquiera eso: pues habéis querido escribir para ambas partes, y ni siquiera habéis tenido el valor de usar esa demagogia en la que habéis probado ser un maestro.

Josef lo escuchaba tras abandonar todo intento de defenderse. Por mucho que Justo, su amigo-enemigo, exagerase, sus críticas eran acertadas. Una cosa estaba clara: el libro en el que había invertido tantos años, tanta vida, no era lo que esperaba. Se había obligado a narrar fríamente la historia de su pueblo y a contemplarla objetivamente. Con ello la había despojado de su vitalidad. Todo era cierto a medias, y, por eso, una rotunda mentira. Si vuelve a leer ahora su libro comprobará que está escrito desde un punto de vista erróneo. Los sentimientos reprimidos se vengán, resucitan siempre con renovado ímpetu, y el lector Josef no le creerá ni una palabra al escritor. Ha cometido un error fundamental: ha escrito con la cabeza y a menudo en contra de sus sentimientos, y por eso gran parte del libro carece de vida y de valor; pues la palabra viva sólo surge allí donde se funden sentimiento y razón.

Josef lo vio con meridiana y cruel claridad, lo admitió sin paliativos. Pero después decidió dejar a un lado su *Historia Universal del pueblo judío* de una vez por todas. Lograda o no, él ha dado lo que podía, ha cumplido con su deber; ha luchado, trabajado, renunciando a muchas cosas, y una vez terminada la obra deseaba vivir

para sí, libre de ella. El retrato que Regino ha elegido para encabezar la obra le ha hecho reparar en lo mucho que ha envejecido. No le queda mucho tiempo. Decide no malgastar el tiempo que le queda con meditaciones inútiles. Que filosofe Justo; él en cambio quiere vivir.

Y resurgen en él mil deseos y sentimientos que había creído muertos. Se alegra de que no lo estuvieran. Se alegra de sentir aún sed, sed de hechos, de mujeres, de éxito.

Y de estar en Roma y no en Judea. Decidió afeitarse la barba y le mostró al mundo el rostro del antiguo Josef. Era más duro, más agudo; pero era un rostro más joven que el que había tenido todos esos años.

La oscura vivienda del distrito de «Baños» se le antojó de pronto demasiado estrecha y humilde, aunque ya no vivieran en ella Mara y los niños. Fue a ver a Juan de Giscala y le rogó que le proporcionase una casa más elegante y moderna para alquilarla. Con ese pretexto tuvo una larga charla con Juan. Éste había leído atentamente la *Historia Universal*, que comentó muy animada y razonablemente. Josef sabía, por supuesto, que Juan no era un juez imparcial. Tenía una azarosa vida a sus espaldas, como él mismo, y en principio era un fracasado, por lo que estaba inclinado a ver la historia del pueblo judío desde su misma perspectiva, recelando de todo entusiasmo. Sea como fuere, el reconocimiento de Juan lo animó y lo consoló un poco del rechazo de Justo.

Se volvió más locuaz al vivir solo con Matías en Roma; se abría más fácilmente que antes. Confió a Juan sus intenciones con respecto a Matías. Juan se mostró escéptico.

—Todavía corren tiempos —opinó— en que un judío puede permitirse el lujo de satisfacer su amor propio. Habéis llegado muy lejos, estimado Josef, hay que admitirlo, así como Cayo Barzaarone; yo también he hecho algunas cosas. Pero considero que es más inteligente no exponer a la luz nuestros méritos; no exhibir nuestro dinero, nuestro poder, nuestra influencia. Eso no haría más que despertar envidias, y ni somos lo bastante fuertes ni estamos lo bastante unidos como para atajarlas.

La cara de Josef, que irradiaba alegría al informar a Juan de sus dudas y esperanzas, se ensombreció. Juan se percató de ello y no insistió, sino que agregó:

—Pero si queréis que vuestro Matías haga algo en la vida, en cualquier caso debéis renunciar a vuestro plan de regresar a Judea en primavera. A mí me alegraría —añadió amable— teneros en Roma más tiempo.

Josef se dijo que Juan era un buen amigo y que tenía razón. Si encontraba un tutor para Matías en el Palatino no tendría más remedio que quedarse en Roma, y si se iba a mudar de casa sólo tendría sentido hacerlo si la usaba para una estancia más prolongada. Pero en principio se sentía feliz de poder posponer su viaje a Judea, su regreso a Judea, y cualquier pretexto le servía; pues curiosamente sentía que simbolizaba la renuncia definitiva a todo aquello para lo que se requería juventud, como si ese regreso fuese a transformarlo definitivamente en un viejo. En cuanto a la

primera advertencia de Juan, que no consideraba sensato aspirar al lujo y a los honores públicos, seguramente no le faltaba razón. Pero Josef había visto la luz que irradiaba la cara de su hijo y ya no podía renunciar a su plan. Por Matías. Por Matías, y también por él.

No tardaron en encontrar una vivienda apropiada y Josef se instaló en seguida. Matías lo ayudaba afanoso, proponía toda clase de ideas. A Josef se le veía mucho por la ciudad, buscaba compañía. Si en los últimos meses había permanecido solo y recluido, ahora acudía casi a diario a los círculos frecuentados por Marullo y Regino. Sus amigos asistieron a esa transformación benévolos, un tanto burlones y levemente preocupados. Matías lo amaba, y lo admiró aún más por ello.

Josef comentó con Claudio Regino los reparos de Juan. Regino opinaba que Juan era un hombre inteligente, pero que en los últimos tiempos se mostraba incapaz de comprender a la juventud judía, que no había visto arder el Templo, para la que el Templo y el Estado no eran más que un recuerdo histórico, un mito. Él, Regino, era en cierto sentido un ejemplo de que el poder, incluso el visible, no siempre perjudicaba a los judíos. A Josef no le agradó el ejemplo, jamás habría aprobado que su Matías se apartase del judaísmo tanto como Claudio Regino. De cualquier modo, permitió que su alegato reforzase su intención de llevar a cabo su proyecto, y lo escuchó expectante cuando Regino le comunicó que había sondeado a algunos conocidos del Palatino y que, a pesar de que a más de uno le hubiera sorprendido la osadía de querer emplear en el séquito de la emperatriz a un joven judío, la mayoría había opinado que lo novedoso de la idea no impedía su realización. Pensaba, por tanto, que podían ponerse manos a la obra. Le propuso celebrar públicamente la fiesta de la investidura de Matías al modo romano, a pesar de que no era lo usual, e invitar a ella a la emperatriz para contrarrestar de antemano cualquier crítica. Había sido una necedad no aprovechar más el favor que Lucía le había demostrado en varias ocasiones. Ahora se le presentaba una magnífica ocasión de recuperar el tiempo. Debía llevarle a la emperatriz su nuevo libro y aprovechar la ocasión para invitarla a la fiesta de Matías. Lo peor que podía ocurrirle era que rechazase su invitación, y, a fin de cuentas, había sufrido ya peores derrotas.

Josef estuvo de acuerdo. La idea lo tentaba. Mediaba ya la cincuentena y no fue como antaño, cuando todas las fibras de su ser se tensaron al ir a ver a la emperatriz Popea. Pero experimentó una emoción que no sentía hacía tiempo al presentarse ante Lucía con su libro en la mano.

Claudio Regino le había preparado el terreno, comentándole a Lucía la transformación de Josef. A pesar de todo ella pareció sorprendida al verlo aparecer con el rostro desnudo, rejuvenecido.

—Mira por dónde —dijo—, ahora que han retirado el busto el modelo ha ocupado su lugar. Me alegro de ello, querido Josefo.

Aun habiendo rebasado con creces su primera juventud, su rostro fresco y luminoso reflejaba abiertamente su regocijo.

—Me alegro de que hayas terminado el libro y de que volvamos a tener entre nosotros al Josefo de antes. Me he reservado la tarde para ti. Ya es hora de que charlemos largo y tendido.

Ese cálido recibimiento lo animó. En su fuero interno se burló de sí mismo y se dijo que seguía siendo el mismo loco que fuera en su juventud. A pesar de todo, su corazón rebosaba de gozo como antaño ante la emperatriz Popea.

—Lo que me agrada de ti —lo alabó Lucía— es que, con toda esa filosofía y ese arte, en esencia sigues siendo un aventurero.

El cumplido no le gustó mucho, pero ella no tardó en darle un giro a sus palabras de modo que resultasen halagadoras. No tenía ningún mérito, opinó, que el aventurero fuese un don nadie, alguien que tuviera, por tanto, poco que perder. Pero, en cambio, si quien poseía bienes y disfrutaba de una posición estable optaba por la aventura, ello significaba que poseía un alma inquieta, viva, en suma. Aventureros así, es decir, no por sus circunstancias externas, sino de alma, habían sido Alejandro y César. Ella misma sentía en sí algo de ese anhelo, y consideraba que existía cierta afinidad secreta entre los aventureros aristócratas de todos los tiempos.

Más tarde rogó a Josef que le leyese un fragmento de su libro, y él no se hizo rogar. Le leyó las historias de Yael, Jezabel y Atalía. Y también le leyó las historias de las fieras, orgullosas y ambiciosas mujeres que rodeaban a Herodes y de las que él mismo descendía.

Las observaciones de Lucía sorprendieron a Josef. Para él, los seres que describía no pertenecían al mundo real, sino que actuaban sobre un escenario que él mismo había construido; eran figuras estilizadas, castillos en el aire. Que Lucía los considerase personas de carne y hueso como las que circulaban en torno a ellos le resultó sorprendente y lo irritó. Al mismo tiempo le fascinó que él, a la manera de un pequeño dios, hubiera sido capaz de dar vida a todo un mundo. Él y Lucía se entendían a la perfección.

No le resultó difícil hablarle del asunto que le interesaba. Le habló de su hijo Matías, que no tardaría en ser investido con la toga.

—He oído —dijo Lucía— que es un chico muy agradable.

—Es un muchacho estupendo —se aprestó a confirmarle Josef.

—¡Ah, veo que estás orgulloso de él! —replicó Lucía sonriendo.

La invitó a asistir a la fiesta que daría con motivo de la investidura de Matías. La cara de Lucía, que reflejaba cada una de sus emociones, se ensombreció de pronto.

—Desde luego, jamás he sido enemiga de lo judío —dijo— ¿pero no te parece que el hecho de que precisamente tú celebres esta ocasión con tanto fasto despertará recelos? No estoy tan versada en el origen de nuestras costumbres como Varriguita. Pero ¿no es esta fiesta de investidura fundamentalmente un acto religioso? No creo que los deberes romanos y el culto a nuestros dioses coincidan siempre, pero estoy segura de que nuestros dioses tienen algo que ver con esa festividad. Soy la última persona que desearía inmiscuirse en las relaciones que mantienes con tus

compatriotas, pero me temo que los judíos no se alegrarán mucho de que des tanta importancia a ese acto. No estoy rechazando tu invitación —se apresuró a añadir al notar que el rostro de Josef se turbaba al escuchar sus reparos—, pero, en calidad de amiga tuya, te ruego que lo medites bien antes de tomar cualquier decisión.

El hecho de que Lucía tuviera unos reparos similares a los que le expresara Juan lo conmocionó. Pero su decisión era firme. Había introducido a su hijo en la comunidad judía mediante el *bar-mitsva*, ¿por qué no iba a aceptarle la romana, a la que desde luego pertenecía, mediante el correspondiente rito? Le pareció emblemático dar el mismo lustre a ambas ceremonias, aunque ello diera pie a tergiversaciones: sabía por experiencia que todo lo que hacía se tergiversaba. Por otra parte, le había prometido celebrar la fiesta a su hijo, que sólo pensaba en ella, y no se sentía con fuerzas para decepcionarlo.

Replicó a Lucía con ambigüedad; le agradeció su consejo, prometió volver a pensárselo, pero en su fuero interno estaba firmemente decidido. Ya en su casa preguntó a Matías medio en serio, medio en broma:

—Si alguien te preguntara si te consideras romano o judío, ¿qué le responderías?

Matías se echó a reír y le espetó con su voz grave:

—¡Qué preguntas haces!, le respondería: Soy Flavio Matías, hijo de Flavio Josefo.

A Josef le agradó esa respuesta. Apartó de su mente las objeciones que había escuchado. ¿Acaso podía demostrar menos arrojo él, Josef, que el viejo Claudio Regino, que no veía ningún peligro en enviar al muchacho al Palatino?

Comenzaron a preparar la fiesta. Matías iba de un lado a otro como flotando. Invitó a Cecilia, que le replicó con la insolencia de siempre. Él le comunicó entonces que la emperatriz asistiría a su fiesta. Cecilia palideció.

Como Josef debía evitar todo lo que pudiera interpretarse como culto a una deidad romana, como idolatría, se vio obligado a modificar la ceremonia. En su casa no se erigieron altares para los dioses domésticos, ni Matías llevaba la filacteria dorada propia de los muchachos romanos y que éstos colgaban de dicho altar. La ceremonia doméstica se limitó por ello a que Matías cambió su toga orlada de muchacho por la blanca y lisa del hombre adulto. Esa nueva y sencilla vestimenta le sentaba estupendamente; su joven y, sin embargo, viril rostro destacaba alegre y serio al tiempo sobre la sencilla y pura túnica.

A continuación, Josef y un inmenso cortejo de amigos encabezados por la emperatriz acompañaron al joven al Foro, en la ladera sur del Capitolio, y después se dirigieron al Archivo para que se incluyese su nombre en la lista de los favorecidos por el derecho de ciudadanía. A partir de entonces el chico se llamaría Flavio Matías Josefo. La emperatriz le puso la sortija dorada que indicaba su pertenencia a la segunda nobleza.

Mientras los invitados no judíos se dirigían a su casa, donde se celebraría el ágape, Josef, Matías y los invitados judíos procedieron a un acto que la ciudad, y el

Imperio entero, comentaría durante semanas. La costumbre exigía que el nuevo ciudadano se dirigiese al templo de la diosa de la Juventud para realizar allí un sacrificio y entregar una ofrenda en forma de moneda. Como el joven Matías no podía hacerlo se encaminó en lugar de ello hacia la correspondiente oficina del Tesoro, hizo que lo incluyesen en la infamante lista de los judíos, y entregó los dos dracmas que debían ofrecer los judíos a Júpiter Capitolino en lugar de al Templo desde que éste fuera destruido. Que Josef convirtiera en un acto festivo la tributación que todos consideraban indecorosa hizo que muchos judíos le perdonasen que se convirtiese a su hijo en romano con tanta pompa.

A la emperatriz le agradó el valor de Josef. También le gustó su hijo. Lo vio recibir el anillo con gracia principesca en aquella feliz hora; después, durante la comida, le refirieron que se había sometido a la humillación del impuesto con la misma sencilla alegría. Tenía al muchacho a su lado. Sus ojos la seguían con infantil respeto, sin perder por ello su frescura. Le habló. Él era consciente de lo bien que le sentaba la túnica blanca, y sabía que todos los ojos estaban puestos en él, pero su franqueza y su naturalidad no se resentían por ello.

Claudio Regino había preparado ya a Lucía anticipándole que Josef le rogaría que aceptase a su hijo en su séquito. A nadie se le ocultaba que el muchacho le había caído en gracia, y Josef podía estar seguro de no ser rechazado. A pesar de ello, no expuso su solicitud con la seguridad que lo caracterizaba, y Lucía dio su consentimiento con la voz extrañamente velada; en el rostro de ambos se observó una rara turbación.

El corazón de Josef estaba henchido de gozo. Había elevado a su querido hijo al puesto que había soñado para sí. Pero su oído era fino, y en medio de su dicha no olvidó las voces de los amigos que le habían advertido.

Y, así, Matías entró a formar parte del séquito de la emperatriz, pasando la mayor parte del tiempo en el Palatino. Ocurrió lo que Josef había previsto: Matías, el joven ayudante judío de Lucía, era considerado algo especial en el Palatino con su juventud y su belleza seria y alegre a un tiempo. Se hablaba mucho de él, muchos anhelaban ser honrados con su amistad, las mujeres lo animaban. Él siguió siendo el mismo; todo aquello le parecía natural y no le concedía mayor importancia, pero habría preferido pasar inadvertido.

Al pertenecer ahora Matías al séquito de la emperatriz Josef la veía a menudo. Lucía se había cruzado ya varias veces en su camino, pero nunca lo había mirado con ojos tan receptivos como ahora. Su opulencia, su alegre y valiente franqueza, ese carácter romano tan luminoso y vivo que emanaba, su belleza femenina y madura lo impresionaron más que nunca. Josef empezaba a envejecer, pero descubrió que desde los días en que se consumía por Dorión jamás había sentido tal deseo por estar con una mujer como ahora en sus encuentros con Lucía. No le ocultó sus emociones, y

ella se dejó querer. Mucho de lo que él decía, y mucho de lo que ella decía, era ambiguo; las insinuaciones volaban del uno al otro, y comenzaron a mirarse y a rozarse de otra forma. Él atribuía un carácter simbólico a su relación. El hecho de que le atraiga de esa forma, de que también ella se muestre receptiva, ¿no constituye un símbolo? ¿No se trata de la misteriosa relación que a menudo se establece entre vencedor y vencido? En una ocasión no pudo evitar hacer una observación en ese sentido. Pero Lucía se limitó a reír y le espetó:

—Lo único que pasa es que quieres acostarte conmigo, querido amigo, y el hecho de otorgarle un significado tan profundo sólo prueba que tú mismo te percatas de lo insolente de tu deseo.

Josef llevaba una vida ajetreada y alegre en esa época. Disfrutaba de sus privilegios, que no eran pocos. Veía diariamente a Lucía, y cada vez se entendían mejor perdonándose sus debilidades, gozando de las excelencias de cada cual. Su querido hijo, del que parecía irradiar una luz, obtenía todo cuanto él había deseado. Puro y luminoso avanzaba entre las intrigas y los vicios del Palatino, todos lo amaban, y jamás llegaron a rozarle los celos ni la hostilidad que allí reinaban. Sí, Dios favorecía a Josef. Así se lo demostraba obsequiándolo con tantas alegrías poco antes de traspasar el umbral de la vejez y en posesión aún de las fuerzas necesarias para disfrutarlas.

En Roma se hablaba mucho de Josef y de su hijo, demasiado en opinión de los judíos. Y por ello fueron a ver a Josef, en nombre de los judíos, Cayo Barzaarone y Juan de Giscala. Le expusieron preocupados que su suerte, su brillo, despertaría envidias aún mayores y mayor hostilidad aún contra el judaísmo si seguía exhibiéndolos como hasta entonces. En todo el Imperio crecía el odio y la opresión de que eran víctimas.

—Cuando un judío es feliz —lo amonestó Juan de Giscala como ya hiciera en una ocasión— debe guardar su felicidad entre cuatro paredes y no sacarla a la calle.

Pero Josef no les hizo caso. Su hijo Matías era así, brillaba, y era propio de la luz ser visible. ¿Acaso debía esconder a su querido hijo? No tenía la menor intención. Estaba obcecado, ciego de amor por su hermoso y adorable hijo y su fortuna.

Las palabras de sus amigos no surtieron ningún efecto y continuó disfrutando de lo que le había caído en suerte. Cosechaba éxitos por doquier. Únicamente había un asunto que lo irritaba. Su libro, la *Historia Universal*, había pasado inadvertido.

Peor aún, resultó que Justo de Tiberíades publicó —también con Claudio Regino, su propio editor— su *Guerra judía*, un libro en el que había estado trabajando durante decenios.

El libro de Josef sobre la guerra judía había destacado entre todas las obras en prosa de su época. Todo el público lector del Imperio había leído esa *Guerra de los judíos*, no sólo por el tema que trataba, sino ante todo por su brillante estilo; Vespasiano y Tito habían alabado el libro y ensalzado a su autor, y la obra era considerada un clásico casi una generación después de su aparición. De manera que

era una osadía indescriptible que Justo publicase ahora un libro sobre el mismo asunto.

Josef había leído años atrás un fragmento de la obra, y al hacerlo había sentido la insignificancia de su persona y su obra al lado de Justo y su libro. Temeroso, leyó la versión definitiva del trabajo de su amigo-enemigo. Justo rehuía toda palabra altisonante y cualquier efectismo. Su descripción era de una objetividad dura, cristalina. Tampoco parecía querer polemizar con el libro de Josef. Pero sí mencionaba la participación de Josef en la guerra; sus movimientos durante la época en que fue comisario de Galilea; las actividades de Josef, por tanto, como político y militar. Se limitaba a describirlas, evitando toda valoración. Pero precisamente por ser una descripción despojada de juicios aparecía como un oportunista, un pobre tipo vanidoso, un ser dañino para la causa que decía defender.

Josef continuó hasta el final. En su día había logrado forjar una espléndida leyenda sobre sus actividades en Galilea, relatándola en su libro; hasta él mismo se la había creído, y gracias a su obra había logrado que poco a poco se la reconociese como una verdad histórica. Ahora, en el libro de Justo, ese hombre entrado en años veía la guerra como realmente había sido, se vio a sí mismo tal y como era, y vislumbró también el libro que le habría gustado escribir. Pero lo había escrito Justo y no él.

Todo eso lo vio. Pero no quería verlo, no podía verlo si quería seguir viviendo.

Tenso, esperó la reacción que provocaría la obra de Justo, lo que diría el público. No suscitó un gran revuelo. Sin duda hubo quien reconoció la importancia de la obra, personas cuyo juicio valoraba Josef en mucho, pero fueron muy pocos. De cualquier forma, tuvo que soportar cómo a los ojos de esos pocos la obra de Justo desbancaba a la suya; cómo ese Justo, que había desdeñado su propio quehacer, se convertía para ellos en juez supremo e insobornable.

Josef se esforzó por olvidar el amargo sabor que le deparó esa experiencia. Se dijo que como escritor lo habían mimado como a nadie en su época, y que la opinión de esos pocos no valía gran cosa frente a una fama bien cimentada. Pero tales razonamientos no lo consolaron, la amargura quedó. Sí, incluso creció. Josef era el amigo y favorito de la emperatriz; había aupado a su querido hijo al lugar que ambos deseaban para él, una vez más se había convertido, tal y como quería, en uno de los hombres más relevantes de su tiempo. Pero ese amargo regusto le arruinaba el disfrute de la dicha.

Se dijo que se le había agriado el carácter; que estaba envejeciendo y ya sólo era capaz de percibir lo negativo, no lo agradable de la vida. A continuación se dijo que había permitido que la desmedida y envidiosa crítica de Justo destruyese su fe en sí mismo y en su obra. Retomó su *Historia Universal*. Leyó algunos capítulos, los mejores, y se dijo obstinado que Justo no tenía razón en sus críticas.

Pero nada alteró el hecho de que su historia, en la que tanto había trabajado, no fuera un auténtico éxito a pesar de los esfuerzos de Regino. Estaba acostumbrado a

los avatares del éxito y del fracaso exterior, pero precisamente en esos momentos ansiaba más que nunca triunfar como escritor. De nada le valían el resto de sus logros. Lo único que podría ayudarlo sería la resonancia de su obra, un eco capaz de sofocar la voz de Justo. Necesitaba esa corroboración de inmediato, aunque sólo fuera por su querido hijo, para poder seguir ayudándolo.

Amargado y en tono acusador preguntó a Regino a qué se debía la falta de éxito de su *Historia Universal*. Regino le explicó parsimonioso que el mayor escollo radicaba en la actitud del emperador, pues las personas realmente influyentes no se atrevían a opinar sobre la obra mientras no supieran qué pensaba Domiciano. Incluso en el caso de que DDD emitiese una opinión desfavorable gozarían de una ventaja, pues podían contar con la oposición. Pero DDD, retorcido como siempre, callaba; ni siquiera había expresado su rechazo, no decía nada. Él, Regino había tratado de romper ese silencio hostil. Había preguntado a Varriguita si aceptaría la obra de manos de Josef. Pero Varriguita hizo como si no lo hubiera escuchado, y no se pronunció a favor ni en contra.

Josef lo escuchó sombrío e irritado. En él resurgieron los pensamientos que le ocuparon a su regreso a Roma, tras enviar a Mara a Judea. Entonces se había alegrado pensando en su combate con Domiciano, en su lucha con Roma. Había visto renacer en él una segunda juventud y creyó poder contar con un arma nueva, su obra. Ahora, en cambio, el emperador rehuía el combate. Sencillamente, no se ponía a tiro.

Lo que Regino le dijo a continuación no hizo sino corroborar su opinión. Hacía mucho tiempo, le refirió, que DDD no pronunciaba su nombre, lo cual resultaba curioso. Sin duda había oído hablar de su amistad con Lucía, del modo provocador con que había incluido a su hijo en el censo de los judíos, y del nuevo paje judío de su esposa. Por otra parte, si el emperador no tenía intención de hacer uso de su poder, que le permitía aniquilar de un plumazo a Josef, dicha táctica era, desde el punto de vista de DDD, la más inteligente. Pues su silencio no hacía otra cosa que sembrar el silencio en torno a su obra, un silencio que acabaría por anularla.

Josef se preguntó cómo podría romper ese obstinado silencio; cómo tentar al emperador para que saliera de su escondite, para obligarlo a enfrentarse con él. Era costumbre que con ocasión de la publicación de una obra el autor leyese un fragmento de ella en público. Josef no había querido hacerlo cuando se editó la suya, aún no se había desprendido de la atmósfera bajo la cual había surgido el libro. El público despreciaba al Josef que había escrito la *Historia Universal*. A ese Josef le habría resultado indiferente lo que dijese, o incluso pensase, Domiciano de su libro. Pero el Josef que ahora se presentaba ante Claudio Regino era otro.

—¿Qué os parece —le propuso— si organizamos un recital en el que yo mismo lea varios fragmentos del libro?

Regino lo miró sorprendido. Que se presentase de nuevo en público después de haber callado tanto tiempo causaría sensación. Posiblemente sólo hubiera un medio, ése, de quebrar la reserva del emperador. El plan lo atraía, aunque no le ocultó que su

propósito entrañaba un grave peligro: era una osadía exigirle que se pronunciara. Pero al ver que Regino no se oponía Josef se entusiasmó de inmediato con su plan. Como un actor que desea un nuevo papel se dijo, y expuso ante Regino, todo lo que hablaba en favor de la empresa. No leía mal, el ligero acento oriental de su griego agradaba más a la gente de lo que la irritaba; después de haber vivido retirado tanto tiempo toda Roma se congregaría curiosa ante esa reaparición en público. Y después, sobreponiéndose a su pudor, le confesó a Regino, a su querido amigo, el íntimo deseo que había surgido en él en el mismo instante en que concibió la idea del recital.

—¡Cuánto me gustaría —dijo— poder lucirme ante el muchacho, ante Matías!

Ese rasgo de ingenua vanidad y de amor paterno le valió las simpatías de Regino, que le respondió:

—Sigue siendo una empresa endiabladamente peligrosa; pero, si estáis dispuesto a arriesgaros, viejo jovenzuelo, yo os apoyaré.

Josef se dedicó en cuerpo y alma a preparar la velada. Durante largo rato debatió con sus amigos dónde debía celebrarse. Regino, Marullo, y ante todo Lucía, discutieron el problema como si se tratase de un asunto de Estado. ¿Debía organizar el recital en su propia casa ante un pequeño grupo selecto? ¿O ante un público más extenso en casa de Marullo o en la de Regino? ¿O quizás incluso en el mismo Palatino, en el amplio salón de las dependencias de Lucía?

Lucía tuvo una idea. ¿Qué les parecía que leyera en el Templo de la Paz?

¿En el Templo de la Paz? ¿En el recinto de donde el emperador había ordenado retirar su busto? ¿No era una provocación inconcebible? Posiblemente acudieran muy pocas personas a un espectáculo tan peligroso, y, en tal caso, el templo estaría casi vacío. Incluso cabía la posibilidad de que el emperador ordenase apresar a Josef antes del recital.

Tras escuchar todas esas objeciones Lucía les espetó:

—Así no llegaremos a ninguna parte. Siempre terminamos tropezándonos con el mismo escollo: DDD. No pienso seguir aguantándolo. Nos quiere machacar con esa táctica. Quiere acabar con nuestro Josefo a base de silencio, pero no lo conseguirá. Quiero saber a qué atenerme. Voy a verle.

En cuanto Lucía le anunció su visita, supo Domiciano que se trataba del judío o de su hijo.

En los últimos meses había coincidido pocas veces con Lucía. Casi siempre estaba de mal humor; su cuerpo engordaba y se debilitaba, veía a muchas mujeres sin disfrutarlo en demasía. Le informaban puntualmente de todo lo que tenía que ver con Lucía. Desconfiado y perverso, pensaba que había introducido en la corte al joven judío, al hijo de ese peligroso Josefo para que, como éste envejecía, lo representase su hijo.

El emperador recibió a Lucía muy cortés, con una afabilidad distante e irónica.

Hablaron largo rato de banalidades. Lucía observaba al grueso emperador, calvo, ajado; no era mucho mayor que ella, pero él era viejo y ella seguía siendo joven. Tenía la sensación de que se había alejado de ella, de que ya no tenía poder sobre él; y se preguntó si no haría bien en desistir y no mencionar siquiera a Josef. Pero luego su innato arrojo venció a su prudencia.

En los últimos tiempos, comenzó con el fin de llevarle poco a poco a su terreno, ha oído hablar mucho de las persecuciones y las vejaciones de que son objeto los judíos de la provincia e incluso los judíos de su ciudad. Ella tiene amigos judíos, como sin duda él sabe, y por eso se interesa por el asunto. Y él haría bien en ocuparse de ellos.

—En una ocasión me explicaste, querido Domiciano —le recordó—, que tienes un litigio con el dios oriental. Yo en tu lugar meditaría cada uno de mis pasos en ese combate antes de darlo. Yo misma soy —prosiguió sonriente— un tanto laxa en cuanto a los deberes religiosos. Pero soy una buena romana y creo en los dioses. Aunque no me esfuerce por demostrarles mi respeto evito todo lo que pueda ponerlos en mi contra. Es verdad que, con la expansión del Imperio, ha aumentado el número de sus dioses. Me parece, querido Domiciano, que estamos de acuerdo en que, en calidad de censor, te corresponde la protección de todos los dioses del Imperio. No sé qué es lo que sabes de ese extraño dios, Yahvé, a quien tienes por enemigo. Es un dios difícil, y tal vez te convenga informarte bien sobre su ser y sus modos.

—¿Estás pensando en nuestro judío Josefo, querida Lucía? —le preguntó Domiciano sonriendo afable, contemplando su luminoso e imponente rostro con sus ojos miopes y un tanto saltones.

—Sí —le explicó ella sin más—. Acaba de publicar el libro en el que ha estado trabajando todos estos años, y considero que se trata de un libro que los romanos debemos leer con la mayor atención. Cuando lo hayáis leído, querido Domiciano, sabrás muchas más cosas sobre tu enemigo, el dios Yahvé.

—¿Has olvidado, querida Lucía —respondió el emperador sin cambiar de tono, siempre afable—, que ordené retirar el busto de nuestro Josefo del Templo de la Paz después de leer algunos fragmentos de ese libro?

—Lo recuerdo muy bien —replicó Lucía—. Ya entonces me pregunté si no te precipitaste al infligir esa terrible ofensa a un gran escritor que tanto ha hecho por Roma. Y después de leer su libro estoy convencida de que así es. Te aconsejo, amo y dios Domiciano, que leas su libro. El resto lo encomiendo a tu criterio.

—¡Déjate de rodeos, Lucía! —dijo el emperador; su sonrisa se había convertido ya en mueca, pero seguía hablando en tono cortés, casi susurrando—. ¿Qué quieres que haga?

Lucía notó que aquel día su influjo sobre él no era grande. De nuevo pensó, durante un breve instante, en renunciar a su plan. Pero decidió intentarlo por otros medios, los de antes. Se acercó a él y le acarició la cabellera, cada vez más exigua.

—Has debido perder al menos veintisiete pelos —opinó— desde la última vez

que los conté. Habría un medio muy sencillo —continuó sin preámbulo alguno— de reparar de un golpe la injusticia que has cometido contra el hombre, y tal vez incluso contra su dios, al tiempo que recibes por boca de un experto ciertas enseñanzas sobre ese dios Yahvé. No tienes más que asistir a un recital que nuestro Josefo quiere organizar con tu beneplácito.

—Interesante —respondió Domiciano—, muy interesante. Mi Josefo, nuestro Josefo, tu Josefo quiere, por tanto, leer públicamente su nuevo libro. Y a ti ¿te gusta mucho ese nuevo libro suyo? ¿Lo consideras realmente bueno?

—De no ser por tu silencio —repuso ella muy convencida—, el mundo entero lo declararía un segundo Livio. Ya recibió ese título al publicarse su primera obra bajo Vespasiano y Tito. Sólo ahora, después de que retiraras su busto y lo mandarás fundir, el público titubea.

El emperador hizo una mueca.

—Cierto —dijo—, a mi padre le gustaba conversar con él, y Tito lo amaba y lo apreciaba. Posiblemente tú tuviste algo que ver con ello. Y ahora quieres convencerme de que debo honrar el nuevo libro de tu protegido. Déjame decirte, por si no lo sabes, que he leído algunos fragmentos de ese libro. No son ni aburridos ni interesantes. Y en cuanto al resto, personas en absoluto sospechosas de ser hostiles a tu Josefo me han dicho sencillamente que es demasiado prolijo, ni bueno ni malo.

—No estaría de más —insistió Lucía— que tú mismo lo escuchases y te formasen una opinión. Estoy firmemente convencida de que no puede perjudicarte recabar más información sobre Yahvé.

Domiciano sintió cierta inquietud al escuchar esa advertencia. Contempló el rostro valiente y abierto de Lucía, un rostro que no se esforzaba por ocultar su interés y su disgusto.

—Te muestras muy interesada en tu protegido —dijo—. No podría encontrar mejor defensora.

Tras sus maliciosas palabras había desconfianza, celos. Lucía lo percibió. Varriguita creía que se acostaba con Josefo, o eso fue lo que ella imaginó. Sonrió. Después lo miró de frente y se echó a reír.

A él en cambio su risa lo liberó de un peso. A pesar de sus recelos jamás había pensado que Lucía y el judío pudieran enamorarse. Ella era una auténtica romana, aunque a su manera, y ese dios Yahvé y sus gentes debían de resultarle en cierta medida ajenos y un tanto ridículos.

—¿Quieres quedarte y comer conmigo, querida Lucía? —le preguntó—. A ver si se nos ocurre qué hacer con tu Josef.

Los recitales eran muy populares en Roma. Se tenía la convicción de que la palabra hablada cala más profundamente y perdura más que la escrita y que refleja en mayor medida la esencia de su autor. En los últimos años se habían multiplicado, los romanos habían llegado incluso a cansarse de ellos, y ya no era frecuente que los autores que las organizaban llenaran las salas. Se esgrimían toda clase de argumentos

para evitar asistir a tales lecturas. Sin embargo, nadie quiso perderse la de Josef. Hubo incluso quien acudió de otras provincias para escucharla. No era sólo su fama lo que atraía a los oyentes, sino que ahora, después de que el emperador proclamase con la promesa de su presencia que nadie más podría objetar nada a ese autor, muchos, ya fuesen romanos, griegos o judíos, se sintieron felices de poder anunciar públicamente que apoyaban al escritor y su obra.

Josef se preparó tan cuidadosamente para el recital como jamás lo había hecho. En diez ocasiones procedió a seleccionar los capítulos que iba a leer, seleccionó, desechó, seleccionó y desechó de nuevo; debía tener en cuenta tanto el punto de vista literario como el político, y dudaba si anteponer el valor o la cautela. Buscó el consejo de sus amigos; les leyó los párrafos elegidos a modo de ensayo, como si fuese un principiante.

También se ocupó de los detalles externos. Sopesó vestimenta y peinado cual actor o joven fatuo, meditó si la mano que sostendría el manuscrito debía aparecer adornada o desnuda. También tomó bebedizos y pócimas para fortalecer su voz y hacerla más suave. No sabía ante quién quería brillar más, si ante el emperador o ante Lucía, los romanos o los griegos, sus amigos literatos o sus rivales; si ante los judíos, o ante Justo o Matías.

Cuando llegó la hora se sintió en forma y seguro de sí. Su peluquero y el esteticista de Lucía se habían afanado largo rato con su cabeza. Presentaba un aspecto viril, imponente; observaba a su público con una mirada vehemente y, sin embargo, contenida. Se habían congregado todos los personajes importantes de Roma; los amigos del emperador, porque no podían faltar allí donde apareciera su amo; sus enemigos, porque tomaban por el reconocimiento de una derrota el hecho de que el emperador asistiese a la lectura de un autor en una sala de la cual había desterrado su busto. Josef los miró y los reconoció: a Lucía, con la que se sentía íntimamente ligado; al emperador, su poderoso oponente; al joven Matías, radiante, a quien amaba, y a los literatos, al acecho de la menor flaqueza. Al contemplar ese mar de rostros claros y oscuros se sintió seguro de sí, y se alegró de poder someterlos a todos a su obra y a su credo.

Primero leyó algunos capítulos sobre los orígenes de su pueblo, los más cálidos y enaltecedores que pudo encontrar. Leyó bien, y lo que decía parecía adecuado para interesar a un público sin prejuicios. Sus oyentes lo eran, pero no osaban expresarse. Percibían que cualquier pronunciamiento, tanto la aquiescencia como la crítica, podía ser peligroso, sabían que los esbirros de Norban y de Mesalino mantenían los ojos y los oídos abiertos y que vigilaban de cerca las manos y bocas de los asistentes. Incluso los animadores contratados por Regino tenían órdenes de no aventurarse antes de que el propio emperador se pronunciase.

Pero Domiciano no se pronunció. Escuchaba erguido, imponente, con los brazos a la espalda, circunspecto e incómodo aunque no vestía de gran gala. Con sus ojos saltones y levemente miopes miraba ora a Josef, ora al frente; en ocasiones llegaba

incluso a cerrar los ojos; a continuación carraspeaba. Escuchaba atentamente, pero también cabía pensar que se aburría.

A la emperatriz le disgustó la actitud de Domiciano. Consideraba el evento como un asunto personal, y DDD lo sabía. Tensa, se preguntaba si persistiría en esa actitud durante toda la velada, pues en la última parte Josef se proponía leer un fragmento extraído del decimosexto volumen de su libro, es decir, ciertos capítulos que relataban con gran maestría y emoción la historia de la familia de Herodes. Era una lástima que sólo pudiese leer el comienzo y la parte que versaba sobre la imbricación de sus destinos, las confusas y extrañas relaciones del rey judío con sus hijos: cómo los difama y los apresa y los juzga. No llegaría a leer el final de la historia, cuando Herodes ejecuta del modo más cruel a sus hijos, pues si leyese esa parte recordaría a los asistentes que DDD mandó ajusticiar al príncipe Sabino y a Clemente. Lucía lamentaba que Josefo tuviese que omitir lo mejor: el final de su relato y su valoración, particularmente afortunada, del proceder de Herodes.

Sea como fuere, los acontecimientos que precedían a la ejecución fueron narrados con maestría. Josef leía espléndidamente, se veía cómo lo emocionaban aquellos sucesos, y Lucía notó satisfecha con qué atención lo escuchaban todos. Pero ni el rostro ni la actitud del emperador se alteraron. Lucía no pudo tolerarlo más; no quería permanecer callada por más tiempo y prescindió de los modales cortesanos, de su corrección. Cuando Josef concluyó un fragmento escrito con un brío muy especial y, sin embargo, sereno, se puso a aplaudir y a vitorearlo con su voz clara y sonora. Algunos la secundaron, y los animadores hicieron lo suyo. Pero la mayoría alzó la mirada hacia el emperador, y como éste permanecía callado también ellos callaron y no se movieron.

Josef oyó los vítores, vio la cara de Lucía y la adorable, feliz, admirada de su hijo Matías. Pero también vio el rostro tenso, frío, reprobador del emperador, del enemigo. Sabía cómo alterar esa expresión, y eso era lo único que le importaba. Supo que aquel hombre, su gran enemigo, estaba decidido a no deponer su táctica de silencio, a no permitir que se le moviese una ceja, con lo que enterraría la obra de Josef por siempre. En ese instante sintió una ira inconmensurable y se juró a sí mismo: ¡lo obligaré a cambiar de expresión!

Y no se detuvo donde tenía previsto hacerlo, sino que continuó leyendo. Perplejos, y después con una excitación creciente, mezcla de temor por semejante atrevimiento, admiración por su valor y una salvaje curiosidad por saber lo que ocurriría, Lucía, Marullo y Regino, es decir, los que ya conocían el libro, escucharon su narración. Modulando admirablemente, con frases bellamente talladas y una serenidad tenaz e indignada, Josefo refirió cómo el rey de los judíos Herodes ordenó juzgar a sus hijos y permitió que se les ejecutara del modo más bárbaro.

Mientras lo hacía era perfectamente consciente de que era una locura lanzarle al emperador a la cara semejante historia, y más ante miles de espectadores. Por insinuaciones mucho menos osadas habían llevado a los tribunales al filósofo Dío y

había perdido la vida el senador Prisco. Pero, al tiempo que se decía eso, Josef fue capaz de concentrarse plenamente en lo que hacía, y leyó de un modo contundente aunque relajado. Con una honda satisfacción se percató de que por fin lograba conmover aquel rostro pétreo. Sí, era cierto; el emperador se había sonrojado, chupaba con ahínco de su labio superior, y sus ojos comenzaron a lanzar chispas con gesto adusto. Josef se animó; un bendito sentimiento de grandeza le dio alas y sintió una dicha aún más intensa por saber que un instante después sería arrojado al abismo del modo más despiadado. Pero siguió leyendo; leyó la imponente valoración psicológica de Herodes, la moraleja con que coronaba su descripción. Quizá tenga que pagar con la vida lo que está leyendo. Pero verdaderamente vale toda una vida recitarle al emperador romano, a su enemigo, esas frases, su credo entero.

Mientras leía estaba cada vez más seguro de que era imposible ignorar los paralelismos entre su Herodes y el emperador que tenía ante sí. Sin duda, en esos momentos no había nadie entre los miles de asistentes que lo escuchaban conteniendo la respiración que no pensase en los príncipes Sabino y Clemente. Pero precisamente por eso Josef seguía leyendo: «Si realmente se sentía amenazado por ellos habría bastado con tomar la precaución de encerrarlos o expulsarlos del Imperio, a fin de dejar de temer un ataque repentino o cualquier otro acto violento. Pero asesinarlos por odio y en un arranque de pasión, ¿qué otra cosa delata sino la crueldad propia de un tirano? El hecho de que el rey pospusiera por largo tiempo la realización de su plan, la ejecución, agrava su delito en lugar de disculparlo. Pues que alguien llegue a cometer actos tan crueles llevado por un primer impulso es terrible, pero comprensible. Pero cometer semejante sacrilegio tras meditarlo detenidamente y después de grandes vacilaciones no revela otra cosa que un carácter brutal y sanguinario».

Josef había concluido, calló; su propia osadía le robó el aliento. El silencio en la amplia sala era tan denso que todos oyeron el crujir del manuscrito que enrolló maquinalmente. Una aguda carcajada rompió entonces el silencio. No era siquiera una carcajada maliciosa y, sin embargo, todos se sobresaltaron como si se les hubiera aparecido la misma muerte. Sí, Domiciano se reía, se reía con una risa aguda, no demasiado alto ni por demasiado tiempo, y con ese tono estridente tan suyo dijo sin alzar la voz, rompiendo el amplio y hondo silencio:

—Interesante, muy interesante.

Pero aquella carcajada irritó sumamente a Josef. Ahora que todo estaba perdido y que probablemente jamás podría volver a organizar un recital, ¿por qué no va a demostrar ante toda la ciudad allí congregada, y con la grandeza propia de los judíos, cómo se muere?

—Y para concluir —exclamó en la sala presidida por un silencio mortal— os leeré, a vos, mi amo y dios Domiciano, y a vosotros, mis estimados invitados, un salmo que reproduce el sentido entero de mi *Historia Universal*, el estado de ánimo con que escribí la obra, y la concepción del mundo que domina la historia del pueblo

judío. No son versos puros, son versos balbucidos en una lengua que no es la lengua materna del autor. Sin embargo, me parece que la claridad de su contenido no sufre por ello ninguna merma.

Y a continuación recitó los versos del *Salmo del valor* y proclamó:

Por eso digo:

salve al hombre que se hace reo de muerte
por decir la palabra que le dicta su corazón...

Y por eso digo:

salve al hombre al que no puedes forzar
a decir lo que no es.

Los asistentes, varios miles, escucharon sobrecogidos cómo aquel judío se atrevía a provocar a Roma y al emperador en su propia cara. Petrificados, volvieron la vista a su emperador, que escuchaba sin moverse. Todos permanecieron inmóviles cuando Josef dio por concluida la sesión, y durante medio minuto la congregación continuó inmóvil, el pálido Josef en su tribuna y el emperador en su estrado.

Finalmente se oyó la voz de Domiciano rasgando el inmenso silencio:

—¿Qué opinas tú, Sileno, mi bufón? Me parece que eres responsable de ese salmo.

Y Sileno, imitando al emperador como solía hacer, con los brazos a la espalda, le replicó:

—Interesante, eso que acaba de decir ese hombre desde su tribuna, una concepción muy interesante.

Después, siempre envueltos en silencio, Domiciano se volvió hacia la emperatriz.

—Me aseguraste —le comentó— que asistir al recital de nuestro judío Josefo me resultaría edificante. Así ha sido, en efecto. Y ahora, ¿me acompañas, mi Lucía? —le preguntó.

Pero Lucía repuso con cierta contención:

—No, mi amo y dios Domiciano, me quedo.

El emperador la saludó con gran ceremonia y, seguido por su bufón, se dirigió hacia la salida avanzando entre los asistentes, que lo saludaron inclinándose en silencio.

La sala no tardó en vaciarse. En torno a Josef sólo quedaron los más allegados. Y poco después también éstos se marcharon. Primero Cayo Barzaarone, después Marullo y Juan de Giscala. Finalmente, Josef se quedó a solas con Lucía, Claudio Regino y Matías.

La tensión y el empuje que Josef había necesitado para superar aquella hora aún no se habían disipado. Tuvo bastante presencia de ánimo para decirles a sus amigos

muy relajado, esbozando incluso una sonrisita:

—De todos modos, hemos hecho bien en organizar el recital.

Regino miró hacia el lugar donde un día se irguiera el busto de Josef.

—No creo que os erijan aquí un nuevo busto —opinó—, pero, desde luego, ahora podéis estar seguro de que el libro se leerá.

—Ha sido un momento glorioso —dijo candoroso Matías—. Y si no te han entendido bien no es tan grave. En este tipo de lecturas —dijo con aire sentencioso, impertinente— suele primar lo sensacional, lo llamativo.

—De eso ha habido bastante —afirmó Claudio Regino. Lucía intervino entonces:

—Yo sé valorar el coraje. Pero ¿qué te pasó por la mente, querido Josefo, para que de pronto te decidieras a atacar por tu cuenta y riesgo al Imperio romano en pleno?

—Yo mismo ignoro lo que pretendía con ello —replicó Josef. La artificial tensión que lo sostenía desapareció en ese instante, y se desplomó fatigado en uno de los bancos; a pesar de la pericia del esteticista de pronto les pareció viejo—. Me volví loco —dijo, tratando de explicarles lo ocurrido—. Cuando vi que ese hombre se había propuesto no abrir la boca, al constatar la cobardía de los presentes y que nadie se atrevía a seguirme, querida Lucía, y que, por el contrario, se limitaban a mirarlo a él, y al ver la burla y la inquina dibujadas en su rostro, me volví loco. Desde el principio me comporté como un loco, como un necio, al concebir siquiera la idea de este recital, al rogarte que lo invitaras. Vosotros no podíais saber, queridos amigos, lo arriesgada que era la empresa, pero yo sí debí preverlo. He tenido varios enfrentamientos con él y debía saber que terminaría así. No debí convocar esta lectura. La ira impotente que me sobrevino al constatar que lo había hecho terminó por trastornarme.

—No entiendo de qué te quejas —dijo Matías disgustado con su voz joven, profunda, inocente—. Considero una victoria inmensa, inconcebible, que el emperador de los romanos haya venido a escuchar a Flavio Josefo. Tú dices que es tu enemigo, padre mío. Mayor es entonces la victoria. El emperador, representante de cientos de millones de romanos, considera al individuo Josef ben Matatías como su enemigo, al que debe batir con sus propios medios. Josef ben Matatías a su vez no se muestra temeroso y le dice la verdad. Yo creo que ha sido una victoria enorme.

Los tres adultos sonrieron para sus adentros, conmovidos por los torpes intentos del muchacho de consolar a su padre. Claudio Regino y Lucía especulaban, y en esta ocasión no sin preocupación, sobre las intenciones de Domiciano. Pero eran impredecibles, sólo cabía esperar. Tampoco se les ocurría ninguna medida preventiva. Sería una insensatez, y no habría hecho más que acrecentar el peligro, que Josef intentase por ejemplo abandonar la ciudad.

Josef era el único que sabía con certeza que lo que acababa de hacer respondía a la misma locura que diez años atrás había empujado a los «Fanáticos del día» a organizar su insensata revuelta. Pero lo que aún podía justificarse en esos jóvenes

imberbes no podía tolerársele a él, el hombre maduro de cincuenta y dos. Y, a pesar de todo, era una derrota honorable; una derrota que llenaba el corazón del vencido de un dolor altivo, arrogante, una derrota cien veces mejor que aquellas vacuas victorias de la razón que habían dejado su corazón tan frío y yermo en años recientes. No se sentía fracasado; estaba orgulloso de su derrota, e incluso la expectación ante lo que desencadenaría lo colmaba de felicidad.

Por otra parte, su atrevimiento no le valió más que alegrías en un primer momento. Matías lo miraba con un amor y una admiración mayores que las que le habría procurado el mayor de los éxitos. Lucía lo reprendía, pero sus reproches dejaban traslucir una comprensión mezclada de ternura hacia el viejo y, sin embargo, joven corazón. Los judíos, y esta vez los de todo el Reino, ensalzaron entusiasmados a Josef. Los reparos de los más precavidos se vieron arrastrados por una ola increíble de popularidad. Josef, el hombre que había sido capaz de lanzarle a la cara al emperador hostil a los judíos la verdad de Yahvé ante miles de personas, se convirtió en el gran agitador de su tiempo. Claudio Regino no se había equivocado: pronto la *Historia Universal* tuvo más lectores que los que tuviera en su día la *Guerra de los judíos*.

En un primer momento no fue Josef, sino Matías, quien salió perjudicado por aquel memorable recital. Pues, con la excepción de unos pocos amigos íntimos, la nobleza de la ciudad de Roma le cerró las puertas al escritor, lo que repercutió aún más en Matías que en su padre.

La popularidad de que gozara palideció particularmente en los círculos más ilustres, y Matías lo percibió en su siguiente visita a Cecilia. En los últimos meses Cecilia lo había tratado con un respeto cada vez más patente, y nunca más le hizo recordar aquella premonición relativa a la orilla derecha de Tíber y el trabajo de buhonero. Por eso el golpe resultó más brutal. Su preceptor le había hablado, durante la hora de Homero, de Apión, el gran comentarista homérico medio egipcio medio judío. Con tal motivo había mencionado también sus famosos libros en los que atacaba a los judíos, y Cecilia se había apropiado de algunos de sus argumentos más despreciables y taimados. Se los expuso afanosa y turbada a Matías, y le reprochó pertenecer a esa tribu brutal, sucia y bestial capaz de profesar tales supersticiones.

Matías se lo contó a Josef, a quien aquel tonto incidente afectó sobremanera. No sólo le dolió comprobar de nuevo que su osadía obstaculizaba la carrera de su hijo, sino que le molestó tropezarse de nuevo con Apión. Recordó con amargura aquel enfrentamiento con Fineas, cuando increpó neciamente al preceptor de su Pablo por culpa de los argumentos de Apión. Al referirle ahora Matías las palabras de Cecilia, el odio que le inspiraba el difunto Apión se avivó de nuevo. Muchos, muchos años antes había llegado a conocerlo. Él era muy joven, y Apión ostentaba el cargo de rector de la Universidad de Alejandría. Aún lo recordaba, vanidoso, hinchado, pagado

de sí, con sus sandalias blancas, emblema en Alejandría de los enemigos de los judíos. A lo largo de su mudable vida Josef se había tropezado una y otra vez con él; todos los enemigos de los judíos bebían en el pozo envenenado de Apión. Y la imagen de aquel enemigo ridículo, rastrero, presuntuoso y triunfador que había logrado propagar por todo el mundo injurias tan necias como arteras se convirtió para él en el símbolo de la hostilidad al judaísmo, incluso de la ignorancia que reinaba en el mundo. Y él, como Sócrates, equiparaba ignorancia con maldad.

Caminaba de un lado a otro en el despacho de su hermosa y luminosa casa debatiendo mentalmente con Apión, su enemigo, tan locuaz como insulso. ¡Cuán distinto era este Josef de ahora, lleno de su Dios, preparando su próxima obra, al que escribiera la *Historia Universal*! Tal vez al concebirla se había propuesto una meta más alta, sólo alcanzable por medio de la fe en la razón, como la que profesaba Justo. Él, Josef, se había propasado al aspirar a ella. No era lo suyo, y lo había hecho todo mal. Ahora sabe quién es, ha logrado cierta claridad, ahora le importa un comino ese fin tan alto. Regresa al lugar del que partió. Ha perdido muchos años, pero no es demasiado tarde. Su Matías lo ha rejuvenecido.

Aliviado siente cómo se deshace de la pesada carga de la responsabilidad crítica, del limitador deber de cribar sus sentimientos en el cedazo de la razón. Piensa en Justo, y de pronto nota que no le queda ningún rastro en el corazón de su acre sentimiento de inferioridad, de su odio enamorado por el superior. Ahora no fijará la vista en ningún juez ni en la posteridad. Se dejará llevar. Escribirá lo que le dicte su corazón, no objetivamente, sino con celo y con ira; con toda la acritud que merecen sus enemigos, sus modales distinguidos, su frivolidad, su necedad. Les dará su merecido a ese muerto Apión, a los que lo precedieron y a los que lo siguieron, a los que se mofaron de lo más santo y lo más alto, a lo que jamás podrán llegar: Yahvé y su pueblo.

A continuación se sentó y comenzó a escribir su libro *Contra Apión o sobre la antigua cultura de los judíos*. ¡Qué bendición poder cantar sin cortapisas la alabanza del propio pueblo, sin el constreñimiento de ese dichoso afán de precisión! Jamás había sentido un placer semejante al que experimentó en esas dos semanas, cuando escribió, de un tirón, las cinco mil líneas de la obra. Los veía ante él. A los sandalias blancas, a los enemigos de los judíos, a esos egipcios helenizados, a Manetón y a Apión. Allí estaban, llenos de ínfulas, y él los machacaba a ellos y sus argumentos, los reducía a polvo hasta no dejar nada de ellos. Las palabras acudían a él hasta el punto de no poder contener aquel torrente, y al escribir los capítulos más brillantes pensaba en la griega egipcia Dorión y en su hijo Pablo y se le figuraba que habían sido Apión y Manetón quienes los habían alejado de él. Se burló mordaz de esos grieguecillos, de esos enanos cuyo único tesoro eran sus hermosas, ligeras, aladas, elegantes y delicadas palabras. Y les opuso a los auténticos griegos, a los grandes, a Platón o Pitágoras, a quienes los judíos conocían y valoraban, ya que, de no ser así, no habrían incorporado fragmentos de sus doctrinas a las suyas.

Y después de arremeter de tal modo contra sus oponentes erigió sobre esa negación una encendida, una brillante e imperiosa afirmación. Nada quedaba en él de su afán de cosmopolitismo. Todo lo que había reprimido penosamente durante el tiempo en que trabajó en la *Historia Universal*, todo ese valiente y desmesurado amor por su pueblo, fluía ahora en ese libro. Exaltó la nobleza de su pueblo. Había sido origen de sabiduría, escritura, preceptos, historia, mucho antes de que existieran los griegos. Había alumbrado a un gran legislador un milenio antes de que surgieran Homero y la guerra de Troya. Ningún pueblo veneraba a su dios con tanto fervor como el judío, ningún otro aspiraba como él a la virtud, y no había libros más ricos que los de su pueblo. Hemos elaborado un canon compuesto de los miles de libros que tenemos, y de esa miríada hemos seleccionado tan sólo veintidós, y esos veintidós los hemos reunido en un *único* libro. ¡Pero qué libro! ¡El libro de los libros! Y nosotros somos el pueblo de ese libro. ¡Cómo lo amamos, cómo lo leemos y lo interpretamos! El libro es nuestra propia vida, nuestra alma y nuestro Estado. Nuestro dios no se manifiesta en una forma determinada, se manifiesta en el Espíritu, en ese Libro.

En apenas dos semanas terminó su obra. Pero después, tras aquel arrebató que lo exaltara durante su redacción, tras el entusiasmo del trabajo, experimentó cierto decaimiento. Temió haber vertido su entusiasmo en un molde poco apropiado, que podía derramarse arrastrando a otros consigo. Una vez más surgió el recuerdo de Justo y la sensación de que su *Apión* no resistiría la comparación con la *Guerra judía* de aquél.

Se apresuró a presentarle el libro a Claudio Regino. Éste se mostró escéptico, debido a la celeridad de su composición. Descansaba perezoso en el diván y rogó a Josef que se lo leyese. Permaneció tumbado con los ojos entornados, poco inclinado a creer en la obra, y no tardó en interrumpir su lectura afirmando burlón:

—A nuestro Justo no le va a gustar este libro.

Algo parecido había pensado Josef mientras leía, y tuvo que hacer un esfuerzo para continuar. Pero poco a poco se apoderó de él el entusiasmo que lo había guiado durante su redacción y pronto abrió también Regino los ojos incorporándose; y finalmente, después de aproximadamente media hora, le arrebató el manuscrito, diciéndole:

—Vais demasiado despacio, permitidme que lo lea yo.

Y mientras Josef lo contemplaba en silencio, Regino siguió leyendo, ávido, hasta que le espetó:

—Mañana mismo pondré a trabajar a mis escribas —y, con una animación inusual en él, prosiguió—: Si los judíos celebrasen unos juegos olímpicos deberíais leerles este libro como Herodoto leyó a los griegos en Olimpia su obra histórica.

Aquella frase emanaba un entusiasmo como Claudio Regino no había sentido en años.

Y tal como le ocurrió a Regino les sucedió a todos los demás. Lucía, conmovida

por la fuerza y la vehemencia del libro, afirmó:

—No sé si todo lo que has escrito responde a la verdad, querido Josefo, pero tiene el sonido de la verdad.

Matías estaba encantado. Ahora tenía el material que necesitaba para replicarle a Cecilia y a su Apión. Ahora sabía por qué estaba tan orgulloso de su pueblo, de su tribu, de su padre. Todo el mundo, amigos y enemigos, estaba arrebatado con el libro, que se convirtió en un éxito mayor de lo que Josef soñara jamás. Ya no cabía duda de que Flavio Josefo se había convertido en el primer escritor de su tiempo.

Hubo momentos, sin embargo, en que aquel éxito se le antojó vano. Evitó tropezarse con Justo, pero algunas veces, a solas y sobre todo en la noche, discutía con él. Escuchaba sus burlas y trataba de justificarse apelando al entusiasmo de los demás. Pero ¿de qué le servía? Había traicionado su misión. Sabía que Justo tenía razón y no los que lo aclamaban. Y se sentía fatigado, fatigado de las victorias y de las derrotas.

Pero esos momentos de flaqueza no fueron demasiados. Había esperado ese éxito mucho tiempo, y ahora se alegraba de él. Se deleitaba pensando que los mismos judíos que lo habían denostado sin conocerlo lo saludarían por fin como su defensor más eficaz. Se deleitaba pensando que sus enemigos griegos y romanos por fin constatarían la inspiración que subyacía en su libro. Y aquel éxito tan ansiado le sirvió asimismo para afirmarse ante Lucía y, sobre todo, ante Matías.

También Mara leyó el *Apión*. Escribió a Josef unas palabras sencillas y cándidas comunicándole entusiasmada lo que pensaba. Era un libro que entendía enteramente, era un libro que agradaba a su corazón. Y a continuación le refirió los últimos acontecimientos de su propiedad de Be'er Simlai. El administrador Teodoro bar Teodoro era un hombre de buen entendimiento y fiel corazón, e instruía a Daniel con éxito en sus menesteres. A Daniel se le daba bien la agricultura, todos estaban a gusto a pesar de que vivían en Samaria, cerca de Cesarea, entre gentiles, y los pocos vecinos judíos tampoco les hacían la vida fácil; miraban de reojo todo lo que tuviera que ver con Josef, sobre todo por los privilegios que le concedían los gentiles. Pero quizá las cosas cambiaran tras la publicación del *Apión*. Su hija Jalta tenía un pretendiente que le agradaba. Tenía el título de doctor por la Universidad de Yabne y, a pesar de ello, no era engreído y ejercía con modestia y celo el oficio de orfebre. Ciertamente trabajaba fundamentalmente para gentiles, y ella no sabía si eso constituía un impedimento para sus relaciones. Como la primavera ya había llegado y Josef se pondría pronto en camino para reunirse con ellos, él mismo podría ocuparse de todo. También sería bueno para Daniel someterse de nuevo a la vigilancia paterna, y para Matías no permanecer mucho tiempo en Roma. En la nave *Felix* habían comido en abundancia, aunque las viandas no habían sido las mejores. Josef debía cuidar de que no le arruinasen el estómago.

Josef ve a Mara mientras lee y lo inunda un cálido sentimiento de ternura. Pero no tiene ninguna intención de regresar a Judea. Ahora más que nunca pertenece a este lugar, a Roma. Precisamente ahora, tras la aparición del *Apión*. Se siente dichoso, la felicidad le ha llegado en el momento justo, en una época en la que aún puede disfrutarla, en que aún conserva la energía que requiere el placer. Y Roma es el marco adecuado, el único posible para esa dicha. Ahora se siente llamado a seguir escribiendo según el dictado de su corazón, ha sido elegido para cantar la alabanza de su pueblo y defenderlo. Y eso sólo puede hacerlo en la capital enemiga.

Además, ¿cómo podría abandonar ahora a Matías? Llevárselo de Roma, arrancarlo del servicio de Lucía es impensable so pena de quebrar los ambiciosos sueños del muchacho, su propia estima. No, no tiene intención de hacerlo. Y tampoco quiere separarse de él. Lo mejor que tiene es el brillo que emana de su Matías, el amor y la admiración de su hijo. ¡Cuánto lo ama! Lo ama como Jacob el patriarca amó a su hijo Josef, como a un dios, con un amor sacrílego así lo ama. Y Josef entiende que Jacob le regalase la suntuosa túnica que le acarreó envidias y desgracia. Él haría lo mismo, adornar a su Matías con todo el lujo del mundo. Y aunque haya quien lo dude ha hecho bien en introducirlo en el centro del esplendor del Palatino. ¿A quién no se le alegra el corazón al ver al muchacho? El Palatino le queda incluso pequeño. Su túnica no es lo bastante lujosa. Por otra parte, desde la aparición del *Apión*, hasta Juan de Giscala calla y no pone ningún reparo.

Y eso que el peligro sigue ahí, el peligro que él mismo ha convocado con su atrevimiento. Pero él se lo toma a broma. Aunque Domiciano quisiese vengarse del autor de la *Guerra de los judíos*, de la *Historia Universal*, del *Apión*; aunque arremetiese contra su vida, ¿qué podría ocurrir? Con una muerte semejante Josef no haría más que ofrecer de nuevo testimonio en favor de Yahvé y de su pueblo, coronaría su libro y aseguraría la inmortalidad de toda su obra.

Josef se paseaba por Roma feliz, radiante, como si fuese el hermano mayor de su Matías. Acudía diariamente al Palatino a ver a Lucía. Esa mujer le resultaba imprescindible. Sentía por ella una amistad en la que subyacía un deseo que a veces le trababa la lengua, a él, el elocuente, y lo hacía enmudecer. No hablaban de su relación, la luminosa y abierta Lucía tampoco permitía, al igual que él, el hábil Josef, que aquello se plasmase en palabras. Precisamente ese silencio cargado de muchas cosas y muy confusas hacía más atractiva su amistad.

Ella despertaba en él sentimientos y pensamientos largamente olvidados; sentimientos e ideas que había sentido cuando, siendo muy joven, se retiró al desierto para dedicarse a Dios y al conocimiento. Le pareció que Dios consideraba meritorio que se comportase castamente, como si privarse de Lucía le confiriese nuevas fuerzas.

En una ocasión, estando reunidos, Lucía le dijo con una extraña sonrisa en los voluptuosos labios:

—Mi querido Josefo, si él lo supiera.

—Se pondría hecho una furia —le replicó él—, se pondría furioso y callaría, y me prepararía una muerte digna de un mártir. Pero no sería un martirio tratándose de ti.

—¡Ah —se rió Lucía—, te refieres a Varriguita! No pensaba en él. Pensaba en Matías.

Y de pronto le espetó muy seria mirándolo con esos ojos suyos excesivamente separados:

—¿Sabes, mi Josefo, que estamos engañando a tu hijo Matías?

Porque el muchacho se había enamorado de Lucía, como tantos otros. Lo fascinaban su carácter abierto, su alegría, la plenitud que emanaba de su vida entera, la insaciabilidad con la que tomaba y daba la vida. Ser como ella era lo más excelso a que podía aspirar un mortal. Ella bromeaba con él a menudo a su manera confianzuda e inocente, y eso la unía más a él. Pero también lo tomaba en serio y escuchaba sus consejos. Para él fue decisivo que, por indicación suya, instalase sendas jaulas de pavos reales en su villa de la Via Apia y en su posesión de Bajae, y que encargase su cuidado a las personas que designó su amigo Anfión, el empleado de Regino. No sabía cómo llamar a ese vínculo tierno, palpable, que lo unía a Lucía. Le habría parecido un sacrilegio llamarlo amor, ni aun en pensamientos, y se asustó al ver surgir en él algo que difícilmente podría haber denominado de otro modo que deseo. Desearla era un atrevimiento tan insensato como que un joven romano deseara a la diosa Venus.

Eso no impedía que de vez en cuando envidiase a su padre por la forma en que lo miraba Lucía y cómo le permitía ella que la mirase, pues sucedía que ambos no hacían alarde de su amistad pero tampoco se esforzaban seriamente por ocultarla. Matías se prohibió cualquier pensamiento irrespetuoso para con su padre o la emperatriz, su ama, pero no por ello acalló sus dudas. Trató de dominarlas incrementando la admiración que profesaba a su padre. ¿Dónde podría encontrarse en el orbe otro hombre que pudiese conmover por el mero poder de su palabra los corazones de gentes de todo rango y clase; capaz de emocionar tanto al sencillo campesino judío de Galilea como a los sutiles y viciosos griegos, e incluso a esa mujer grande, excelsa, a la emperatriz?

Ante ella, ante Lucía, se mostraba doblemente servicial precisamente a causa de esas raras sospechas rápidamente desechadas con que la inculpaba a ella y a su padre.

Capítulo segundo

Por fin se ha marchado, y ella ni siquiera lo lamenta. Siente un vacío en su corazón, es cierto, pero si lo analiza cuidadosamente no lamenta que se haya ido.

Las esperanzas que había concebido en torno a su Pablo no se han cumplido. Se ha convertido en un ser plano y vulgar. La educación de Fineas y la suya propia no sirvieron de nada. Es arrogante su Pablo, pero no con ese orgullo esteticista de su padre, el gran pintor Fábulo, ni tampoco con el orgullo fiero, nervioso, de Josefo ni la aguda, dominante altivez que ella misma tuvo un día. No, el orgullo de su hijo no es más que el necio, vacío y brutal orgullo nacionalista de los romanos: el orgullo de formar parte de los que han logrado conquistar el mundo a hierro y sangre.

La litera se bambolea suave y rítmicamente sobre los hombros de los expertos porteadores capadocios. Dorión regresa de la segunda piedra miliar de la Via Apia, hasta donde había acompañado a su hijo. Sí, la litera avanza casi sin moverse. Tiene ciertos privilegios; el corredor que le abre paso sostiene el escudo color óxido con la corona dorada, y también las cortinas marrones de la litera la exhiben: indica que hay que cederle el paso, ya que forma parte del ajuar de un ministro del emperador. Pero esa comodidad no dulcifica los pensamientos de la dama Dorión.

Pablo ha emprendido, pues, el regreso a Judea. Ha llegado lejos, ha demostrado ser un buen soldado, lo han nombrado ayudante del gobernador Falco, se le escucha; en esta última visita ha agradado particularmente a su padrastro Annius, su marido. Hará carrera. Destacará en la próxima campaña y, puesto que tanto lo desea y no le falta energía, llegará a ser gobernador de Judea y los judíos sabrán lo que es un romano. Y no está descartado que satisfaga su mayor sueño y consiga dirigir los ejércitos del Imperio, como ahora Annius. Es muy romano, y los tiempos son muy romanos, también lo es el emperador, y Annius ama al extraordinario oficial Pablo, ¿por qué no habría de sucederlo?

¿Y qué ocurrirá cuando alcance todo eso? Pensará que ya ha llegado a la cumbre. Y creará que también ella, Dorión, está satisfecha con sus logros. ¡Ah!, qué poco sabe de ella su hijo Pablo.

Recuerda con amargura los soeces accesos de ira contra los judíos a los que Pablo, antaño tan distinguido, se ha entregado en la mesa. Sus acres y necias palabras le habían repugnado doblemente por haber leído poco antes el *Apión*. Había vacilado en hacerlo pero, como todo el mundo hablaba del libro, lo leyó. Y le ocurrió como a los demás: le pareció escuchar la voz de Josef mientras lo leía, no logró zafarse de su voz, y en ocasiones se le figuró que le hablaba únicamente a ella. El libro la llenó de ira y de vergüenza y, ¿por qué no reconocerlo?, también la conmovió al hacerle revivir todos esos viejos, apasionados sentimientos que la unían al hombre que le hablaba desde ese libro con ese fervor y esa pasión.

En varias ocasiones había pensado darle el libro a Pablo. Siempre se reprochará no haberlo hecho. Pero en el fondo se alegra de ello, pues probablemente no se le

habrían ocurrido, a propósito del *Apión*, más que comentarios vacuos y malignos, y eso le habría dolido aún más.

La vida está llena de extrañas coincidencias. Quizá, después de vivir semejante decepción con Pablo, su segundo hijo, Junio, le depare más alegrías. Por el momento no parece que así sea. Por el momento parece que sale al padre, a Annius, y que se convertirá en un joven dominante, disciplinado, ruidoso y seguro de sí, y sobre todo muy romano. Y que se adaptará bien a los tiempos. Ella trata de negarlo, y quiere ver en él lo que no hay. Pero ahora, mientras regresa en su litera de la segunda piedra miliar de la Via Apia, también eso se le antoja turbio y falto de esperanza.

A través de las cortinas de la litera le llega el bullicio de Roma. Todos se detienen a su paso, los ciudadanos de la gran ciudad le ceden el paso brindándole honores. Sin duda la envidian. ¿No ha llegado también muy lejos la hija del pintor que se consumía en su amor propio jamás saciado? Él habría disfrutado al ver lo que ha conseguido. Tiene un marido amante y fiel, el ministro de guerra Annius Bassus, que goza del favor del emperador desde hace ya muchos años. Tiene dos hijos, ¿cómo se dice?, hermosísimos, ambos sanos. Pertenece a la primera nobleza del reino y, según todos los cálculos, sus vástagos accederán a los cargos más relevantes del Imperio. ¿Qué más puede desear?

Desea muchas cosas y, aunque durante el día logre ahuyentar los malos pensamientos, sus noches están llenas de amargura. ¿Dónde está la frágil Dorión de antaño con su fino y puro perfil y el rostro tierno, altivo? Cuando se mira en el espejo no ve más que una mujer enjuta, amargada, infeliz, que envejece, y de poco le vale que su fiel Annius no repare en ello y siga amándola como siempre. Está en la cuarentena, ya ha llegado, y ¿qué le ha dado la vida? ¡Cuánto más habría podido tener! Ha dilapidado su vida, la ha arruinado con su frivolidad. Ella misma quiso separarse con malevolencia del único hombre a quien pertenece. Y si su hijo lleva ahora una vida vacía, vulgar, ruin, la culpa es suya, precisamente por esa separación. Pues, si se hubiera quedado con ese hombre, Pablo seguiría siendo como fue en un principio.

En los últimos tiempos ha tenido que oír muchas cosas, lo quisiera o no, de su antiguo marido. Fuera donde fuera sonaba su nombre. Supo de la partida de Mara y de los hijos de Josef, se encogió de hombros. Supo de la *Historia Universal*, la leyó, se encogió de hombros y la dejó a un lado, y supo que a otros muchos les había ocurrido lo mismo. Y eso la llenó de satisfacción. El tipo era un buen escritor siempre que rebosara pasión, como cuando estuvo a su lado deseándola, pero desde que se separó de ella está acabado. Luego supo que había introducido a su hijo en el Palatino, al servicio de Lucía, y se encogió de hombros. Siempre fue ambicioso, ese Josef, y al ver que la literatura no lo encumbraba lo intentó con burdas artimañas de arribista. ¡Que lo intente! A ella le convenía poder nublar su imagen con una pátina de desdén e indiferencia. Y supo más cosas de él. Oyó que quería organizar un recital, curiosamente en el Templo de la Paz, y que el emperador asistiría a esa lectura. A

punto estuvo de acudir. Pero pensó que daría lugar a comentarios, lo que disgustaría a Annius, y realmente Josef no le importaba tanto como para pagar ese precio por estar presente y verlo pavonearse ante los demás. Y se encogió de hombros y no acudió al Templo de la Paz.

Pero después escuchó otras cosas y lamentó mucho no haber asistido a la lectura, pues no se había mostrado ambicioso, cualquier cosa menos eso; debió de ser un espectáculo magnífico verlo arrojarle al emperador a la cara su verdad y sus injurias ante tres mil espectadores. No, desde luego no es un cobarde, de ninguna manera. Cierto que tampoco lo es Annius, ni su hijo Pablo. Ambos hacen un buen papel en la batalla. Pero la valentía de Josef es un coraje por completo distinto, mucho más atractivo. Un tanto vocinglero, tal vez, pero grandioso en cualquier caso, pues de no ser por ese valor extraño, llamativo, exhibicionista y grandioso no se habría prestado a ser flagelado por su causa. Y, al recordarlo, su cara morena se turba con un leve sonrojo.

No quiere seguir pensando en ello, no quiere seguir sola, quiere distraerse, ver gente. Ordena detener la litera y descorrer las cortinas. La variopinta ciudad le sale entonces al encuentro con sus mil rostros. Muchos la saludan. Aquí y allá ordena a los portadores que se detengan y charla con éste o aquél. Y así logra aplacar su desazón.

Al llegar a su casa, sin embargo, se encontró con un visitante que la obligó a enfrentarse de nuevo, y esta vez más intensamente, con su pasado y con Josef. Fineas la esperaba; el griego Fineas, el preceptor de Pablo, el enemigo de Josef.

Cuando Dorión entró lo encontró muy sereno mirándola con su gran cabeza extraordinariamente pálida y las manos largas y descarnadas posadas con gran sosiego. Pero Dorión sabía cuánto esfuerzo le costaba ese sosiego. Fineas amaba a Pablo. Había dedicado gran parte de sus mejores años a convertir a su amado y principesco Pablo en un auténtico griego, pese a lo cual el muchacho había escapado a su influjo convirtiéndose en lo que el griego Fineas más desdeñaba, en un verdadero romano. A pesar de todo, seguía amándolo. Cuando Pablo visitó Roma dos años antes Fineas se esforzó enconadamente por ganárselo, por retomar la relación con su querido pupilo. Pero Pablo se le resistió; se mostró tenso, rígido, lleno de fría afabilidad, y a su madre la conmovió la dignidad con que se lo tomó Fineas, sin asomo alguno de sarcasmo, al estilo griego. Pero esta vez, en la última visita de Pablo, ¡qué temerosa expectación había debido embargar a Fineas, cuánto habría anhelado que lo llamase o lo visitara!

Pero Pablo estaba harto de aquel incómodo personaje y se marchó sin que su preceptor llegase a verlo.

Allí tenía, pues, a Fineas, aguardando ansioso noticias de Pablo. Pero no reveló su impaciencia en ningún momento e inició la conversación refiriéndose a asuntos

intrascendentes.

Dori3n sinti3 l3stima de 3l. A pesar de la reserva de su trato, se conocían muy bien: 3l conocía sus turbias relaciones con Josef. La decepci3n por el hijo que se le escapaba, cada día más ajeno, más vulgar, los unía, y Fineas era seguramente la única persona capaz de entender cuán poco la satisfacían su propia y esplendorosa vida y la brillante carrera de su hijo.

De modo que no esper3 a que le preguntase para hablar de Pablo. Le refiri3 las conversaciones que habían mantenido, con objetividad, sin valorarlas, sin quejarse y sin hacer reproches. Pero, al concluir, dijo:

—La culpa de todo la tiene Josef —y, aunque su actitud y su voz no se habían alterado en ning3n momento, en sus ojos color mar brill3 una ira incontinida.

—Puede ser —replic3 Fineas— y tambi3n puede que no. No alcanzo a entender a Flavio Josefo; lo que es, y lo que hace, sigue siendo ajeno a mí, incomprendido e incomprensible como un animal. Y si alguna vez me ha parecido entrever sus m3viles siempre result3 que su encadenamiento era otro. Hace poco nos asombramos, sin ir más lejos, del valor con que fue capaz de lanzarle al emperador a la cara sus insolentes y levantiscas convicciones. Lo que hizo y dijo, y cómo lo hizo, nos pareci3 ciertamente ridículo y contrario a la raz3n, pero reconocimos el coraje que manifestaba en su absurdo comportamiento. Y ahora resulta que nuestro Josefo no necesitaba tener para su gesto heroico el valor que le alabamos.

Dori3n lo mir3 atentamente a la cara con sus ojos color mar.

—Por favor, continuad, querido Fineas —le rog3.

—El tipo —le explic3 Fineas con su voz armoniosa y profunda— no necesitaba tanto valor porque contaba con un importante apoyo, con la más poderosa protectora que pueda tener nadie en el Palatino.

—Me decepcionáis, Fineas —le respondi3 Dori3n—. Primero hacéis como si fuerais a contarme una increíble novedad, y después me decís, dándoos aires, que Lucía defiende a los judíos y, en particular, a Josefo. ¿Es que todavía hay alguien que lo ignore? ¿Y por qué motivo debemos considerarlo menos valiente por eso? Una palabra amable en boca de nuestra emperatriz no es escudo lo bastante seguro contra ciertos peligros.

—Tal vez no una mera palabra —dijo Fineas—, pero sí la seguridad de que la primera dama del reino, la mujer sin la cual el emperador es incapaz de vivir, llegaría a poner todo su empeño, incluso a arriesgar su vida, por protegerlo a él, a su héroe, de cualquier peligro.

Dori3n palideci3.

—No os tengo por un charlatán, querido Fineas —dijo—, que repita los cotilleos del Palatino sin comprobar su veracidad. Supongo que, si propagáis infundios tan peligrosos, tendréis razones y pruebas de lo que decís.

—No los propago —la corrigi3 con suavidad—, únicamente os lo cuento a vos, mi ama Dori3n. ¿Razones y pruebas?

Sonrió preparándose para un largo discurso.

—Ya sabéis, ama Dorión, que no estoy de acuerdo con muchas de las afirmaciones y actos de nuestro amo y dios Domiciano. Más bien, jamás os he ocultado nada, paso por ser un enemigo del Estado en el sentido que da Norban al término, pues exijo más autonomía para Grecia de la que disfrutamos, por lo que pongo en peligro la continuidad del Reino, y vos y Annius Bassus no deberíais en realidad admitirme en vuestra casa, y es prácticamente seguro que acabaré mal. Es un milagro que el emperador aún no haya ordenado mi ejecución o no haya decidido exiliarme allende vuestras fronteras como ya hiciera con mi gran amigo Dío de Prusa.

—Ahora sí os mostráis excesivamente locuaz —dijo Dorión impaciente— y os desviáis del tema.

—Sí, lo soy —le replicó Fineas sin ofenderse— todos los griegos lo somos, nos deleitamos con la palabra bien dicha. Pero no me estoy desviando de nuestro asunto. Como muchos senadores insatisfechos conocen mi talante y saben que soy enemigo de este régimen se expresan sin ambages ante mí y no me excluyen al exponer sus críticas al Palatino. Sé, por tanto, que el senador Próculo manifestó a sus íntimos que en tres ocasiones se le había brindado la oportunidad de observar al judío Josefo conversando con la emperatriz, creyéndose ambos a solas. Se percató de ciertas miradas, medias palabras, pequeños gestos, nada más. Y, sin embargo, estaba persuadido, y con una seguridad tan irrefragable como si hubiera asistido a su tálamo, de que algo más que la admiración por un escritor con talento ata a la emperatriz Lucía a ese hombre. Al senador Próculo se le pueden reprochar muchas cosas, es un republicano pertinaz y un romano impenitente, pero hay que concederle una cualidad: tiene ese don psicológico práctico tan característico de los romanos. Eso es todo lo que tenía que decir, ama Dorión, y ahora afirmad otra vez que me he desviado del tema.

Dorión estaba lívida. Jamás había sentido celos de Mara ni de las numerosas mujeres que cortejó Josef. Pero si era cierto que tenía relaciones con Lucía, como afirmaba haber percibido ese senador Próculo, aquello la trastornaba en lo más íntimo. Su vitalidad siempre había sido artificial, se había visto obligada a extraerla de los más remotos rincones de su ser. Ahora había agotado la parte que le correspondía y se había convertido en una mujer vieja, pero como Annius seguía viendo en ella a la Dorión de antes no quiso desengañarlo; también Josef, al pensar en ella, recordaría sin duda a la Dorión de antaño. Pero Lucía encarnaba todo aquello que Dorión habría querido ser: la vida que bulle, salvaje. A pesar de las diferencias entre ambas, Lucía representa a una Dorión más perfecta, más joven, mejor. Y Lucía es más bella, Lucía es más vital, Lucía es la emperatriz. Si es cierto lo que ha creído ver el senador Próculo, Lucía conseguirá borrar del corazón de Josef el último rastro de Dorión. Entonces no quedará nada de ella en Josef.

Pero no es posible. No son más que chismes de un senador insatisfecho, de un republicano impenitente al que el odio hace ver visiones, a lo que se suma el odio del

propio Fineas.

Y, aunque así fuera, ¿qué pasaría? ¿Acaso todavía ama a Josef?

Naturalmente que lo ama. Siempre lo ha amado. Fue una estúpida al separarse de él. Ahora tiene a Annius en lugar de a Josef. Y Josef, el sabio, el afortunado, la ha cambiado por Lucía. Y ni siquiera lo deseó. Sólo la amaba a ella, pero ella lo obligó a buscarse una sustituta, ella arrojó a Josef en brazos de Lucía.

Pues no. No lo toleraré. Las cosas no pueden quedarse así. No tiene ninguna intención de permanecer al margen, como espectadora. Le arruinaré ese bocado.

—¿Y Domiciano? —le pregunta sin más.

Fineas la mira de frente y reconoce en sus ojos un destello perverso, astuto, odioso, familiar. Eso es lo que quería ver. Ha preparado el terreno con maña guiándola precisamente hasta ese punto; el plan debe surgir de ella. Como antaño la Universidad de Yabne, ahora ha encontrado de nuevo el talón de Aquiles de su enemigo; cierto, el asunto requiere habilidad, pero el punto es débil, vulnerable, y grandes las expectativas de poder acertar y derribar por fin al odiado Josefo.

—Sí, Domiciano —replicó, por tanto—, ésa es la cuestión: ¿qué piensa Domiciano de todo ello?

Dorión repuso entonces con la misma lentitud, con su voz fina, sinuosa:

—Es muy desconfiado. A menudo sospecha más de lo que hay. ¿Cómo no habría de descubrir lo que es cierto?

Fineas le respondió:

—¿Quién conoce los pensamientos del emperador? Es aún más inescrutable que el judío Josefo.

—De cualquier modo es curioso —Dorión siguió dándole vueltas— que no arremetiese contra Josef tras aquel famoso recital. Quizá tenga algo que ver. Quizá sea verdad que DDD sabe algo y no quiere admitirlo.

Fineas sugirió entonces:

—Quizás haya un modo de obligar al emperador a admitir que su mujer mantiene una amistad de todo punto perniciosa con el judío Josefo.

Dorión, a su vez, le replicó con el mismo fulgor levemente perverso en sus ojos color mar:

—Sea como fuere, os doy las gracias, querido Fineas. Vuestro prolijo informe no estaba tan alejado del tema como creí en un principio.

A partir de ese momento se intensificaron los comentarios que circulaban en Roma sobre la relación que mantenía la emperatriz con el judío, y no hubo rincón donde no se escucharan.

Norban no había olvidado la ira del emperador al contarle el chiste que se había permitido Aelio a su costa, y consultó con Mesalino si debían informar del rumor a DDD.

—Lucía está ahora en Bajae —sopesó Mesalino—, el judío Josefo ha pasado varias semanas allí. No veo ningún motivo para ocultárselo a DDD.

—DDD se extrañará de que se le informe de tal cosa. No tiene nada de particular y es del todo intrascendente que el judío quiera estar cerca de su hijo, en Bajae. A DDD le parecerá grotesco que un hecho tan nimio dé pie a semejantes sospechas.

—Y lo es —admitió el ciego con su dulce voz—. Y, sin embargo, no estaría de más informar a DDD de que la emperatriz muestra un interés por el judío y su hijo que irrita a muchos.

—Sería conveniente —replicó Norban—, pero es un asunto espinoso. ¿Podrías ocuparos vos, estimado Mesalino? Prestaríais un gran servicio al Imperio romano.

—DDD debe caer en la cuenta por sí mismo —afirmó entonces Mesalino—. Considero que entre vuestras funciones está que DDD caiga en la cuenta por sí mismo.

—Pero, aunque llegue a concebirlo, bastará con una carcajada de Lucía para hacer desaparecer tales sospechas, dejando tan sólo el encono que le inspiraría el hombre que le hubiera hecho reparar en ello.

—No es bueno —repuso Mesalino sentencioso— que el amo y dios Domiciano dependa de tal modo de una mujer. Tal vez sí deberíais atreveros, querido Norban, a hacerle reparar en el asunto. Es competencia vuestra, y con ello prestaríais un gran servicio al Estado.

A Norban esa entrevista le dio qué pensar. Era amigo del emperador, le era fiel, le tenía por el mejor romano, y odiaba a Lucía por muchos motivos. Sabía muy bien que pertenecía a una estirpe mejor que la suya, y el modo afable aunque indiferente con que lo trataba de cuando en cuando lo irritaba sobremanera. Habría preferido mil veces que lo odiase y que tratase de poner a DDD en su contra. También lo ofendía que ella, a quien el amo y dios Domiciano honraba con su amor, no supiera aparentemente apreciar ese amor en lo que valía. Creía sinceramente que su influjo perjudicaba al emperador y al Imperio. El mero trato con Josef era una afrenta para DDD, mermaba su popularidad y, por lo demás, no era impensable que Lucía se acostase con el judío.

Pero ¿qué podía hacer él, Norban, para impedirlo? A Mesalino le resultaba fácil decir: «¡Haced que el emperador repare en ello!». Pero ¿cómo? ¿Qué podía hacer Norban para que se decidiese a proceder contra el judío y contra la mujer?

Mientras se debatía con esos pensamientos encontró un día entre su correspondencia una misiva confidencial de Falco, gobernador de Judea, sobre la situación de la provincia. En su escrito el gobernador le informaba, entre otras cosas, de que habían encontrado en su archivo una lista en la que figuraban los llamados descendientes del rey David. Tiempo atrás se encomendó a sus antecesores la vigilancia de esas gentes, si bien en los últimos años el asunto parecía relegado, al olvido. Tras abrir una nueva investigación se descubrió que en Judea sólo quedaban con vida dos de esos descendientes del viejo rey: un tal Jacob y un tal Miguel. En los

últimos tiempos se había vuelto a oír hablar de ellos, que por cierto no se hacían llamar judíos, sino cristianos, o mineos. Él mismo los mandó apresar y, al considerar conveniente alejarlos del país, los había embarcado rumbo a Italia para que pudiesen observarlos de cerca en el Palatino y decidir su destino. Los retoños de David, Jacob y Miguel, estaban, por tanto, de camino hacia Roma.

Mientras leía el escrito del gobernador Falco Norban recordó el delicado pabellón de verano del parque del Albano y, ante él, las solemnes figuras de los doctores de Yabne; y reparó en que también el judío Josef descendía de David, por lo que tanto él como su hijo Matías tenían ciertos derechos sobre el dominio del orbe. De pronto vio el *Salmo del valor* que Josef había tenido la insolencia de declamar ante el emperador bajo una luz distinta, mucho más peligrosa; también la amistad de Josef y de su hijo con Lucía adoptó de pronto otro cariz, más siniestro. Era una declaración de guerra dirigida contra el emperador y contra el Imperio. El rostro ancho y cuadrado de Norban se desfiguró dibujando una sonrisa que descubría sus grandes dientes amarillos, sanísimos. De pronto vio la forma de señalar a su amo el peligro que emanaba de las relaciones de Josef con Lucía sin arriesgar su propia vida. Al recordársele la superstición judía de los herederos de David y del Mesías el emperador sin duda dirigirá sus pensamientos en la misma dirección que él. Cuando mencione, o incluso le presente a ese Jacob y a ese Miguel, le recordará que Josefo y su hijo pertenecen a la misma estirpe, y el precavido y desconfiado DDD no podrá por menos que reflexionar detenidamente sobre el judío Josefo y su hijo, y la amistad que los une a Lucía.

Envió a un correo al Albano para preguntar si el amo y dios Domiciano tendría la deferencia de recibirlo en los próximos días.

El amo y dios Domiciano solía pasar ahora la mayor parte del tiempo solo en el Albano. Acababa de estallar la primavera, pero él era incapaz de disfrutar de ella. Dormitaba en sus invernaderos y observaba a sus animales salvajes, pero tenía tan poca conciencia de los frutos artificialmente madurados como de la pantera que lo miraba soñolienta desde un rincón de su jaula. Se forzaba a trabajar, pero se distraía. Mandaba llamar a sus consejeros y escuchaba sus informes sin gran entusiasmo, pero después dejó de oírlos. Hizo que le llevaran mujeres, y las dejaba partir sin tocarlas.

No ha olvidado la insolencia del judío Josefo, y no tiene la menor intención de dejar impune su crimen. Pero el castigo debe ser cuidadosamente meditado. Pues tal monstruosidad, declararle la guerra a él, a su mundo y a sus dioses, en público, no respondió a un impulso de su corazón, sino a la voluntad de su dios. Y que Lucía lo convenciera de asistir a aquella recitación del *Salmo del valor* no se debió a un capricho suyo, sino que también obedecía, sin que ella lo supiera, a un designio de su peor enemigo: el dios Yahvé. Es extraño, y lo atormenta más allá de su propio interés por Lucía, que Yahvé haya logrado poner a esa mujer de su parte arrebatándosela a Júpiter, a la que por nacimiento pertenece. Es un dios artero ese Yahvé, y Domiciano debe sopesar detenidamente cada uno de sus pasos.

Rechaza cualquier sospecha de que el vínculo que une a Lucía con el judío tenga algo que ver con el sexo. Si se tratase del placer carnal ambos ocultarían su relación. En lugar de eso el judío le ha declarado la guerra ante Roma entera y con la aquiescencia de la emperatriz, cegado, sin duda, por su dios.

Lo más sencillo sería, naturalmente, acabar con todos: con el judío Josefo y su retoño Matías, y, para terminar, con Lucía. Pero por desgracia Domiciano sabe muy bien que esos métodos tan directos no son tan eficaces como cabría pensar. Muchos se han dejado ya contagiar por el veneno de ese frenesí judío, y la muerte de un par de infectados no asustaría a los otros, sino que los haría ansiar aún más el veneno. Cuando la demencia atrae a la muerte ésta no resulta amarga, sino dulce.

¿Cómo erradicar la manía oriental? Cualquier medio le parece válido: argucias, amor, amenazas. Pero ¿por dónde empezar? No lo sabe.

Trata de concentrarse, entra en su capilla doméstica y se dirige en busca de consejo a su diosa, la diosa de la claridad, Minerva. La halaga, la amenaza, y vuelve a alabarla. Se ensimisma en su contemplación. Mira fijamente con sus grandes ojos miopes y saltones los grandes ojos redondos, de lechuza, de la diosa. Pero ella no se deja domeñar, no se aviene a hablarle; muda y oscura lo mira con sus fieros ojos. Él en cambio le ruega de nuevo, se esfuerza lo indecible, la conmina. Y finalmente logra su objetivo, le arranca la ansiada palabra, ella abre la boca y le dice:

—¡Oh, querido Domiciano, mi hermano, mi predilecto, mi protegido!, ¿por qué me obligas a decirte lo que no deseo? Mas Júpiter y los hados me lo han ordenado. De modo que atiende y ten valor. Debo abandonarte, no puedo seguir aconsejándote, mi efigie en tu capilla será a partir de hoy una cáscara vacía carente de vida. ¡Oh, cuán grande es mi pesar, Domiciano, amado mío! Pero debo alejarme de ti, no puedo seguir protegiéndote.

A Domiciano le tiemblan las piernas, se le corta el aliento; un sudor frío envuelve todo su cuerpo y tiene que apoyarse en la pared. Se dice que no ha escuchado la voz de su Minerva; que ha sido su enemigo, el dios Yahvé, quien ha hablado por boca de su efigie, con falsedad, para asustarlo. Todo ha sido un sueño, una de esas falsas visiones que a menudo se producen en la tierra de Yahvé y que conoce por los informes de su soldado Annius Bassus. Pero nada de eso le sirve de consuelo, no remite el pálido y frío temor que lo atenaza.

En aquel tiempo crecieron su misantropía y su suspicacia. Dio al gran chambelán y al prefecto de su escolta orden de que impidieran por cualquier medio que se le acercase nadie o entrase un arma en el palacio. Y encomendó a sus arquitectos forrar las salas y la recepción tanto del Palatino como de su palacio del Albano con metal pulido a fin de percatarse en todo momento, de pie o tumbado, de la presencia de cualquiera que osara acercarse a él.

Así transcurrían los días del emperador en el Albano cuando el ministro de policía solicitó audiencia. Se alegró de ver a Norban. Se alegró de poder salir de su mundo de ensueño y acercarse de nuevo a la realidad. Curioso y afable, incluso con cierta

ternura, encaró el rostro fiel, brutal y socarrón de su servidor y se deleitó, como siempre, al ver el grueso y negrísimo cabello caer desordenado y formando bucles sobre la frente de su basta cara.

—Bueno, bueno —dijo animándolo a hablar y arrellanándose en su asiento—, y ahora cuéntame con todo detalle qué novedades hay en Roma.

Así lo hizo Norban, presentándole un prolijo informe de los últimos acontecimientos de la ciudad y el Imperio, y su voz firme y poderosa parecía realmente hecha para ahuyentar los malignos sueños del emperador y devolverlo a la realidad.

—¿Y qué se sabe de Bajae? —preguntó el emperador tras unos minutos. Norban se había propuesto hablar lo menos posible de Lucía, Josefo y Matías; el emperador debía sacar por sí mismo las conclusiones pertinentes.

—¿De Bajae? —repitió precavido sus palabras—. Por lo que sé, la emperatriz se encuentra a gusto allí. Hace mucho deporte, nada a pesar de la época, organiza carreras de remos en la bahía, ve a mucha gente, gentes de todo tipo, y también se dedica a la lectura.

Hizo una pequeña pausa, pero después no pudo reprimirse y añadió:

—Ha escuchado al judío Josefo recitar fragmentos de su nuevo libro, que, según mis colaboradores, es una ardiente apología de la superstición judía, aunque no rebasa los límites permitidos.

—Sí —replicó el emperador—, es un libro vehemente y muy nacionalista. Cuando mi judío Josefo se muestra así, tal como es, me resulta más amable que cuando proclama esa verdad romano-greco-judía, esa pseudoverdad. Por lo demás —meditó, como en su día hiciera el propio Norban—, no es sorprendente que mi judío Josefo se encuentre en Bajae, ya que la emperatriz ha tomado a su hijo a su servicio.

Y, al ver que Norban callaba, añadió:

—Según he oído, está muy satisfecha con el joven vástago de Josefo.

Norban tenía mucho que decir sobre Josefo y su hijo, pero se había propuesto no hacerlo y fue fiel a su determinación. Calló.

—¿Y qué más? —preguntó Domiciano.

—En realidad, no hay mucho más —respondió Norban—. En todo caso, sí, me gustaría proponerle al amo y dios Domiciano un breve y divertido pasatiempo. Tal vez Su Majestad recuerde que en una ocasión constatamos, con motivo de un regocijante encuentro con ciertos doctores judíos, que los judíos consideraban aspirantes al trono del orbe a los descendientes de un tal rey David. A raíz de aquello elaboramos una lista de aspirantes.

—Lo recuerdo —asintió el emperador.

—Pues bien, el gobernador Falco acaba de notificarme —continuó Norban— que ha encontrado a dos en su provincia, Judea. Últimamente han suscitado bastante revuelo, y Falco ha decidido enviarlos a Roma para que dispongamos de ellos. Deseo, por tanto, preguntar al amo y dios Domiciano si le agradaría ver con sus propios ojos

a estos aspirantes al dominio del mundo. Se trata de un tal Jacob y de un tal Miguel.

Tal y como había previsto y deseaba Norban, la propuesta despertó en el alma de Domiciano mil y una ideas, determinaciones, deseos, temores, que permanecían latentes en él. Ciertamente, había olvidado que había quien tenía al temido y despreciado judío Josefo y a su hijo por descendientes de reyes, equiparándolos a él. Pero ahora, tras refrescar Norban el recuerdo de aquella extraña plática con los doctores y sus consecuencias, se le avivó la idea de que ese Josefo y su hijo aspiraban realmente a ocupar el trono y que, por tanto, debía considerarlos rivales. Por muy ridículas que fueran las pretensiones de esas gentes no dejaban de existir, y no eran por ello menos peligrosas, y estaba claro que esos retoños de David pensaban que era hora de reclamar lo suyo. Mientras escuchaba el informe de Norban se le ocurrió que era precisamente esa pretensión, su supuesta relación con los antiguos dioses orientales, lo que había atraído a la fantasiosa Lucía; así era como había logrado el judío que su grotesco vástago entrara a formar parte de su séquito. Y por eso también, apoyándose en sus derechos como heredero real, se había atrevido a arrojarle a la cara sus versos sobre el valor. Él, Domiciano, había tenido razón al suponer que tras ello estaba su gran enemigo, el dios Yahvé.

Pero estas reflexiones no le llevaron ni cinco segundos. El rostro del emperador se había sonrojado, como siempre que se excitaba o se turbaba, pero su actitud no dejó traslucir sus emociones.

—Una excelente idea —afirmó animado—. Bien —añadió—, tráeme a esa gente, querido Norban. ¡Y cuanto antes!

Una semana después condujeron a los descendientes de David Jacob y Miguel al Albano.

Un sargento de la guardia los guió hasta una lujosa sala. Allí permanecieron, robustos, toscos e indefensos, en ese suntuoso marco. Eran hombres de aspecto campesino, iban envueltos en largos y toscos ropajes galileos, y sus rostros serenos mostraban largas barbas; Miguel contaría unos cuarenta y ocho años, y Jacob cuarenta y cinco. Apenas hablaban, el entorno tan ajeno a ellos parecía sorprenderlos, aunque no asustarlos.

Entonces entró el emperador muy envarado seguido de Norban y otros señores, y también por un intérprete, pues aquellos hombres no hablaban más que arameo. Al verlo entrar farfullaron algo en su jerga. Domiciano preguntó qué habían dicho; el intérprete le explicó que se trataba de un saludo. Domiciano quiso saber si había sido un saludo respetuoso; el intérprete replicó titubeando que había sido un saludo como el que se usa entre iguales.

—Hm, hm —dijo el emperador. Dio un par de vueltas alrededor de ellos. Eran hombres corrientes, campesinos bastos de miembros y rasgos de labriegos; olían como tales, aunque sin duda los habían bañado antes de llevarlos a su presencia.

Con su aguda y estridente voz Domiciano les preguntó:

—¿De modo que sois de la estirpe de ese rey vuestro, David?

—Sí —replicó escuetamente Miguel, y Jacob añadió:

—Estamos emparentados con el Mesías, somos sus tataranietos. Tras escuchar esto de labios del intérprete Domiciano los miró perplejo con sus ojos miopes y saltones.

—¿Qué quieren decir estos hombres? —dijo dirigiéndose a Norban—. Si son parientes lejanos del Mesías es que piensan que hace tiempo que vino al mundo. ¡Preguntádselo! —le ordenó al intérprete.

—¿Qué quiere decir que sois tataranietos del Mesías? —preguntó éste. Miguel afirmó paciente:

—El Mesías se llamaba Josué ben José, y murió en la cruz para redimir a la humanidad. Era el Hijo del Hombre. Tenía un hermano llamado Judas. Nosotros descendemos de ese hermano.

—¿Los entendéis, señores? —consultó Domiciano dirigiéndose a los que lo rodeaban.

—A mí me parece todo un poco confuso. Preguntadles —ordenó— si ya ha llegado el reino del Mesías, por tanto.

—Está aquí y no lo está —afirmó Jacob—. Josué ben José de Nazaret murió en la cruz y resucitó, y allí empezó todo. Pero volverá de nuevo y entonces se mostrará en toda su gloria, juzgará a vivos y muertos, y dará a cada cual lo que merece.

—Interesante —opinó el emperador—, muy interesante. ¿Y cuándo será eso?

—Eso ocurrirá al final de los tiempos, en el Juicio Final —afirmó Miguel.

—No es que haya sido muy preciso —comentó el emperador—, pero me parece que el tipo quiere decir que aún habremos de esperar. ¿Y quién gobernará en ese reino del Mesías? —preguntó a continuación.

—El Mesías, naturalmente —repuso Jacob.

—¿Qué Mesías? —lo interpelló Domiciano—. ¿El muerto?

—El resucitado, desde luego —replicó Miguel.

—Tendrá que nombrar a sus gobernadores —dijo Domiciano—, a algún representante. ¿A quién llamará? Fundamentalmente a sus parientes, supongo. Decidme, ¿qué clase de gobierno será el suyo?

—No sabemos nada de gobernadores —explicó Jacob remiso, y Miguel insistió:

—No será un reino terrenal, sino celestial.

—Son unos soñadores —opinó el emperador—, es imposible razonar con ellos. ¿Y vosotros descendéis de la estirpe de David? —quiso cerciorarse.

—Sí, así es —replicó Jacob.

—¿Qué impuestos pagáis? —trató de saber el emperador.

—Tenemos una pequeña granja de treinta y nueve acres —le informó Jacob—. Vivimos de su explotación. La trabajamos con dos criados y una sirvienta. Mi recaudador de impuestos ha valorado la propiedad en nueve mil dinares.

Domiciano meditó:

—No es que sea mucho para los descendientes de un gran rey, para quien aspira a gobernar reinos y provincias. ¡Mostradme vuestras manos! —ordenó a continuación. Se las enseñaron; Domiciano las estudió cuidadosamente: eran manos duras de campesino llenas de sabañones—. Dadles bien de comer —determinó el emperador— y enviadlos a su país. Pero en una nave corriente, no los miméis demasiado.

A Norban en cambio le confió cuando se marcharon:

—¡Qué pueblo éste de los judíos, que ve en semejantes tipos a sus pretendientes al trono! ¿No se te antojaron muy cómicos con ese orgullo y esa simpleza?

—Éstos eran cómicos —replicó Norban, recalcando «éstos». En ese momento Domiciano se sonrojó, y después palideció, sonrojándose de nuevo. Pues Norban tenía razón; éstos resultaban cómicos, mientras que otros descendientes de David, Josefo y su hijo, no lo eran en absoluto. Y en Domiciano renació el temor que le inspiraba el judío y su dios Yahvé.

Hasta ese momento la entrevista con los descendientes de David había surtido exactamente el efecto que esperaba Norban. Pero después los acontecimientos tomaron un cariz que el ministro no deseaba, pues el emperador, suspicaz como era, se dijo de pronto que era probable, incluso seguro, que Norban hubiera querido inspirarle esos pensamientos a sabiendas. Por eso sin duda había concedido tanta importancia a esos dos herederos de David, de cuya inocencia debía de estar tan persuadido como él después de verlos.

Domiciano sabía desde un principio lo peligroso que podía llegar a ser Josefo, y si lo que deseaba era avisarle de ese peligro su fiel siervo no había hecho sino cumplir con su deber, y con un tacto que él jamás le habría atribuido. A pesar de todo, le resultaba difícil digerir que ese Norban fuese capaz de adivinar sus pensamientos con tal precisión; lindaba con la traición que un súbdito osase dictarle al dios Domiciano su línea de pensamiento. Ha permitido que se le acercase demasiado. Ahora hay alguien en el mundo que lo conoce demasiado bien. Son éstos los sentimientos que lo agitan; no llegan a ideas, pues en su turbación aún no les ha dado forma, pero no puede impedir contemplar la cabeza de su ministro de policía con desconfianza y con algo parecido al temor. Sin embargo, eso sólo dura una fracción de segundo, pues la cara que ve es fuerte, brutal, digna de confianza: la cara de un perro fiel, exactamente el rostro del ministro de policía que desea tener.

Norban le ha deparado un grato entretenimiento mostrándole a los retoños de David, le ha permitido descubrir algunas cosas. Le está agradecido por ello a su fiel ministro de policía, y se lo dice, pero lo despide con prisas, casi abruptamente.

Al quedarse solo reflexiona sobre todo ello. Lo que entorpece particularmente ese combate suyo con Yahvé es que no puede confiarse a nadie en ese asunto. Norban le es fiel, pero su alma no es lo bastante sutil como para abarcar algo tan complejo, tan abstruso, como la hostilidad de un dios invisible, intocable; y, por otra parte, el emperador no quiere permitirle adentrarse más en su alma. Marullo y Regino tal vez

llegasen a entender el sentido de esa lucha. Pero, aunque lograrse hacérselo ver, ¿de qué le valdría? Ambos son ya unos viejos perezosos, pacientes, liberales; no son luchadores como los que requiere ese combate sin cuartel. Annius Bassus podrá ser un buen luchador, pero desde luego es demasiado simple para enfrentarlo a un enemigo tan astuto e inaprehensible. Sólo le queda Mesalino. Es lo suficientemente inteligente como para comprender quién es el enemigo y dónde se esconde, posee la fuerza y el valor necesarios, y le es fiel. No obstante, Domiciano no puede olvidar la desagradable sensación que le deparó sentirse escrutado por Norban. Recurrirá a Mesalino, pero únicamente cuando no le basten sus propios medios.

Pero se bastará. Se sienta a la mesa y saca la tablilla. Reflexiona. Trata de concentrarse. No lo logra. Se disipa. Hince, sí, el buril en la tablilla, pero no son palabras lo que compone sino que dibuja mecánicamente círculos, anillos. Y constata espantado que son los ojos de Minerva lo que ha dibujado, los grandes y redondos ojos de lechuza que ve ahora vacíos, faltos de luz y de consejo.

Y de pronto se le figura que el peligro que tantas veces lo amenazó, el homicidio tantas veces anunciado por sus enemigos, no es ninguna nimiedad, no es algo abstracto como suele ser la muerte para un hombre en la plenitud de la vida como él, algo que llegará más adelante, sino algo tangible, cercano. No es un cobarde. Pero el sentimiento de seguridad infinita que lo ha colmado hasta ahora sabiéndose amparado por su diosa, ese sentimiento, lo ha abandonado. La muerte, que siempre le pareciera tan lejana, se ha convertido de pronto en algo palpable que ha de ser meditado.

Si tuviera que reunirse con los dioses, si tuviera que desaparecer de esta tierra él, el cuerpo material del hombre Domiciano, ¿qué sería entonces de su idea, de esa idea de Roma que ha concebido, más certera y profunda que las de los que lo precedieron? ¿Quién ha de proteger esa idea y garantizar su pervivencia cuando él falte?

Tal y como él la entiende, esa idea de Roma está ligada al gobierno de los Flavios, pues en su fuero interno y en secreto todavía confía en que Lucía le procure descendencia. Pero seguir aferrándose a esa vaga esperanza, ahora que corre verdadero peligro, es una insensatez. ¡Debe desechar para siempre esa esperanza! Fue una lástima que lo amedrentasen los comentarios de sus lenguaraces enemigos, una lástima que no llegase a nacer el hijo que concibió con Julia. ¡Qué hermoso sería poder designar heredero a un hijo propio!

Pero no puede ser. La dinastía Flavia depende ahora de los dos muchachos, de los gemelos Constancio y Petronio. Al menos ellos son enteramente Flavios, tanto por parte de padre como de madre, y ha hecho bien en eliminar toda influencia que pudiese corromperlos enviando a Clemente a la muerte y a Domitila a la isla Balear. Ahora sus cachorrillos crecen bajo la férula de su muy romano Quintiliano, lejos del dios Yahvé.

Aunque no por completo. Pues Lucía se ha hecho cargo de los muchachos durante los meses estivales llevándoselos a Bajae, pues no deseaba que los gemelos, traumatizados por el destino de sus padres, permaneciesen por más tiempo en la casa,

ahora yerma, del padre muerto y la madre exiliada, y él lo ha permitido. ¿Cómo ha podido hacerlo? Que haya accedido a que Lucía se haga cargo de los hijos del fallecido Clemente es, sin duda, otra argucia más de ese Yahvé. Es posible que sea de nuevo Josef, el enviado de Yahvé, el responsable de ello. Es inconcebible que él, Domiciano, no se percatara de inmediato. A fin de cuentas, ha actuado como haría cualquier primo, cualquier pariente; no ha querido ser demasiado duro con ellos pues le importaba, y aún le importa, ganarse sus simpatías. Pero, para ser sincero, ante todo no quiso negarse a los deseos de Lucía.

Pero debe acabar con ello. Y sabe cómo hacerlo. Por fin llevará a la práctica su viejo proyecto de adoptar a los gemelos. Los acogerá en su séquito para sustraerlos a las perniciosas emanaciones de Josefo y su Matías. Entonces habrá hecho lo que estaba en su mano para preservar la idea de Roma cuando, habiendo perdido la protección de Minerva, haya de dejar esta tierra.

Su cara entera se distiende, sonrío. Se le ha ocurrido algo que lo llena de gozo. Si adopta a los chicos tendrá motivo suficiente para llamar a su presencia a Lucía. Y cuando la tenga frente a él se aclararán muchas cosas. A pesar de todo, aunque esté ofuscada, siempre se ha mostrado comprensiva con sus ideas, pues es romana. Él, el romano, le hablará a la romana; siente en sí la fuerza que necesita para recuperar a Lucía.

Sonríe. Aunque Minerva no lo proteja, no está perdido. Hasta lo malo tiene su lado bueno. Si no hubiera intuido de nuevo la sombra acechante de Yahvé, habría continuado posponiendo la adopción. Pero ahora matará dos pájaros de un tiro. No sólo garantizará la pervivencia de la idea de Roma ofreciéndoles cobijo y protección, sino que probablemente le arrebatará a ese Yahvé a su nueva aliada Lucía. Lucía es romana hasta la médula; Lucía lo ama, de eso no cabe duda, aunque a su manera tozuda y arrogante. El dios Yahvé la ha trastornado. Pero él, el dios Domiciano, logrará disipar las pérfidas emanaciones con que ha logrado ofuscarla el dios oriental de modo que pueda alcanzar la claridad, como él.

Rápidamente se puso manos a la obra y dispuso todos los preparativos de la adopción. Ese mismo día escribió una larga carta. No la dictó, la escribió él mismo esforzándose por imprimirle un tono cordial y muy personal. Para garantizar la dinastía, decía, y en vista de que no era razonable esperar descendencia de ella, consideraba su deber adoptar a los vástagos de Flavio Clemente, a quien por desgracia se había visto obligado a condenar. Apreciaba a los gemelos, y había oído con regocijo que también a ella le agradaban. De modo que confiaba en que aprobase su decisión. Había pospuesto el asunto demasiado, por lo que ahora lo aceleraría. Ese mismo día ordenaría a Quintiliano que se dirigiese al Albano con los muchachos. Lo adecuado sería investirles la toga inmediatamente después de la adopción, a pesar de su tierna edad. Los romanos debían saber que ofrecía nuevos brotes a la dinastía. Sería para él una gran alegría que se decidiese a realzar con su presencia la importancia del acto.

Al llegar a la villa de Lucía en Bajae acompañados por su preceptor Quintiliano los gemelos habían dado muestras de un gran desasosiego. La muerte del padre y el exilio de la madre habían dibujado una expresión hosca en sus rostros, abiertos por naturaleza; Quintiliano había hecho acopio de toda su prudencia para guiarlos durante ese tiempo sin que padecieran graves trastornos psíquicos. Después, junto a Lucía, fueron relajándose poco a poco y perdiendo su timidez. Antes de partir hacia la isla Balear Domitila le había hecho prometer a Lucía que se haría cargo de sus hijos e intentaría reducir la influencia latina de Quintiliano. Lucía trataba a los chicos como si fueran adultos, con cuidado, pero sin mostrarles abiertamente su compasión. Poco a poco perdieron el temor y recuperaron la confianza y el aire juvenil que siempre habían tenido.

Gran parte del mérito era de Matías. Entre él y los dos príncipes no tardó en surgir una buena amistad. Los gemelos eran agradables, y el brillo varonil que irradiaba Matías los seducía aún más que a los otros; reconocían sin envidia alguna su superioridad. A pesar de los siniestros acontecimientos que habían presenciado podían mostrarse confiados con él, distraerse como antaño y olvidar las intrigas y las luchas que los rodeaban. Con infantil orgullo practicaban toda clase de deportes, se peleaban y bromeaban.

No les importaba que hubiera quien se burlase de su amigo Matías por su origen judío. Gracias a sus padres estaban familiarizados con la mentalidad minea e inmunizados contra las insinuaciones antijudías. Como su padre había muerto por sus tendencias judaizantes consideraban su deber defender a Matías, por quien sentían un gran afecto.

A Matías no sólo le agradaban sus compañeros de juegos, sino que el aprecio de los dos príncipes, los parientes más cercanos del emperador, halagaba su amor propio. En una ocasión escuchó cómo un esclavo egipcio recién llegado le replicó a Cecilia al acudir ésta en su busca: «Los tres príncipes se han ido de pesca». Sintió como si le brotaran alas de puro orgullo.

A Quintiliano lo irritaba esa amistad. Desde el principio tuvo reparos en traer a los príncipes a Bajae, al círculo de influencia de la emperatriz. No podía negar que Lucía era eminentemente romana, y, sin embargo, le molestaba la mayor parte de las cosas que hacía, leía o decía, y le resultaba desagradable saberla tan cerca de sus pupilos. Y, encima, habían trabado amistad con el joven judío. Quintiliano, siempre ecuánime, admitía que no había nada en sus modales que chocase con los principios romanos, por lo que decidió no protestar ante el emperador por las relaciones de los gemelos con el hijo de Josefo, limitándose a ciertas insinuaciones que, sin llegar a ofender a Matías, no podían ser ignoradas por sus pupilos.

De modo que, él por una parte, y Lucía y Matías por otra, libraban un enconado combate por las almas de los gemelos. Se trataba de un combate sordo, subterráneo. Pero en una ocasión sus divergencias se mostraron abiertamente y ante los ojos de

todos.

Matías había contagiado a sus amigos su infantil entusiasmo por el criadero de pavos reales instalado en la villa de Lucía. Los tres lo visitaban a diario, habían llegado a conocer bien a cada una de las aves y se divertían llevando a algún que otro animal a la escalera del edificio principal, deleitándose con la visión de las aves con la cola desplegada, como si abanicasen el soleado palacio, dispuestas ante la hermosa y amplia escalinata.

Ocurrió que un día en que el senador Ostorio, un famoso gastrónomo, se encontraba de visita en casa de Lucía, se sirvió una pasta hecha de carne de pavo. En ausencia de la dueña de la casa y de los muchachos el mayordomo y el cocinero habían obligado al infeliz cuidador a entregarles seis ejemplares de los valiosos y amados animales. Los chicos estaban fuera de sí. Quintiliano trató de aplacar su furia y hacerlos entrar en razón. Un placer del paladar, sopesó, no debía irle a la zaga a un placer de la vista, y el ruidoso duelo por el sacrificio de las aves que ponían de manifiesto Matías y los muchachos le parecía indigno de un romano, indicio de un sentimentalismo oriental. Los muchachos callaron, pero comentaron después el asunto en presencia de Lucía y Josef. Josef opinó que le parecía extraño que los romanos fuesen capaces de ingerir la carne de un pavo, ave dedicada a la diosa Juno. Quintiliano le explicó que no era muy realista tomar el significado de una cosa, su idea, por la cosa misma. Era como considerar sagrado el papel de un libro sólo porque en él se hubieran consignado grandes cosas. Semejante equiparación era totalmente ajena al espíritu práctico de un romano. Quintiliano, el gran orador y extraordinario estilista, se mostró más hábil en el debate que Josef, ante todo porque a éste le estaba vedado expresarse en su lengua materna y debía pergeñar sus argumentos en otra, adquirida tardíamente.

Tras este altercado Quintiliano meditó seriamente si, a fin de cuentas, no era su obligación rogar al emperador que apartase a sus pupilos del ámbito de influencia del joven judío. Fue entonces cuando, para su alivio, recibió un escrito del emperador en el que le indicaba que debía dirigirse al Palatino con los muchachos a fin de preparar su adopción.

También a Lucía le deparó más alegría que irritación la determinación del emperador de adoptar a los gemelos. Le disgustó pensar que los muchachos vivirían a partir de entonces en la fría atmósfera del Palatino en compañía del retorcido y riguroso Domiciano, pero le alegró sobremanera que DDD se hubiera decidido a llevar a cabo la adopción, encumbrando a los muchachos.

Por otra parte, cuando residan en el Palatino no lograrán mantenerlos totalmente alejados de ella y de Matías, y ella hará lo posible para proteger a los chicos de la rigidez latina de Quintiliano. Y, además, posiblemente contará con una buena ayudante. Pues, si DDD nombra sucesores a los hijos de Domitila, tal vez esté dispuesto a hacer regresar de su exilio a la madre. Lucía no le tenía mucho aprecio; al contrario, el frío apasionamiento, la obstinación de Domitila le resultaban

desagradables. Pero Lucía carecía de ese prurito formalista propio de la Roma flavia. No estaba dispuesta a que se recortase la libertad de opinión, y le indignaba la violencia infligida a Domitila. Pues, ¿qué había hecho, en realidad, Domitila? Se había interesado por la filosofía de los cristianos, eso era todo. De forma que la habían desterrado por un capricho del emperador. DDD debe llamarla, tiene que hacerlo; ella, Lucía, lo convencerá para que lo haga.

Sentía la fuerza necesaria para lograrlo. Era un ser sincero y le costaba mucho fingir. No era capaz de conseguir nada de DDD cuando éste la asqueaba. Pero cuando se sentía atraída por Varriguita podía demostrárselo sin ambages, y entonces llegaba a dominarlo por completo. En los últimos tiempos se había cerrado ante él. Su largo silencio había hecho germinar en ella el temor de que, a su modo lento y taimado, preparaba un golpe certero contra Josef y contra Matías. Su carta la tranquilizó. En realidad, siempre se había sentido atraída por su salvaje rigidez, su infinita arrogancia, su enorme, retorcida y desmesurada tenacidad. También era consciente de que, en realidad, sólo la amaba a ella. Y, así, su carta la confortó y se alegró de poder verlo.

Puso todo su empeño en preparar el viaje al Albano. Con un deleite más que discutible se imaginó la conversación con Varriguita. Seguro que obtendrá de él lo que se ha propuesto. Conseguirá que los gemelos tengan acceso a ella y a Matías, y logrará que haga regresar a Domitila de su isla.

Los tres primeros días de su reencuentro con DDD en el Albano transcurrieron en medio de pomposas ceremonias en torno a la adopción. Se trataba ante todo de ritos religiosos, y no era difícil ver la emoción que embargaba a Domiciano ante su vista. La familia era para él lo más sagrado; el altar de sus dioses familiares, el hogar de la llama eterna que mantenía en su atrio no eran símbolos vacuos, sino algo vivo; y que le fuera dado añadir a los dioses de su familia miembros jóvenes que también serían venerados en el futuro le hacía sentirse pletórico, pues los dioses se mantienen vivos sólo a través de quienes los veneran. Y él mismo, que un día pasaría a ser otra de las divinidades de la casa, aseguraba su propia pervivencia adorando su altar doméstico. Por ello esa fiesta era vital para él, gracias a ella entraba de nuevo en contacto con sus divinos padres. Las palabras de la antiquísima fórmula sagrada revestían un profundo sentido, y no consideraba un acto jurídico fútil, sino algo muy serio, tomar a los muchachos bajo su protección y otorgarles sus nuevos nombres: Vespasiano y Domiciano. Con ello transformaba a ambos jóvenes alterando su esencia. A partir de ese momento tenían responsabilidades y deberes mutuos, los unía un férreo vínculo.

Supo desde el primer momento que Lucía había acudido a verlo de buen grado. Pero era lo bastante fatuo como para retrasar el momento de ocuparse de ella y aclarar sus relaciones. Durante los días en que celebraron la adopción su mente y su corazón estuvieron ocupados con acciones serias, significativas, simbólicas, que no le dejaban tiempo para nada más. Fueron días felices, solemnes. Se complacía en sus nuevos hijos, los cachorrillos; lo único que le molestaba era verlos tan unidos al más

joven ayudante de la emperatriz, a Flavio Matías.

Después, tras concluir las festividades oficiales y marcharse los numerosos invitados, Domiciano organizó una comida familiar. Aparte de los gemelos y su preceptor únicamente asistieron Lucía y Matías.

El emperador consideró que lo más oportuno sería, por supuesto, cortar de inmediato y para siempre el vínculo que unía a sus nuevos hijos con el joven judío. Por qué razón no lo había hecho antes, por qué había llegado incluso a admitir a Matías en ese estrecho círculo, era algo que desconocía. Se dijo que lo hacía para averiguar de una vez por todas las intenciones del hijo de Josefo, pues no había podido evitar reconocer al instante que el muchacho tenía un gran atractivo, que de él emanaba una especie de magia, y que, por tanto, no le resultaría fácil borrar su imagen del corazón de los gemelos. Para lograrlo debía analizar antes a ese joven. Y también invitó a Matías —aunque no quisiera admitirlo— por no disgustar a Lucía y a los muchachos. Pero ante todo fue una argucia. Deseaba que Matías y el dios que lo avalaba, Yahvé, se sintieran seguros; pues una cosa estaba clara, que era otro truco del dios Yahvé hacer que un ser como aquél, dotado de tantos atractivos, se hubiera cruzado en el camino de los muchachos que él, Sumo Pontífice de Roma, había designado como futuros dirigentes del Imperio.

Durante aquella comida con Domiciano Matías se sintió pletórico. Recordó las palabras que tantas veces oyera de labios de su madre cuando alababa a Josef: había compartido mesa con tres emperadores. Ahora era él, Matías, quien compartía la mesa con el emperador; él, a quien Cecilia había anunciado que terminaría de buhonero en la margen derecha del Tíber.

La felicidad que lo embargaba lo hacía brillar más que nunca. Su sola presencia, su rostro vivaz y sus movimientos resultaban encantadores; su voz, joven y sin embargo viril, seducía a todos nada más abrir la boca. El emperador conversó más con él que con nadie. Pero mientras hablaba con el joven protegido de su Lucía el emperador tenía pensamientos y sentimientos de muy diversa índole. El encanto natural del muchacho lo complacía, experimentaba el mismo deleite que cuando observaba las torpes poses de las fieras salvajes en sus jaulas. Como era un buen observador no se le escapó el afecto que sentía por Lucía, y la idea de que era él quien iba a compartir el lecho con ella y no el joven y adorable protegido de Yahvé le proporcionó un sentimiento de triunfo, sin duda ridículo, pero no por ello menos fuerte.

Quintiliano hizo lo posible por exhibir ante el emperador la formación latina que brindaba a sus pupilos. Los jóvenes príncipes hicieron un correcto papel sin demostrar ningún talento especial. Tampoco Matías brillaba por ninguna cualidad particular, pero cuando tenía algo que decir lo expresaba de un modo agradable y modesto, y demostró que también él había sido educado al modo romano.

—Inteligente vástago de un padre inteligente —admitió Domiciano. Los gemelos tampoco ocultaron que lo tenían por un ser superior y especialmente dotado, y eso

irritó al emperador. De modo que sus temores eran fundados: el dios extranjero, Yahvé, se servía de ese Matías para introducirse cual gusano en las almas de los jóvenes.

Después, concluida al fin la comida, Lucía se quedó a solas con el emperador. Se dirigieron a su despacho, que había ordenado forrar con metal reflectante. Era la primera vez que ella lo veía.

—¿Qué horribles espejos has mandado instalar aquí? —le preguntó.

—Es —replicó él— para poder mirar también a mis espaldas. Tengo muchos enemigos.

Calló unos minutos y después prosiguió:

—Pero he tomado precauciones. Si algo llegara a ocurrirme, tenemos al menos a los cachorrillos. Estoy contento de haberlos adoptado. Fue un arduo trago renunciar a la esperanza de que me dieras hijos. Pero me siento más ligero desde que sé que la llama de mi hogar no se extinguirá.

—Tienes razón —dijo Lucía comprensiva—. Pero —le espetó sin más dilación— no dejo de pensar en Domitila. Esa mujer delgaducha, pretenciosa..., no me gusta, pero a fin de cuentas es quien los ha parido. No me gusta que siga en esa desolada isla de las Baleares mientras tú educas a sus hijos para que gobiernen Roma.

Los celos de Domiciano renacieron al instante. Ajá, quiere tener una aliada para ganarse definitivamente a los gemelos. Tuvo ganas de replicarle con acritud, pero le gustaba demasiado y se dominó.

—Querida Lucía, trataré de exponerte los motivos por los cuales debo mantener alejada a Domitila. No tengo nada contra ella. Clemente y Sabino me resultaban odiosos; su indolencia, su dejadez, su actitud entera me parecían poco romanas, repulsivas. El caso de Domitila es otro. Es una mujer, nadie puede exigirle que sirva al Estado, y hay cierta dureza, cierta fuerza en ella que me agrada. Pero resulta que en su retorcida cabeza ha prendido esa superstición de los mineos. En principio me importa muy poco lo que crea o deje de creer Flavia Domitila, y podría pasarlo por alto. Pero se trata de los chicos. Estos muchachos deben ser educados por el preceptor que les he asignado, y por nadie más. No quiero que Domitila se les acerque. No quiero que las duras y preclaras doctrinas que les enseña mi Quintiliano se vean turbadas y se reblandezcan con esa grotesca, supersticiosa y afeminada cháchara sobre el dios crucificado. La doctrina entera que desgraciadamente profesa Domitila, su rechazo del mundo, su alejamiento de la realidad, su indolencia frente al Estado, todo eso, resulta peligroso para unas criaturas tan tiernas.

Lucía decidió retomar la lucha y pasar al ataque. Mirándolo de frente con su rostro claro y osado le preguntó:

—¿Acaso también te parece peligroso que se relacionen conmigo?

El emperador titubeó. Habría debido decirle que sí, era su deber ante Júpiter y ante Roma. Pero la cercanía del rostro de la mujer amada lo confundió, y flaqueó. Trató de rehuir su rostro y apartó la vista, pero volvió a encontrárselo por todas

partes, reflejado en el metal en torno a ellos. Al observar su vacilación Lucía prosiguió:

—Si me permites que sea franca, tu Quintiliano me parece bastante insulso. Considero muy conveniente que los chicos aspiren otros vientos más frescos.

Domiciano había preparado su respuesta:

—Como es natural —le respondió galante—, no tengo nada que objetar a que mis cachorrillos se regocijen también con tu cercanía. Pero de ningún modo deseo que tu Matías les contagie sus convicciones, ni, desde luego, que el judío Josefo les vaya con su cantinela sobre lo pernicioso que resulta degustar paté de pavo.

A Lucía la irritó que el orgulloso romano Quintiliano no tuviera la dignidad de callarse, sino que acudiera de inmediato a contarle lo ocurrido con Matías y su padre cual vulgar confidente de Norban. Pero tomó las palabras de DDD como una declaración de que al menos a ella no le prohibiría tratar a los chicos.

—Eres muy amable —admitió— al no dictaminar a quién debo ver y a quién no.

No insistió en ese espinoso asunto y se acercó a él, le acarició el ralo cabello y le dijo:

—Debo confesarte una cosa, Varriguita. No te has echado a perder en este tiempo; al contrario, me pareces más atractivo de lo que recordaba.

Domiciano ansiaba el contacto con ella; tuvo que dominarse para que su respiración no se acelerase. Quiere halagarme, dorarme la píldora; debo ser fuerte, no me rendiré.

—Te doy las gracias —le replicó un tanto envarado.

En ese momento Lucía decidió ir al grano y se apartó de él. Pensó en voz alta:

—¿No hay ningún otro medio para mantenerlos alejados de esa doctrina que desterrando a su madre? ¿No piensas que adoptando una medida tan drástica no haces sino dirigir la atención de los chicos a la culpa de la madre y, por tanto, a lo que deseas alejar de ellos? Por lo demás, mucho extrañará a la ciudad y al Imperio que encumbres de ese modo a los gemelos mientras mantienes a la madre en su isla. ¿No mermará esto la popularidad de tus cachorrillos? ¿No encrespará el alma de los muchachos que deseas tan recta?

—Jamás habría sospechado —le espetó malicioso el emperador— que Domitila tuviera en ti a una amiga tan entregada.

—¡Domitila me importa una higa! —repitió Lucía fuera de sí. Pero no tardó en dominarse, y adoptó otro tono y otros modos—. Si te aconsejo que indultes a Domitila —dijo— es sólo por tu bien, Varriguita. También en mi caso —bromeó— te hiciste de rogar antes de permitirme que regresase de mi exilio. ¿Lo has lamentado? ¿No te estás perjudicando? —le rogó entonces—. Has adoptado a los chicos, y eso es fabuloso. Pero si no completas tu gesto indultando a Domitila arruinarás su efecto. Nadie sabe mejor que yo cuán a menudo y cuánto han tergiversado tus actos. Evita que ahora se malinterprete tu gesto en favor de los gemelos pensando en la madre. ¡Llama a Domitila!

Domiciano no quiso replicarla. La miró de arriba abajo con sus ojos miopes y le dijo:

—Estás muy bella cuando te esfuerzas por lograr algo.

Pero Lucía le cortó.

—¿No entiendes —le dijo con voz apremiante, acariciadora— que me esfuerzo sólo por ti?

De nuevo se le había acercado y, rodeándole los hombros con el brazo, le rogó:

—¿Vas a llamar a Domitila?

—Lo pensaré —se escabulló Domiciano—. Te prometo que lo meditaré con Quintiliano.

—¿Con ese pusilánime? —repuso Lucía despachando así, de un golpe, al gran estilista—. ¡Medítalo conmigo! —lo atosigó—. ¡Pero no aquí! No hay quien piense entre estos horribles espejos tuyos. ¡Ven a mis aposentos! ¡Dormirás conmigo y lo meditaremos!

Y dicho esto se alejó sin darle tiempo a responder.

Decidió hacerla esperar. No, no acudirá. Quiere hacerle pagar caro una noche con ella. No, querida, ¡faltaría más! Silba para sí un cuplé de moda. «Hasta un calvo puede hacerse con una beldad / si tiene con qué pagar». Norban había pensado en prohibir el cuplé, pero él no lo permitió. No, no irá a verla.

Media hora más tarde estaba con ella.

Pero ni siquiera en la cama fue capaz de sonsacarle más que una vaga promesa. Si Domitila renunciaba a inmiscuirse en la educación de los chicos, entonces, le aseguró, la indultaría.

Por lo demás, aquella noche Lucía tuvo la sensación de estar engañando a Josef, a pesar de que, o precisamente, porque no se permitía acostarse con él. Era la primera vez en su vida que experimentaba tal sensación. ¿Sería por influencia de Josef? Así que ése era el «pecado» del que tanto había oído hablar. Casi se alegró de haber conocido también esas cosas: conciencia, pecado...

Tras el regreso de Lucía a Bajae el emperador se encerró en su despacho para meditar qué había logrado y en qué había claudicado.

Ahora tiene bajo su férula a esos hijos que prolongarán la familia y harán perdurar su noción de romanidad. Y, sin embargo, no los ha puesto a salvo del veneno de Yahvé. No debió prometer eso a Lucía, indultar a Domitila. Al menos tuvo la presencia de ánimo para aplazar la decisión. Cumplirá su promesa: él, el Sumo Pontífice, protector de los juramentos, ha de cumplir su palabra. Pero antes la pondrá a prueba. Antes debe demostrar su paciencia, que no se inmiscuirá en la educación de sus cachorrillos. Y eso lleva tiempo.

Lucía ha exigido un pago y él le ha remunerado su abrazo; una debilidad y una vergüenza. «Hasta un calvo puede hacerse con una beldad / si tiene con qué pagar».

Triste, silba la melodía. Y, a pesar de todo, Lucía lo ama, de eso no cabe duda. Cuando piensa en el ardor que le han procurado sus abrazos el resto de las mujeres se le antojan putas sin talento. Lucía en cambio está viva, es un ser apasionado; es la mujer que le corresponde a él, el Dios, y lo ama.

Pero aun siendo romana de cabo a rabo no ha logrado permanecer incólume. Algo del veneno de ese Yahvé ha penetrado en ella. A pesar de que se ríe de gran parte de lo que intentan inculcarle ese judío Josef y su hijo no ha sido capaz de pararles los pies. Yahvé, ese dios taimado, artero y vengativo, ha elegido a los mejores enviados. ¡Ese chico, Matías! Le parece estar viéndole, los ojos ardientes y, sin embargo, alegres, cándidos; escucha su voz joven y profunda. De estar en el lugar de los muchachos no habría podido sustraerse al encanto de ese Matías. Y mucho menos podrán hacerlo ellos. Desde que viven con él no le han hablado jamás de Matías. Pero Domiciano es desconfiado: sin duda Lucía les ha advertido que es mejor no mencionar por ahora su nombre. Seguramente cuenta con poder restablecer los vínculos entre los cachorrillos y su joven judío una vez que los tenga cerca.

Lucía le tiene apego a ese ayudante Flavio Matías. Su inclinación nada tiene que ver con una pasión ilícita. El emperador los ha estudiado atentamente. Es simplemente el brillo del joven lo que atrae a Lucía; siente por él la ternura de una madre, de una hermana mayor.

¿Qué hay, en cambio, entre ella y Josef? ¡Tonterías! Josef es un hombre experimentado, ya curtido, casi un anciano. Sería ridículo, insensato, inimaginable, que Lucía, la emperatriz romana, cambiase los brazos de un Domiciano por los de ese judío. Nada hay entre Lucía y Josef sino la amistad algo sentimental y esnob entre una dama instruida y un escritor famoso.

Allí hay continencia, continencia de ella con él y viceversa. Él mismo, en cambio, no ha sabido resistirse; ha claudicado ante Lucía por lascivia, por concupiscencia. Su esposa, la emperatriz, la romana, la puta, le ha arrancado con argucias la promesa de llamar a Domitila. Ha cometido una falta contra sus nuevos hijos, ha incumplido su deber con Júpiter y los dioses de su casa.

Tendrá que repararlo. Debe acabar con el enemigo y sus crías; con Josef, que ha osado increparlo arrojándole a la cara sus versos sobre el valor, y con ese Matías, el retoño de David aspirante a su trono, el protegido del dios oriental.

Sin duda por haberlo invitado a su mesa esta tarea le resulta aún más ardua. Debe eliminar al muchacho, pero ¿cómo hacerlo sin atraer hacia sí la justa ira del dios oriental?

Poco después le solicitó audiencia Mesalino, el único ser que le quedaba; el único que aún le prestaría oídos y comprensión.

Era el primer día caluroso del verano. Soplaban el viento del sur y el aire era denso; ni siquiera habían logrado ahuyentar por completo el calor de la sala oscura, hábilmente refrigerada, en la que Domiciano recibió a Mesalino. Del jardín les llegaban mil y una fragancias y el chapoteo de una fuente; su sonido acompañaba

rítmica y apaciguadora la conversación de los dos hombres.

El emperador mencionó de nuevo su encuentro con los herederos de David; habló de ciertos detalles con ironía y benevolencia.

—Los judíos —concluyó— no se cubrirán de gloria con estos pretendientes. ¿O crees que un escritor anciano y reseco como nuestro Josefo, por ejemplo, haría buen papel como Mesías? ¿Un tipo que ni siquiera habla bien el griego?

La dulce voz del ciego interrumpió el sosegado chapoteo de la fuente:

—Pero ese Josefo tiene un hijo que, según se dice, es atractivo y posee un alma bien formada.

Al emperador le inquietó que la sola mención del asunto despertase en el otro las mismas preocupaciones que había suscitado en él.

—Matías es un chico bien parecido —admitió tras vacilar por un instante. A continuación aguardó temeroso el comentario de Mesalino. Durante unos minutos, que a él se le antojaron larguísimos, no se oyó sino el fluir regular del agua. Finalmente, Mesalino afirmó a su manera sosegada y afable:

—El cielo me ha robado la luz de los ojos. Pero el amo y dios Domiciano tiene buena vista y podrá juzgar si ese muchacho, Matías, tiene la belleza necesaria para, descendiendo de David, poner en peligro la paz y la seguridad de la provincia de Judea.

—Hablas de cosas —replicó el emperador amortiguando su aguda voz de forma que casi resultó inaudible ante el rumor de la fuente— que tal vez merezcan ser tratadas.

Reunió fuerzas, tragó saliva y decidió confiar su secreto a su interlocutor.

—He pactado un alto el fuego con el dios Yahvé —susurró—. No quiero interferir en sus decisiones. No deseo provocarlo.

Y, alzando la voz y con cierto aire de grandeza, continuó:

—Nadie se verá amenazado por agradar al dios Yahvé o por haber sido elegido por él.

Por fin lo había dicho; su corazón latía con tanta fuerza que le pareció que el otro había de percibirlo a pesar del rumor de la fuente. ¿Le había comprendido Mesalino? Lo temía y lo deseaba. Tenso, esperó el dictamen del ciego.

Y no tardó en llegar.

—Los pensamientos del amo y dios Domiciano —dijo respetuoso, y sin embargo, con el ánimo sereno— son tan excelsos que ningún humano llegará a comprenderlos del todo, sólo podrá intuirlos. Nosotros sólo vemos a Flavio Josefo y a Flavio Matías, a los hombres de carne y hueso. El dios Domiciano, en cambio, sabe lo que representan.

Domiciano se sintió molesto al ver que Norban le entendía; que le entendiese Mesalino supuso una satisfacción. Percibió cierta comunión de sus espíritus. ¡Con qué sutileza había expresado lo que él sentía! Sí, la intuición del ciego lo llevaba a acercarse a su propia realidad, más alta e inescrutable.

—Eres muy sabio, Mesalino —dijo, y su voz sonó entonces firme, más libre—, y eres mi amigo. El único, en realidad. Quizá sea por eso por lo que eres tan sabio. Así están las cosas, exactamente como las has descrito. Desgraciadamente, no he de vérmelas con hombres, sino con un dios. Si no fuese así me bastaría un hálito para eliminarlos. Como me has comprendido tan bien, querido Mesalino, sin duda también comprenderás esto. ¡Medita en ello, medítalo bien y dame un consejo!

De nuevo, durante unos minutos no se oyó sino el fluir del agua. Domiciano aguardaba impaciente, lleno de confianza. Estaba seguro de que el bueno de Mesalino, el fiel, podría aconsejarle. Entonces, en efecto, éste comenzó a hablar. Con gran cautela argumentó:

—Desciende de David y, por tanto, es vuestro enemigo. Vos, en cambio, lo favorecéis y no lo odiáis por ser el heredero y protegido del dios Yahvé, ya que no queréis tener pleitos con ese dios. ¿He comprendido bien la sabiduría de mi amo y dios?

—Sí, así es —respondió Domiciano.

—Sin embargo, ¿qué ocurriría —prosiguió Mesalino— si el retoño de David emprendiera acciones que amenazasen la seguridad del emperador o del Imperio? ¿Lo protegerías también entonces, emperador Domiciano, sólo por pertenecer a la estirpe de David?

El emperador se animó.

—¿Te refieres a que entonces podría castigarlo? —le preguntó.

—No podéis castigarlo —respondió Mesalino— por el crimen de descender de David, pues ése es un crimen del dios Yahvé, con el que no deseas litigar. Pero podríais castigar cualquier otro crimen de Josefo o de Matías, ya que constituirían crímenes humanos que en nada atañen a vuestro combate con el dios Yahvé. Tal es la opinión de un vil mortal —agregó respetuoso—. El dios Domiciano habrá de juzgarla.

—Ante Yahvé —recapituló Domiciano con voz ronca— tengo la obligación de respetar la vida de los descendientes de David. Pero mi responsabilidad ante Júpiter me obliga a castigar a todo aquél que se alce contra él o contra mí. Eres muy listo, querido Mesalino. Has expresado lo que yo mismo había concebido.

El ciego inclina la cabeza aún más para beber las palabras del emperador. Siente una emoción casi voluptuosa. Lo que acaba de hacer es casi una obra de arte. Es posible ser ciego y ver con precisión qué esclusas hay que abrir para desencadenar un torrente. Domiciano ha aceptado sus palabras. Ahora se abatirá un río de desgracias sobre muchos hombres, y él, en su oscuridad, se alegrará de ser el responsable.

—Agradezco al amo y dios Domiciano —dijo reverente— que me haya permitido asomarme al profundo y múltiple abismo de sus sabios y justos pensamientos.

—Eres un hombre tan sabio como fiel, querido Mesalino —respondió Domiciano—. Mereces ser el puño de mis pensamientos.

Y tras esto lo despidió con grandes honores.

Al caer la tarde y refrescar el emperador se hallaba delante de sus jaulas. ¡Sería fabuloso que Matías cometiese alguna falta! ¡Sería fabuloso que él, Domiciano, tuviese un motivo para castigarlo! ¡Sería fabuloso que el chico desapareciese de la faz de la tierra! El recuerdo de la grave voz del muchacho atormentaba al emperador más de lo que lo hiciera nunca la atronadora voz de su hermano Tito.

¡Qué duro golpe para el judío Josefo perder a su agraciado hijo! Correrá a ver a Lucía, gemirá y gritará. El emperador Domiciano se imagina a Josef llorando y lamentándose y no le resulta en absoluto desagradable. ¡Era fabuloso que hubiera hábiles manos trabajando en la red en la que se enredaría ese hermoso y bien formado Matías, heredero de David!

El emperador vio que los animales sufrían con el calor y ordenó que se les diese agua.

Poco después Lucía encomendó a su ayudante Matías una tarea que le causó una gran alegría.

La ciudad de Massilia, cuya protectora era la propia Lucía, le había enviado una joya particularmente bella y bien trabajada hecha de coral, y la emperatriz deseaba corresponder con un regalo digno. Matías debería entregarles ese regalo y, con tal motivo, ocuparse de un par de encargos más que sólo podían encomendarse a una persona de confianza. Tenía que intentar convencer al viejo Charmis, el oculista de la emperatriz, de que la visitara en Bajae, lo que, debido a su avanzada edad, se resistía a hacer. También habría de procurarle ciertos cosméticos que, por su calidad, sólo podían encontrarse en Massilia. Por último, le confió un escrito para que se lo entregase allí a otra persona con el fin de que lo llevase a las islas Baleares.

Matías estaba encantado, se sentía muy importante. Ante todo, lo alegraba que el viaje fuese por mar, en el yate privado de Lucía llamado *Gaviota azul*. Como Lucía tenía interés en que liquidase sus asuntos cuanto antes, Matías se contentó con despedirse de su padre por carta. Josef había regresado a Roma para no suscitar celos por su prolongada estancia en Bajae. La respuesta del padre alcanzó a Matías poco antes de zarpar. Josef le rogaba que buscara en Massilia un ejemplar lo bastante fiable y bueno de la *Ciencia marítima* de Phyteas de Massilia, del que sólo conocía copias defectuosas.

Aunque no pudo ver a su padre el azar quiso que se despidiese de Cecilia. Hacía tiempo que no la veía. No se había atrevido a buscarla y, sin embargo, frecuentaba los lugares donde pensaba poder encontrarla. Ella había hecho lo mismo. Sea como fuere, los rostros de ambos se iluminaron al encontrarse un día antes de su partida.

Cecilia se mostró displicente y levemente sarcástica, como siempre.

—De modo que tienes un honroso encargo —dijo—. Buscarle ciertos perfumes a la ama Lucía. Pero supongo que su peluquero también podría hacerlo, e incluso mejor que tú.

Matías contempló el liso rostro de la hermosa muchacha y replicó muy sereno:

—¿Por qué dices esas tonterías, Cecilia? Sabes perfectamente que no viajo a Massilia únicamente por el perfume.

—Mucho me extrañaría —insistió Cecilia, belicosa— que se tratase de algo más importante. Pues, siguiendo el ejemplo de tus pavos, te gusta exhibir todo lo que pueda adornarte.

Matías le replicó, siempre con la misma tranquilidad:

—¿Me hace falta pavonearme ante ti, Cecilia? ¿Debo jactarme ante ti de la estima que me profesa la emperatriz?

Se acercó a ella, la miró a la cara con sus jóvenes ojos profundos, inocentes, y le dijo:

—Si yo fuera el mequetrefe del que tanto te divierte burlarte no te dignarías tratar conmigo. Hablemos seriamente, Cecilia. Mi misión en Massilia, por muy insignificante que sea, me mantendrá alejado de ti por un tiempo. Permite que conserve de ti la imagen que me mostraste en tus mejores horas.

Y, acercándose aún más y amortiguando la grave voz, aunque sin reprimir su entusiasmo, pronunció, casi sin querer, estas palabras:

—¡Cecilia, eres magnífica! ¡Tu rostro es adorable cuando no lo desgarras con tu sarcasmo y tu malicia!

Cecilia fingió no creerle.

—No son más que palabras —dijo coqueta—. Sólo la amas a ella, a la emperatriz.

—¿Y quién no la amaría? —asintió Matías—. Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros? Adoro a la emperatriz, la amo como amo a mi padre. Es decir... —quiso rectificar sinceramente— no de la misma forma, pero algo parecido. A ti en cambio, Cecilia...

—Ya lo sé —le interrumpió Cecilia, celosa y un tanto ofuscada—, a mí no me idolatras. Te burlas de mí. No soy más que una chiquilla y una tonta. Vosotros los judíos sois tan orgullosos, tan engreídos. Orgullo de mendigo es el vuestro.

—¡Dejemos a un lado a judíos y romanos! —le suplicó Matías—. Te lo ruego, Cecilia.

Tomó su mano, una mano blanca e infantil, y la besó, y besó el brazo desnudo. Ella lo rechazó sin apartarse; él era mucho más alto que ella, la abrazó, casi la alzó del suelo; ella se resistió, pero después, de pronto, se relajó y respondió a sus besos.

—¡No te marches ahora, Matías! —le rogó en voz baja, angustiada—. ¡Deja que sea otro quien vaya a buscar los perfumes! ¡Envía a otro judío!

—¡Ah, Cecilia! —fue todo lo que dijo Matías abrazándola con más fuerza y un deseo aún mayor. Al principio ella lo aceptó, pero después se zafó de su abrazo.

—Cuando regreses —le prometió, e insistió—: ¡Ven pronto!

Poco después Mesalino visitó de nuevo el Albano. Entregó al emperador la copia de una carta.

La carta decía lo siguiente: «Lucía a su Domitila. Sin duda habréis oído hablar,

querida, de la suerte de vuestros adorables hijos. Pero al considerar que los muchachos residirán en el Palatino y no en el Albano quizá vuestra dicha se haya empañado. Os escribo para liberaros de esa preocupación. Os prometí en su día que no permitiría que su educación se latinizara en exceso, y haré todo lo que esté en mi mano para que sus corazones no se resequen en la estricta atmósfera del Palatino. Por lo demás, querida Domitila, tengo razones para esperar que, tras la adopción de los muchachos, muy pronto se os llamará. Pero hay algo que debo rogaros: ¡olvidad cualquier intento por influir desde vuestra isla en el destino de los chicos! No hagáis nada, querida, y no temáis por vuestros hijos aunque ahora se llamen Vespasiano y Domiciano. ¡Confíadlos a vuestra Lucía, y cuidaos!».

El emperador leyó la carta con detenimiento. Sintió una ira incontenible. No porque Lucía se cartease con Domitila a sus espaldas, pues no había esperado otra cosa, e incluso lo había deseado. Lo que lo indignó fue su frase sobre los «corazones que se resecan en la estricta atmósfera del Palatino». Su Lucía, la que tan bien lo conocía, se atrevía a escribir aquello. Se atrevía a escribirlo después de las noches que habían pasado juntos.

Releyó la carta varias veces.

—¿El amo y dios ha leído el escrito? —preguntó por fin el ciego con su voz dulce y sosegada. El emperador le replicó con una ira sorda:

—¿Por qué me has traído este papel? ¿Acaso quieres calumniar a Lucía? ¿Te atreves a afirmar que lo que consta en esta mierda de papel son sus palabras?

—No he traído —respondió Mesalino sin perder la calma— esta copia a Su Majestad porque quiera inculpar a la persona que ha escrito, o que pudiera haber escrito, la carta original. Pero en una entrevista que Su Majestad tuvo a bien concederme no hace mucho creí entender que el amo y dios Domiciano profesa un interés particular por el mensajero encargado de hacer llegar el manuscrito original a su destinataria.

Domiciano se acercó bruscamente a Mesalino y lo miró a la cara con tanta expectación como si el ciego pudiese percibir su mirada. Se sentía impulsado por una feliz intuición.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó.

—El joven ayudante de la emperatriz, Flavio Matías —respondió Mesalino.

Domiciano respiró aliviado. Pero se cuidó de no revelar su profunda y vergonzosa satisfacción.

—¿Qué habéis hecho con el original? —le preguntó fríamente.

—El original —le informó éste— permaneció apenas media hora en nuestras manos, exactamente lo que tardamos en copiarlo. Después, antes de que el joven Matías se percatase de ello, se lo devolvimos. La carta está ahora en el yate *Gaviota azul*, como estaba previsto, y seguramente ahora va camino de la isla Balear, incluso es posible que haya llegado ya a su destino.

Domiciano le preguntó entonces, y esta vez se le quebró la voz:

—¿Y Matías? Si no me equivoco, la emperatriz lo ha enviado a Massilia. ¿Dónde se encuentra ahora?

—El joven Flavio Matías —le explicó Mesalino— ha sido honrado por Su Majestad con varios encargos menores. Debe procurarse ciertos cosméticos, buscar al gran oculista Charmis y, seguramente, traerlo consigo a su vuelta, y resolver un par de asuntos más en Massilia. Expresé la opinión de que los encargos de la emperatriz requerían gran cuidado y precisión y me he ocupado de que Flavio Matías permanezca largo tiempo en Massilia.

—Interesante, querido Mesalino, muy interesante —dijo el emperador, un tanto ausente en opinión de aquél—. Massilia —siguió diciendo, siempre con la misma expresión ausente, y le soltó un discurso no muy pertinente sobre la ciudad—. Una colonia muy interesante —afirmó— y muy apropiada para retener por mucho tiempo a un joven ávido de conocimientos. Ha logrado helenizar la Galia mi buena ciudad de Massilia, tiene varios templos bellísimos dedicados a la Artemisa de Éfeso y al délfico Apolo. Es una isla pura, no adulterada, del helenismo en el centro mismo de un mundo bárbaro. También rigen allí, si mal no recuerdo, ciertas interesantes costumbres populares —y de este modo siguió perorando unos minutos de forma aparentemente inconexa.

Mesalino no le replicó. Sabía exactamente que el emperador no deseaba un comentario; el emperador sólo quería ocultar sus pensamientos, y esos pensamientos no se referían desde luego a las extrañas costumbres de la ciudad de Massilia.

Y así era, en efecto. Mientras hablaba, la mente del emperador estaba muy lejos de dicha ciudad. Lucía, pensaba, Lucía. He sacrificado tanto por ella, he pecado contra Júpiter y contra mis nuevos hijos por su causa, le he prometido indultar a esa Domitila, y así me lo paga. En el Palatino, bajo mi influjo, se resecan los corazones según ella. Y de pronto, bruscamente, se interrumpió y comenzó a silbar para sí con poco tino. El sorprendido y divertido Mesalino reconoció la melodía: era ese cuplé de la última sátira: «Hasta un calvo puede hacerse con una beldad / si tiene con qué pagar».

Mesalino seguía decidido a no interrumpir los pensamientos del emperador. Éste, en cambio, despertó súbitamente de su ensueño; se había dejado llevar, había perdido el hilo. Al menos el ciego no podía leer sus sentimientos en su rostro. Trató de dominarse y, como si nada hubiera ocurrido, como si no hubiera habido una pausa y un largo silencio, le dijo fríamente:

—¿Estás totalmente seguro de lo que dices?

—No tengo ojos para ver —replicó Mesalino—, pero, en lo que se le alcanza a un ciego, estoy totalmente seguro.

Está claro que Mesalino sabe cuánto lo conmueve esa noticia; a pesar de su ceguera divisa su interior mucho más profunda y peligrosamente de lo que lo hiciera Norban. Pero, a pesar de ello, el emperador no siente ante él el menor rastro de odio o de flaqueza.

—Lo has hecho muy bien —admite por fin—, y te doy las gracias.

Mesalino se alejó muy satisfecho. A solas, Domiciano reflexiona sobre lo que le acaba de referir. Curiosamente, no siente ningún rencor hacia Lucía; al contrario, casi le está agradecido por lo que ha hecho. Pues ahora ya no hay forma de comprobar si Domitila tiene intención de interferir en los asuntos de los cachorrillos, y esa prueba de lealtad era la condición indispensable del indulto prometido. Del escrito de Lucía se deduce además que también ella achaca a su protegida, Domitila, la intención de poner a los muchachos en contra del emperador y censor. Y con ello queda dispensado de cumplir su promesa ante Lucía, ante sí mismo y ante los dioses. En cuanto a la propia Lucía; no olvidará lo que le ha hecho, pero pospondrá la resolución del asunto. Lucía es como es, en cierto sentido no es la única responsable. Antes bien, la conciencia de que debe protegerla y buscar toda clase de argumentos en su defensa le procura una leve satisfacción. Ni siquiera le dirá lo que sabe de ella. Se guardará el asunto para sí. Nadie debe saber que él, el dios, ha sido engañado por esos tres: por Lucía, Domitila y Matías; engañado y traicionado, él, su generosísimo benefactor. Basta con que lo sepa el ciego. Respeta mucho a los ciegos. En realidad, Lucía y el ciego son las únicas personas que aprecia. Que Lucía siga entregándose a la falsa, infundada y cándida alegría de poder engañarlo; a la postre será él quien la engañe. Y que el ciego, su fiel servidor a quien debe agradecimiento, se regocije en su noche con la idea de compartir un secreto con el amo del mundo.

Pero ¿qué hará con los otros dos, con Domitila y con el joven que ha osado llevar semejante carta a la isla? Debe acabar con ellos, eso es seguro; pero su castigo llegará sigilosamente, de lo oscuro, y nadie conocerá su causa.

Domitila. La exilada. Su padre Vespasiano tuvo que indultar en una ocasión, contra su voluntad, a alguien: a Helvid el Viejo, el padre. Pero Vespasiano, hombre afortunado y precavido como era, tuvo suerte incluso en eso: el indultado murió antes de conocer la noticia de su perdón. También él, Domiciano, demostrará una vez más que es un hombre de suerte y un hombre precavido. Perdonará a Domitila y lo anunciará a bombo y platillo ante Lucía y el mundo entero. Y si la pobre Domitila no llega a conocer su suerte es asunto suyo y no de él.

Y, por lo que se refiere al joven Matías, también a él lo alcanzará un oscuro sino, no un castigo. Tal vez llegue a explicarle algún día a Josefo por qué tuvo que eliminarlo, pues el dios Yahvé y su siervo no deben pensar que se ha ensañado con el joven sin motivo alguno, por inquina al dios. Pero, a excepción del judío Josefo, Mesalino y él mismo, nadie conocerá los móviles. Para los demás debe tratarse de una desgracia que les arrebatara al bello paje de la emperatriz.

Las Neptunalias no eran una fiesta muy importante. Sólo un monarca que venerase la tradición aceptaría la molestia de trocar por su causa el frescor estival por el sofocante calor de la ciudad.

Durante tres días el emperador dirigió los festejos. Después, al cuarto, invitó a Josef al Palatino.

La invitación cayó sobre éste como un rayo. Si el emperador había tardado tanto en preparar su venganza por el recital, cuán temible debía de ser. Será una hora infausta, Josef tendrá que hacer acopio de todo su valor. Hubo épocas en que incluso ansió su perdición, pues deseaba ardientemente dar testimonio de su causa con su muerte. Pero ahora, en el cenit de su felicidad, lo espantaba la idea de que le arrancasen la vida.

El emperador lo recibió sin embargo relajado y alegre, sin el menor asomo de ira o de esa temible afabilidad que todos los que le conocían temían más que su fiereza. Su amabilidad era la de alguien algo disperso.

—¿Qué tal le va a vuestro Matías? —le preguntó al rato. Josef le contó que la ama y diosa Lucía lo había enviado a Massilia—. Cierto —pareció recordar el emperador—, en la nave *Gaviota azul*. Massilia, una hermosa ciudad.

Y de nuevo comenzó a hablar de sus particularidades, incluso le costó no dejarse llevar por su necio parloteo como le ocurriera con Mesalino.

—En cualquier caso, querido Josefo —dijo, deteniéndose—, me parece bien que vuestro Matías vea algo de mundo. Y los encargos que debe realizar allí para la emperatriz no le robarán demasiado tiempo. Creo que debe hacerse con ciertos perfumes y cosméticos y convencer al médico Charmis para que lo acompañe a su regreso. Importantes negocios.

A Josef le extrañó que el amo del mundo tuviera conocimiento de las intrascendentes tareas que debía realizar su Matías en Massilia.

—Es un gran honor, y sin duda extraordinario —bromeó—, que los ojos de Su Majestad sigan a mi Matías con tanta atención.

—¿Llegasteis a verlo antes de su partida? —preguntó el emperador.

—No —replicó Josef.

—En realidad, podría haber pasado por Roma para embarcar luego en Ostia —opinó Domiciano—. Pero a la emperatriz le pareció que sus asuntos eran de la mayor importancia, y tenía prisa. Por cierto que le tiene un gran aprecio, lo he constatado yo mismo. Desde luego es un chico simpático, de buenos modales; me ha agradado mucho. Será cosa de familia que nosotros, los Flavios, y vosotros sigamos tan estrechamente unidos.

Era en verdad extraño ese vínculo que ataba a los Flavios a Josef y su prole. Pero éste no supo cómo interpretar la observación del emperador, no supo qué responder; se sentía sumamente incómodo.

—¿Lo amáis mucho, a vuestro hijo Matías? —prosiguió el emperador.

Josef le replicó, parco:

—Sí, lo amo. Supongo —agregó— que ya estará de regreso en Italia. Tengo ganas de verlo de nuevo.

—Por fortuna —dijo el emperador lentamente, mirándolo de frente con sus ojos saltones y expresión soñadora— acabamos de celebrar las Neptunalias, y yo mismo he participado en ellas. De esta forma hemos hecho todo lo posible para que Neptuno

le conceda un feliz viaje.

Josef creyó que el emperador bromeaba y esbozó una sonrisa; pero aquél le dedicó una mirada tan seria, casi siniestra, que se le congeló.

Durante la comida, sin embargo, el emperador se mostró particularmente animado. Habló del escrito de Josef contra Apión. El libro probaba que Josef se había librado por fin de su falsa y distinguida objetividad cosmopolita con respecto a su propio pueblo.

—Por supuesto —añadió—, todo lo que ahora aportáis en defensa de vuestro pueblo resulta igual de infundado y subjetivo que lo que vertieron en su contra vuestros odiados griegos y egipcios. A pesar de todo, os felicito por el libro. Vuestros antiguos ideales de fusión y cosmopolitismo no eran más que quimeras, tonterías. Yo, el emperador Domiciano, me quedo con ese saludable nacionalismo.

Aunque sus desdeñosas observaciones pareciesen más una increpación que un elogio, Josef las escuchó con agrado. Lo aliviaba que el emperador le hablase de sus libros y no de su hijo.

Tras la comida Domiciano continuó hablando de literatura. Se tumbó en el diván, perezoso, y expuso sus ideas. Josef se preguntaba nervioso qué querría de él; se decía que había esperado ya tanto que sin duda podría esperar una hora más, pero se sentía desfallecer. Después, de pronto, Domiciano le ordenó que le recitase de nuevo su *Salmo del valor*.

Josef se sobresaltó. Por fin estaba claro que el emperador lo había llamado para vengarse de él por su atrevimiento.

—Confío en que comprenderéis, querido Josefo —le explicó el emperador—, que entonces no estaba preparado, no sabía que ibais a leer esos versos. Son versos un tanto extraños, y en aquella ocasión no pude apreciarlos enteramente. De modo que os estaría muy agradecido si me permitierais escucharlos de nuevo.

Todo en Josef se rebelaba contra ese deseo. Fuesen cuales fuesen las intenciones del romano, él no se sentía en absoluto inclinado a recitar esos versos. Ese día no los sentía, se le figuraban ajenos y consideraba indigno fingir e interpretar la farsa que aquel malvado deseaba escenificar a su costa.

—Su Majestad —replicó por tanto— me demostró entonces de forma palpable que no le había agradado mi salmo. ¿Para qué irritar de nuevo vuestros oídos?

Pero Domiciano insistió. Se había propuesto escuchar de nuevo las insolentes palabras de boca de ese siervo de Yahvé; se trataba de su declaración de guerra y deseaba conocer el texto. Impaciente, egoísta, le espetó:

—¡Recitadme los versos!

Josef tuvo que obedecer. Recitó los versos, irritado, sin entusiasmo alguno ni convicción; se trataba de palabras sin contenido.

Por eso digo:

Salve al hombre que se hace reo de muerte

por decir la palabra que le dicta su corazón...

Por eso digo:

Salve al hombre al que no puedes forzar
a decir lo que no es.

Vio la mirada que le dirigía el emperador, una mirada escrutadora, pensativa, maligna; quiso rehuirla, pero entonces vio su propia cara reflejada en el revestimiento de las paredes, por todas partes su propia cara y la del emperador, los ojos del emperador y su propia boca abriéndose y cerrándose. Se sintió como un farsante y el contenido de su *Salmo del valor* se le antojó una farsa. ¿Para qué decir la verdad ante un mundo que no desea escucharlo? Hace siglos que los hombres vienen proclamando la verdad sin lograr con ello más que su propia perdición.

Domiciano lo escuchó atentamente hasta el final. Entonces repitió con aire soñador:

—Salve al hombre que dice lo que es. ¿Por qué salve? Los dioses ya revelan lo que es en los misterios, y no quieren que se repita incesantemente y ante cualquiera. Lo que proclamáis en vuestros versos, querido, suena muy bien, y es interesante, pero si se analiza detenidamente no son más que insensateces.

Escrutó a Josef como si se tratase de una de sus fieras enjauladas.

—Qué curioso —dijo meneando la cabeza— que se os llegase a ocurrir algo tan extraño. «Salve al hombre que proclama su verdad».

Y durante unos instantes continuó moviendo lentamente la cabeza.

—¿Así que amáis mucho a vuestro Matías? —le espetó retomando su anterior conversación. El *Salmo del valor*, Matías... un terrible pánico asaltó a Josef.

—Sí, lo amo —replicó angustiado.

—¿Y, naturalmente, queréis que haga carrera? —continuó preguntándole—. Sois ambicioso. Tenéis ciertos planes para él.

Josef le respondió precavido:

—Sé que no merezco las muestras de benevolencia que me ha concedido el amo y dios Domiciano, así como sus antecesores. Pero he tenido una vida llena de sobresaltos, y eso quiero ahorrárselo a mi hijo. Cuando me vaya deseo que disfrute de cierta seguridad.

Y así era; pues todos los sueños de fama y de gloria que había concebido en torno a su hijo lo abandonaron de pronto en ese cruel instante, y tan sólo quería tenerlo de vuelta, junto a él, y sacarlo de Roma tan pronto como pudiera, llevarlo a Judea, seguro y en paz. En su interior rogaba a su dios que en esa terrible hora le diese la fuerza necesaria para encontrar las palabras adecuadas y salvar a su hijo.

—Interesante, muy interesante —respondió entre tanto el emperador—. De modo que eso es lo que ansiáis para vuestro Matías, paz y seguridad. ¿Y os parece que educarlo en palacio es la mejor forma de alcanzar ese objetivo?

Fue un duro golpe para Josef que su enemigo hubiese encontrado de inmediato su punto más débil, su falta. Pues precisamente ése era su pecado: haber lanzado a su hijo por ese peligroso camino. Buscó penosamente qué responderle.

—A la emperatriz le cayó en gracia —dijo finalmente—. ¿Debí negarme cuando me pidió que entrase a su servicio? No habría sido capaz de semejante irreverencia.

Pero Domiciano había entrevisto el punto débil de su enemigo, el siervo de Yahvé, y no estaba dispuesto a dejarlo en paz.

—Si no lo hubierais deseado —dijo repreniéndolo con el dedo, que se multiplicó en las paredes reflectantes— habríais encontrado el modo. Tenéis planes para él —insistió—, sed sincero, ¡admitidlo! ¿Cómo, si no, lo habríais enviado a servir a la emperatriz?

—Es natural que un padre tenga planes para su hijo —admitió Josef, y se sintió débil y vacío.

—¿Veis? —dijo Domiciano satisfecho, y siguió hurgando en la herida—. En una ocasión me dijisteis que pertenecíais a la estirpe de David. Habéis reconocido tener ciertos planes para vuestro hijo, ¿jamás se os ha ocurrido pensar que tal vez sea él, vuestro hijo, el Elegido, vuestro Mesías?

Con los labios lívidos y la garganta seca, Josef le replicó:

—No, jamás lo he pensado.

Domiciano había creído que sería una tarea ingrata enfrentarse al judío, una tarea que sólo había aceptado para justificarse ante Yahvé. Pero al ver la cara de Josef, esa cara enjuta, torturada, dejó de parecerle un penoso tormento y sintió un placer enorme, salvaje y cruel mientras aguardaba lo que haría, cómo se comportaría aquel hombre, cómo se alteraría su rostro, qué palabras pronunciaría cuando supiese lo que le había ocurrido a su hijo. Los ojos del emperador ansiaban verlo, sus oídos ansiaban escuchar el grito del enemigo herido, de ese odioso ser que le había soltado a la cara todas esas insolencias y que había engatusado a su Lucía.

Y continuó hablando, pensativo, sopesando cuidadosamente cada palabra:

—Si jamás llegasteis a insinuar a vuestro hijo que podría ser el Elegido de vuestro Yahvé, sí que habéis hostigado su amor propio de otros modos, o tal vez os entendiese mal, o quizás es que vuestro dios le insufló desde el principio una ambición desmedida.

Josef escuchaba sus palabras con penosa expectación.

—Soy muy necio —dijo—, o tal vez tenga un mal día y mi cerebro esté anquilosado, pero no sé cómo interpretar las palabras de Su Majestad.

Y, siempre con la misma calma implacable, Domiciano continuó:

—Sea como fuere, está bien que sea eso lo que deseáis para vuestro Matías, paz y seguridad.

Con el corazón y la garganta atenazados por el dolor, Josef le rogó:

—Os estaría eternamente agradecido si condescendierais a dirigiros a un padre acongojado con la claridad que necesita para entender.

—Sois muy impaciente —le reprendió Domiciano—, sois tan impaciente que atentáis contra el respeto que le debéis a vuestro regio amigo. Pero estoy habituado a tener que perdonar, precisamente con vos no he hecho más que derrochar indulgencia. Por lo cual bien puedo hacerlo ahora. ¡De modo que escuchadme, impetuoso! Se trata de lo siguiente: vuestro Matías se ha involucrado en una empresa enormemente ambiciosa. Creo, confío y creo poder adivinarlo ahora en vuestra cara, estoy convencido de que no sabéis nada de todo ello. Y eso me alegra por vos. Pues se trata de una empresa arriesgada y no la ha culminado con éxito. Lamentablemente, también era ilícita.

—¡Tened compasión de mí! —le rogó Josef con voz queda, pero rota por el dolor—. ¡Tened compasión de mí, mi amo y dios Domiciano! ¿Qué le ha ocurrido a mi Matías? ¡Decídmelo, os lo ruego!

Domiciano lo miró con la misma curiosidad serena y objetiva con que estudiaba a los animales de sus jaulas y a las plantas de sus invernaderos.

—Ha realizado los encargos de la emperatriz en Massilia —dijo— tal y como se le encomendaron, y lo ha hecho bien, demasiado bien.

—¿Y ha salido ya de Massilia? —preguntó Josef conteniendo la respiración—. ¿Dónde está ahora?

—Ha embarcado —respondió el emperador.

—¿Y cuándo estará de vuelta? —lo atosigó Josef—. ¿Cuándo podré verlo?

Y, al ver que el emperador se limitaba a sonreírle con una sonrisa lenta, queda, compasiva, Josef perdió todo recato y le espetó, movido por un horror infinito, insensato:

—¿Es que no va a regresar?

Con los ojos fijos en el emperador se le aproximó, incluso llegó a rozar la túnica imperial. Domiciano, a quien repugnaba cualquier contacto con un extraño y lo consideraba como la más atroz irreverencia, se retiró suavemente.

—Tenéis más hijos, ¿no? —le dijo—. ¡Ahora, mi judío, podréis demostrar que vuestros versos sobre el valor son algo más que palabras!

—He tenido un *único* hijo, y ya no está.

Josef repetía estas palabras, absorto:

—¿De modo que no regresará? —Farfullaba de tal modo que resultaba casi imposible entender sus palabras, pero el emperador sí las entendía, y se deleitaba con la caída de su enemigo.

—Ha sufrido una desgracia —dijo con voz amable, compasiva—. Ha tenido una caída. Hizo una infantil apuesta con uno de los timoneles del barco. Treparon por un mástil, por lo que parece, y él se cayó. No pudieron salvarlo. Se rompió el cuello.

Josef se quedó petrificado, sus ojos aún pendían atónitos de los labios del emperador. Éste esperaba oír un grito, pero no hubo ninguno; en cambio vio cómo se distendía de pronto la cara de Josef y comenzaba a musitar, a abrir y cerrar la boca como si tratase de hablar y no fuese capaz de componer ni una palabra.

Domiciano saboreaba su triunfo. Tenía frente a sí a un hombre al que los dioses habían golpeado; todos los dioses, incluso el suyo, Yahvé. Él, Domiciano, había hecho bien, por tanto; había ganado una importante batalla al dios Yahvé con sus propias armas, con inteligencia y, a pesar de todo, de forma justa, intachable, de modo que no pudiera reprocharle nada. Siguió hablando confiado y, sin embargo, recalcando y regodeándose en cada palabra:

—Vos debéis saberlo, mi Josefo. No es casual que vuestro hijo Matías haya sufrido una desgracia. Ha sido un castigo. Pero yo no soy vengativo, soy clemente, y una vez fallecido no pienso pedirle cuentas. Por eso no debe saber nadie que tuvo que morir por su crimen. Deben creer que ha sido un accidente lo que os ha arrebatado a vuestro hermoso, joven y adorable hijo Flavio Matías. Y, para que veáis que os quiero bien, escuchad: lo enterraremos como si realmente hubiese sido el Elegido; será una ceremonia regia, como si vuestro rey David hubiese sido un romano.

El emperador no tuvo la dicha de observar el efecto que causaban en su enemigo su orgullo y su generosidad, pues parecía que Josef no era capaz de atender sus benévolas y excelsas palabras. Más bien mantenía la vista clavada en él con una mirada vacía, imbecil, y su boca seguía musitando. De pronto, se desplomó.

Pero Domiciano no había terminado de hablar y no pensaba guardarse sus palabras, y como no podía decírselas a Josef despierto se las dijo al desvanecido.

—Vuestros doctores me explicaron que llegará el día. Pero habéis de saber, Josefo, que mientras vos y yo vivamos ese día no llegará.

Una tarde, poco después de esa conversación, un breve, negro y ceremonioso cortejo llegó a la casa de Josef. Le traía el cadáver de Flavio Matías, fallecido mientras servía a la emperatriz al caerse de un mástil a bordo de la nave *Gaviota azul*. Los embalsamadores de la ciudad de Roma eran excelentes, y Domiciano había llamado a los más encumbrados expertos del ramo. Con pomadas, especias, y seguramente también con maquillaje, habían logrado que el cadáver que dejaron en la casa de Josef pareciese hermoso y casi incólume. Ahí tenía la huesuda cabeza juvenil, con el pelo negro y brillante cuidadosamente peinado, la cara de siempre y sin embargo distinta, pues toda su viveza procedía de los ojos y esos ojos permanecían cerrados. Y, si al verlo por última vez Josef pensó que la hermosa cabeza de su hijo reposaba sobre un cuello infantil, ahora le pareció que la nuez sobresalía en él más prominente y viril que nunca.

Josef volcó con sus propias manos los muebles de la habitación y amortajó al hijo que había regresado. Se sentó junto a él bajo la trémula luz de una lámpara de aceite. A su lado, sobre la cama volcada, yacía el hijo.

Josef se había transformado en esos últimos meses de bonanza; se había convertido en un hombre que rehuía sus propios abismos. Ahora, de pronto, se abrían de nuevo, su alma gritaba desesperada, no había modo de escapar. Al morir su hijo

Simeón-Janiki se sintió desgarrado por mil sentimientos dispares. Sintió dolor y se sintió culpable, pero también se justificó y acusó a Dios y al mundo. Pero ahora, junto al cadáver de su hijo Matías, sólo siente una cosa: asco y odio hacia sí mismo.

No odia al emperador. Éste no ha hecho más que eliminar a un joven por sus pretensiones al trono; como emperador está en su justo derecho. Incluso ha procedido con cierta delicadeza. Podría haber hecho desaparecer el cadáver entregándolo al mar y a los peces, y pensar en su hijo muerto flotando sobre las aguas sin sosiego se le antoja una visión aterradora. El emperador ha sido magnánimo, sí, le ha entregado al muerto, incluso lo ha adornado para él y lo ha ungido con olorosas pomadas, su bueno, su generosísimo emperador. No, sólo hay un ser contra el que debe dirigir todo su odio, todo su honor, y ése es él mismo: Josef ben Matatías, Flavio Josefo, el loco, el vanidoso que no por envejecer ha ganado cordura, y que ha mostrado a su hijo el camino que lo llevaría a la perdición.

Josef se hundió ante el cadáver de Matías mucho más que antaño al morir Simeón-Janiki. Esta vez no había nada que meditar o interpretar, esta vez era él el único responsable. Si no hubiera proclamado por pura vanidad intelectual que descendía de la estirpe de David Matías aún viviría. Si no le hubiese retenido movido por su estúpido orgullo de padre, si le hubiese dejado marchar a Judea con Mara, aún viviría. Si no le hubiera enviado a servir a Lucía por pura vanidad, Matías aún viviría. Era su orgullo, su vanidad lo que había acabado con Matías.

Se ha excedido más allá de toda medida. Ese Cesarión, que el gran César no pudo recrear con su propio hijo, él quiso tenerlo en su Matías, pequeño mono que imita al gran hombre. Todo lo que ha hecho en su vida lo ha hecho por vanidad. Por vanidad marchó a Roma siendo joven, por vanidad se hizo pasar por profeta y le anunció a Vespasiano que subiría al trono, por vanidad se convirtió en cronista de la casa Flavia y se dio a conocer como heredero de David. Por vanidad escribió esa engañosa, elegante y objetiva *Historia Universal*, así como el apasionado y eficaz escrito contra Apión. Y ahora ha matado a su hijo Matías por vanidad.

Como Jacob a José, así ha amado a Matías, con un amor insensato. Y, al igual que aquél regalara a José la brillante túnica que despertó la envidia de sus hermanos, así envolvió él a Matías en un brillo reprobable. Y como le fue anunciado a Jacob: «Desgarrado, desgarrado está tu hijo José», le comunicó a él el enemigo: «Tu querido hijo ha perecido». Pero el padre Jacob no había incurrido en otra culpa que su desmedido amor, mientras que él, Josef ben Matatías, carga con un terrible pecado. Y si aquel muchacho, José, siguió con vida aunque solo y abandonado en lo más hondo de un pozo, su Matías yace ante él muerto, con un brillo cerúleo, maquillado, y con esa nuez prominente; ningún hálito de vida anima su pecho, no hay ninguna esperanza de salvarlo.

Así pasó la noche, una breve noche de verano, y al amanecer acudieron muchos a despedirse del fallecido Flavio Matías. Todos sabían que el emperador estaba muy afectado por la desgracia que había acabado con la vida del protegido de Lucía;

circulaban románticas historias sobre su vida y su final, se hablaba mucho de la belleza y el atractivo del joven. Y, así, un interminable cortejo de personas pasó por la sala con los muebles volcados donde yacía el fallecido Matías. Gentes interesadas, curiosas, fatuas. Venían para no perder la oportunidad de agrandar al emperador, venían para ver el cadáver, para mostrar su dolor, para expresar sus condolencias. Toda Roma desfiló ante el cadáver. Josef, sin embargo, se mantuvo alejado, encerrado en lo más recóndito de su casa, en cuclillas en el suelo, descalzo, con el pelo revuelto y las vestiduras rasgadas.

Acudieron Marullo y Claudio Regino, y también el anciano Cayo Barzaarone, que pensó cuán poco le faltaba para yacer así; acudió el senador Mesalino y permaneció largo rato ante el cadáver mostrando un respetuoso interés sin que nadie fuese capaz de imaginar lo que sentía; acudió también el cuidador de pavos Anfión, que lloró amargamente, y acudió la joven Cecilia. Tampoco ella se refrenó, las lágrimas le corrían por el rostro liso, luminoso; lamentaba haberse burlado de Matías, haberse resistido a sus abrazos y hacerlo esperar.

Acudieron también los dos príncipes, Constancio y Petronio, o más bien Vespasiano y Domiciano, como se llamaban ahora. Se demoraron un tiempo ante el cadáver, muy serios, acompañados por su preceptor Quintiliano. Les habían reservado un sitio especial; había un enorme gentío aguardando tras ellos, la calle estaba atestada de gente que aún quería ver al muerto. Pero los gemelos no se dieron prisa; ni siquiera se movieron cuando Quintiliano les animó, amablemente, a marcharse. Contemplaban el rostro yerto de su queridísimo amigo. Estaban habituados a la muerte; aunque, eran muy jóvenes habían visto morir a muchos, y pocos lo habían hecho tranquilamente en su lecho. Su padre había sufrido una muerte violenta, así como su abuelo y su tío, y por muy sereno y pacífico que pareciera el semblante de su amigo Matías intuían, estaban persuadidos de que una mano se había abatido sobre él, una mano que conocían muy bien. Eso era lo que pensaban junto a la cama volcada; no lloraban, parecían muy serenos, y, excepto porque no hubo forma de apartarlos de su lado, Quintiliano no encontró nada reprochable en su actitud. Sólo al final, antes de marchar, el más joven no pudo refrenarse y realizó un gesto infantil y reprobable: sacó de su manga una pluma de pavo y se la puso al muerto en la mano para que, cuando llegase abajo, tuviese con qué alegrarse.

La desgracia que había caído sobre Josef sobrecogió a los judíos de la ciudad de Roma; pero a su temor se añadió una leve satisfacción. Lo que ahora abatía a Josef era un castigo merecido de Yahvé. Ellos le habían advertido: no era bueno que alguien subiera tan alto y se jactase como lo hizo Josef. Había hecho mucho por ellos, pero también les había causado graves padecimientos; era un hombre ambiguo, peligroso; lo sentían ajeno, siniestro, y humildemente alababan a su dios, tan justo, que le advertía de esa manera para que se mantuviera dentro de sus límites.

Tal y como prescribe la Ley se mostraron dolidos, interesados, le enviaron los cestos de mimbre con el plato de lentejas propio del duelo. Fueron a consolarlo, mas no lamentaron que no se dejase ver. También era un castigo de Yahvé que su arrogancia le impidiese aceptar el consuelo.

Durante todo ese día en que Roma entera desfiló ante el cadáver de su hijo Josef permaneció encerrado sin ver a nadie. Fue un día largo; no ansiaba otra cosa que la noche, en que tendría a su hijo de nuevo para él. Pero al atardecer llegó alguien a quien se vio obligado a recibir: el primer correo del emperador, un funcionario de primera categoría que deseaba hablar con Josef en su nombre.

El amo y dios Domiciano deseaba brindarle un entierro suntuoso a Flavio Matías, fallecido mientras cumplía órdenes de la emperatriz. Quería erigir una pira funeraria como si se tratase de un miembro de la familia imperial.

A pesar de la habilidad del correo para presentar los mensajes del emperador de la forma más adecuada, en esa ocasión no le resultó fácil por lo mucho que lo impresionó el aspecto de Flavio Josefo. Lo había visto un par de días antes, cuando éste visitó al emperador en el Palatino. Entonces contempló a un hombre en su mejor momento, radiante, capaz de hacer un buen papel en la residencia imperial. Y ahora tenía ante sí a un viejo judío desaliñado, sucio, sin afeitar.

Sí, allí lo tenía, desvalido, ajado, falto de palabras. Pues se sentía desgarrado. Lo que ahora pretendía el enemigo era la burla más brutal e insolente que cabía imaginar. Al mismo tiempo se figuró que su hijo, que tanto amara el lujo, habría deseado un enterramiento tan magnífico y que no le perdonaría que renunciase a tal honor. De modo que calló largo rato, y cuando el correo se decidió a preguntarle respetuoso qué debía comunicar al emperador respondió con vaguedades, con frases que no afirmaban ni negaban. El correo estaba atónito. ¿Qué clase de hombre era ése? ¡Osaba vacilar cuando su amo y dios Domiciano le hacía objeto de un honor sin parangón! Pero, precisamente porque Domiciano quería honrarlo de ese modo, el cortesano no se atrevió a importunarlo y se retiró inquieto y meditando si el emperador no descargaría sobre él su ira por tan extraño comportamiento.

A solas, Josef siguió indeciso. Escuchaba en sí voces contradictorias. Tan pronto se decidía a aceptar el ofrecimiento de Domiciano como se decía que con ello no haría sino darle la razón, negando su causa. Pero entonces veía el rostro de su hijo y sentía como si Matías anhelase ese honroso fuego que iluminaría su última aparición ante el mundo. No sabía qué hacer.

Al día siguiente recibió a sus amigos más íntimos, Claudio Regino y Juan de Giscala. Seguía en cuclillas, con el pelo revuelto, los pies descalzos, la ropa desgarrada y la mente ofuscada, aniquilada el alma; sus amigos se sentaron junto a él. Si la noche anterior se había sentido como Jacob, lamentándose por la pérdida de su hijo predilecto, ahora era Job, a quien venían a consolar sus amigos. Pero también era bueno, que su consuelo se ciñese al práctico consejo; tampoco habría tolerado la condolencia o una compasión descarada.

Y, así, se limitaron a discutir un problema práctico que debía solventarse ese mismo día: el asunto del enterramiento. ¿Qué debía hacer Josef? Si aceptaba la oferta del emperador violaba uno de los preceptos básicos de los doctores. Desde tiempos ancestrales, desde que enterraron a Abraham, a Isaac y a Jacob en la cueva Majpela, les estaba prohibido a los judíos reunirse con sus padres de otro modo que no fuera a través de la tierra, y a Josef le parecía una desfachatez incinerar a su hijo. Pero si lo enterraba al modo judío y rechazaba la pira del emperador, ¿no atraería su cólera, que caería sobre todos los judíos?

Claudio Regino, el pragmático, tomó la palabra.

—Un muerto es un muerto —dijo—, no nota si lo incineran o si lo entierran. Fuego o tierra, tan inocuo es lo uno como lo otro, y tan poco lo regocijarán ambos como la pluma de pavo que el joven y amable príncipe le ha entregado. No puedo concebir que su alma tenga ojos, o incluso una piel, capaces de ver o percibir cómo disponemos de su cuerpo. Y los otros reparos no son más que sentimentalismos. Yo no soy judío, pero quizá por eso puedo evaluar qué ventajas e inconvenientes tiene esta decisión para vuestro pueblo. Dejadme, pues, que os diga que este pueblo vuestro tendrá que pagar caro o, al menos tendrá que renunciar a ciertas ventajas, si tomáis en serio sus supersticiones y su necedad. Si se trata de defender la libertad de los judíos es necesario que aceptéis la propuesta de DDD. Pues el fulgor de esa pira iluminará al judaísmo entero, y el judaísmo, que hace tiempo que avanza a tientas, precisa ese brillo.

—Así es —dijo Juan de Giscala mirando a Josef con sus pícaros ojos grises—. Y, por lo que respecta a vuestras objeciones, doctor Josef, he de deciros que no soy un sabio como vos, e ignoro si una vez muertos sentimos algo o no. Mi corazón ni asiente ni niega. Pero si vuestro Matías pudiera sentir algo allá donde se encuentra sin duda se sentiría feliz de saber que el fuego que quema su cuerpo calienta al judaísmo entero. Y, por lo demás, considero —continuó con una expresión aún más afable y burlona— que el brillo de ese fuego le complacería sobremanera, pues amaba el brillo.

A Josef lo conmovió oír aquello. El brillo que le ofrecía el emperador beneficiaría al judaísmo, y no había forma mejor de honrar la memoria de su hijo que aceptarlo. A pesar de todo le repugnaba pensar en la pira funeraria de Domiciano. Y es que su Matías no era romano; precisamente había muerto por haber querido hacer de él un romano.

Entonces se le ocurrió una idea muy arriesgada. El emperador quería honrar al muerto, luego se sentía en deuda con él. Pero si quería honrar al muerto no debía satisfacer su propio capricho, sino los de aquél. Matías sería enterrado en suelo judío, tal y como conviene a cualquier judío, pero su enterramiento debía tener la suntuosidad que el emperador le había concedido. Josef lo trasladaría personalmente a Judea, y el emperador debía brindarle los medios. Que pusiera a su disposición una de sus naves ligeras, una liburna, una de esas estrechas naves de guerra pilotadas por

escogidísimos remeros. Así quería llevar a su hijo a Judea, y allí deseaba enterrarlo.

Así se lo dijo a los amigos. Éstos lo miraron y se miraron entre sí, sin decir nada.

Entonces Josef habló con voz iracunda y provocadora:

—Vos, mi Claudio Regino, sois el hombre más indicado para transmitir mi petición al emperador. ¿Querréis hacerlo?

—No, no quiero —respondió Claudio Regino—, no es un asunto agradable.

Pero en el instante en que Josef se aprestaba a replicarle algo agregó:

—No obstante, lo haré. Ya he aceptado bastantes misiones desagradables en mi vida por amistad. No habéis sido un amigo cómodo, doctor Josef —refunfuñó.

El barco de guerra *El vengador*, una liburna, pertenecía a la categoría más alta de veleros rápidos. *El vengador* tenía tres hileras de remeros, era bajo y puntiagudo, ligero y veloz, y a cada golpe de remo avanzaba dos veces su longitud. La marina imperial poseía noventa y cuatro embarcaciones como ésa. *El vengador* no era la más grande; su desplazamiento de agua no superaba las diecinueve toneladas, su eslora medía cuarenta y cuatro metros, y tenía un calado de 1,7 metros. Lo propulsaban ciento noventa y dos esclavos.

Habían preparado a toda prisa y, sin embargo, cuidadosamente, todo lo necesario para el transporte del cadáver, incluyendo a un embalsamador. Pero no fueron necesarios sus servicios; el tiempo era favorable, el barco navegaba con viento propicio, y las noches frescas permitían mantener el cadáver en la cubierta superior; durante el día lo protegía un toldillo.

Josef permanecía sentado junto a él, solo. Prefería las noches al día. Soplaban una fuerte brisa y pasaba frío al avanzar a esa velocidad. El cielo era profundo, breve la luna, muy negra el agua con franjas de espuma que refulgían tímidamente. Y Josef seguía junto al cadáver, y sus pensamientos iban y venían como las olas y el viento.

Era una huida, y su enemigo, que no era estúpido, le había cedido su nave más veloz de forma que pudiese huir lo más deprisa posible. Huía vergonzosamente de la ciudad de Roma a la que con tanto arrojo y tan seguro de sí llegara hacía ahora treinta años. Ha permanecido allí una generación entera, durante una generación ha luchado convencido de tener la victoria al alcance de la mano. Ha llegado el final. Ignominiosa derrota y huida. Huir, escapar, evadirse rápida e indignamente en el barco que el propio enemigo pone a su disposición con burlona y afable celeridad. Allí, junto a él, tiene lo que ha obtenido de una generación de luchas: el cadáver de un joven. Ha ganado un hijo muerto, tal es el precio por una generación de arrogancia, de superación, de pesar, de humillaciones y engañosa fama.

¡Cómo vuela el barco, el barco con el irónico nombre de *Vengador*, la insigne nave, la veloz! ¡Cómo baila sobre el agua! *El vengador*. Ahí tiene, pues, Matías el veloz barco que deseaba para su regreso a Judea, el más extraordinario y rápido que pudiera imaginar. Un honor para su hijo, que gozó de honores tanto en vida como al

morir. Un gran honor que le brinda su amigo el emperador. Para él, para su Matías, se esfuerzan, encadenados a sus bancos, esos remeros, un, dos, un dos, sin detenerse nunca; es para él para quien golpea el oficial marcando el ritmo; para él se hinchan las velas artísticamente dispuestas; para él se abre camino sobre las negras aguas la nave, la mejor del emperador romano, orgullo de la ingeniería naval.

Y ¿a qué se debe? ¿Quién puede saberlo? También su Matías preguntaba sin cesar: ¿por qué? Con su profunda y adorable voz lo preguntaba con infantil ademán; y, sin querer, Josef imita su profunda y amada voz y pregunta al viento en medio de la noche, con su voz: ¿Por qué?

¿Hay alguna respuesta? Sólo una, la respuesta que daban antaño los doctores cuando tropezaban con un problema verdaderamente arduo. Tras discutir, debatir, parlotear, examinar y rechazar, en el momento en que todos aguardaban ansiosos la solución respondían: sigue siendo un problema, difícil, sin respuesta, sin dirimir, *kaschja*.

Kaschja.

Y, sin embargo, no es cierto. Sí hay una respuesta. Alguien encontró una respuesta hace un par de centurias, y ellos lo rechazaron por su respuesta, y por esta respuesta no quisieron admitir su libro en el canon de las Sagradas Escrituras. Su respuesta no es *kaschja*. Su respuesta es clara y firme, es la respuesta acertada. Cada vez que Josef sufre una conmoción tropieza en su fuero interno con la respuesta de ese viejo sabio, el predicador, Cohelet, que se ha posado en lo más profundo de su alma, y allí la tiene de nuevo, y es la respuesta acertada.

«Conocí que cuanto hace Dios es permanente, y nada se le puede añadir, nada quitar. Lo que es, eso fue ya; y lo que fue, eso será. Otra cosa he visto bajo el sol: que en el puesto del derecho está la justicia, y en el lugar de la justicia está la prevaricación. Por eso me dije: Dios juzgará al justo y al injusto, porque hay un tiempo destinado para todo y para toda obra. Díjeme también acerca del hombre: Dios quiere hacerles ver y conocer que de sí son como las bestias; porque una misma es la suerte de los hijos de los hombres y la suerte de las bestias, y la muerte del uno es la muerte de las otras, y no hay más que un hálito para todos, y no tiene el hombre ventaja sobre la bestia, pues todo es vanidad. Todos van al mismo lugar; todos han salido del mismo polvo, y al polvo vuelven todos. ¿Quién sabe si el hálito del hombre sube arriba y el de la bestia baja abajo, a la tierra?». »

Así lo había sentido él, así lo sintió en su corazón, con la misma certeza con que debió sentirlo en su día Cohelet; así lo pensó entonces mientras velaba el cuerpo de su hijo Simeón-Janiki. Y después, más tarde, no había querido pensar más en ello y se rebeló y lo olvidó. Pero ahora Yahvé se lo recordaba por segunda vez con dureza, sarcasmo y acritud, y lo reconvenía como a un alumno descarriado. Ahora puede grabárselo en el corazón, debe grabárselo diez, veinte veces, como le ordena el gran maestro. «Todo es vanidad, apacentarse de viento». Recuérdalo, Josef ben Matatías, grábatelo con sangre diez, veinte veces, tú que quisiste ignorarlo, tú que trataste de

enmendar a Cohelet. Llegaste tú y quisiste refutar las viejas doctrinas con tus hechos y tus obras, con tu *Guerra de los judíos* y tu *Historia Universal* y tu *Apión*. Y hete aquí ahora, en esta nave que avanza sobre el nocturno mar movido por el viento llevando contigo lo único que te queda: tu hijo muerto. ¡Viento, viento, apacentarse de viento!

La fina luna estaba ahora más alta; la cara enjuta y maquillada de Matías irradiaba un leve y pálido brillo.

¿Y qué le dirá a Mara cuando se presente por segunda vez ante ella para anunciarle: muerto está el hijo que me encomendaste?

Quedamente se lamentó al viento de la noche:

—¡Ay de mi hijo Matías, el bendito, el abatido, mi predilecto! Un gran fulgor rodeaba a mi hijo, y era agradable a los ojos de todos, y todos le amaban, los gentiles y los elegidos. Yo en cambio lo colmé de vanidad y acabé por matarlo a causa de mi vanidad. ¡Ay, ay de mí y de ti, mi buen hijo, mi hermoso hijo, bendito, glorioso, mi hijo abatido, Matías! Te di una lujosa túnica como Jacob a su José y te envié a la muerte como Jacob a su hijo José, a quien amaba con un amor inmenso, ridículo y lleno de vanidad. ¡Ay de mí, ay de ti, mi hijo bienamado!

Y pensó en los versos que había escrito, en el *Salmo del ciudadano del mundo* y en el *Salmo del yo*, y en el *Salmo del soplador de vidrio* y en el del valor. Y sus versos se le antojaron vacuos, y sólo le pareció sensata una cosa: la sabiduría de Cohelet.

Pero ¿de qué le valía saberlo? De nada le valía, su dolor no era menor por ello. Y siguió lamentándose en la noche, y su llanto ahogó el rumor del viento.

Los oficiales, marineros y remeros pensaban que era un tipo siniestro ése que transportaba por mar un cadáver. Una misión desagradable, ésa que les había encomendado el emperador. Temían que el judío estuviera maldito por los dioses, temían que los dioses enviasen alguna desgracia a su insigne nave. Suspiraron aliviados cuando avistaron la costa de Judea.

Al recibir la noticia de la muerte de su favorito, Matías, Lucía trató de conservar la calma para resguardarse de la sospecha que no tardó en alzarse ante ella. Al principio pensó en acudir a Roma de inmediato. Pero conocía el carácter desmedido de Josef; sin duda pensaría en una argucia y en un crimen, sin examinar, sin sopesar, y no quería contagiarse de la vehemencia de sus sentimientos. Quería mantener la serenidad, quería formarse un juicio certero antes de emprender acción alguna. Escribió una carta a Josef llena de dolor, de compasión, amistad y consuelo.

Pero el correo que debía entregarle el escrito regresó con la noticia de que Josef se había embarcado para llevar el cadáver del muchacho a Judea.

A Lucía no le molestó que Josef no se hubiera dirigido a ella al abatirse sobre él la desgracia que también era suya; que no le hubiera permitido ser partícipe de su dolor,

que no le hiciera llegar ni una palabra. Pero de pronto le pareció ajeno a ella ese hombre que se dejaba llevar por completo, que no conocía medida ni norma alguna, cuyo dolor era tan egoísta como su fortuna. No comprendía cómo había permitido que se le acercase tanto ese ser tan desafortunado. Lo que hubo entre ellos podía haber continuado desarrollándose y florecer; ahora, en cambio, su repentina partida lo aniquilaba todo. Era un infeliz, infeliz en su tozudez; atraía la desgracia con su furor y su imagen del pecado. Casi prefirió que hubieran roto sus relaciones de ese modo.

No se atrevía a determinar si Domiciano había cometido otro crimen. Se encontraba en Bajae, y él en Roma; no quería verlo mientras la atormentasen las dudas; no quiso hablarle, pues no quería que le impidiese discernir claramente si era culpable. Si lo era, vengaría a Matías.

Recibió de Domiciano un escrito moderadamente afable. Domitila, le comunicaba, había dejado efectivamente de inmiscuirse en los asuntos de los jóvenes príncipes. De modo que, para su satisfacción, se veía en situación de cumplir sus deseos. Había encomendado al gobernador de Hispania oriental la tarea de anunciarle el indulto a Domitila. De modo que pronto podría recibir a su amiga en Roma.

Lucía respiró aliviada. Se alegró de no haber acusado precipitadamente a Varriguita del asesinato de Matías.

Dos semanas después, al referirle las noticias de la mañana, su secretario le anunció que la princesa Domitila había sufrido una muerte espantosa. Había predicado en su isla el evangelio de cierto Cristo crucificado de acuerdo con las doctrinas de los mineos, una secta judía. Se dirigió ante todo a los nativos de la isla, íberos medio salvajes que habitaban en casas más parecidas a las cuevas donde moran los animales que a viviendas humanas. En una ocasión, al regresar con su doncella de una colonia semejante, un puñado de esa chusma rapaz las siguió para atacarlas, robarles y matarlas. Ello ocurrió tras enviar el gobernador de Hispania oriental un correo que debía comunicarle su indulto. El emperador había mandado crucificar a uno de cada diez miembros de la tribu a la que pertenecían sus asesinos.

El luminoso y valiente rostro de Lucía se turbó al escuchar la noticia; dos profundos surcos aparecieron en su frente infantil, sus mejillas se motearon por la ira. Interrumpió el relato del secretario y dio orden de preparar su partida de inmediato.

Aún no sabía lo que haría. Sólo sabía que le arrojaría a Domiciano su ira a la cara. Por mucho que la hubiera irritado siempre conservó algo parecido al respeto por sus modos salvajes, estrictos; no se había extinguido del todo el amor que le inspiraban su orgullo, su vehemencia, su locura, lo extraordinario de ese hombre. Pero ahora sólo era capaz de ver en él a un animal pérfido y sanguinario. Si había eliminado a Domitila sólo por haberle prometido su indulto, también fue su dura garra la que había abatido al muchacho, al joven, ingenuo y luminoso Matías. ¡Ah, no le faltarán orgullosas y grandilocuentes palabras para justificarse! Pero esta vez no la engañará. Ha asesinado al muchacho por todo lo bueno que había en él, sencillamente porque era como era, o quizá sólo porque era de su agrado. Y también a Domitila la había

asesinado por su causa, como un niño malvado que rompe el juguete predilecto de otro. Todo eso se lo dirá a la cara; si no lo hiciera se ahogaría. Le arrojará a la cara toda su rabia, todo su asco.

Partió de inmediato hacia Roma.

Domiciano había experimentado una honda satisfacción en su conversación con Josefo. Al rechazar éste su propuesta de enterrar al muchacho con toda pompa se limitó a sonreír. No lo ofendió la insolencia de Josefo; no hacía más que demostrar que había atacado a su oponente en su punto más débil. Ver a Claudio Regino exponerle el insensato ruego del judío constituyó, quizá, la culminación de su triunfo. Pues ahora podría mostrarse, además, generoso, y probar que lo que había hecho no iba dirigido contra el dios Yahvé. El emperador Domiciano tuvo que castigar la falta del muchacho Matías, mas al favorito del dios Yahvé le reservaba los mayores honores. Y esbozó una amplia sonrisa, alegre y a un tiempo siniestra, cuando supo que, de toda su flota, sólo cabía disponer de la nave *El vengador*, que Josefo se valdría de *El vengador* para trasladar a Judea a su hijo muerto. ¡Navega, Josefo, mi judío, navega en mi preciado barco, el más veloz! ¡Que tengáis buen viento tú y tu hijo, navegad, marchaos! Huido, desaparecido, lejos está ya Catilina.

Pero cuanto más lejos sentía al enemigo, cuanto más se alejaba de Roma la liburna *El vengador*, y con ella el muerto y el vivo, más se apagaba su alegría. Se volvió extrañamente perezoso, rehuyendo cualquier acción. Ni siquiera se animó a realizar el corto viaje hasta el Albano y permaneció en la ardiente Roma.

Poco a poco afloraron sus viejas dudas. Había hecho bien en eliminar a Flavio Matías: era reo de alta traición, y él, el emperador, no sólo tenía el derecho, sino la obligación de castigarlo. Pero su enemigo el dios Yahvé es un ser taimado, ingenioso. El ingenio del hombre no puede derrotarlo. Sabrá cómo justificar su ira ante el acto del romano: haberle arrebatado al retoño de David, el Elegido. Él también tiene buenos argumentos. Pero ¿le valdrán de algo ante el dios enemigo? Todo el mundo sabe lo vengativo que es ese dios Yahvé, y cuán siniestro, y cómo cae su mano certera sobre cualquiera.

¿Qué puede recriminarle el dios Yahvé? Su favorito, el enviado de Yahvé, Josef, se atrevió a lanzarle a la cara el infame *Salmo del valor* ante todo Roma. Y ese mismo enviado de Yahvé incitó a Lucía a mantener relaciones de amistad con él y a desafiarlo al ensalzar su misión ante los ojos de todos. Pero no fue su deseo de venganza lo que lo llevó a deshacerse de Matías. No quería herirlos. Que así ocurriese fue una consecuencia natural del ejercicio de la función sagrada que le habían encomendado los dioses. No, no les guardaba rencor ni a Josef ni a Lucía; más bien les tenía simpatía. No había sido él el causante de sus desgracias, sino los dioses, los hados, y él, su amigo, ansiaba sinceramente procurarles consuelo.

A pesar de todo no pudo librarse de la vaga sensación de ser culpable y, como era

usual en él, trató de deshacerse de esa culpabilidad achacándosela a otro. ¿Cuál fue el origen de aquel hecho? Todo comenzó el día en que Norban le presentó a los descendientes de David. Norban lo hizo con un propósito muy concreto. El emperador había olvidado cuál, pero una cosa era segura: Norban le había entregado conscientemente el primer eslabón de la cadena, una cadena que desembocaba en la muerte del muchacho. Si había algún culpable era Norban.

Pero Domiciano se cuidó muy mucho de constatar esta sospecha o de extraer conclusiones de ella. Sentado ante su tablilla no surgían más que espirales y círculos al pensar en su ministro de policía, y jamás palabras, ni siquiera letras; y esos círculos y espirales correspondían a los pensamientos del emperador. Pero si alguna vez mencionaba a Norban, ante otros o ante sí mismo; se limitaba a decir: «Mi Norban, el más fiel entre los fieles».

Cuando Lucía llegó al Palatino encontró a Domiciano recluido en su despacho; había ordenado que no se le molestase. Pero Lucía insistió tanto en verlo de inmediato que el gran chambelán Xantias terminó por anunciarla. Temía que el emperador lo reprendiese, pero éste permaneció tranquilo e incluso pareció que se alegraba de verla.

Naturalmente, Domiciano temía que Lucía intuyese algo sobre el verdadero final de Matías y de Domitila. Pero una vez más su Norban había hecho un excelente trabajo; había testimonios intachables tanto del accidente que le costó la vida a Matías, como del asesinato de Domitila a manos de los salvajes íberos. Y, si era capaz de justificarse exteriormente, aún más fácil le resultaba hacerlo ante su propia conciencia. Matías era reo de alta traición, y no dudaba de la necesidad de eliminar a Domitila para preservar las almas de los muchachos, sobre todo después de conocer el contenido de la ilícita misiva.

Pero, al ver a Lucía prorrumpir en la estancia, alta, furiosa, indignada hasta en el último pliegue de su vestido, su seguridad se esfumó. Siempre se amedrentaba ante ella, y también en esa ocasión sintió la impotencia de sus argumentos. Pero tal debilidad no duró más que una fracción de segundo. Después volvió a ser el Domiciano de siempre, y con dulces y afables palabras le expresó su pesar por la maldición que les había arrebatado a sus queridos amigos.

Pero Lucía no lo dejó terminar.

—Esa maldición —dijo dirigiéndole una mirada adusta— tiene un nombre: Domiciano. ¡No mientas, calla, no digas nada! No estás ante el Senado. ¡No trates de justificarte! No hay justificación válida para lo que has hecho. No te creo ni una frase, ni una palabra, ni un hálito. Tal vez puedas engañar a tu conciencia, pero no a mí. Y esta vez ni siquiera eso. ¡Has cometido una vileza, una cobardía! Has asesinado al muchacho sólo porque te gustaba; porque incluso tú reconociste la inocencia y la pureza que emanaba de él, y porque no podías tolerar algo así cerca de ti. Por pura y mezquina envidia. ¡Y Domitila! ¡Tú mismo dijiste en una ocasión que no había hecho nada! ¡Puaf! ¡Tu alma está emponzoñada! ¡No te acerques a mí, no me toques! Siento

asco de mí misma cuando pienso que he llegado a acostarme contigo.

Domiciano había retrocedido y se apoyó en su escritorio, sudando.

—Sin embargo, lo disfrutaste, querida Lucía —dijo esbozando una mueca—. ¿O no? Yo al menos he tenido muchas veces la manifiesta impresión de que te gustaba.

Lo que el expresivo rostro de Lucía manifestaba ahora era un enorme asco, y poco a poco la mueca fue desapareciendo del rostro carmesí de Domiciano, que por un instante palideció. Pero después recuperó, no sin esfuerzo, su sonrisa, y continuó:

—Debiste sentir un afecto realmente grande por el muchacho —meditó en voz alta con cierto sarcasmo—. Y, en cualquier caso, me resulta interesante, muy interesante, lo que me has revelado sobre la historia de nuestras relaciones.

—Sí —respondió Lucía, ya más serena, y esta serenidad hacía que su desdén fuese aún más acre—, es interesante la historia de nuestras relaciones. Pero ahora ha terminado. Me dejé seducir por ti, te he amado. Diez veces, cientos de veces hiciste cosas contra las que se rebelaba todo mi ser, y una y otra vez me dejé convencer. Pero ahora se ha acabado, Varriguita —y esta vez su «Varriguita» no sonó cómico, sino amargo, cínico—. Se ha acabado —repitió recalcando levemente el «acabado»—. Lograste convencerme en innumerables ocasiones, eres tenaz, lo sé muy bien, y no renuncias fácilmente a un proyecto. Pero te recomiendo que te habitúes a la idea de que todo ha terminado entre nosotros. Soy impulsiva en mis decisiones, pero me atengo a ellas, bien lo sabes. Mis palabras nunca son ambiguas como las tuyas. Me despido de ti, Domiciano. Me asqueas, hemos terminado.

Cuando Lucía se marchó transcurrieron unos minutos antes de que se borrara de la cara acalorada de Domiciano la expresión de turbación y sarcasmo tras la que había pretendido ocultar su ira. Sus ojos miopes seguían fijos en el lugar que ocupara, en sus oídos aún resonaba el eco de sus palabras. Después, poco a poco, su rostro se distendió y se puso a silbar mecánicamente la melodía del famoso cuplé: «Hasta un calvo puede hacerse con una beldad / si tiene con qué pagar».

Se sentó a su escritorio, cogió el estilete dorado y pergeñó algo en la tablilla de cera: círculos y garabatos, garabatos y círculos.

—Hmm, hmm —se dijo—, interesante, muy interesante.

Así que lo despreciaba. Más de uno le había dicho ya que lo despreciaba, pero no habían sido más que palabras, gestos impotentes; era inconcebible que un mortal lo despreciase a él, el amo y dios Domiciano. De todos los mortales, sólo se lo creía de Lucía.

Por un instante dejó que la idea calara en su mente: lo había abandonado. Así pues, interponía un abismo entre ellos. Ese abismo le hacía daño, la frialdad de ese corte se hundía dolorosamente en su carne. Pero después trató de zafarse, se irguió y aceptó que su determinación era irrevocable y que, por tanto, no tenía ningún sentido lamentar lo ocurrido. Sólo había que sacar las consecuencias pertinentes.

Lucía se ha liberado de él, ha renunciado a su protección. Ya no es la mujer que le pertenece, sino la enemiga, la traidora. Ha querido abandonarlo, llamar a Domitila a pesar de que nadie debía saber mejor que ella que Domitila intentaría ejercer una influencia perniciosa en sus hijos. Ya eso podía considerarse alta traición. También se ha carteadado con ella, ha tratado de engañarlo para que creyese en la moderación de Domitila y pudiera, una vez cerca y sin trabas, convencerlos para que abjuraran de la religión del Estado. No cabe duda, alta traición. Lucía es una criminal, ha de precipitar el trueno sobre ella.

Decidió quedarse en Roma.

También Lucía permaneció en Roma, a pesar de que el mes de agosto de ese año fue particularmente caluroso. Quizá no regresó a Bajae para no ver la casa y el jardín, que le traerían recuerdos de Matías.

Los príncipes Vespasiano y Domiciano le presentaron sus respetos acompañados por su preceptor Quintiliano. Los últimos acontecimientos le brindaron la oportunidad de inculcarles el lema estoico: «¡No pierdas el juicio en épocas difíciles!». Pero no tuvo necesidad de convencerlos de nada, se mantuvieron serenos, no se lamentaron, sus rostros permanecieron impassibles, rígidos. Eran más hijos de Domitila que de Clemente, auténticos Flavios. Aún no habían recorrido más que una pequeña parte del camino, pero ese camino estaba cuajado de muertos. Debían aceptar la paternidad del hombre que había enviado a su verdadero padre, y seguramente al amigo, al Hades, y a la madre al exilio. Debían vivir a su lado y sólo se les permitía hablar quedo y mediante insinuaciones de lo que más les importaba. El hombre que los llamaba hijos era el hombre más poderoso del mundo, y en ellos recaería un poder inimaginable. Pero se sentían más impotentes que los esclavos que trabajaban en las minas, pues éstos podían hablar de lo que gustasen, podían lamentarse, mientras que ellos, los hijos del emperador, deambulaban en un universo más lúgubre y oscuro que la misma mina, y el sarcástico lujo que los rodeaba no era capaz de ocultar esa oscuridad; únicamente en sueños les era dado despojarse de las máscaras que debían cubrirlos.

Cuando supieron que Lucía había regresado a Roma se sintieron muy aliviados. Pero al verla de nuevo los paralizó la presencia de Quintiliano. Lucía comprobó consternada lo mucho que habían cambiado, cuán distintos eran al vivir en el Palatino. Todo era diferente allí, o quizás ocurriera que sólo ahora era capaz de verlo. No supo qué decirles, los tres buscaban afanosos qué decirse, y el hábil Quintiliano los ayudó más de una vez a superar alguna embarazosa pausa. Pero al fin Lucía no pudo soportarlo más.

—¡Venid aquí —dijo—, no os hagáis los valientes! ¡Sed Constancio y Petronio, y llorad por Matías y por vuestra madre!

Y con estas palabras los abrazó, y olvidaron la presencia de Quintiliano y se entregaron a dulces y tristes recuerdos de Matías y a veladas acusaciones.

Tras ese encuentro Quintiliano habría preferido mantener a sus pupilos alejados

de la emperatriz, pero los muchachos se negaron. Domiciano, que, lento como era, no había decidido aún cuándo dejaría caer el rayo sobre Lucía, no quería llegar a una ruptura declarada, de modo que se acordó que los príncipes verían a Lucía cada seis días.

La vida en el Palatino era triste y peligrosa, y el terrible bochorno de aquel verano la hacía aún más insoportable.

Incluso la ciudad se percató de que la situación de Domiciano era cada vez más difícil, y se rumoreó intensamente sobre los malos presagios que se sucedían. En una ocasión, en ese mes cuajado de tormentas cayó un rayo en el dormitorio de Domiciano, y en otra la furia del vendaval arrancó de cuajo la tablilla de su columna triunfal. Los disgustados senadores consideraron oportuno hacerse lenguas de tales sucesos y varios astrólogos afamados declararon que el emperador no sobreviviría al próximo invierno.

Domiciano ordenó enterrar el rayo que había caído en su dormitorio, como prescribía la costumbre, e hizo grabar la inscripción de la columna en el zócalo de modo que ninguna tormenta pudiera borrarla jamás. Norban apresó a uno de los augures; en la cámara de torturas admitió haber sido sobornado por uno de los senadores de la oposición para proclamar lo incierto abusando de su arte. El senador fue condenado al exilio y ejecutado el adivino.

Pero estos presagios no mermaron la simpatía que le profesaban las masas. Se sentían seguros bajo su mandato. Su comedia política exterior comenzaba a dar frutos. Había abandonado su costosa obsesión por la guerra y por alimentar su prestigio, lo que repercutió en el bienestar del país; los gobernadores no se atrevían a esquilmar a las provincias más que moderadamente. Tampoco olvidaban las grandes fiestas y ofrendas que había organizado Domiciano. El pueblo estaba satisfecho con su gobierno, pero los nobles y las clases pudientes lo odiaban. Lamentaban la libertad perdida y el régimen despótico y arbitrario al que se veían sometidos, y había quien se inflamaba de ira al ver el odiado y arrogante rostro del emperador.

Por ejemplo, el viejo senador Corell. Desde que cumpliera treinta y tres años padecía de gota. La abstinencia logró moderar sus sufrimientos por un tiempo, pero últimamente la enfermedad había afectado a todo su cuerpo, desfigurándolo, y sufría unos dolores insoportables. Era un estoico célebre por su valor, sus amigos se extrañaban de que no pusiera fin a sus padecimientos.

—¿Sabes —le susurró en una ocasión a su amigo más íntimo, Segundo—, sabes por qué me domino y soporto esta horrible existencia? He jurado que sobreviviré a ese perro de Domiciano.

Domiciano se burlaba de los malos augurios. Los interpretaban mal, no querían decir nada, bastaba con abrir los ojos para ver cuán afortunado era su gobierno y cómo crecían el bienestar y la satisfacción de su pueblo. Pero era un hombre excesivamente realista para no notar que, a pesar de todo, el odio se extendía en torno a él. Y, con el odio, su misantropía y su miedo.

Se siente terriblemente solo; a su alrededor todos lo traicionan, se venden. Hasta Minerva se ha marchado de su lado, y Lucía ha acabado por abandonarlo. ¿Quién le queda, en realidad?

Pasa revista a los rostros de sus amigos, de sus seres más próximos. Ahí están Marullo y Regino. Pero no son más que ancianos temblorosos, y ni siquiera sabe si puede contar con ellos tras la muerte de Matías. También está Annius Bassus: ése es más joven, y fiable, sin duda. Pero es un necio, un simple soldado, inservible para los sutiles asuntos que trama su fino entendimiento. Y si no ha podido hacerse entender por Lucía a pesar de sus esfuerzos, ¿quién lo entenderá? Norban, quizá. Pero Norban ha ido demasiado lejos, ha visto en el amo y dios Domiciano más de lo que es lícito ver. Y, por otra parte, fue Norban quien puso en sus manos el primer eslabón de la peligrosa cadena. Norban es el más fiel entre los fieles, pero también ha terminado con Norban.

En verdad, sólo queda uno: Mesalino. ¡Qué bendición que los dioses lo hayan cegado! Ante los ojos muertos de Mesalino el amo y dios Domiciano puede descubrir su rostro sin temor, sin pudor. Al ciego Mesalino le es dado conocer lo que ningún otro puede saber. Al menos tiene a alguien en el mundo con quien sincerarse sin que deba temer lamentarlo más tarde.

Domiciano se ha encerrado en su gabinete, pero no está solo, con él, en torno a él están su misantropía y su miedo. ¿Por qué todo eso? ¿Por qué está tan solo? ¿A qué tanto odio? Su pueblo es dichoso, Roma es grande y poderosa, más poderosa y dichosa que nunca. ¿Por qué ese odio en torno a él?

Sólo puede haber un motivo: la hostilidad de ese dios Yahvé. No acepta la reconciliación ese dios. A pesar de sus precauciones sin duda ha logrado, con ese espíritu leguleyo tan oriental, descubrir algo en el suceso de la muerte del muchacho que le da derecho a proceder contra el emperador romano. Seguramente es la venganza de ese dios Yahvé lo que le impide disfrutar de la paz que merece.

¿Es que no hay ningún medio para acallar a ese dios y aplacar su ira?

Hay un medio. Le sacrificará el hombre que ha instigado la muerte del muchacho, el hombre que le puso en la mano el primer eslabón de la cadena, su ministro de policía Norban. Es un gran sacrificio, pues Norban es el fiel entre los fieles.

Continúa ante su tablilla. Pero esta vez no dibuja círculos y garabatos, esta vez consigna nombres. Pues si envía a su Norban al Hades no le dejará recorrer solo el oscuro camino, sino que irá acompañado.

Lentamente hunde el estilete en la cera, con gran pulcritud escribe un nombre tras otro. Ahí está el tal Salvius que osó conmemorar con un festejo a su tío muerto, el emperador Otón, el enemigo de los Flavios por antonomasia. El estilete se recrea grabando el nombre de Salvius en la cera. Ahí está el escritor Dídimos, que en su celebrada historia de Asia Menor había dejado caer insinuaciones que no le gustaron nada. Añade el nombre a su lista y entre paréntesis agrega: «Así como el editor y los escribas». Después, y este nombre lo escribe muy deprisa, viene Norban. Debajo

escribe muchos otros sin pensar. A continuación, tras vacilar unos instantes, añade el nombre de Nerva: es un senador entrado en años, que ronda ya los setenta, moderado, precavido, no puede imputarle falta alguna; pero precisamente por ser tan sereno y reflexivo la oposición se congrega en torno a él. Domiciano lee los nombres, hace un buen papel en esa lista. Y sólo entonces escribe lentamente, con cuidado, deteniéndose en cada letra, el nombre de Lucía. Para terminar, como éste no debe ser el último, hace que otros nombres insignificantes cierren el cortejo.

Ha estado muy concentrado en su lista. Ahora que la ha concluido respira con alivio, alza la vista y se siente como tras una victoria. Se levanta, se estira, sonrío, y la cara de Domiciano le devuelve la sonrisa en los espejos de las paredes. Si el dios oriental encontró un argumento para atacarlo, ahora él lo ha invalidado. Le ha sacrificado a su Norban. Ahora habrá de darse por satisfecho, tiene que dejarlo en paz.

A última hora de la tarde cenó con los príncipes. Estaban solos; ni siquiera los acompañaba Quintiliano, que había ido a la casa de un amigo para asistir a un recital. El emperador llevaba algún tiempo mostrándose quisquilloso e irritable incluso con los muchachos, pero ese día, en esa comida, su primo y padre, el amo y dios Domiciano, estaba de un humor excelente. Disfrutaba conversando con ellos. No eran conscientes de lo que le debían, de lo que había hecho para aliviar en algo la carga que los aguardaba.

Los chicos lo miraban serios, pero ese día él no quería saber nada de su seriedad ni de sus penas. Bien, habían perdido a su madre en las últimas semanas. ¡Pero qué madre tan escuálida, reseca, impotente y medio loca! ¡Y qué padre tan grande, tan poderoso, regio y divino habían encontrado en su persona, capaz de poner a sus pies todo su esplendor y sus riquezas! No tenían razón para poner esa cara, y se esforzó por animar a los jóvenes comensales, excesivamente recatados para su gusto. Aún conservaba cierto sentido del humor, un tanto ácido y sin embargo atractivo. Se esforzó por ser amable, se mostró deferente en homenaje a su tierna edad, aun tratándolos como a adultos; les facilitó una respuesta cortés, y terminaron por sonreír afables ante sus bromas.

No, no, esa noche no era exactamente un dios, sino muy humano en ese intento de confraternizar con ellos. Les preguntó por sus entretenimientos predilectos. El príncipe Domiciano le contó cosas sobre los pavos que criaban en Bajae; comenzó con gran entusiasmo, pero después, ante cierta mirada de su hermano, también él recordó a Matías y se fue apagando hasta enmudecer. El emperador pareció no advertirlo, anotó algo en su tablilla, y pasó a hablar de sus propios caprichos y debilidades.

—Me encanta —les confió— sorprender a las personas, tanto en lo bueno como en lo malo. Adoro las determinaciones que cuajan lentamente y la acción súbita que desencadenan. A veces una sorpresa así me cuesta mucho tiempo y esfuerzo.

Vespasiano le dijo entonces:

—¿Y os salen bien siempre esas sorpresas, mi amo y padre?

—Por lo general, sí —respondió Domiciano. Su hermano observó a continuación:

—Habláis como si estuvierais preparando una nueva sorpresa, mi amo y padre.

—Quizá sea verdad —replicó el emperador, jovial y parlanchín.

Los niños levantaron la vista hacia él; en su mirada había temor, odio y curiosidad. Parecía halagarlos que el amo del mundo les hablase con tanta confianza.

—¿Lo veis? —prosiguió el emperador, deleitándose con la expectación que había despertado en ellos—. Os sorprende que vuestro padre os hable, así, sin más, de las sorpresas que prepara. Y eso que lo que pienso hacer no es tan abstruso. Cuando lo haya hecho todos pensarán que era lo más natural. Y, sin embargo, llegará como el delfín que surge de pronto de las tranquilas aguas.

Entonces el mayor de los hermanos, Vespasiano, tuvo un arranque de valor y le preguntó:

—¿Acaso morirá alguien a causa de vuestra sorpresa, mi amo y padre?

Domiciano levantó la vista y lo miró receloso, sorprendido ante tanta insolencia. Pero luego se echó a reír, pues él mismo había dado pie a la pregunta por su familiaridad, y, medio en broma, le replicó:

—Cuando los dioses nos ponemos a bromear no siempre salen bien parados aquéllos con quienes lo hacemos.

Cuando Domiciano les dejó marchar se dijeron:

—Ha planeado un nuevo golpe, el carnicero... Ha de ser una sorpresa y, sin embargo, algo natural... ¿Quién queda aún por matar? ¿Nosotros mismos?... Eso no sería ni una sorpresa ni natural.

Domiciano se había retirado a su dormitorio, como solía hacer en los últimos tiempos después de comer, y los aposentos imperiales quedaron a disposición de los gemelos. ¿No les había incitado el propio emperador a desvelar su sorpresa? Ansiaban saber a quién mataría a continuación. Eran Flavios. Eran dinámicos, vengativos, osados.

Se dirigieron al gabinete de trabajo del emperador. Lo vigilaba un capitán y dos soldados.

—¡Dejadnos entrar! —les rogó el príncipe Vespasiano—. Se trata de una sorpresa, de una apuesta con el emperador. Si pierde él se limitará a reír. Y si ganamos nosotros, capitán Corvin, no olvidaremos que fuisteis vos quien nos franqueó la entrada. Sea como fuere, saldréis ganando, capitán Corvin.

El capitán titubeó. Nunca le había gustado vigilar los aposentos de Domiciano; el menor gesto resultaba peligroso. Los oficiales de su guardia personal solían bromear diciendo: «El que hace guardia con el emperador hace bien en presentar antes alguna ofrenda a los dioses del Hades». Si les impedía entrar, la cosa podía acabar mal; si les franqueaba la entrada, también. No los dejó entrar.

Los muchachos eran Flavios, hijos de Domitila. Las negativas no hacían sino reforzar su tenacidad. Fueron hacia el dormitorio del emperador.

Un capitán y dos soldados vigilaban sus puertas.

—¡Dejadnos entrar! —rogó el príncipe Domiciano—. Se trata de una sorpresa, de una apuesta con el emperador. Si pierde él se limitará a reír. Y si ganamos nosotros, capitán Servius, no olvidaremos que fuisteis vos quien nos franqueó la entrada. Sea como fuere, saldréis ganando, capitán Servius.

El capitán titubeó. Si les impedía entrar podía salir mal parado. Los dejó entrar.

Domiciano yacía sobre su espalda y dormía con la boca entreabierta. Su respiración era lenta y regular; su cabeza, con los párpados encarnados llenos de arrugas y venitas, parecía la de un necio; la barriga se arqueaba hacia lo alto. Un brazo reposaba distendido y como muerto a un lado, con el otro se cubría la cara. Los muchachos se le acercaron de puntillas. Si se despertaba le dirían la verdad:

—Queríamos descubrir tu sorpresa, amo y padre nuestro.

El príncipe Vespasiano metió la mano debajo de la almohada. Encontró una tablilla; él y su hermano leyeron los nombres.

—¿Los recordarás? —susurró el príncipe Vespasiano.

—Algunos, los más importantes —repuso el príncipe Domiciano. El emperador se movió de pronto, un resoplido salió de su boca entreabierta.

—¡Vamos! —susurró Vespasiano. Volvieron a introducir la tablilla debajo de la almohada y se deslizaron fuera de la habitación. El oficial respiró aliviado al verles salir.

—Podéis consideraros afortunado, capitán Servius —dijo el príncipe Domiciano con aire alegre aunque adusto, regio.

—¿Lo has visto? —preguntó Vespasiano—. En la última línea ha escrito: «Pavos príncipes». No quiere matarnos, quiere regalarnos unos pavos.

A pesar de todo decidieron que uno de ellos iría a ver en seguida a Lucía. Vespasiano se hizo cargo de la misión. Llegó hasta ella y se lo contó. Ella lo abrazó, lo besó y le dio las gracias efusivamente. Fue el momento más hermoso de toda su vida.

Antes incluso de que acabara el día se presentó Norban ante Lucía. Estaba indignado por que lo hubiese llamado con tanta premura y misterio. ¿Qué tendría que comunicarle tan importante? Seguramente necias intrigas de amor.

Lucía le contó escuetamente lo que había ocurrido. El tipo rechoncho ni parpadeó; durante su relato no apartó ni un instante de ella sus ojos pardos, los de un perro vigía malvado y fiel. Tampoco ahora dejó de mirarla. Callaba, reflexionando al parecer, no se fiaba de ella.

Después, por toda respuesta, le preguntó en tono objetivo, casi grosero:

—¿Habéis discutido con el amo y dios Domiciano?

—Sí —respondió ella.

—Pues yo no —dijo él, y su tono provocador no llegó a ocultar sus celos—.

Seré franco con vos, mi ama Lucía —prosiguió él—. Tenéis motivos para ser mi enemiga, pero no el emperador.

—Es posible que sepáis demasiado —sugirió Lucía.

—Es posible —meditó Norban—. Pero también puede ser de otro modo. Puede ser que el príncipe Vespasiano se haya dejado llevar por su infantil fantasía y crea que no fue un accidente lo que le arrebató a su camarada Matías y a su madre, sino las perversas intenciones del emperador.

—No debemos descartar —admitió a su vez Lucía— que Vespasiano viniese a verme por ese motivo y me mintiera. Pero no parece probable. En vuestro fuero interno, estimado Norban, sabéis tan bien como yo que Vespasiano dice la verdad y que vuestro nombre y el mío figuran en esa tablilla. Y los dos sabemos muy bien lo que eso significa.

—Me gustaría —gruñó de pronto Norban— retorcerle el cuello a ese petulante de Vespasiano.

Los bucles tan en boga le caían desordenados y grotescos sobre la estrecha frente de su basto rostro; parecía desdichado, un perro fiel y perverso cuyo mundo ha saltado en pedazos. A pesar de su ira, su dolor y su preocupación, Lucía estuvo a punto de echarse a reír ante la burda cólera de aquel ser torvo.

—¿Tanto apreciáis a Varriguita? —le preguntó—. ¿Tanto os saca de quicio que también quiera asegurarse contra vos?

—Yo soy fiel —afirmó Norban obstinado—. El amo y dios Domiciano tiene razón. El amo y dios Domiciano siempre tiene razón, incluso cuando decide eliminarme a mí; el amo y dios Domiciano sin duda tiene sus buenas razones, y hace bien. ¡Y a ese Vespasiano se lo haré pagar! —exclamó furioso.

—¡No digáis tonterías, querido Norban! —replicó Lucía tratando de hacerle entrar en razón—. ¡Considerad las cosas como son! No os resulto simpática, y yo mentiría si dijera que me agradáis. Pero el peligro compartido nos convierte en aliados, lo queramos o no. Debemos adelantarnos a DDD, y no nos sobra tiempo. Los muchachos no recuerdan todos los nombres que figuran en la lista, pero sí algunos. Aquí están. Poneos en contacto con estos señores y haced lo que esté en vuestra mano. Yo por mi parte me ocuparé de que Domiciano pase la noche conmigo. ¡Ocupaos vos del resto!

Norban la miró largamente con sus ojos castaños, vigilantes y sin embargo obtusos, meditando.

—Ya sé —dijo Lucía— lo que estáis pensando. Os preguntáis si no deberíais presentaros ante el emperador para contarle lo que acabo de proponeros. No me parece muy aconsejable, querido Norban. No conseguiríais más que aplazar vuestra propia ejecución, pero sólo eso: aplazarla. Pues entonces sabríais aún más cosas del emperador, y precisamente el dolor que le causaría cumplir con el deber de eliminaros lo haría tanto más perentorio. ¿Tengo razón?

—Tenéis razón —admitió Norban—. ¡Ese príncipe indiscreto! —gruñó, incapaz

de serenarse.

—¿Acaso habríais preferido morir ignorando que le debíais vuestra muerte —le preguntó Lucía muy interesada— a adelantaros a él sabiéndolo?

—Sí —reconoció Norban, afligido—. Estoy muy decepcionado —dijo, sinceramente conmovido—. ¿Y estáis segura —preguntó por último insolente y gélido— de que convenceréis al emperador para que duerma con vos a pesar de vuestro enfrentamiento?

A Lucía no le molestó su pregunta, más bien la divirtió.

—Sí, lo estoy —respondió.

Mi amo y dios Domiciano, Varriguita, DDD, no sé qué avieso dios pudo llegar a inspirarme palabras tan osadas y necias como las que os dirigí el otro día. Sirio ha debido cegarme. Pero conozco la benevolencia y la generosidad del emperador Domiciano. Pensad en aquella noche en la nave que nos conducía a Atenas. Pensad en la noche que vivimos cuando tuvisteis la bondad de hacerme regresar. ¡Perdonadme! ¡Venid a verme y decidme personalmente que me perdonáis! ¡Venid esta misma noche! Os espero. Y, si venís, os entregaré los materiales que necesitáis para vuestra villa de Selinunte a la mitad de su precio. Vuestra Lucía.

Domiciano sonrió al leer la carta. Pensó en su lista. Pensó en Mesalino, con quien al día siguiente comentaría la lista. Recordó las noches que mencionaba Lucía.

Le gustaba que aquéllos a los que eliminaba admitiesen que su acto constituía un justo castigo, una medida necesaria. Se alegraba de que Lucía admitiese su falta. Se alegraba de que aún lo amase. Sin duda. ¿Cómo no iba a amarlo habiéndose dignado él hacerla objeto de su amor? Pero eso no alteraba la situación. Su falta no era menor por el hecho de que la traidora Lucía fuese además la mujer que amaba. No flaquearía, no borraría su nombre de la lista.

Pero aceptará su invitación. Es una mujer extraordinaria. Cuando piensa en la cicatriz bajo su pecho izquierdo le tiemblan las rodillas. Los dioses son benévolos al permitirle besar una vez más esa cicatriz. Es una mujer espléndida, la mujer que le corresponde. Una lástima que haya cometido alta traición y que no vaya a tener muchas oportunidades de escribirle más cartas como ésa.

De modo que el emperador fue a verla y durmió con ella. Tras los abrazos reclinó su gran cabeza sobre el hombro de Lucía, que no retiró el brazo. Contempló la cabeza del durmiente bajo la luz mate de la lámpara de aceite buscando en ese rostro hinchado, distendido, cansado, aquél que viera por primera vez cuando aún se le llamaba «Frutito» y era un inútil en quien nadie confiaba excepto ella. Había dejado de amarlo, pero no lo odiaba; no lamentaba su decisión, pero ya no sentía esa amarga satisfacción que la colmara cuando se ganó a Norban para su causa, para su venganza. Esperaba, y sentía el corazón tan cansado y pesado como el brazo en el que reposaba esa cabeza.

Finalmente llegaron Norban y los suyos. No consiguieron entrar tan sigilosamente como habían previsto, pues el siempre cauto Domiciano había acudido con dos oficiales, que hacían guardia en el pasillo delante del dormitorio. De modo que Domiciano acababa de despertarse cuando entraron los conjurados.

—¡Norban! —exclamó—: ¿Qué ocurre?

Norban confiaba en sorprender a su amo dormido. Lo turbó escuchar que lo llamaba, y se detuvo cerca de la puerta.

El emperador se había despejado por completo, vio a los hombres detrás de Norban, vio las armas, la cara y la actitud de Norban. Y comprendió. Saltó de la cama desnudo, buscó una salida, se abalanzó sobre los hombres y pidió auxilio con un chillido. Uno de ellos le lanzó una estocada, que no acertó. El emperador trató de defenderse y forcejeó con el hombre sin dejar de gritar.

—Lucía, perra, ¡ayúdame! —exclamó con la voz quebrada volviendo la cabeza. Lucía se arrodilló sobre el lecho con el torso desnudo y observó con una mirada pesada, triste y expectante a su marido, que luchaba por su vida.

—Es por Matías —dijo, y su voz sonó extrañamente fría y serena. Entonces comprendió Domiciano que era con el dios Yahvé con quien se las veía, y no se resistió.

Antes del amanecer la ciudad entera sabía que el emperador había sido asesinado.

Tras recuperarse del terrible susto y de su indignación, Annius Bassus pensó en proclamar gobernantes a los hijos adoptivos del asesinado, los príncipes Vespasiano y Domiciano. Los oficiales y los soldados de la guarnición apreciaban al muerto, y con su ayuda podría lograr que el Senado reconociese los derechos de los príncipes. Pero no era lo bastante inmoral y hábil como para presentarle al Senado a «sus» emperadores sin consultar antes con Marullo y con Regino.

Cuando por fin logró ponerse en contacto con ellos era demasiado tarde. El viejo Nerva, dirigente de la oposición senatorial que también figuraba en la lista de Domiciano, había sido informado por Norban de los acontecimientos antes incluso de que ocurrieran. Convocó de inmediato al Senado. Si el atentado fracasaba, se dijo, encargaría rogativas a los dioses por haber salvado la vida del emperador; si tenía éxito, sus amigos lo nombrarían sucesor de Domiciano. De modo que, a primeras horas de la mañana, los padres convocados se hallaban congregados, y al aparecer por fin Marullo y Regino en el Senado mientras Annius alarmaba a la guarnición ya se había presentado la propuesta de escarnecer la memoria del muerto.

En cuanto lo supo, Marullo, indignado, quiso oponerse a la medida. Pero los demás no tardaron en acallar su voz y las de los pocos senadores fieles al emperador que se atrevieron a alzarse, lanzando los más terribles insultos contra el muerto. A toda prisa adoptaron una medida denigrante tras otra para erradicar incluso su memoria. Se decidió derribar sus estatuas en todo el Imperio, y destruir o fundir las tablas que conmemorasen sus actos. Y, por último, Marullo y los suyos asistieron a un espectáculo como no había ofrecido jamás el Senado romano desde la fundación de la ciudad. Pletóricos de entusiasmo por el poder recuperado, rememorando con acritud la humillación padecida, las sesiones en las que ellos mismos, los allí presentes,

debieron condenar a muerte a los mejores hombres de sus filas, a sus líderes, los senadores convocaron a artesanos y esclavos para llevar a cabo de inmediato y de forma palpable la destrucción de su memoria. Sí, incluso les ayudaron a hacerlo. Querían participar personalmente en el exterminio, en la erradicación del insolente déspota. Avanzando desvalidos sobre sus altas botas con sus lujosas túnicas, echaron mano de mazas, hachas y palancas, se subieron a las escaleras y golpearon los bustos y medallones del odiado emperador. Se deleitaron derribando las estatuas con la altiva faz del muerto; truncaron, mutilaron sus miembros de piedra o de metal, gritando desaforados; erigieron en la recepción de la Curia una especie de pira, y arrojaron las efigies horriblemente desfiguradas.

Después, tras denostar de ese modo al despotismo, al gobierno de un solo individuo, se aprestaron a sustituirlo por el régimen de la libertad, es decir, el gobierno de los sesenta senadores más influyentes, y nombraron emperador a Nerva.

El anciano senador, un hombre muy culto, gran jurista y experimentado orador, benévolo, liberal y altruista, había tenido un día muy movido la víspera, una noche agitada, y una mañana no precisamente tranquila. Durante ese tiempo lo atenazó la duda de si lograría eliminarlo Domiciano a pesar de sus precauciones. En lugar de eso se encontró con que, a sus setenta años, no sólo había logrado sobrevivir al emperador, de cuarenta y cinco, sino ocupar su trono. Pero tras todas esas emociones y la tensión de las últimas horas se encontraba exhausto, y con razón, y la alegría que le causaba la idea de regresar a su casa, bañarse, desayunar y acostarse era casi tan grande como la que le producía su mandato.

Pero no le fue dado disfrutar tan pronto de la ansiada paz. En cuanto llegó a su casa acudió a verle Annius encabezando un importante destacamento y en compañía de Marullo y Regino. Annius estaba disgustado por su propia lentitud; por la lasitud de su cerebro habían sido despojados del mando que legítimamente les correspondía los hijos adoptivos de su venerado amo y dios. Quería salvar lo poco que aún podía salvarse. Interpeló a Nerva y se entregó a terribles amenazas: el ejército no toleraría que se arrebatase el trono a los Flavios, vencedores de Germania, Britania, Judea y Dacia. El nuevo emperador era un hombre de modales serenos, distinguidos; las rudas voces de Annius lo pusieron muy nervioso, y podría haber replicado a su poco objetivo discurso desde la perspectiva jurídica. Pero estaba muy cansado, no se sentía con ánimos, y al otro lo respaldaban treinta mil soldados mientras que él contaba sólo con quinientos senadores. De modo que prefirió no percatarse de la grosería del basto general y en lugar de ello se dirigió hacia sus dos acompañantes, que sabía tratables, y les preguntó muy amable:

—Y vosotros, señores, ¿qué deseáis?

Éstos, realistas como eran, sabían que aunque los respaldase la guarnición de la ciudad era dudoso que los ejércitos de las provincias guardasen fidelidad a los Flavios. Pero el indigno comportamiento de los senadores los había afectado profundamente. La visión de esos hombres entrados en años subiendo por las

escaleras con sus altas botas, las túnicas orladas de púrpura y las rodillas temblorosas para golpear la efigie del hombre cuya mano se esforzaban por besar no hacía ni tres días, les había repugnado. Querían manifestar su desaprobación.

El nuevo emperador, adujeron, era jurista. Debía por ello hacer valer el derecho frente a quienes habían asesinado alevosamente a Domiciano. Se dirigieron a Nerva con moderación, sin recalcar cada tres frases «nos respalda el ejército» como hiciera el grosero general. Lo que pedían no era mucho, sólo una cosa: que se castigase a los culpables. Pero su exigencia era tajante y perentoria, y no hubo forma de disuadirlos. Nerva tuvo que entregarles de inmediato —y ésa fue la primera acción del nuevo gobernante, a quien en principio todos consideraban justo y equitativo, incluso benévolo— al principal culpable, Norban, el hombre a quien debía el trono.

Tras esa concesión tuvo Nerva que admitir que debía adoptar de inmediato ciertas medidas que garantizaran su seguridad. No, su vieja y cansada cabeza no podía descansar aún sobre la almohada si no quería arriesgarse a que la separasen por la fuerza del tronco. Antes de retirarse a su dormitorio debía escribir una carta. Y el viejo emperador la dictó con todos los miembros doloridos de cansancio. En ella ofrecía la corregencia a su joven amigo el general Trajano, comandante supremo del ejército que operaba en la frontera germana. Después, por fin, se acostó.

Marullo y Regino fueron a ver a Lucía. Querían salvarla, y castigarla.

—No deseo discutir sobre vuestros motivos, mi ama y diosa Lucía —dijo Regino—, pero habría sido más delicado, y sin duda más inteligente, que os hubierais puesto en contacto con nosotros en lugar de hacerlo con Norban.

—Os tengo por amigos, a vos, Regino, y a vos, Marullo —replicó Lucía—. Pero, sinceramente, si os hubieran obligado a elegir entre salvar a Domiciano o a mí, ¿os habríais decidido por mí?

—Quizás habría habido otra salida —respondió Marullo.

—No había ninguna —dijo Lucía fatigada—, Norban era mi aliado natural.

—Sea como fuere —resumió Regino—, habéis conseguido que nuestros queridos muchachos pierdan su trono para siempre, y vos, querida Lucía, corréis un serio peligro, tanto vos como vuestro negocio de ladrillos.

—De estar en vuestro lugar, querida Lucía —añadió Marullo—, yo habría avisado a vuestros viejos amigos a tiempo para no perjudicarlos, y para que ayudasen a los jóvenes príncipes.

Lucía meditó medio minuto.

—En eso tenéis razón —dijo entonces muy razonablemente.

—Lo lamento por él —dijo poco después Regino—. Se le ha tratado injustamente.

—Si os dirigís a mí —respondió Lucía—, si lo que pretendéis es que os dé la razón, pedís demasiado. Ninguna mujer cuya vida se haya visto amenazada y que se haya librado de la muerte por un pelo puede ser tan objetiva. ¡Y pensad también en mi Matías!

—Y, sin embargo, se le ha tratado injustamente —insistió tozudo Regino.

—Dejemos —propuso el conciliador Marullo— que lo decidan los poetas y los cronistas. ¡Ocupémonos más bien de vuestro futuro inmediato, querida Lucía! Tenemos motivos para pensar que corréis peligro. Annius Bassus y sus soldados no os tienen aprecio.

—¿Tenéis alguna exigencia que transmitirme? —preguntó Lucía, imperiosa—. ¿Os apoya el ejército? —prosiguió, burlona.

—Es cierto que nos apoya el ejército —replicó Regino, amable y paciente—, pero lo que queremos transmitirlos no son exigencias, sino consejos.

—¿Qué queréis, pues? —preguntó Lucía.

—Queremos —formuló Marullo— que el cadáver de Domiciano tenga un entierro digno. El Senado ha mancillado su memoria, como sabéis. Una ceremonia pública provocaría disturbios. Os proponemos que le erijáis una pira cuanto antes, si no en la propia Roma al menos muy cerca; digamos, por ejemplo, en vuestro parque de Tibur.

Lucía ya no odiaba al muerto, pero siempre había sentido aversión por los sepelios. Esta aversión se reflejó en su expresiva cara.

—¡Cuánto lo odiabais! —dijo Marullo. En ese momento su cara se distendió.

—No odiaba a Varriguita —dijo; parecía muy cansada, y de pronto se convirtió en una mujer vieja.

—Creo que a DDD le habría gustado —dijo Marullo— que fuerais vos precisamente quien organizase su sepelio. ¡Recordad que fue él quien quiso incinerar a Matías!

—Sería conveniente —añadió Regino— que fueseis vos. Así contrarrestaríamos los rumores de que habéis tenido algo que ver con el crimen del traidor Norban.

—El traidor Norban —dijo Lucía pensativa—. DDD no tuvo a nadie más fiel.

—Tampoco vos le odiabais, querida Lucía —se mofó Marullo, subrayando el «VOS».

—Bien —asintió Lucía—, me ocuparé de ello.

Pero resultó que alguien había hecho desaparecer el cadáver de Domiciano. Había sido su vieja ama Filis la que se lo había llevado en secreto corriendo graves peligros.

Se dirigieron a la casa de Filis, una sencilla finca rústica no lejos de Roma. Sí, allí estaba el cadáver. Filis, una anciana increíblemente obesa, no había escatimado nada; el cadáver estaba lavado, ungido, perfumado, preparado, y sólo los mejores especialistas habrían sido capaces de una obra así. Allí estaba Filis junto al catafalco, con las lágrimas corriéndole por las flácidas mejillas.

Una vez muerto, Domiciano ofrecía un aspecto sereno y digno. Nada quedaba en él de la forzada desmesura que su rostro mostrara en vida. Las cejas, que el miope solía fruncir con gesto amenazador, estaban distendidas, y los párpados cerrados ocultaban los ojos que un día lanzaran miradas tan vehementes y tenebrosas; de toda esa energía sólo quedaba el decidido mentón. Una corona de laurel adornaba el

cráneo medio calvo; la vieja lamentaba no haber podido hacerse con otras insignias de su poder. Pero el rostro del fallecido era ahora hermoso, viril, y Marullo y Regino juzgaron que DDD tenía un aspecto más regio que cuando se esforzara por parecer el amo y dios de todo el orbe.

La vieja había erigido ya la pira. Se negaba a que Lucía, la asesina, presenciase la cremación. Los dos caballeros se presentaron de nuevo ante Lucía; propusieron sacar por la fuerza el cadáver de la casa de Filis y llevárselo a Tibur, a la villa de la emperatriz. Pero Lucía se negó. En lo más hondo de su ser se alegraba de tener un pretexto para renunciar al gesto que le habían solicitado. Volvía a ser la Lucía de siempre. Había amado a Domiciano, había obtenido de él cosas buenas y malas, y ella le había dado cosas buenas y malas, estaban en paz, el difunto ya no podía exigirle nada. No temía las consecuencias de su acto, ni a Annius y sus soldados.

De modo que cuando se instaló el cadáver del último emperador Flavio sobre la pira funeraria sólo estaban presentes Marullo, Regino y Filis. Abrieron los ojos al difunto, lo besaron, y después prendieron la madera volviendo el rostro. El perfume de que estaba impregnado desprendía un olor fortísimo.

—¡Salve, Domiciano! —exclamaron—. ¡Salve, amo y dios Domiciano!

Filis lloraba y se lamentaba, se rasgó las vestiduras y se arañó la rolliza carne.

Marullo y Regino vieron arder la pira. Probablemente no había nadie, ni siquiera Lucía, que conociera mejor las debilidades del muerto ni sus virtudes.

Al extinguirse la pira Filis apagó los rescoldos con vino, reunió los restos y los regó con leche, secándolos después con trapos de lino; a continuación los colocó en una urna mezclados con pomadas y perfumes. Con la ayuda de Marullo y Regino logró que se le permitiese entrar de noche y en secreto en el templo de los Flavios. Allí enterró los restos de Domiciano, junto a los de Julia, a quien también había amamantado; pues la temible anciana siempre había pensado que Lucía no era la esposa más adecuada para él, sino que a su águila, Domiciano, le correspondía su palomita, Julia.

Al día siguiente, y en presencia de su amigo Segundo, el anciano senador Corell, torturado por la gota, que hasta aquella hora había soportado sus dolores con viril entereza, se abrió las venas. Había logrado su propósito, había asistido a la muerte del maldito déspota y la restauración de las libertades. Su día había llegado. Moría feliz.

Había llegado el día. El senador Cornelio, el historiador, se encontraba en su despacho reflexionando sobre lo ocurrido. Las profundas arrugas que surcaban su cara ocre, adusta, se agudizaron aún más; hacía poco que había cumplido los cuarenta, pero tenía el rostro de un anciano. Recordaba a sus amigos muertos, a Senecio, Helvid, Arulo; recordó afligido las veces en que quiso hacerlos entrar en razón. Sí, de eso se trataba, de ser razonable, paciente, de guardarse la ira hasta que llegase el día de darle rienda suelta. Por fin había llegado el momento. Se trataba de sobrevivir al terror. Él, Cornelio, lo había logrado.

La sensatez era buena, pero no procuraba la felicidad. El senador Cornelio no era

feliz. Recordó las caras de los amigos que marcharon a enfrentarse con la muerte, las de sus esposas en el exilio. Rostros amargados y, sin embargo, de gentes que están en paz consigo mismo. Eran héroes, mientras que él sólo era un hombre, un escritor. Ellos sólo eran héroes, y él un hombre y un escritor.

Era historiador. Había que juzgar con un criterio histórico. Hicieron falta héroes para los tiempos de la fundación del Imperio y de la República, pero para estos siglos, para la Monarquía, lo que se necesitaba eran hombres razonables. El Imperio sólo pudo fundarse con heroísmo. Mantenerlo requería sensatez.

Pero bien estaba que hubieran existido Helvid, Senecio y Arulo. Toda época requería héroes para mantener viva la dignidad hasta el momento en que ya no fuera viable. Y se sentía dichoso de poder expresar con palabras todo el odio acumulado contra el tirano y la amorosa y dolida memoria de los amigos. Extrajo las innumerables notas y apuntes que había pergeñado y se aprestó a esbozar un retrato exhaustivo de la época que abarcaría su libro. Con vehementes y adustas frases ensambladas cual bloques de granito describió el terror y los crímenes del Palatino, y para el heroísmo de sus amigos encontró palabras amplias y claras como el cielo en un día de primavera.

Capítulo tercero

Viendo pasear a Josef en ese fresco día de primavera por las plantaciones de moreras de Juan de Giscala nadie habría podido adivinar su verdadera edad. Sus setenta años le habían teñido de gris la barba, y el enjuto rostro estaba algo arrugado, pero ahora, golpeado por el viento, mostraba un color saludable y sus ojos seguían siendo vivaces. Y, aunque el bigote de Juan era de un blanco luminoso, su cara cetrina y astuta también tenía buen color y estaba bien conservada, y sus pícaros ojos parecían jovencísimos.

Josef llevaba ya tres días de visita en Giscala, en casa de Juan. Juan sabía que Josef no se interesaba excesivamente por las cuestiones agrícolas, pero no era capaz de contener su orgullo de campesino y, aunque él mismo se riera de su empeño, obligó una vez más a su amigo a recorrer la vasta granja, y Josef no tuvo más remedio que contemplar y admirar sus fabulosos lagares, su bodega, sus parvas y, ante todo, sus moreras y sus sederías.

Lo hacía sin enterarse, como si estuviera ausente: sencillamente, disfrutaba del placer de encontrarse de nuevo en Galilea.

Llevaba casi doce años en Judea, lejos de Roma, de la nueva y ajena Roma del emperador-soldado. Trajano. No, no echaba de menos a esa Roma gélida, ordenada, organizadísima; le repelía, no habría sabido qué hacer con esa sociedad fría, objetiva, imparcial y cosmopolita, lo mismo que ella no habría sabido qué hacer con él.

Pero tampoco se sentía a sus anchas en Judea. A veces trataba de convencerse, y con él, a sus amigos, de que se sentía satisfecho en la paz de su propiedad de Be'er Simlai. Llevaba muchos años, afirmaba, de vida solitaria, apartada; ahora, ya mayor, no deseaba otra cosa que perderse y desaparecer en la comunidad. No aspiraba sino a ser en Judea un hombre como tantos otros. Pero, aunque era sincero, esa paz lo inquietaba.

La propiedad de Be'er Simlai, que adquiriera en su día por consejo de Juan, florecía y prosperaba. Pero él no era necesario allí; su hijo Daniel, que a la sazón contaba veinticinco años, se había convertido bajo la tutela del viejo Teodoro en un granjero entusiasta y capaz, y la presencia de Josef entorpecía más que ayudaba al desarrollo de la explotación. Y, por lo que podía preverse, su buena marcha estaba asegurada, pues todos los terrenos del entorno de la capital de provincia Cesarea se veían favorecidos por la gobernación romana. Ciertamente que la región estaba poblada mayoritariamente por sirios y soldados romanos retirados, y los escasos judíos que quedaban miraban recelosos a Josef y bromeaban sobre los privilegios de que seguía disfrutando bajo el emperador Trajano. Mara habría preferido vivir en la auténtica Judea en lugar de allí, entre «gentiles», y también Daniel sufría con la desconfianza y el escarnio de los colonos judíos. De cualquier modo, su mujer y su hijo disfrutaban viendo prosperar la finca mucho más, sin duda, de lo que lo disfrutaba él.

Mara había aceptado la pérdida de Matías con más serenidad de lo que él

esperaba; no lo maldijo ni lo increpó furiosa. Pero el vínculo que los unía se había quebrado. En su fuero interno se separó de él, el asesino de sus dos hijos; ya no veía en él al elegido del Señor, sino al caído, al portador de desgracias. Se siente tan lejos de él que ni siquiera discuten. Viven tranquilos uno junto al otro, ajenos y afables.

Tampoco las relaciones con su hijo Daniel son como deberían. No sólo le preocupan las opiniones de los colonos judíos sobre su padre, sino que ha salido en todo muy parecido a la madre, tiene su parsimonia y su amable reserva. Es un hijo intachable, pero teme al vehemente e incomprensible padre, y los intentos de Josef por ganarse su confianza han sido vanos.

Josef se siente muy solo en medio de la ordenada actividad que reina en su propiedad. Escribe, pasa mucho tiempo con sus libros. A veces también sale a visitar a sus amigos; va por ejemplo a Yabne para ver al Doctor Supremo, o, como ahora, a Giscala, por Juan. Tiene muchos amigos en el país; desde que publicó el *Apión* la mayoría de los judíos lo respeta. Pero sigue siendo un respeto frío, todavía no le han perdonado su antigua actitud, tan ambigua. Vive en Judea como un extraño entre su pueblo.

Desde hace algún tiempo se siente inquieto. Lo achaca a la inseguridad de la situación política, pues la gran campaña oriental que prepara el belicoso emperador Trajano amenaza de nuevo a Judea. Pero las razones que lo llevan a abandonar la paz de su propiedad de Be'er Simlai radican en él. Se siente como en su juventud, como en la época en que escribió:

Alejaos de vuestra ancla, dijo Yahvé.
No amo a los que se embarrancan en el puerto.
Abomino de los que se pudren en el olor infecto de su molicie.
He dado al hombre muslos para que lo sostengan sobre la
tierra y piernas para correr,
para que no quede plantado como un árbol por sus raíces.

No aguanta más en Be'er Simlai. Se ha marchado para viajar por Judea sin un destino fijo, de aquí para allá; regresará a su casa la víspera de la Pascua, es decir, no antes de tres semanas.

De modo que está con Juan. Juan lleva mucho menos tiempo en el país que él. Juan se ha mantenido fiel a su propósito de no abandonar Roma y sus negocios romanos hasta estar seguro de que no se dejará llevar por su fervor nacionalista. Durante los cinco años que lleva en Judea ha resistido valientemente la tentación de fomentar el avance de los «Fanáticos del día». En ese tiempo se ha ocupado de reconstruir primorosamente y con todo lujo su ciudad natal, la antiquísima y diminuta ciudad montañesa Giscala, destruida en dos ocasiones: primero en el transcurso de la gran guerra judía, y después tras la rebelión de los «Fanáticos». Pero ante todo ha convertido su propia finca de Giscala en una granja modelo.

Los dos ancianos se pasean, pues, por ella. Juan le enseña al amigo las novedades que ha introducido en sus plantaciones de moreras, olivares y viñas. Brilla un claro, joven y amable sol de primavera, los dos se sienten dichosos de contemplarlo; pero para entrar en calor han de seguir caminando. De modo que caminan a buen paso: Josef, un tanto encorvado; Juan, más bajo, muy erguido. Juan no deja de parlotear. Nota que Josef no lo escucha, pero no necesita un interlocutor atento, sólo quiere proclamar su alegría por todo lo que ha logrado, y él mismo sonrío ante su senil locuacidad. Aunque finalmente le tienta la idea de entablar con Josef un auténtico debate y, con cierta burlona belicosidad, le espeta:

—Ya veis, querido Josef, que mi propiedad florece, es lo que suele llamarse una granja modelo. A pesar de todo, esta explotación mía no me da beneficios, al contrario, debo pagar por mantenerla, y si no renuncio a ella es sólo porque me divierte administrarla. Me alegra poder producir un vino extraordinario, un excelente aceite y una magnífica seda. Y ahora, por favor, medita sobre lo siguiente: si yo, con todos los privilegios que disfruto por parte del gobierno romano, no consigo sacarle provecho, ¿cómo va a alimentarse de su sudor un pobre campesino con unos cuantos olivares? Los nuevos impuestos y aranceles que aplica el ministro de finanzas de Trajano a las provincias orientales están acabando con el pequeño campesinado. Además, no parece ser el medio más indicado para conseguir lo que pretenden, puesto que los vinos italianos no alcanzan por ello la calidad necesaria ni aumenta su venta. La consecuencia inmediata es que crece la inquietud en el país.

—¿Es cierto que crece la inquietud? —preguntó Josef, que de pronto pareció espabilarse. Juan lo miró de refilón.

—A juzgar por lo que veo en mi Galilea —dijo sonriendo más satisfecho que malicioso— no creo que haya en Judea ningún campesino contento con los nuevos edictos. No estoy diciendo que los «Fanáticos del día» ganen adeptos en todas partes. Quizás incluso sea ése el objetivo que persigan los romanos con su extraña política financiera, porque no es impensable que cuando Trajano inicie su proyectada campaña oriental ciertos militares deseen garantizar antes el orden en Judea, eso que ellos llaman orden. Y para ello les resultaría muy cómodo provocar un alzamiento y atrapar de golpe a todos los elementos sospechosos. Pero no se trata únicamente de la política agraria romana —prosiguió—, pues aunque siempre he mantenido —y al tocar el tema de sus eternas diferencias con Josef sonrió— que ni la guerra judía ni los disturbios posteriores se habrían suscitado de contar con buenos precios para el vino y el aceite, estoy dispuesto a concederos que nuestras guerras judías no sólo se han debido a los precios del vino, sino también a Yahvé. Ambas cosas han de convertirse en problema, el mercado y Yahvé. Si no, no se da el fervor necesario.

—¿De modo que creéis —preguntó Josef— que Yahvé ha vuelto a convertirse en un problema?

—En ese terreno, doctor Josef —replicó Juan—, el especialista sois vos, no yo. Pero si queréis conocer la opinión de un sencillo terrateniente que no ve a su Yahvé

como teólogo, sino como un hombre con sentido común, no tengo reparos en confiároslo. La idea de Yojanán ben Zakai de sustituir el Estado y el Templo perdidos por Yabne fue excelente; no había entonces, tras la caída, otra posibilidad de restaurar la unidad. Y, de hecho, la costumbre y la doctrina llegaron a sustituir al Estado. Pero poco a poco, a medida que crecía la generación posterior, que nada sabía del Estado ni del Templo, se fue perdiendo el sentido de los usos, y hoy la doctrina se ha convertido en pura fórmula y la costumbre asfixia el sentido. Judea se ahoga bajo la tutela de los doctores: a la larga, la palabra vacía nunca sustituye a Dios. Dios necesita de su país para restaurar la vida y el sentido. Eso es lo que hace que Yahvé vuelva a ser hoy un problema. Yahvé sólo podrá vivificarse realmente si Judea deja de ser meramente la residencia de los judíos para ser la tierra de sus judíos. Yahvé necesita un cuerpo. Su cuerpo es este paraje; su vida son estos olivos, estas viñas, estas montañas y lagos, el Jordán y el mar..., y mientras no se reúnan Yahvé y esta tierra ni uno ni otro vivirán. Disculpad que me haya puesto poético. Pero es natural que un terrateniente viejo y simple como yo no sepa expresarse tan bien como vos.

Josef tenía algunas objeciones a esa concepción un tanto impía, pero no las formuló. En lugar de eso trató de resumir sus palabras:

—Y como ambos problemas, Yahvé y el mercado, requieren una solución, ¿consideráis que se dan las condiciones externas e internas para que se produzca un levantamiento? ¿Pensáis que los «Fanáticos del día» podrían afirmar con razón: ha llegado el día? ¿Es eso lo que queréis decir?

—¡Qué joven sois a vuestros setenta años —replicó Juan—, y cuán guerrero! Pero no os resultará fácil comprometerme. Es cierto que mientras esas dos cuestiones, Yahvé y la situación del mercado, no sean acuciantes, no habrá levantamiento. Eso es lo que he dicho. Pero no he afirmado que esos factores sean los únicos requisitos. Si queréis saber mi opinión, el principal requisito es que las posibilidades de éxito de la revuelta no sean demasiado escasas.

—En tal caso, todo lo que acabáis de decir no es más que teoría —dijo Josef desencantado.

—Una vez más queréis comprometerme —replicó Juan bromeando—. ¿Cómo podríamos saber nosotros qué posibilidades tienen los «Fanáticos» si Trajano se lanza finalmente a su guerra oriental?

Josef acabó por impacientarse.

—¿Condenáis, por tanto, las actividades de los «Fanáticos del día»? —preguntó.

Pero Juan rehuyó la respuesta:

—No me dedico a la política práctica. Como bien sabéis, antes de dejar Roma me examiné a conciencia y sólo después de constatar que mi corazón no me la iba a jugar me permití regresar a Judea.

Josef continuó caminando a su lado encerrado en un hosco silencio. Hasta que Juan arremetió de nuevo:

—Pero mi renuncia no me impide tener ciertos sueños. Supongamos por un

momento que los «Fanáticos» no sean tan razonables como nosotros y que organicen un levantamiento con escasas posibilidades de éxito. ¿Podríais imaginaros entonces, querido Josef, mayor fortuna que dejarnos llevar por él? Imaginaos, nosotros, dos ancianos temblorosos que nada esperamos ya de la vida, animados y rejuvenecidos por semejante revuelta. No me gusta usar palabras grandilocuentes, pero no puedo imaginar un final más glorioso que morir en esa refriega.

A Josef lo trastornó que el otro expresase sin ambages tales sentimientos.

—¿No sois demasiado egocéntrico, querido Juan? —le preguntó—. No es que esté prohibido, sencillamente resulta indecoroso comportarse de ese modo a nuestra edad.

—¡Qué seco os habéis vuelto! —exclamó Juan moviendo la cabeza—. No admitís ni una simple broma. Porque, naturalmente, hablaba en broma. Pero si queréis saber la verdad, os diré, para que podáis juzgarme con justicia, que no es el egoísmo lo que me inspira el sueño de semejante alzamiento. Seguramente cualquier intentona de los «Fanáticos» fracasaría tan rápidamente como las anteriores. Y, sin embargo, no habría sido tan insensata. Me refiero al problema de Yahvé. Un levantamiento como ése constituiría una advertencia para no olvidarnos de Judea, la tierra, en aras de los ritos y la palabra. Y esa advertencia ha llegado a ser absolutamente necesaria. El ser humano olvida muy deprisa. Sería bueno que les recordásemos a nuestros judíos su tierra, el hecho de que es *su* tierra. Pues de otro modo existe el serio peligro de que los doctores acaben definitivamente con Yahvé y Judea se ahogue por culpa de Yabne.

—Decidme —insistió Josef—, ¿ya están en marcha los preparativos? ¿Conocéis algún plan preciso de los «Fanáticos»?

Juan lo miró con una sonrisa confiada, pícara, insolente, que lo hacía parecer más joven.

—Quizá —respondió— sepa algo, pero quizá no sepa nada. No deseo saber nada concreto, porque la política no es de mi incumbencia. Lo que habéis oído no es más que el parloteo de un anciano ocioso ante un amigo, provocado por la llegada de una nueva primavera y el placer de hablar bajo este hermoso sol.

En ese momento Josef le dio la espalda seriamente disgustado y no volvió a dirigirle la palabra. Entonces Juan le dio un golpecito y le espetó malicioso:

—Pero, aunque no sepa nada, sí es cierto que conozco a mi gente, y así como preveo el tiempo soy capaz de oler ciertas cosas. Por eso os ruego que aceptéis un pequeño consejo, querido Josef. Si queréis seguir viajando por el país dirigíos primero a Cesarea y procuraos en el palacio del gobernador un pasaporte completo que os permita acreditaros ante cualquiera. Sólo por si acaso.

Al abandonar Josef Giscala ese mismo día Juan lo acompañó un buen trecho, y cuando Josef volvió la cabeza Juan seguía allí, mirándolo.

En Cesarea, donde siguiendo el consejo de Juan se procuró un nuevo salvoconducto, Josef hizo una visita al gobernador. Lusius Quietus invitó al ilustre Flavio Josefo a cenar con él con esa diligente y distante amabilidad que caracterizaba a casi todas las personas de confianza del emperador Trajano.

Allí estaba, pues, Josef, sentado entre altos oficiales y funcionarios de la provincia. Se sentía terriblemente incómodo y ajeno a todos. A pesar de la marcada afabilidad de los señores volvió a sentir que no lo tomaban en serio. No era de los suyos. Sin duda, estaba más ligado a ellos que nadie, por su pasado y sus privilegios; pero, a fin de cuentas, no era más que un agente a sueldo.

Se habló del futuro. Seguramente, si estallaba la guerra habría disturbios en toda la región: en Siria, en Judea, en Mesopotamia. Juan tenía razón. Las personalidades no ocultaban que tales revueltas les vendrían al pelo. Les procurarían el ansiado pretexto para limpiar a fondo Judea, que acabaría convirtiéndose en zona de formación y avituallamiento antes de partir hacia el lejano Oriente.

Una y otra vez preguntaron a Josef, como experto, si sería posible disuadir a los «Fanáticos del día» por la falta de perspectivas de su levantamiento. Josef adujo que la mayor parte de la población judía era leal al Gobierno y que los «Fanáticos» eran demasiado realistas para instigar una sublevación tan insensata. El gobernador Quietus lo escuchó muy atento, pero, por lo que le pareció a Josef, poco convencido.

Por otra parte, él no había hablado con la convicción que lo caracterizaba. Estaba un tanto distraído debido a que, desde que llegó a la casa del gobernador, había estado buscando un rostro determinado. Se trataba de Paulus Bassus, la persona que mejor conocía la situación militar de la provincia de Judea, pues, aunque se sucedieran los gobernadores, el coronel Paulus seguía allí. Era él quien gobernaba en realidad Judea y, siempre que el gobernador daba una recepción, todos esperaban verlo. Por otra parte, era natural que no acudiese sabiendo que encontraría allí a su padre. A pesar de todo, por poco razonable que fuese, ese padre no hacía más que buscarlo.

A la mañana siguiente Josef se dirigió al edificio de la gobernación para procurarse el salvoconducto. De pronto lo atenazó un sentimiento de extrañeza y hostilidad al penetrar en ese palacio frío, blanco, lujoso, imponente y amenazador, símbolo de la Roma de Trajano.

La sala donde se despacharía su asunto se encontraba en el ala izquierda del edificio. Cuando, tras solventar el trámite rápidamente, cruzó la gran sala con su nuevo salvoconducto para salir por la puerta principal, penetró un oficial por esa misma puerta. El oficial, un soldado esbelto de rostro descarnado y pálido, un hombre elegante, enérgico, se volvió hacia su derecha. Nadie habría podido decir si al saludar a la guardia en formación había llegado a ver al hombre que se le aproximó por la izquierda. Nadie habría podido decir tampoco si Josef había reconocido a aquel

oficial. Pero, al abandonar el edificio, cansado y viejo, le pareció que no había aire bastante en la plaza del palacio, y quien lo hubiera observado en ese momento se habría extrañado de que un asunto tan liviano e insignificante como la obtención de un salvoconducto pudiese agotarlo tanto.

Por su parte, al penetrar en el ala derecha del edificio, el oficial parecía un poco más pálido que de costumbre y sus labios estaban aún más apretados. Pero entonces, poco antes de entrar en su despacho, se distendió. Sí, Paulus Bassus, o, como solían llamarle antes, Flavio Pablo, parecía más bien satisfecho. Lo estaba. La idea, una idea que había buscado durante mucho tiempo, había acudido a su mente.

Ese mismo día tuvo una conversación con el gobernador Lusius Quietus.

Josef había decidido olvidarse de su propiedad de Be'er Simlai, de su mujer y de su hijo hasta la víspera de la fiesta de Pascua; hasta entonces podía recorrer el país como un hombre libre, vagando allí donde lo condujesen el viento y su capricho.

Arriba en las montañas aún era invierno, pero en los valles había llegado la primavera Josef deambuló sin descanso sobre un mulo o a caballo, y a veces también a pie. El anciano recordaba el tiempo en que recorrió por primera vez Galilea para conocer a sus habitantes. También ahora se encontraba mejor allí donde nadie lo conocía, y huía en cuanto lo llamaban por su nombre.

También visitó a amigos y a gentes cuyas costumbres y opiniones lo atraían. Y así llegó un día a B'ne Berak, a la casa del doctor Akiba.

Josef ha visto a Akiba en numerosas ocasiones y, aunque opuestos en talante y opiniones, no se llevan mal. No cabe duda de que, después de Gamaliel, es el doctor más influyente. Y eso que, como éste, ronda ya los cincuenta. Pero al contrario de Gamaliel, que lo tuvo todo desde su nacimiento, Akiba ha tenido que luchar duramente; fue pastor, y debió esforzarse para lograr estudiar y hacerse un hueco en la Escuela de Yabne, defendiendo su doctrina contra viento y marea hasta lograr imponerla. Es una doctrina que, con adusta fiereza aunque con un método taimado y retorcido, defiende lo judío contra lo no judío; es una doctrina rígida y fanática que contradice todo lo que Josef vivió en sus mejores días y lo que ha proclamado en sus ambiciosos libros. A pesar de todo, Josef no es capaz de resistirse a la fascinación que emana de ese doctor Akiba.

Permaneció en B'ne Berak un día, y otro más, y un tercero. Después llegó el momento en que era necesario partir si deseaba llegar a su casa a tiempo para celebrar la Pascua. Pero, al querer despedirse de Akiba, éste lo retuvo.

—¿Qué me decís, doctor Josef —le preguntó—, queréis pasar conmigo la víspera de Pascua?

Josef alzó la vista sorprendido, dudando de la seriedad de su propuesta. Miró la gran cabeza de Akiba, que descansaba sobre un cuerpo basto, inmenso. De su barba plateada surgían frescas las rosadas mejillas; la ancha frente, imponente, arrugada,

casi desaparecía bajo el avance del pelo. Gruesas cejas enmarcaban sus ojos castaños: ojos que irradiaban un fuego apasionado y brutal y hacían olvidar la chata nariz. Pero aquel día, al proponer a Josef pasar con él la víspera de la Pascua, esos ojos siempre tan fieros y vehementes brillaron con un leve fulgor, malicioso.

De hecho resulta sorprendente que el apasionado nacionalista Akiba lo invite a él, a Josef, el negociador que durante toda su vida se esforzó por reconciliar a los judíos, a los griegos y a los cristianos, a compartir su mesa la víspera de la Pascua, la gran fiesta nacional. Es una provocación y un honor. Durante una fracción de segundo Josef está tan asombrado que no sabe cómo comportarse. La costumbre exige que Josef, el amo de la casa, pase la tarde en su propiedad con su familia y su gente: que les lea la Hagadá, el relato de la liberación de los judíos de Egipto. Pero Josef se dice que ni su esposa ni su hijo lo echarán de menos, más bien sentirán cierto alivio al saber que Josef, el «traidor», pasa esa noche sagrada con Akiba, el venerado, a quien los judíos patriotas admiran como el mejor de sus líderes. Tras reponerse de su sorpresa, Josef siente una honda satisfacción.

—Os doy las gracias, doctor Akiba —responde—, acepto el honor de vuestra invitación, me quedaré.

Y los dos hombres se miran, se sonríen a los ojos con una sonrisa confiada, belicosa y amistosa a la par.

En la tarde del relato, pues —la tarde de la Hagadá—, Josef ocupa el lugar de honor, a la derecha de su anfitrión, en casa del doctor Akiba en B'ne Berak. El asombro que sintiera cuando lo invitó no ha remitido, más bien se ha reforzado. Se siente elevado, como flotando; esa tarde le parece aún más gloriosa que la hora en que el emperador Tito instaló su busto en la biblioteca del Templo de la Paz, en Roma, y lo coronó.

Pues si ya se celebra en todo el mundo la Hagadá poco después de su introducción con tal fervor y recogimiento, ello hay que agradecerse al doctor Akiba; es él quien creó el «Orden» de esa tarde, su *seder*; quien ha compuesto la mayor parte de las oraciones y ritos tan conmovedores, afligidos, firmes, confiados y amargos de esa tarde, que, en esta época de sometimiento, despiertan en el pecho de todos los judíos el recuerdo de las penalidades que sufrieron y su magnífica redención.

De la costosa bandeja de plata de tres pisos que contenía toda clase de alimentos, y que conmemoraba con ingenuo y eficaz simbolismo la esclavitud y la liberación, tomó Akiba el pan ácimo que recordaba la precipitación con que en su día abandonaron los judíos el país de su cautiverio. Akiba partió el pan y se lo entregó a sus invitados.

—Éste —dijo— es el pan de la miseria, que nuestros padres tomaron en Egipto. El que esté hambriento, acuda y coma con nosotros. El que tenga necesidad, que venga y celebre con nosotros la fiesta de la Pascua. Este año aquí, y el que viene en Jerusalén. Este año esclavos, el que viene hombres libres.

En todo el mundo los judíos formulaban en ese momento las sencillas y confiadas frases de Akiba, y por doquier —Josef lo sentía— se elevaban sus corazones al escucharlas. Sí, ése será el último año de su sometimiento, el próximo celebrarán la Pascua en una nueva Jerusalén magníficamente reconstruida.

Y Akiba prosiguió narrando la historia de la liberación con las simples y conmovedoras fórmulas creadas por él. Vivía su relato, por muy bien que lo conociese, obedeciendo su propio precepto:

—Que cada judío se sienta en esa tarde como si él mismo hubiese sido liberado de la esclavitud egipcia.

Josef escuchaba la voz de Akiba. Era una voz profunda, acre, sin música, pero su vehemente y poderosa convicción lo conmovió. Todos los asistentes se emborracharon con las palabras de Akiba como si de vino se tratase. Algunos de sus invitados habían conocido, como el propio Josef, el boato de la imponente fiesta de Pascua en el Templo de Jerusalén, pero el recuerdo de la peregrinación, el recuerdo de la suntuosidad de los sacerdotes no los afligió en esos tiempos de miseria y opresión; al contrario, su amargo contraste con aquellos escuetos y sentidos ritos reforzó aún más el orgullo que sentían por su pueblo y su poderosísimo dios.

Josef rememoró la tarde que había pasado poco antes en casa del gobernador de Cesarea; recordó a esos fríos oficiales y funcionarios que, seguros de su poder, desdeñaban con realista altivez a los bárbaros idealistas que una y otra vez se lanzaban a un infructuoso combate por su tierra y su dios. No, prefería mil veces estar del lado y en el círculo de los vencidos que en el de los vencedores.

Y los vencidos continuaban embriagándose con el recuerdo de sus antiguas victorias y la perspectiva de las futuras. Prepararon un vaso de vino para el profeta Elías, el gran patriota de la antigüedad. Sin duda iba a aparecérselos en esa festiva noche el precursor del Mesías, el Enviado del vengativo Yahvé, y debían recibirlo como se merecía. Nadie dudaba de ello.

Y entonaron los versos del gran Hillel, el extático y jubiloso salmo que celebra la liberación de Egipto y el poder del dios judío que la hizo posible.

—El mar lo vio y huyó —cantaron— el Jordán se retiró. Las montañas brincaron cual corderillos, las colinas cual cabritillas. ¿Qué te ocurrió, mar, para que huyeras, y a ti, Jordán, para que te retiraras?

La fantasía se le desbordó ante la idea de que su dios Yahvé aniquilase también a los romanos. Las aguas se abatirán sobre el emperador Trajano y sus legiones, tragándose los, como en su día se tragarón las olas del Mar Rojo al rey egipcio junto con sus hombres, sus carros y sus caballos. ¡Aleluya!

Cumplieron los ritos y entonaron las oraciones. Al llegar la noche se despidieron los invitados. También Josef quiso retirarse. Pero Akiba lo retuvo una y otra vez, hasta que finalmente sólo quedaron cinco: Akiba, Josef, y otros tres.

El arte de Akiba consistía en que, con un método elaboradísimo, era capaz de encontrar en las Escrituras una solución para todo lo que ocurría en la tierra. En las

Escrituras estaba todo previsto, lo que fue y lo que será, y sólo quien supiera interpretarlas adecuadamente poseería la clave, el sentido de la historia. Lo que sucedió entonces en Egipto y lo que ocurre bajo el emperador Trajano es una misma cosa, y su desenlace será parejo, y no es casual que precisamente ese año se celebre la Pascua con tal fervor. La bendita y fiera embriaguez de esa tarde no hace más que anticipar la acre conmemoración de la victoria sobre Roma.

Akiba se volvió entonces directamente a Josef, provocándolo. Tanto Moisés como el profeta Elías habían forzado a Dios a volverse hacia ellos y obrar milagros. Tal era la voluntad de Dios, quería que se le obligase. Esperaba que se le ayudase. A quien afirmase que aún no había llegado la hora no le llegaría nunca. Más bien había que creer, creer fanáticamente, que el Mesías, el Mesías de carne y hueso, llegaría mañana mismo. Esa misma noche acudirá el profeta Elías, el precursor, y vaciará su vaso. El que lo crea, el que lo crea tan firmemente como cree en la tabla de multiplicar, obligará a Dios a enviar al Mesías al día siguiente.

A Akiba, un inmenso labriego firmemente anclado en sus convicciones, le gustaba mostrarse vulgar. Estaba sentado ante Josef profiriendo toda clase de groserías y, para concluir, arremetió contra él:

—Si todos hiciéramos como vos, si nos limitásemos a quedarnos cruzados de brazos, podríamos esperar hasta que nos saliese la barba y el Mesías aún no habría llegado.

Las palabras manaban sarcásticas y amenazadoras de sus labios, y con un golpe violento se sacudió de la barba plateada las migas de pan ácimo. Josef, frágil y delicado aristócrata, no se sentía ofendido; no quería que le amargaran la espléndida velada. Demoró su respuesta, y entre tanto se entregó al placer de dejarse contagiar por la fanática fe de los que lo rodeaban.

Pues éstos se abandonaban cada vez más a sus bellos sueños. Pero ¿eran sólo sueños? No, eran mucho más: eran planes perfectamente trazados. Cuando se habló, por ejemplo, de las semanas que vendrían, las semanas del recuento que median entre la fiesta de Pascua y Pentecostés, el más joven de los comensales, el apuesto doctor Eleazar, miró a su alrededor y preguntó:

—¿Dónde, mis mayores, dónde, mis amigos y doctores, celebraremos Pentecostés?

El doctor Tarfón dirigió entonces al incauto una mirada reprobadora señalando hacia Josef con un gesto. Pero Akiba afirmó, olvidando sus invectivas contra él:

—Amigos, ¿acaso teméis al hombre que ha escrito el *Apión*?

Josef se asustó al escuchar las palabras del joven doctor Eleazar; su razón le decía que debía sublevarse contra la insensata y vana empresa que aquellos hombres planeaban acometer ya en las próximas semanas. Pero una gran dulzura se mezcló con su temor, y sintió una honda felicidad al escuchar de boca de Akiba que confiaba en él. En el anciano casi septuagenario brotaron de nuevo las viejas tentaciones, y se perdió en la bendita euforia de los demás. También él estaba ahora seguro de que el

profeta Elías vaciaría su copa con ellos esa misma noche.

Y disfrutó como nunca de esa noche de recogimiento en que el Señor se apiada del pueblo de Israel y lo toma bajo su protección. Con los demás escuchó convencido las fieras y sabias palabras del rudo mago Akiba, se abandonó con ellos a salvajes y desmedidas fantasías sobre la ruina de sus enemigos y la edificación de una nueva Jerusalén.

Y permaneció con ellos toda la noche. Y con ellos lamentó que llegasen los discípulos y recordasen a los doctores que había llegado la hora de la oración. Pues ya había amanecido.

Dos días después, a solas con él, Josef preguntó a Akiba abiertamente:

—¿Por qué me invitasteis a pasar con vos la Pascua?

El corpulento Akiba permanecía allí sentado muy sereno con las piernas cruzadas, descansada la mano derecha sobre el muslo, apoyado el codo izquierdo en el respaldo de la silla y la cabeza en la mano izquierda. Pensativo, miró con sus ojillos castaños la enjuta cara de Josef. Después le espetó fríamente:

—Quería ver de cerca a un traidor.

Josef se sobresaltó ante el inesperado insulto. Akiba lo advirtió satisfecho.

—Desde siempre —continuó— he intentado inculcar a mis discípulos el respeto a los mayores. Con todo el respeto, pues, que me merecen vuestras canas, os repito: sois un traidor. Admito que gran parte del daño que infligisteis tuvo su contrapartida en los servicios que nos rendíais. Hoy sois un traidor ante todo frente a vos mismo y frente a vuestra propia alma.

Akiba permanecía inmutable; la contención con que hablaba no hacía sino subrayar su acento campesino.

—Lo que decís, estimado doctor Akiba —replicó Josef, y, sin quererlo, se expresó con especial cortesía y con la dignidad de quien en su día se hiciera merecedor del gran título de doctor de Jerusalén—, lo que decís es muy vago. ¿Querriais explicármelo más concretamente?

Akiba resopló, se echó aliento en las manos y se las frotó como si se dispusiera a levantar un pesado fardo. A continuación afirmó:

—Yahvé os había encomendado luchar por su causa, por Israel. Vos en cambio cejasteis en cuanto la tarea comenzó a exigir os valor y esfuerzo. Os reclusisteis en la literatura y os dedicasteis a predicar el cosmopolitismo. A la larga eso os aburrió, y volvisteis a la lucha. Entonces la cosa volvió a ponerse difícil y os esfumasteis de nuevo, de regreso a vuestra cómoda y poco comprometida escritura. Para un hombre del pueblo como soy yo eso se llama traición. Lo digo como es, con todo el respeto que me merece vuestra cana cabeza.

—¿No os parece que sigue siendo muy vago? —replicó Josef con suavidad—. Quizá se trate de mi vieja cabeza, pero no consigo entender cabalmente lo que decís.

—Trataré de traducir —repuso entonces Akiba— mi sencilla opinión a vuestro cultísimo arameo. Sabéis muy bien, mi querido doctor Josef, lo que requiere la hora y el día. Pero no queréis verlo. Preferís cerrar los ojos y «luchar» por un ideal del que sabéis muy bien que es inalcanzable. Huís de la dificultad de lo alcanzable refugiándoos en el cómodo sueño del ideal que nunca se alcanza. Traicionáis el hoy y el mañana en nombre de una quimera. Traicionáis al Mesías de carne y hueso, que tal vez se encuentre ya entre nosotros, por un pálido mesías espiritual. Traicionáis al Estado judío en aras de una utopía cosmopolita.

A aquel hombre zafio le costaba pronunciar palabras tan cultas.

—¿Qué pensáis conseguir —preguntó Josef muy sereno— diciéndome todo eso?

A Akiba lo impresionaba que Josef permaneciese tan tranquilo, pero también lo irritó.

—No sabemos qué hacer con vos —dijo por fin ofuscado, mesándose la plateada barba—. ¿A cuál de vuestros libros hemos de atender? ¿La *Guerra de los judíos*? ¿La *Historia Universal*? ¿O el *Apión*? Un gran escritor —se mofó— debería ser capaz de expresarse con total claridad para que el pueblo lo entienda. Yo no soy un gran escritor —concluyó vehemente—, pero a mí me entiende el pueblo.

—Quien no os entiende soy yo, doctor Akiba —replicó amable Josef subrayando ligeramente el «yo»—. No entiendo por qué le hacéis el juego a los «Fanáticos del día». Sabéis que el emperador Trajano ha ampliado el número de legiones; que las legiones orientales están a reventar; que proliferan las calzadas, y que el material de guerra es más abundante que nunca. Quien ensilla un león ha de saber montarlo. Sois un hombre juicioso, y sabéis que no lo podéis montar. ¿Por qué entonces fomentáis la revuelta? El día llegará, bien. Pero sois vos quien ha de determinar qué día será ése. Y, si subleváis al pueblo a destiempo, ¿no arruináis con ello el día, cargando con una pesada culpa?

—El dios que me ordenó ensillar el león —dijo Akiba— me enseñará también a montarlo.

Después, reparando en que parecía una frase digna de un discurso para las masas, pero no para el escritor Josef ben Matatías, se avino a dejarle entrever sus íntimas aspiraciones.

—No es la razón —afirmó con acritud— la que ha de decidir si ha llegado el día, sino la intuición. La razón siempre retrocede ante Dios. No estoy diciendo que haya escapado de la razón y sus tentaciones. Conozco las alegrías de la lógica y la erudición. He estudiado las Escrituras y la doctrina con todos los medios a mi alcance, he refutado la filosofía de los gentiles. Pero todo lo que he aprendido es que cuando las cosas se ponen serias sólo nos ayuda el conocimiento interior, la fe en el excelso dios de Israel por encima de toda razón, y no la lógica ni la fe en causas y efectos inmutables. Yo creo en Moisés y en los profetas, no en Trajano y sus legiones. Quiero estar preparado cuando venga el cambio, cuando llegue el día. ¡Y el día llegará, os lo aseguro! Las leyes y los ritos están bien y agradan a Dios, pero siguen

siendo mero parloteo cuando no sirven para la creación de un Estado autónomo con su propia policía, sus soldados y su jurisprudencia soberana. Lo único que nos puede ayudar es la reedificación del Templo, del auténtico, en piedra y oro, y la reconstrucción de la verdadera Jerusalén, de una ciudad de piedra y madera. ¡Señor, eso es lo que entienden las masas! Hay que estar muy versado en sabiduría griega para no entenderlo.

No habría tenido sentido atajar el fanatismo de ese hombre con los argumentos de la razón. No es que Akiba fuese poco juicioso. Al contrario, no lo era menos que él. Pero la fe de Akiba era lo bastante fuerte como para vencer a esa razón.

Este pensamiento hizo enmudecer a Josef. Ahora sí que se sentía insignificante. Pues en ese instante Akiba se levantó y se le acercó imponente; su gran cabeza se inclinó confianzuda hacia él, sus ojillos bajo la ancha y arrugada frente y las espesas y rebeldes cejas lo miraron turbios y alucinados. Y con la áspera voz amortiguada le anunció con cierto misterio:

—¿Sabéis por qué apoyé a Gamaliel cuando decidió incluir el *Cantar de los Cantares* en el canon de las Sagradas Escrituras? Porque ese canto es una parábola, un diálogo entre el novio, que es Dios, y la novia, Israel. Pero si Yahvé es el novio deberá luchar por su prometida, deberá pagar. ¡Cuán dura y amargamente tuvo que luchar Jacob por su prometida! Dios ha de conquistar a Israel, ha de hacerse merecedor de su pueblo. Yahvé ha encomendado una difícil misión a Israel, e Israel la cumplirá. Pero también Yahvé ha de cumplir su parte, restituyéndole su poder y su Estado. Y no en el futuro, sino ahora. Vos, Josef ben Matatías, queréis ponerle las cosas fáciles. Queréis malbaratar Israel. Yo no soy tan fino. Yo soy un campesino, y, como tal, desconfiado. Yo exijo el pago después de cumplir con mi parte. Exijo de Yahvé —fijaos bien, no lo pido: lo exijo— que restituya a Israel su Estado y su Templo.

Josef se asustó del furor con que aquel hombre proclamaba su desmesurada e impía exigencia; estaba poseído de su derecho hasta la médula.

—Habéis creado un Yahvé a vuestra medida —dijo Josef quedo, compungido.

—Sí —admitió Akiba sin ambages, provocador—. ¿Por qué no habría de hacérmelo a mi medida, dado que él ha hecho lo mismo conmigo?

Pero después regresó del ámbito de la mística a la realidad.

—¡Pero no temáis! —lo consoló con una sonrisa, y de pronto pareció joven a pesar de la imponente barba plateada—. Le he jurado al Doctor Supremo —le confié— que no fomentaría ningún alzamiento judío mientras Edom, mientras los romanos no cometan un nuevo atropello.

Su sonrisa se volvió pícara, lo que lo asemejaba a Juan de Giscala.

—No me resultó difícil prometérselo —dijo—, pues estoy seguro de que ese atropello no se hará esperar. La razón romana es una razón necia y ciega, sin dios, sin clemencia. Los romanos volverán a ofendernos, y a mí y a los «Fanáticos» se nos eximirá de nuestra promesa y Dios nos ayudará a nosotros, no a los romanos.

Josef, inquieto ante esas confesiones, se encaminó hacia Yabne para comentar la situación política con el Doctor Supremo.

Gamaliel no sólo no sentía envidia de Akiba, sino que, con buen tino, había hecho lo posible por afianzar su popularidad, pues no habría podido mantener su dominio sobre todos los judíos de no contar con ese vehemente y levantisco personaje. Cuando Gamaliel enseñaba:

—¡Sed pacientes, someteos a los romanos!

Akiba añadía: «Pero por poco tiempo, después podréis levantaros y arremeter contra el insolente enemigo».

Y, así, ambos salían ganando: el Doctor Supremo, porque el pueblo no habría podido aguantar la larguísima y tensa espera que les exigía de no ser por Akiba y sus promesas; y Akiba, porque su razón repudiaba la aventura que ansiaba su corazón, y en realidad se sentía feliz de que la prudencia de Gamaliel la sofocase posponiéndola indefinidamente. Por muy distintos que fuesen el tolerante y hábil Gamaliel y el fanático labriego Akiba, ambos se amaban y se respetaban.

Pero Josef no tardó en reconocer que el Doctor Supremo conocía la situación política mucho mejor que él mismo, que acababa de ver al gobernador y a Akiba.

—El emperador Trajano —le explicó Gamaliel— no tiene nada contra los judíos. Pero su inmensa maquinaria de guerra necesita el país de los judíos como campo de maniobras. Los judíos les molestan, a él y a su gobernador Lusius Quietus. Tampoco el gobernador tiene nada contra los judíos, y como no desea acabar con el relativo bienestar de que goza la provincia prefiere evitar cualquier medida radical. Pero, por desgracia, tiene junto a él a un hombre que ansía vehementemente esas medidas. Y ahora, según me cuentan testigos fiables, ese hombre ha sabido utilizar la atmósfera de patriotismo que provocaron los preparativos de la campaña oriental para hacer cambiar de parecer al gobernador.

A Josef le cuesta seguir a Gamaliel. Sabe que si el Doctor Supremo designa a ese peligroso hombre del entorno del gobernador con términos tan vagos sólo lo hace por deferencia hacia él; pues ese hombre peligroso, innombrable, no es otro que Paulus Bassus, su hijo.

Gamaliel sigue hablando, y Josef lo escucha a pesar de la tormenta que se ha desatado en su corazón. Pues el informe del Doctor Supremo merece, ¡sabe Dios!, un oído atento. Porque el innombrable ha urdido una idea verdaderamente diabólica, el gobernador le ha dado su aprobación aunque a regañadientes, y ahora sólo hace falta esperar el visto bueno de Roma para poner en práctica el infausto plan. Consiste en introducir de nuevo la capitación en la provincia de Judea a fin de distinguir a los elementos peligrosos de los fiables.

La capitación. Los dos dracmas. De todas las humillaciones ideadas por los romanos es la más infamante. Si es cierto que piensan introducir de nuevo ese impuesto especial, que el justo emperador Nerva abolió en su día, ésa será la señal

esperada para el levantamiento que desea Roma y, por desgracia, también los «Fanáticos del día». Seguramente Akiba ya había oído hablar de esa posibilidad, y seguramente era ése el «atropello» que le insinuó.

Josef escuchó el informe de Gamaliel petrificado. Lo que lo paralizaba, a él siempre tan inquieto, era la idea de que era al Innombrable, de que era a su Pablo a quien Dios había elegido para infligir esa nueva desgracia a Judea. ¡Hombre infausto! ¡Cómo emanaba siempre la desgracia de todo lo que hacía, de sus hijos, de sus libros! Permaneció allí inmóvil, aturdido.

Hasta que se percató de que hacía unos minutos que Gamaliel había dejado de hablar. Buscó sus ojos, temeroso. El Doctor Supremo respondió a su mirada y Josef comprendió que sabía exactamente lo que pasaba por su mente.

—Os doy las gracias —dijo Josef.

—Si Cesarea nos impone ese tributo —prosiguió Gamaliel, como si nunca hubieran mantenido ese silencioso diálogo— Akiba estará relevado de la promesa que me hizo. A pesar de todo, cabe la posibilidad de que se mantenga tranquilo. Sabe tan bien como yo que el «atropello» de Roma no altera el juego de fuerzas entre Roma y Judea. Es un hombre juicioso. Pero queda la duda de si ese juicio vencerá a un corazón aún más poderoso.

Clavó la vista al frente, preocupado. Hasta entonces Josef siempre lo había tenido por un hombre joven. Ahora, el anciano Josef vio que tampoco Gamaliel lo era ya. Su barba rojiza se había vuelto gris, los ojos hundidos carecían de brillo; su cuerpo y su rostro habían perdido su imponente firmeza.

Pero de pronto el Doctor Supremo se incorporó y volvió a ser el de antes.

—Quiero pedir os un favor, querido Josef —dijo afable y, sin embargo, en el tono de quien está acostumbrado a mandar—. ¡Id al norte! Hablad de nuevo con Juan de Giscala. Si yo no consigo detener a Akiba tal vez vos logréis domeñar a Juan de forma que al menos el norte permanezca tranquilo. Sois amigo suyo, os escucharé. Es un hombre muy juicioso. ¡Convencedle de que actúe como tal!

—Bien —repuso Josef—. Regresaré a Giscala.

Desde que saliera de su finca Josef no había tenido sosiego. Ahora se sintió aún más inquieto. Partió en seguida, y viajó aún más deprisa. No eligió el camino más corto, sino que avanzó dando mil rodeos. Así volvió a recorrer gran parte de la tierra de Judea y de la de Samaria como llevado por el diablo, como si temiera perderse algo, como si no fuera a volver a ver nunca lo que ahora contemplaba y que vivificaba su alma.

En Samaria supo que el gobernador había decretado mediante un edicto la introducción de la capitación, que afectaba a todos los habitantes judíos de la provincia. Al día siguiente, en la pequeña localidad de Esdraela, se rumoreó que en el norte de Galilea se habían producido graves disturbios. No supieron decirle más. Pero

una cosa era segura: que en varias ciudades galileas con población mixta los judíos habían arremetido contra los romanos, los griegos y los sirios. Le comunicaron que ya habían partido nuevas fuerzas de Cesarea para restituir el orden. Se rumoreaba que Juan de Giscala encabezaba el levantamiento.

Su tarea carecía ya de sentido, no tenía ya nada que hacer en el norte. Lo más sensato sería regresar cuanto antes a Be'er Simlai y mirar por su familia, por Mara y Daniel.

Pero, al meditarlo, supo de inmediato que no lo haría. Al temor que lo embargó al oír esas noticias se añadía una gran dulzura. Con orgullo y vergüenza tuvo que admitir que se sentía ligero, libre, dichoso. Reconoció no haber hecho más que esperar ese instante durante todos aquellos años en Judea, que sólo ahora cobraban sentido y confirmación, pues de haber recibido la noticia de la revuelta en Roma, a destiempo y lejos del lugar de los hechos, se habría perdido el acontecimiento más importante de su vida.

¡Locuras! Es una pura locura querer intervenir en la revuelta. Quizás en un primer momento alcancen un par de victorias movidos por su entusiasmo y la luz que los guía; pero a éstas la seguirá una dura y definitiva derrota. Los romanos van a conseguir lo que buscan: todo lo que queda entre los judíos de valor, juventud, hombría, será arrasado. Es un crimen y una locura querer participar.

Así, apelando a su buen juicio, es capaz de ahuyentar la embriaguez que lo ha embargado al recibir las noticias del alzamiento. Pero sólo por unas horas.

Esa misma noche, en el mísero camastro que se le ofreció en el pueblo, lo asalta de nuevo; no puede luchar contra ella y se entrega con todos sus sentidos a esa dicha peligrosa. Se siente como entonces; como cuando, de joven, condujo inspirado, como flotando, a las tropas galileas hacia su primera guerra contra los romanos. ¡Ah, sentir de nuevo ese ardoroso fervor con el que antaño partieron a la batalla! ¡Ese fundirse con los otros! ¡Esa vida multiplicada, fluyendo a borbotones ante el temor de perderla un instante después! ¡Esa fuerza incontenible compuesta de fervor religioso, violencia, temor, seguridad en uno mismo y un placer desmedido!

No deja de dar vueltas en el lecho. Aprieta los dientes, se increpa. ¡No pierdas la razón en tus últimos días, Josef! Que un joven se deje llevar por semejante locura puede ser loable, tal vez incluso lo quiera Dios. Pero que lo haga alguien como tú, un anciano... no hay nada excelso en un anciano embriagado, resulta ridículo, nada más.

No es ridículo. Si tras tantos años, si después de tantas experiencias esa voz lo llama con tal insistencia, ha de tener razón. Y, aunque sea la voz de la locura, será una locura divina. Akiba tiene razón. ¿Quién se atreve a afirmar que Yahvé se atiene a la lógica y a la escueta razón? ¿Acaso hablaron con juicio los profetas? ¿O cualquier otro? Si vosotros con recalcitrante pedantería queréis llamar a esto locura, ¡bendita sea, pues, esta locura!

Y el viejo Josef se deleita en esa locura. Sí, Juan de Giscala tiene razón, y Akiba tiene razón, y el libro de Judit y el libro de Josef ben Matatías contra Apión, y no la

tienen el Doctor Supremo ni la *Historia Universal* de Flavio Josefo.

Tras decidir abandonarse a esa locura partió en medio de la noche para abrirse paso hasta Juan de Giscala.

Encontró un mulero que lo llevó hasta la pequeña localidad de Atabir, en la ladera de la montaña del mismo nombre, pero aquél no se atrevió a ir más lejos. También los habitantes del pueblo le desaconsejaron adentrarse más allá, donde comenzaba la zona militar, de modo que, tras comprar algunas provisiones, prosiguió solo su camino. Rehuía la calzada militar y elegía sendas recónditas que surcaban las gargantas y las cumbres de las montañas. Allí había luchado en su día, defendiendo la montaña, conocía bien el territorio. Quedo, con paso regular, precavido, avanzaba a toda prisa.

Amaneció un espléndido día de primavera. El invierno había sido largo ese año; en las cumbres del norte de Galilea aún había nieve, que alimentaba los riachuelos, que bajaban pletóricos, alegres. El aire era de una pureza benéfica, lo lejano parecía cercano y claro. Josef se adentró en la cordillera, puso a trabajar a su memoria, y ésta le obedeció: cada altozano, cada valle le resultaba familiar.

Ahí estaba la roca. Desde ella tenía que poderse ver el mar, su lago, el lago Tiberíades, el lago de Genezaret. ¡Mira, ahí brilla! Sobre sus aguas flotaban unos puntos diminutos; la memoria de Josef los transformó en las velas rojizas de los barcos de pesca.

Subió a la cumbre, buscó de nuevo una quebrada para resguardarse, y la encontró. Se puso en cuclillas. La inquietud que lo había atormentado en los últimos tiempos desapareció súbitamente. Por fin descansaba. Se arrellanó y comió de sus provisiones —frutos, algo de carne, pan— y bebió de su vino.

Se levantó una leve y vivificante brisa. Josef respiró a pleno pulmón. Ante él, bajo un aire purísimo, verdadero vergel divino, yacía la tierra de Galilea, variopinta y fértil, con sus valles, colinas, montañas; y con su lago de Genezaret, el río Jordán, la costa, y sus doscientas ciudades. Lo que Josef no veía lo recordaba, lo intuía su memoria.

Se embebió de aquella visión. El paisaje era de un gris rojizo; de un jugoso verde los algarrobos, plateados los olivares, negros los cipreses, marrón la tierra. En la llanura, cual diminutas figuras, los campesinos se acuclillaban en el suelo oliscándolo para prever el tiempo. Ahora, en primavera, incluso sus desiertos están cubiertos de flores de un verde grisáceo y violeta.

Pero a esa tierra no se le perdona su fertilidad. Tal vez sea demasiado generosa. Tal vez tuviera razón Juan de Giscala cuando dijo que era el precio del vino y del aceite lo que había instigado la interminable guerra que arrasa a esa tierra. Sea como fuere, ha sido abonada con sangre. Quizás así lo ha querido Dios.

Josef descansaba en su quebrada. Había olvidado sus temores y sus dudas. Sus pensamientos se henchían, ondulantes, y eso lo reconfortaba.

Dios les había confiado a ellos, a los judíos, esa tierra donde fluyen la leche y la

miel. Y aún más cosas les había dado: «No se llama Sión el reino que os he prometido; su nombre es: el universo».

Pero el dominio del orbe es un asunto vago, lejano. Si al menos le hubiera sido dado contemplar de lejos la tierra de sus anhelos, la tierra del Mesías, de la Justicia, de la Razón. «Ya podemos esperar a que nos crezca la barba». Josef se echa a reír pensando en las toscas palabras de Akiba. ¡Un tipo formidable ese Akiba!

Alza de nuevo la vista, disfruta del paisaje. Al menos le queda su Galilea. Se ha dejado tantas cosas en el camino, esperanzas y creencias; pero no renegará de Galilea: a ella se aferra ahora, eso lo conservará.

Había querido proclamar la razón, el reino de la Razón, su propio Mesías. Pero ese profetismo, querido, resulta demasiado caro. Quien haga de profeta en eso tendrá que pagarlo con renunciaciones. Pero ¡cuán dulce y noble es no predicar otra cosa que el propio pueblo, la nación! Misiones como ésta alimentan su alma y su cuerpo, procurándole la gloria y una honda satisfacción interior.

De la lejanía, desde abajo, le llegó un ruido. Josef supo que allá abajo, en lo hondo, invisible a sus ojos, cruzaba una calzada. El ruido le recordó a los cascos de los caballos. Involuntariamente se adentró en la quebrada donde se había refugiado.

¿A cuento de qué está aquí? ¿Qué ha venido a buscar aquí, a Galilea, en medio de la revuelta, en medio de la guerra, él, el viejo? Aquí no hace más que arriesgar su vida, sin ayudar a nadie.

¡Tonterías! ¡Como si alguna vez hubiera deseado ayudar a alguien! Ha tenido que llegar a esa edad para admitir que nunca quiso ayudar a nadie más que a sí mismo. Sólo pensó en él, yo, y siempre yo, y de todo lo que ha pensado y escrito, lo que ha concebido, sólo el *Salmo del yo* es auténtico:

Quiero ser yo, quiero ser Josef,
tal como salí del vientre de mi madre,
no dividido entre los pueblos
y obligado a decir: de éstos soy, o de aquéllos.

A Justo sí quiso ayudarlo, al otro, al de la lejana estirpe. ¡Pobre Justo, tan grande y noble! Naciste en mala hora, en mala hora te esforzaste, precursor, anunciador de una verdad poco propicia a estos tiempos. Viviste tu vida desdichado y amargado, amargado e infeliz moriste, y tu obra será olvidada. Tal es la recompensa del justo.

Pero la esperanza mesiánica es necesaria para vivir. Y debe haber quien proclame al verdadero Mesías, no el de Akiba, sino el de Justo. Ellos son los elegidos, pero también para la desdicha.

Yo, Josef ben Matatías, lo sé bien. He experimentado lo auténticamente mesiánico, la verdad entera, y fui desdichado. Sólo cuando renuncié a ello mejoraron las cosas. Y sólo llegué a estar de acuerdo conmigo, feliz, cuando me rebelé contra la razón. ¡Ah, qué tiempos aquéllos en los que seguí sin trabas mi instinto, cuando

escribí el libro contra Apión, el más necio y el mejor que he escrito nunca! Y quizás, a pesar de todo, el que más agradó a Dios. Pues ¿quién sabe cuál es el instinto bueno y cuál el malo? Y aunque hubiera surgido del mal instinto, ¿no se dice en las Escrituras «servirás a Dios también con tu instinto malo»?

Respiró hondo. Se sentía ligero y fresco, el aire brotó leve de su boca; se sentía joven. Sus labios dibujaban una sonrisa casi imbécil de pura dicha. Había tenido que cumplir los setenta para aprender a ser necio. ¡Alabado seas, Yahvé, nuestro dios, que me has dejado llegar hasta aquí y que aún me permites respirar la dulce y pura brisa de Galilea y el acre perfume de la guerra!

En su fuero interno sabía que esa felicidad no duraría mucho, que sólo le quedaban un par de días, o incluso un par de horas, o tal vez un par de miserables minutos. No, no serían miserables, sino buenos y dichosos.

Se dispuso a seguir su camino y descender de aquella montaña. Volvió a oír un ruido sospechoso y se movió con cautela. Rehuyó cualquier camino amplio, se escondió allí donde podía ser visto; pisaba con cuidado. Pero en una ocasión se equivocó. Se desprendió una piedra y cayó de tal modo que rebotó en la calzada. Los que pasaban por ella eran jinetes romanos y se detuvieron, aprestándose a rastrear la colina.

Los ojos de Josef no eran tan agudos como su oído; durante varios minutos no pudo decir si eran judíos o romanos los que recorrían la ladera. Después se acercaron a él y vio que eran soldados romanos.

Durante unos instantes lo asaltó el pavor, arrebatándole toda su fuerza. Ese día había caminado un buen trecho subiendo y bajando por ásperos senderos, y de pronto sintió que lo abandonaba su frescura. Volvía a ser un anciano; el corazón, hasta entonces tan ligero, le oprimía de pronto el pecho, que sentía pesado y dolorido como un tumor; las rodillas le fallaron y tuvo que agacharse.

Pero poco a poco fue reponiéndose hasta recobrar esa sensación de paz, sí, incluso de alegría, que embarga a quien ha llegado ya a su meta. Debería haber caído entonces, en la primera guerra, cuando era joven, en Galilea. Pero escapó a ese final y en lugar de ello había vivido una vida agitada; y trajo al mundo hijos y libros, buenos y malos, y algunos seguían viviendo y otros habían perecido; e hizo mucho mal, pero también algunas cosas buenas; y ahora, muy tarde, le era dado recuperar lo que entonces, ilícitamente, había rehuido: morir en la guerra, en Galilea.

Allí estaba, bajo aquel aire puro y ligero, mirando a los hombres de frente; su cuerpo era frágil, pero estaba libre de temor y lleno de esperanzas.

Los soldados se acercaron y encontraron a un viejo judío. Lo miraron, indecisos, y él los miró, curioso.

—¡Santo y seña, judío! —le exigió por fin el cabecilla.

—No lo conozco —replicó Josef.

—¿Qué haces aquí? —le preguntaron los soldados.

—Tengo muchos amigos en Galilea —repuso Josef—, estaba preocupado por ellos y he venido a buscarlos.

—¿Y por eso te deslizas por caminos perdidos rehuendo la calzada del ejército imperial? —le preguntaron.

Y él respondió:

—Pensé que la calzada imperial estaría llena de soldados imperiales. Un anciano hace bien en avanzar por carreteras secundarias.

Los soldados se echaron a reír.

—No vas descaminado —dijo el cabecilla—, pero ahora tendrás que dar un rodeo aún mayor que los de tus senderos de montaña. ¿Quién eres? No eres un campesino, y tampoco pareces galileo.

—Soy Flavio Josefo, miembro de la segunda nobleza —dijo Josef mostrándoles la sortija dorada y dirigiéndose a ellos en latín, aunque hasta entonces habían hablado arameo.

—¿Así que ésas tenemos? —se burlaron los soldados—. ¿Eres de la segunda nobleza? ¡Así nos habíamos imaginado nosotros a un noble romano!

—De ahí se colige —dijo Josef cortés— que la realidad a veces difiere de nuestra imaginación. Por lo demás, tengo papeles que lo demuestran.

Y sacó el salvoconducto que le había procurado el gobernador de Cesarea.

Los soldados no le prestaron atención.

—De poco nos vale esta mierda. Aquí sólo vale una firma, ¡la de Paulus Bassus!

Josef clavó la vista al frente, pensativo, y repuso:

—Conozco muy bien a vuestro Paulus Bassus, y él me conoce muy bien.

Los soldados estallaron en sonora carcajada ante aquel viejo judío bromista que decía ser amigo de su comandante.

—Entonces tendría que haberte contado —replicaron— las medidas que él mismo ha adoptado. Cuando se encuentre en un camino galileo a un judío circuncidado que no esté empadronado en alguna localidad vecina y no conozca el santo y seña se le considerará un espía. ¿Eres judío? ¿Estás circuncidado?

—Sí, lo estoy —dijo el anciano. El cabecilla calló largo rato; después se encogió de hombros con un gesto que asemejaba una disculpa.

—¡Está bien! —dijo—. Pareces un hombre razonable, y comprenderás que si abreviamos no es por mala voluntad, sino por cumplir nuestro deber. ¡Agradéceselo a tu amigo Paulus Bassus!

Josef los miró atentamente uno tras otro.

—Sí que me gustaría hacerlo —dijo muy sereno—, y desearía que me lo permitierais. Pues es cierto que pertenezco a la segunda nobleza romana y que conozco muy bien a vuestro Paulus Bassus.

Su voz, sus ojos, sus serenos modales impresionaron a los soldados. El hombre no parecía un espía, pues para semejante cometido no habrían elegido a un judío tan viejo y tan llamativo. Pero las órdenes son sagradas. Además, ya se habían retrasado;

la batida había durado más de lo que pensaban. Si cargaban con el tipo y se retrasaban aún más los reprimirían; tenían todo el derecho a matarlo.

Pero los soldados no eran mala gente. Eran de éstos que llevaban mucho tiempo establecidos en el país, habían tratado con judíos y no los consideraban sus enemigos.

—Las órdenes —meditó uno en voz alta— dicen: ¡sed humanos mientras lo permita la situación militar!

—La guerra es la guerra —exclamó otro.

—Escucha —le propuso el cabecilla a Josef—, hemos de ir a Tabara y no tenemos mucho tiempo. Intentaremos llevarte. No iremos al galope, pero tampoco al paso. Ya nos hemos entretenido bastante. Aquí ocurre como en el circo. Algunos sobreviven. Te daremos una oportunidad. Te ataremos a un caballo, y si lo consigues te habrás salvado. ¿Te parece un trato justo?

—Creo —dijo el que había hablado primero— que es justo, y no contraviene el reglamento. ¡¿Tú qué dices, judío?! —lo increpó.

Josef lo miró largamente con aire pensativo.

—Tienes razón, muchacho —dijo—. No contraviene el reglamento.

Lo registraron. Llevaba encima algunas monedas, restos de sus provisiones, el salvoconducto del gobernador y, en el dedo, la sortija de la segunda nobleza.

—Esto puede que lo haya robado —opinaron quitándosela. Después bajaron a la calzada y lo ataron a un caballo. El que lo montaba era un tal Filipo, un hombre de buen corazón.

—No cabalgaré demasiado deprisa, amigo —le prometió, y le dio a beber algo de vino para que se fortaleciera. Después partieron.

Soplaba un viento fresco y perfumado, el trote no era demasiado rápido, y durante los primeros minutos no parecía improbable que el prisionero fuese a lograrlo. Sus viejos pies avanzaban deprisa, respiraba regularmente, y los soldados le decían:

—¿Lo ves? No hay que rendirse.

Pero después le faltó el aire, tropezó y cayó al suelo. Su vestido se rasgó, sangraba, pero sólo se había rozado un poco, nada serio. Y no tardó en incorporarse y seguir corriendo. Pero volvió a caer, y esta vez el golpe fue más violento, aunque a fin de cuentas sólo se hirió en los brazos y la cara. Filipo detuvo su caballo, volvió a darle de beber, y le concedió un minuto de descanso antes de continuar. Pero Josef se cayó por tercera vez, y en esa ocasión lo arrastraron durante un trecho por la calzada, que, a pesar de ser primavera, estaba cubierta de polvo, lo que favorecía a Josef; pero también había piedras, y cuando Filipo se detuvo por fin el viejo judío estaba cubierto de sangre, tenía los ojos cerrados, y de su pecho les llegó un estertor bastante desagradable.

Filipo cabalgó hacia los otros y se congregaron en torno a Josef.

—¿Qué vamos a hacer contigo? —dijeron—. Parece que has perdido la partida. ¿Lo rematamos —meditaron— o lo dejamos aquí? —Y le preguntaron—: ¿Te rematamos, viejo, o prefieres que te dejemos aquí?

—Nos hemos atendido al reglamento —repitió el cabecilla como disculpándose.

Josef les oía hablar, pero no los entendía. Hablaban en latín, pero él, el políglota, ya no entendía sino la lengua del lugar, y tampoco habría sido capaz de hablar.

—Opino —propuso por fin uno de ellos— que lo encomendemos a su suerte. No creo que vaya a hacernos ninguna jugarreta.

Y así lo hicieron. Lo levantaron y lo colocaron al borde de la calzada, debajo de un matorral de flores amarillas, con la cara en la sombra. Después se marcharon.

El lugar donde lo abandonaron era un altiplano yermo, con un par de matorrales florecidos por la primavera. Allí yacía, pues, Josef, bajo la brillante y suave luz; y un tanto aturdido contempló aquel desierto cuajado de motas amarillas y los dulces y alegres rayos del sol.

El Josef que había acudido a Roma para inculcarle, y con ella al orbe, el espíritu judío.

El Josef que había saludado al general Vespasiano como el Mesías.

El Josef que había desposado a Mara, la prostituta de Vespasiano, y más tarde a la griega egipcia Dorión.

El Josef que había luchado en Galilea a la cabeza de los judíos y que tuvo que asistir a la destrucción del Templo y de Jerusalén desde el campamento romano.

El Josef que había sido testigo de la victoria de Tito y que había sufrido la humillación de cruzar bajo su arco de triunfo.

El Josef que había escrito el polémico *Libro de los Macabeos*, la conciliadora *Guerra de los judíos*, la tibia y cosmopolita *Historia Universal* y el ardiente y nacionalista *Apión*.

El Josef que había luchado en vano por ganarse a su hijo Pablo y que había causado la muerte de su hijo Simeón y de su hijo Matías.

El Josef que había compartido mesa con tres emperadores, y con la princesa Berenice, el Doctor Supremo Gamaliel y el violento Akiba.

El Josef que había estudiado la sabiduría de las Escrituras judías, de los doctores, de griegos y romanos, y que una y otra vez se tropezó con la conclusión de Cohelet, que todo es vano, aunque jamás actuara en consecuencia.

Ese Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría, conocido en el mundo entero como Flavio Josefo, yacía ahora bajo un matorral, jadeando, con el rostro y la blanca barba cubiertos de sangre, polvo, heces y saliva. La yerma llanura moteada de amarillo que lo rodeaba y el claro cielo le pertenecían sólo a él; las montañas, los valles, el lejano mar, el puro horizonte que sobrevolaba una rapaz solitaria sólo existían para él y no eran sino el marco de su ser. Su vida, que se extinguía, colmaba la tierra entera, y ambas cosas eran una. La tierra venía a llevárselo y él le salía al encuentro. Había querido conquistar el mundo, pero sólo encontró su tierra, porque salió en su busca demasiado pronto. El día había llegado. Era un día distinto del que soñara, pero se sentía satisfecho.

Al transcurrir varias semanas sin que se recibieran noticias de Josef Mara se dirigió al gobernador de Cesarea y al Doctor Supremo de Yabne.

La administración romana se esforzó por encontrarlo: se trataba de un caballero de la segunda nobleza muy conocido en Roma y su corte. También el asustado Gamaliel hizo todo lo posible por dar con él. Se ofrecieron cuantiosas recompensas al que lo encontrase vivo o muerto, pero sólo lograron averiguar que lo habían visto en Esdraela; a partir de allí su pista se perdía. No era fácil localizar a un hombre en una región asolada por la guerra, pues la revuelta había dejado tras ella decenas de miles de cadáveres.

Transcurrió un mes, llegó Pentecostés, el Pentecostés que habían soñado los hombres reunidos en torno a la mesa del doctor Akiba; pero fue un Pentecostés sangriento para Judea. Y llegó el ardiente mes de Tamus, y se conmemoró el comienzo del asedio de Jerusalén, y el mes de Ab, y conmemoraron el incendio de Jerusalén y su Templo. Y nada se sabía de Josef ben Matatías, a quien los romanos llamaban Flavio Josefo. Lo dieron por desaparecido, y Gamaliel tuvo que renunciar a enterrar dignamente al gran escritor obsesionado con el judaísmo de su siglo.

Entonces los doctores proclamaron:

—Tal como dicen que ocurrió con Moisés, nuestro maestro: «Nadie ha sabido dar razón de su tumba hasta el día de hoy». —Y se admitió que lo conmemorarían sus obras, y nada más.



LION FEUCHTWANGER (1884-1958) es probablemente el gran maestro de la novela histórica. Alemán, participa de cerca en los hechos de 1918 en Berlín «a la sombra de los jefes de la revolución» y se entera, durante una gira por Estados Unidos en 1933, que los nazis le han quitado su ciudadanía y su doctorado y han prohibido todos sus libros. Refugiado en Francia funda, junto con Brecht y Bredel, *Das Wort*, la revista antinazi más importante de los exiliados alemanes. El gobierno de Vichy lo arresta; logra escapar de la Gestapo; y llega por fin a Estados Unidos, en donde vive desde 1941 hasta su muerte. En 1954 obtiene el Premio Nacional de la República Democrática Alemana.

Notas

[1] En el original se produce un salto en las páginas 48-49. [Nota y conjetura del primer digitalizador]. <<

[2] Nuevamente en el original se produce un salto en el texto entre las páginas 80-81
[Nota y conjetura del primer digitalizador]. <<